

obra protegida por derechos de autor

¿Cómo VIVIR con una culpa que te invita a MORIR?



SIN
SIN
CONSUELO

Max Almirón

Sin consuelo

Max Almirón

Título: Sin consuelo.

© 2018, Almirón Esteba Maximiliano.

Ciudad de Neuquén, Argentina.

Ilustración de portada: Almirón Max.

Reservado todos los derechos. Queda rigurosamente prohibido, sin autorización escrita del titular, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento.

*A mi familia y Mariana,
que estuvieron siempre apoyándome*

Índice

1

La infancia

2

La Casa

3

La fatídica mañana

4

La investigación policial

5

La prisión

6

El pesar de Norma

7

El infierno de Consuelo

8

La historia de la casa

9

El escape

10

El momento de Kurt

Prologo

Permítanme contarles esta historia, que a mi entender es de misterio con tintes de terror; que al principio parece común, le podría pasar a cualquiera, ¿Y por qué no? Si está en nuestra mente se puede materializar, por lo menos eso quiero creer. Me gustaría relatárselas desde mi punto de vista e invitarlos a ustedes lectores apasionados, a que se sienten aquí, junto a mí, como dos amigos; no un escritor y un lector ¡Ya sé que pensaras en que no lo somos!, pero me gusta creer cuando escribo, que lo hago para un amigo y eso quizás muy en el fondo ¡Nos haga unos!: Después de todo estoy compartiendo con ustedes parte de mis pensamientos y eso creo que lo hacemos solo con las personas más cercana. Siempre me imagino que ese amigo me interrumpe y dice: «pero ¿cómo, si...?» y ahí entro a explicarle y a exponerle lo que creo. Además ¿Quién sabe? quizás algún día podamos llegar a serlo y que escuchen mi interpretación de los hechos, pero claro siéntete libre de hacer las tuyas.

La muerte: Es un tema del que podemos hablar; pero del que muy pocos pueden dar una certeza; no obstante, tarde o temprano nos toca, algunas veces de cerca y otras de lejos. Supongo que hasta el momento no eh sido de los mas afectados por ella; por suerte ¡claro! Pero si experimente una etapa en donde a personas allegadas les toco conocerla de cerca, en ese momento sentí como si la muerte comenzara a susurrarme al oído. Las preguntas llegaron, sin embargo, las respuestas nunca aparecieron, o por lo menos, ninguna con cereza. Supongo que no me quedo de otra opción más que hacer preguntas y responderlas yo mismo y así surgió esta historia de una simple pregunta: «¿Qué consuelo nos queda, frente a una muerte?». Si era una persona muy mayor, algunos dirán que vivió todo lo que tenían que haber vivido, que lo que le deparaba este mundo solo eran enfermedades y sufrimientos. Si era una persona que estaba muy enferma dirán que sufría y que en el lugar que se encontraba ahora está mucho mejor; en fin, supongo que hay muchas respuestas para esa pregunta y claro que cuando te enfrentas a ese momento ¡Ninguna basta! Pero encontré una respuesta en común en todos los casos «Esta en un

lugar mejor» ¿Esta en un lugar mejor? ¿Y si te dijera que NO es así, si te diera la certeza?¿QUE CONSUELO TE QUEDARIA! ...

1

La infancia

Afuera dos pequeños niños sentados en el segundo, de tres escalones que daban al porche. Dentro una esposa desconsolada, despidiendo a su marido.

Ese día Kurt de once años se encontraba abrazando a su hermana Sofía, de solo nueve. La casa estaba repleta de personas que en su mayoría no conocían, pasaban frente a ellos y los saludaban, mostrando cierto sentimiento de compasión, aunque por dentro Kurt se preguntaba: «¿Por qué?». Se sentía agobiado y triste, aunque no por las razones que todos creía; para él, la muerte de su padre fue un alivio, un desahogo, como despojarse de un peso que lo sobrepasaba. Las personas no dejaban de pasar y darles sus condolencias, sin saber que eso comenzaba a molestarle a Kurt y le causaba dolor.

El cielo comenzó a ennegrecerse de un momento a otro, el sol que los reconfortaba y alumbraba las mejillas de los niños desapareció dejando paso a dos pequeñas gotas que cayeron sobre el rostro de Kurt, anunciando una tormenta que no tardó en llegar. Su madre Ilse, salió de la casa, limpiando su rostro con un pañuelo, los tomó por la espalda y se colocó entre medio de los dos dándoles un fuerte abrazo

—Tranquilos niños, todo va a estar bien... hay que entrar a la casa—les dijo dándoles un beso en la mejilla.

Kurt que estaba todo empapado, se paró y salió corriendo hacia su cuarto, sin siquiera mirar a la sala donde se encontraba el cuerpo de su padre. Ilse lo siguió con la mirada mientras el corría por el porche y entraba a su casa. Tomó a la niña en brazos y se la dejó a la madre de su difunto marido y fue tras su hijo.

Él estaba sentado en la cama, cubriéndose la cara con las manos mientras las lágrimas caían por sus mejillas y morían en el cuello de su camisa, en ese momento sintió el sonido de la puerta y volteo a ver quién era.

—¿Soy un niño malo, mamá? —pregunto agachando la cabeza y apretando los puños sobre la cama.

—¡Claro que no mi amor! ¡Tú no eres malo! ¿Por qué dices eso? —aclaro mientras se sentaba en la cama junto a él y colocaba su mano sobre la espalda

de este.

No se había dado cuenta de todo el tiempo que había pasado sin haberle prestado atención a su hijo, estaba preocupada en otras cosas, pero en ese momento sentada sobre la cama y mirando a su alrededor, los cambios en el cuarto del niño eran evidentes, se notaba que las cosas no andaban bien, las fotos que adornaban la habitación habían desaparecido o por lo menos todas las que tenía junto a su padre, era algo que había pasado por alto y no tenía idea de cuando había sucedido, en ese momento solo se dio cuenta al mirar hacia la mesita de luz que tenía junto a su cama, en ella siempre estuvieron sus cochecitos de bomberos, entre ellos el que más le gustaba y atesoraba, el primero que le habían regalado para una navidad, pero no el único, en cada ocasión que podía, pedía algo referido a eso, su sueño fue siempre ser un bombero y su padre lo sabía por lo que cada vez que podía le regalaba algo referido a eso; también tenía un escarpín de la hermana, la lámpara y una foto en la que estaban todos como familia, ella tenía a Sofía en brazos y Kurt estaba en los hombros del padre, era una tarde de verano en el parque, en ese momento eran felices.

—¿Y porque no me duele que mi papá haya muerto?, ¿eso debería dolerme! ¿No?, ¿es porque soy malo! —respondió dubitativo y con cierta tristeza.

Ilse, se quedó muda por un momento, no sabía que responderle, lo que si sabía era porque se sentía de esa manera.

—No es que sea un niño malo, solo que últimamente hemos vivido cosas feas, pero quiero que sepas que tu padre los amaba con todo su corazón, solo que su enfermedad lo hacía parecer... un hombre malo.

Kurt la miró por un segundo y luego le dio un abrazo, aunque en su mirada se notaba cierta disconformidad con lo que su madre le dijo, pero intento demostrar que lo entendió.

—¡Vamos con tu hermana! —le dijo mientras tomaba su mano

—No quiero bajar, prefiero quedarme aquí—índico, mientras le soltaba la mano

—¡Pero tu hermana te necesita! —aclaro

—¡Si quiere estar conmigo que suba! —le dijo mientras se recostaba en la cama, dando a entender que estaba todo dicho.

Ilse salió resignada del cuarto, aunque por dentro sabia las razones que tenía su hijo para comportarse así, lo dejó solo y bajó a la sala de estar, sin embargo, no paso mucho tiempo para que su hermana fuera a acompañarlo al

cuarto. Ella sentía algo parecido a lo de él, aunque no tan marcado, de seguro por la edad o porque no era tan consciente de lo que estaba pasando con su padre.

Kurt no quería saber nada con el velorio y todavía le quedaba la peor parte; ir al entierro. El solo hecho de pensar que tendría que ir, lo hacía enfurecerse, pero la compañía de su hermana le ayudaba a olvidar durante unos momentos que tendría que pasar por eso.

Ese día fue el más oscuro que había vivido o por lo menos eso creía, no tenía idea de lo que la vida le tenía preparado para un futuro.

Ilse pensó que con el pasar de los días las cosas comenzarían a mejorar, sin embargo, eso no fue lo que paso, Kurt comenzó a cambiar, de por si era un chico introvertido y callado, pero con la muerte de su padre todo empeoro, dejo de salir a jugar, ya no quería ir al colegio ni tratar con sus amigos. Pero él no fue el único afectado, durante la noche a Ilse le costaba mucho conciliar el sueño, se recostaba en la cama boca arriba mirando el manchado cielo raso de su casa, totalmente inmóvil, aunque sus pensamientos no encontraban la paz ni por un momento, lo que le sucedió a su marido le afecto mucho, se sentía culpable, no solo por la muerte, sino que también por las marcas que dejo todo ese asunto en sus hijos, aunque hizo lo mejor que pudo no logro protegerlos, pero ahora tenía otra oportunidad para resarcirse, por lo menos con sus hijos.

A Kurt le pasaba algo parecido, desde el punto de vista que no podía dormir y que la muerte de su padre le afectó muchos, los pensamientos lo abrumaban, el recuerdo de su padre lo inmovilizaba, los últimos meses que vivieron juntos, no fueron los mejores. Las noches para él, se convertían en un infierno, estaba muy cansado, pero no quería dormir, cada vez que lo hacía, las pesadillas se hacían presente, el recuerdo de su padre no lo dejaba tranquilo y el estar despierto tampoco era algo tan bueno, la noche se presentaba como oscuras sombras que vivían gracia a una tenue claridad que entraba por su ventana, provocando un escalofrió que recorría su espalda, obligándolo a cubrir su rostro con las sabanas, pero su curiosidad siempre era más grade que su temor, necesitaba mirar aunque sea un poco y lo que encontraba siempre era lo mismo. Escondido en una esquina de su cuarto, una sombra casi sin forma le hacía recordar a su padre, y a medida que pasaba el tiempo esa sombra se hacía más y más clara.

Durante las mañanas Ilse se levantaba temprano para prepararle el desayuno de sus hijos antes de irse a trabajar, pero al llegar a la cocina Kurt siempre se encontraba despierto, sentado en la mesa esperando a que su madre

se levantara. Eso le parecía raro hasta que se dio cuenta que todos los días encontraba las sabanas de Kurt dentro de la lavadora.

Si bien Kurt no le daba problemas con respecto al comportamiento, se notaba que algo no andaba muy bien, debía tomar cartas en el asunto, entonces busco ayuda profesional. Sus visitas al psicólogo se hicieron recurrentes y no parecía hacerle efecto, todo seguía igual, ya no sabía qué hacer. Un día decidió contactar a las madres de los mejores amigos de Kurt, esos que había dejado de tratar cuando sucedió todo, quería que pasaran el día con su hijo. Por un momento pensó que todo iba a mejorar, al mirar por la ventana y volver a ver la sonrisa de su hijo, mientras correteaba por el jardín con sus amigos Joel, Nico y Consuelo (la única niña del grupo), se pasaron todo la tarde en el jardín hasta que Ilse los llamo para la merienda, por primera vez después de la muerte de su padre lo vio hablar y sonreír en frente de ella, no alcanzaron ni a terminar la merienda, cuando Kurt los invito a ir a su cuarto a seguir jugando con sus juguetes, subieron corriendo las escaleras y se encerraron en el cuarto. Ilse quería ver lo que estaban haciendo, saber lo que hablaban, por lo que subió a su cuarto para escuchar lo que decían, tomo una silla, la colocó en la pared que daba al cuarto de Kurt y posó su oreja tratando escuchar lo que decían.

Kurt saco todos sus juguetes, pero no tuvo en cuenta los gustos de Consuelo, no tenía nada como para que ella se mantuviera ocupada. Mientras el resto jugaba con los juguetes ella comenzó a husmear en las cosas de Kurt, eso lo mantenía inquieto, no podía evitar levantar la mirada para ver lo que hacía; Joel y Nico se dieron cuenta que él estaba un poco disperso. Consuelo se sentó en la cama de Kurt y tomó la foto que estaba boca abajo en la mesita de luz, cuando de repente se sintió un poco incomoda, cuando volteo se dio cuenta que los tres niños la estaban mirando:

—¿Cómo murió tu padre? —preguntó Consuelo mientras sostenía la foto en sus manos. Kurt se quedó callado con la cabeza gacha.

—¡Si... cuéntanos! —exclamó Nico—he escuchado cosas.

Se sentaron todos en la cama, esperando a que le contara los detalles. Kurt se sentó a los pies dándole la espalda.

—Mi hermanita, encontró a mi papá colgado con una soga en el garaje.

—¿Qué! ¿Y tú lo viste? — pregunto Nico de forma muy exaltada, mientras Consuelo lo golpeaba con el codo

— Si... cuando mi hermana lo vio, dio un grito y yo fui a ver qué paso.

—¿y tú también gritaste? —pregunto Joel riéndose.

—No... yo no grite y tampoco llore... sabía que él estaba muerto, pero no sentí dolor todo lo contrario sentí alivio—dijo con enfado, y con la mirada perdida como si estuviera recordando lo que sucedió ese día.

—¿Cómo dices eso?, si algo les pasara a mis padres yo no me sentiría bien—dijo Consuelo muy indignada.

Kurt volteo a mirarla:

—Si... pero tu papá seguramente no era como el mío—aclaró— mi mamá dice que era culpa de su enfermedad, pero ¿qué enfermedad te puede hacer que sea un hombre malo?

—¿y has visto el fantasma de tu padre? —pregunto Joel con cara de misterio.

—Si...—respondió y todos se quedaron mirando— a veces, lo veo aquí mismo, en mi cuarto.

En ese momento se produjo un silencio incomodo, Ilse que estaba escuchando, quedó sorprendida, no sabía si lo que decía su hijo era verdad.

—¿Acaso ve realmente a su padre o es solo su imaginación?, en cualquiera de los dos casos algo mal— pensaba Ilse.

—¿Porque no jugamos a gallito ciego? —dijo Nico, para cortar con ese ambiente, a él le daban miedo esas cosas

—¿Gallito ciego? —pregunto Joel, con desconcierto

—Si, es un juego que jugamos siempre con mis primos, uno tiene que vendarse los ojos y se lo hace girar un par de veces, luego el resto sé coloca en alguna parte del cuarto y se queda quieto mientras el que esta vendado trata de encontrar a alguno, si tocá a alguno tiene que adivinar quién es y si adivina, ese será el nuevo gallito ciego.

Con el juego lograron cortar con ese ambiente incomodo, y seguir como su nada hubiera pasado. Pero los días de juego con sus amigos se terminarían muy pronto. El psicólogo de Kurt le recomendó, que si estaba dentro de sus posibilidades tratara de salir de la casa, irse de vacaciones o mudarse a otro lugar, eso era algo que podría ayudar a la recuperación de Kurt, la casa le afectaba demasiado, todo le recordaba a su padre y quizás por eso veía cosas que no estaban allí.

Sin pensarlo demasiado, Ilse decidió mudarse de la casa y cambiar a sus hijos de colegio, a uno mas cerca de su nuevo hogar, eso lo alejó de sus amigos, a tal punto que dejó de frecuentarlos. Sin embargo, con el pasar del tiempo Kurt fue mejorando, las heridas del pasado sanaron y se convirtió en un adolescente muy alegre y responsable, que ayudaba a su madre en todo lo que

podía, cuidaba a su hermana cuando su madre trabajaba, estudiaba y en sus tiempos libres trabajaba con un vecino que era mecánico para ayudar con los gastos. Poco a poco la mecánica comenzó a interesarle más, ocupaba casi todo su tiempo en ello, aunque esto le causaba burlas entre sus compañeros, ya que siempre tenía que trabajar y andaba la mayoría del tiempo con un mameluco del taller, todo sucio con aceite, las manos ásperas y las uñas negras; no importaba lo mucho que tratará de limpiarse, las manos siempre le quedaban algo de suciedad. Esto para él no era un problema, le gustaba hacerlo y además no le importaba mucho lo que los demás pensaran o dijeran, solo le importaba ayudar a su madre y hermana.

No tardó mucho en decidir lo que quería hacer, la carrera de ingeniería mecánica era lo que buscaba.

Después de terminar los estudios medios, fue a estudiar a la ciudad, en donde su pasado se presentaría como una bella oportunidad.

Se encontraba en una fiesta, en casa del primo de su compañero de cuarto, Mateo (el que estudiaba en la escuela de medicina), al principio estaba un poco incómodo no se sentía muy a gusto en la fiesta, quizás era porque no estaba acostumbrado, o porque la mayoría de los invitados se conocían mientras que él solo conocía a Mateo, sin embargo, éste se la estaba pasando de maravillas. Kurt comenzó a husmear en la casa para pasar el rato, tenía que encontrar algo que llamara su atención, algo con que distraerse. Los padres del primo de Mateo parecían ser muy adinerados, la casa era enorme y muy bella, las paredes estaban adornadas con pinturas de todo tipo, había encontrado algo con que distraerse, comenzó a mirar, pero tratando de imaginarse alguna explicación para los mismo. Un cuadro en particular llamó su atención, en él había un camino oscuro, dibujado de una forma poco convencional por lo menos para él, estaba dibujado con triángulos de todo tipo de tamaños que en conjunto formaban figuras, el cielo estaba cubierto de nubes que escondía una luna muy grande de color rojiza; a los lados del camino habían arboles desprovistos de vida, aunque las sombras que reflejaban parecían gozar de cierta vida, proyectaban imágenes que parecían bestias o monstruos que asechaban a las personas que se atrevieran a cruzar por ese camino, en el final del camino se veía la sombra de una mujer con un vestido, que le llegaba hasta las rodillas, su cabello estaba enmarañado, no tenía nada especial pero a Kurt le llamaba la atención, se quedó mirando la imagen fijamente, y la cara de la mujer comenzó a tomar forma, lo primero que distinguió fue una prominente nariz, después aparecieron arrugas por todo su rostros y por último se vieron

sus ojos, parecían amenazantes, pero eso no era lo único que escondía las pinturas, también una mano estaba señalando hacia los árboles, en donde se veía una pequeña figura, parecía una persona arrastrándose, pero no se lograba distinguir si era un hombre o mujer, en ese momento se le vino a la cabeza la imagen de su padre, desvió la mirada del cuadro y justo quedo en dirección a un ventanal grande que daba hacia el jardín, cuando levanto la mirada había un grupo de chicas hablando y bebiendo unos tragos, algo de una de ellas, llamo su atención, solo se veía su perfil, sin embargo su cara le parecía familiar, salio de la casa y fue hacia el patio, se paro en la puerta en donde podía ver a la chica de frente y ahí estaba parada con un vaso en la mano, él sabía que era ella, aunque ya no quedaba rastros de esa pequeña que recordaba, ahora era toda una mujer, se quedo mirando por un largo periodo y una sonrisa se le dibujaba en el rostro, se veía hermosa con su pelo color marrón oscuro, que llevaba recogido, una sonrisa blanca como la nieve, sus labios no era muy voluminosos pero tampoco eran delgados para él eran perfectos, su nariz se veía un poco más grande de lo que recordaba pero no era exagerada, lo que más llamo su atención fueron sus ojos, estaban tal como los recordaba grandes y de color miel, reflejando inocencia. En un momento ella se dio cuenta que la estaba mirando poso la mirada en él, pero Kurt no la desvió, ella no se dio cuenta de quien era, por lo que solo desvió la mirada, Kurt camino hacia en su dirección:

—¿Consuelo, eres tú? —preguntó sin quitarle la mirada de los ojos.

—¡Si...! —respondió frunciendo el señor y un poco confusa.

—¡Soy Kurt!, ¿me recuerdas? —aclaró mientras se dibujaba una sonrisa en el rostro.

—Oh... sí, claro que te recuerdo, aunque estas un poco cambiado.

—Si he bajado un poco de peso, el ejercicio me ayudó un poco. Tú te ves... muy bien—respondió, aunque sin darse cuenta de lo que estaba diciendo, los nervios hablaban por si solos.

—Te recordaba con el cabello más claro

—Si... con el tiempo se me oscureció y ahora solo es marrón claro.

Esa noche se quedaron hablando por un largo rato.

Desde ese momento comenzaron a frecuentarse, se sentían muy a gusto estando juntos.

A Kurt no le fue fácil conquistarla, ambos eran muy tímidos y ella estaba más enfocada en sus estudios (medicina veterinaria) que en cualquier otra cosa. Luego de dos años de insistir consiguió que Consuelo se fijara en él y le

diera una oportunidad, desde ese momento se convirtieron en una pareja inseparable, todo marchaba bien, excepto por el hecho de que los padres no aprobaban que ella tuviera novio, a pesar de que conocían a Kurt desde la infancia, querían que su hija se focalizara solo en sus estudios y claro, al ser hija única y su padre que era un policía de alto rango, un hombre muy estricto, creía que ningún hombre era lo suficientemente bueno como para merecésela, siempre terminaba espantándole a los pretendientes, sin embargo su madre era un poco más tranquila, supongo que era por su profesión(doctora en pediatría) aunque no le gustaba mucho la idea de un novio. Al pasar el tiempo y ver que la relación se tornó seria, que el muchacho tenía buenas intenciones, estudiaba y trabajaba, pero lo más importante era que la hacía muy feliz a su hija, por lo que terminaron aceptándolo, y considerándolo como parte de la familia.

Desde el momento en que los padres de Consuelo le dieron la bendición, decidieron alquilar un departamento para estar juntos. Al principio como todo comienzo de convivencia, cada uno tuvo que adaptarse a ciertas maneras y actitudes del otro, pero Kurt tenía una particular forma de ver las cosas, siempre encontraba la solución a todo, podía encontrarle el lado positivo a lo que se le presentara, eso era algo que le encantaba a Consuelo, aunque a veces le parecía un poco irritante, no todo tiene un lado positivo.

Todo marchaba muy bien, la convivencia era espectacular, los estudios los llevaban al día, Kurt a solo dos años de comenzar su carrera ya había conseguido trabajo en una reconocida fábrica de automóviles. Consuelo se mantenía ocupada entre sus estudios y con los quehaceres del departamento. Pasaron los años y lejos de que la relación se desgaste, cada día se enamoraban más y más uno del otro.

Los padres de Consuelo los visitaban a menudo a pesar de que las ciudades en las que vivían se encontraban lejos, a unos cien kilómetros de distancia, lo que no era un impedimento para ver a su tan amada hija. Cada vez que la visitaban se ponían muy contentos al ver lo feliz que se encontraba junto a Kurt.

La madre de Kurt también los visitaba, pero no tan a menudo como los padres de Consuelo.

2

La Casa

Con el pasar de tiempo, su relación se fortaleció, por lo que dar el siguiente paso era lo más lógico. Kurt con su título en mano, consiguió un ascenso en el trabajo, y no dudo en pedirle matrimonio a Consuelo en el momento. Y con el casamiento, la casa debía llegar.

Ese fue un tema que les ocupó mucho tiempo, quería un lugar perfecto, lo que le gustaba a uno al otro no le parecía muy bueno, pero luego de meses de búsqueda encontraron una que cumplía con todas sus expectativas, y eso no era lo único que les atraía de la casa, sino que era la misma en la que se reencontraron esa noche, el único problema fue el precio. Pero después de analizarlo, llegaron a la conclusión de que la casa que eligieran iba a ser para toda su vida, así que no tenían que escatimar en nada y hacer lo posible para tenerla, por lo que comenzaron los trámites para acceder a un préstamo del banco y comprar la casa de sus sueños, sin saber que se convertiría en la de sus pesadillas.

Los recién casados no podía creer que estaban justo en frente de la casa de sus sueños, aunque la belleza del lugar no se podía apreciar a primera vista ya que todo el terreno estaba cubierto por un paredón de casi dos metros de alto y tanto el portón de entrada de personas como el de automóviles era ciego. Kurt camino hacia el portón de autos y comenzó a buscar el cerrojo, pero no había nada.

—¿cómo se abre esto? —pensaba — ¡sé que me había dicho!

metió su mano en el bolsillo del pantalón, saco las llaves, estas tenían un aparatito de color negro con botones, comenzó a tocarlos hasta que el portón se abrió, corrió hasta el auto se subió y le dijo a Consuelo <<para ser una casa vieja, tiene bastante tecnología, hasta el portón se abre con este aparatito>>

Ahora si se podía apreciar la belleza del lugar en todo su esplendor

—¡no sé tú! ¿Pero ahora que es nuestra como que se ve más bella? ¿no?
—dijo Kurt con tono burlón, Consuelo solo lo miro y sonrió.

Kurt le pidió a Consuelo que lo esperara en el auto, se bajó y corrió hacia la puerta del acompañante en donde estaba ella, le abrió la puerta y mientras le tomaba la mano le dijo

—bienvenida a su nuevo hogar, señora de Allen.

Consuelo que estaba con su gato en la mano, bajo del auto y se quedó mirando la casa, con la cara iluminada de alegría, el estilo colonial que tenía, le parecía fascinante ya se imaginaba del otro lado de la puerta, parada en uno de los dos grandes ventanales que tenía en frente de la casa. Kurt fue hasta el cofre del auto y bajo unas dos cajas con algunos objetos personales, el resto de las cosas las traía la empresa de mudanza, Consuelo tomó una caja muy pequeña, ya que tenía que tomarla con una sola mano, en ese momento se miraron con una mirada cómplice y sonrieron, caminaron hacia la puerta principal.

—El porche de esta casa parece el de una mansión, mira estas columnas son enormes—le dijo a Consuelo mientras esta se mordía los labios y meneaba la cabeza—¡sonríe a la cámara! —le dijo Kurt mientras dejaba la caja en el suelo.

—¿Qué cámara? —pregunto Consuelo

—La que está ahí arriba en la columna del porche ¿acaso no escuchaste al vendedor cuando nos dijo las cosas que tenía la casa?, tenemos un sistema de seguridad súper avanzado—dijo fanfarroneando— hay cámaras con vigilancia satelital por toda la casa, claro que por fuera—aclaro Kurt mientras dirigía su mano hacia el bolsillo del pantalón y sacaba las llaves, las levanto hasta la altura de sus ojos meneándolas para llamar la atención de Consuelo, ella soltó su caja, dejó al gato en el suelo y salto a lo abrazo de Kurt, lo beso y tomo las llaves, abrió la puerta de doble hoja y entraron, la casa se veía más bella que nunca, parecía que tenía un brillo propio, la luz entraba por todos lados.

—¿Recuerdas esa noche, cuando nos reencontramos? —pregunto Kurt.

—Si, pero no mucho, esa noche fue la primera vez que tome alcohol, así que te imaginaras que no me cayó muy bien—respondió con un poco de vergüenza.

—Yo en cambio recuerdo casi todo, a pesar de que también estaba bebiendo—aclaró— se ve un poco distinta de día y sin los muebles, pero hasta puedo imaginarlos. Recuerdo que entre y lo primero que me llamó la atención fue la escalera, a mi izquierda estaba la puerta del comedor con una gran mesa de roble y unas sillas, que en ese momento eran las más grandes que había visto, a mi derecha estaba living con una biblioteca llena de libros algunos muy antiguos tanto que daba un poco de miedo tocarlos, parecía que se iban a romper, al costado de la escalera había un pasillo que daba al patio, pero estaba lleno de cuadros, hasta se pueden notar las marcas de que estuvieron

allí—en ese momento algo lo sorprendió, ese cuadro tan terrorífico que le había llamado la atención era el único que estaba colgado en la pared—lo curioso es que el cuadro que más me llamo la atención aún sigue allí, mira ven — le dijo mientras la tomaba de la mano y la llevaba hacia donde estaba el cuadro— quiero que lo mires fijamente, aquí— le dijo mientras señalaba a la bruja del cuadro.

—Si... ¿Qué? —le respondió mirándolo a los ojos, con desconcierto

—¿No la ves?

—¡No! ¿Qué debo ver?

—¿No puedes imaginar la cara de la sombra?

—No... —respondió con tono burlón.

—Que bueno, porque la que yo me imagine era horrible—dijo restándole importancia, pero algo le inquieto de ese cuadro en su momento y el hecho de que aun permaneciera en la casa, lo dejó más desconcertado.

—De todas formas, no me gusta ese cuadro ¿mejor lo quitamos, ¿no?

—Si, me parece bien—respondió mirando el cuadro con sospecha—¡Ah! como te decía, estaba parado justo en frente de este cuadro, cuando algo me hizo voltear hacia ese ventanal y justo frente a el, en la parte de afuera estabas tú, lo recuerdo como si hubiera sido ayer, estabas parada con un vaso en la mano, recuerdo que me quede mirándote por un largo tiempo y cuando me quise dar cuenta estaba parado frente a ti preguntándote si eras quien yo creía. Y el resto ya lo sabes. Subamos al primer piso—le dijo con mucho entusiasmo.

Kurt la tomó de la mano y la llevó hacia la habitación principal.

—Podríamos estrenarla en este momento—le dijo mientras la tomaba por detrás—si queremos podemos hacerlo en el balcón, aunque da a la parte de enfrente, puede que los vecinos vean un poco, sino en el baño del cuarto, tiene una bañera con masajes, entramos justito los dos—le murmuro al oído mientras le guiñaba el ojo.

—Ahora no, los encargados de la mudanza pueden llegar en cualquier momento—respondió, aunque su cara decía lo contrario.

Recorrieron todo el piso de arriba, el baño que estaba al final del pasillo, era un poco más pequeño que el que tenían ellos en su cuarto.

—¡Este cuarto va a ser el de nuestro primer hijo! ¿es más podemos hacerlo aquí y ahora si quieres? —le insinuó con una mirada picara.

—Espero que cuando los de la mudanza se retiren, tengas las mismas intenciones—aclaró.

—Tú sabes que si—respondió fanfarroneando.

Se dirigieron al tercer cuarto el más pequeño de todos, pero cuando intentaron abrirlo este se encontraba bajo llave, lo que llamó la atención, cuando vieron la casa con el vendedor tampoco pudo abrirla, creyeron que para esas alturas ya tenía que estar solucionado, de todas formas, aun no lo ocuparían y probablemente la llave estaría en algún lugar de la casa.

En ese momento se escuchó el ruido de un camión, se asomaron al balcón de su cuarto y vieron que la empresa de mudanzas había llegado, se estacionaron detrás de su auto, Kurt le hizo una señal desde allí y bajaron de inmediato, las personas comenzaron a bajar los muebles, no era demasiados, vivían en un departamento muy chico por lo que no tenían muchos muebles, pero sí lo necesario como para empezar una nueva vida.

Luego de un mes de haberse ido a vivir a la casa, pudieron terminar con todo a lo que ella se refería, pulieron algunos detalles que faltaban y compraron los muebles que necesitaban.

Con la casa en condiciones, decidieron hacer una recepción para festejar, invitando a familiares y amigos cercanos. Al pasar una semana se concretó la recepción, acudieron todas las personas más allegadas e importantes para ellos, se les hizo un recorrido por la casa y luego realizaron una cena, al terminar la misma, Kurt que estaba sentado en la punta de la mesa, se pone de pie tomó un tenedor, una copa y hace un pequeño ruido para captar la atención de todos, propone hacer un brindis en nombre de la nueva casa y de su mujer, todos levantan su copa. De repente se escucha otro ruido de copas, era Consuelo, que quería dar otro anuncio:

—bueno ya que estamos todos reunidos, quería aprovechar esta oportunidad y decirles que... la familia se va a agrandar—Eso descoloco a todos, en especial a Kurt, no tenía idea de lo que estaba pasando, pero de inmediato los ojos se le pusieron vidriosos, las palabras no le salían se acercó a su mujer muy lento, la abrazó y la levanto por los aires, no podía ocultar su felicidad, parecía que le habían pintado una sonrisa en la cara y nadie se la podía quitar, se pasó toda la noche pegado a su amada, no quería que hiciera nada, tanto que a Consuelo ya comenzaba a molestarle un poco ¡estaba embarazada, no enferma!

Los próximos meses todo marchó de maravillas, el embarazo no tuvo complicaciones. Kurt no quería que ella hiciera ningún tipo de esfuerzo por las dudas, acordaron que no trabajaría, por lo menos hasta que naciera el bebé y luego, solo si ella quería podía ejercer su profesión de veterinaria.

Consuelo no pensó que le iba a costar tanto lo que había acordado con su marido, no sabía qué hacer con tanto tiempo libre, hasta que se dedicó a decorar la habitación del bebe, eligió el cuarto que se encontraba justo en frente de la puerta del ellos, además el otro todavía no lo habían abierto.

Al pasar el tiempo, el momento tan esperado por la pareja llegó, nació su primer bebé y el único que iban a poder tener juntos, era una niña, la llamaron Camila tenía muy poco cabello, pero se podía apreciar su color, era un rubio muy claro, le brillaba unos grandes ojos azules, había sacado mayormente los rasgos de la familia de Kurt.

3

La fatídica mañana

Ya pasaron tres meses de que nació Camila y a la familia le llega una mala noticia. Una crisis provocó una drástica reducción de las ventas en la compañía que trabajaba Kurt, de tal magnitud fue, que no quedó más remedio que cerrar la fábrica en la que él trabajaba.

Con el reciente despido tanto Kurt como Consuelo quien todavía no ejercía su profesión de veterinaria, debieron buscar trabajo, pero no les fue nada fácil. Kurt consiguió un trabajo de medio tiempo en un taller mecánico, pero no era muy bien remunerado, de todas formas, no le quedó otra opción más que aceptar, las cuentas no se pagaban solas, sin embargo, no alcanzaba con lo que ganaba para pagar los impuestos y comer. Ya habían pasado tres meses del despido, cuando a Consuelo le llega una oferta de trabajo que no podía rechazar, no solo porque lo necesitaba, sino porque era para lo que ella se había preparado.

Una veterinaria del centro de la ciudad, la contactó para que trabajara allí, se puso muy contenta ya que, nunca había ejercido su profesión y tenía muchos deseos de hacerlo.

Le comenta la noticia a Kurt y este se pone muy contento, sabía las ganas que tenía de trabajar, además lo necesitaban. Consuelo le cuenta al día siguiente que tenía que presentarse en la veterinaria para charlar con la dueña sobre las condiciones de trabajo, claro que él se ofreció a llevarla.

Temprano en la mañana, se presentan en el centro de cuidados de animales, Consuelo que estaba muy nerviosa por ser su primer trabajo, parecía que dudaba en bajarse del auto, estaba paralizada, Kurt lo notó enseguida:

— Tranquila amor, te va a ir bien, es para lo que te preparaste —le dijo con una sonrisa— ¿qué es lo peor que te puede pasar?, ¿Qué no te guste?, ¡imposible! te encantan los animales, naciste para esto, es más, yo creo que vas a ser la mejor veterinaria y no solo eso, vas a ser la veterinaria más sexi —Ella lo mira y con una pequeña sonrisa— no te preocupes a todas las personas les pasa lo mismo en su primer trabajo ¡pero qué crees! en la primera semana se acostumbran.

Se baja del auto, con las manos sudorosas por los nervios, pero con más confianza e ingresa al local, Kurt quería acompañarla, pero sabía que eso era algo que debía pasar ella sola. Dentro del local la estaban esperando dos personas, la dueña de la veterinaria, una mujer rubia muy flaca que la trató de una forma muy amorosa desde el principio, de unos cincuenta años llamada Verónica y otro veterinario, un hombre de gran porte, pelo castaño y con barba, de esos que conquistan a cualquiera con una sonrisa.

Verónica le comenta las condiciones del trabajo, la remuneración que iba a recibir, el tiempo de la jornada (ocho horas al día), el descanso (una vez a la semana a acordar), tendría horarios rotativos con Juan durante el día ya que ella se encargaría de cubrir generalmente las guardias de noche, porque vivía en el piso de arriba de la veterinaria. Verónica le pregunta si quería empezar en ese momento o a la tarde, era solo para explicarle como se manejaban y como ya estaba allí, respondió que se quedaba. Salió de la veterinaria muy seria y se subió al auto.

—¿Te fue mal? —preguntó de inmediato al ver su cara. Consuelo no pudo aguantar más y se le escapó una sonrisa

—No..., me fue muy bien, el sueldo es muy bueno, me preguntaron si me quería quedar y respondí que sí, ¿quieres venir a buscarme más tarde, tipo seis?

—Claro, no hay problema ¡que te vaya bien!

Con los nuevos acontecimientos, los roles se invirtieron un poco, Kurt se queda en casa la mayor parte del tiempo cuidando de su hija, mientras Consuelo trabajaba y aportaba la mayor parte de la economía familiar. La paga era buena, por lo que Consuelo decidió contratar a alguien para que le ayudara a Kurt en la casa y con la niña, sabía que él era un poco despistado como para dejarle todo lo de la casa a su cargo. De todas maneras, él no podía quedarse de manos cruzadas, decidió que, en su tiempo libre, cuando las tareas de padre y el trabajo le dejaran, se dedicaría a realizar en casa, un proyecto que había dejado pendiente de la universidad. De inmediato puso manos a la obra para montar un pequeño despacho en la habitación que les quedaba disponible, está era la más chica de todas, pero desde que se habían mudado no pudieron abrir la puerta, sin embargo ya era momento de hacerlo, buscó en la casa todas las llaves que habían y probó con cada una de ella, sin obtener resultado, no le quedó de otra que forzarla, en el momento en que se abrió, el polvo callo por todo el lugar; el cuarto parecía que llevaba siglos sin que nadie entrara, tenía cuatro espejos fijos colgados sobre una misma pared, una puertaventana que

daba hacia el balcón, la cual también se encontraba atascada, tenía una persiana de hierro que no permitía ingresar la luz natural, se acercó a ella y trató de abrirla para ventilar un poco el lugar, por más que lo intentó no pudo abrirla, se encontraba muy atascada, de todas formas no le dio mucha relevancia. Cada vez que podía, Kurt se ponía a arreglar esta habitación y a trabajar en su proyecto, colocó en la misma un escritorio en donde puso su computador personal, fijó en la pared unos estantes para libros y colgó un pizarrón para plasmar mejor sus ideas.

Con el pasar del tiempo las cosas entre Kurt y Consuelo se ponían cada vez más tensas. A él de repente le comenzó a disgustar el trabajo de su mujer, la notaba demasiado contenta a la hora de ir a la veterinaria, mientras que cuando estaba con él no cruzaban palabra. Todo se agravó mucho más cuando fue a buscarla al trabajo y vio a su esposa hablando con Juan, su compañero, ese día camino a casa, no cruzaron ni una palabra, las cosas se notaban realmente tensas. Al llegar a su hogar se retiró Margarita (la señora que cuidaba a Camila) dejándola dormida en su cuarto. Consuelo se sacó la ropa y se puso el pijama, se sentó en la cama y preguntó:

—¿Estás bien... te pasa algo? —Kurt no emitió palabra y se recostó dándole la espalda—estas muy raro desde hace tiempo, distante, como enojado.

—¡No quieras culparme a mí de lo que está pasando! —respondió muy cortante.

—Ya casi no hablamos, parece que estuvieras enojado conmigo.

—No entiendo a dónde quieres llegar, tú sabes bien que es lo que está pasando ¡no quieras echarme la culpa a mí! —aclaró.

—No te estoy echando la culpa de nada, solo quiero saber lo que te está pasando ¿Porque ese cambio de actitud tan repentino, que te pasa? —dijo Consuelo ya con los ojos vidriados.

En ese momento Kurt explotó:

—¿Qué pasa...? ¿Que...me pasa? ¿sabés que me pasa? que la única vez que te veo contenta, con entusiasmo, es cuando te llevo al trabajo. ¿sabés que me pasa? que cuando estás conmigo, siempre estás cansada, casi ni cruzamos palabra, no me tocas, no hacemos el amor ¿sabés que me pasa? que hoy te vi haciéndole sonrisitas, coqueteando con ese imbécil de tu trabajo—respondió sacado de quicio.

—¡No sé de qué me estás hablando! estoy trabajando, todo el tiempo pienso en ti y en nuestra hija, espero el momento de verte y charlar—dijo, con

lágrimas en los ojos—primero, no estaba coqueteando con nadie, somos compañeros de trabajo, siempre que cruzamos palabra con Juan es solo para darnos el parte del día; tenemos que saber en las condiciones queda cada animal, es una obligación. Segundo, últimamente ¡eres tú! él que no me prestas atención, cuando llegamos a casa, lo único que haces es encerrarte en ese cuarto que te armaste y hacer tus proyectos, que por cierto no tengo ni idea de cuáles son, no me has comentado nada, normalmente te digo que vengas a la cama y ni me contestas, ¡me tengo que ir a dormir sola! Ni siquiera sé a qué hora te estás acostando, me quedo dormida antes de que lo hagas—dijo sin entender como Kurt podía hablar así de ella, nunca lo había visto celoso, ni así de enojado.

—¡Eso es mentira! Nunca me avisas cuando te vas a la cama y siempre que me voy a dormir, te abrazo, te beso y ni siquiera me prestas atención, es como si yo no estuviera ahí —respondió de forma agresiva.

De repente se escucha un llanto, Camila se había despertado y la discusión se terminó allí, pero ambos quedaron con un sabor amargo y sin haber resuelto las cosas. Kurt fue a atender a la niña, pero después de hacerla dormir no regreso al cuarto, se quedó en su despacho.

Los días pasaron y las cosas no parecían mejorar, cada vez se tornaban más insoportable y frecuentes los ataques de celos de Kurt, mientras que Consuelo se sentía cada vez más confundida, no entendía que estaba pasando, los cambios de actitud de su esposo eran muy raros, nunca lo había visto celoso o machista, durante el tiempo que vivieron juntos en el departamento, jamás mostro ese tipo de rasgos, todo lo contrario era muy seguro de sí mismo y de ella mucho más, parecía otra persona y por más que quería arreglar las cosas con él, no podía hacer nada; dejar su trabajo era una locura con eso se mantenía la familia, además le gustaba y los celos de Kurt eran totalmente infundados.

El tiempo pasó, y se acercaba la fecha del cumpleaños de Camila, Consuelo estaba muy emocionada con la organización ya que era el primer año de su única hija y pensó que Kurt se tranquilizaría, pero él parecía no importarle. Llego el gran día de Camila y sus familiares concurren a la fiesta, todos se veían contentos el único que desentonaba era Kurt, que paseaba por la casa con una botella de cerveza en la mano, sin cruzar más de dos palabras con nadie. En un momento Ilse se lo lleva hacia afuera de la casa para conversar, lo notaba raro con solo unos momentos de estar con el se dio cuenta que algo andaba mal, casi no podía reconocerlo, temía que le estuviera

pasando algo parecido a lo de padre.

—¡Hola hijo! ¿Cómo estás? ¿Te pasa algo? ¿Está todo bien, con Consuelo? —pregunto muy preocupada, no quería entrometerse, pero tenía que hacerlo.

—Si mamá, no pasa nada— respondió, pero con un tono de fastidio.

—Salgamos a caminar un poco.

Mientras caminaban por las veredas del, Ilse insistió nuevamente:

—¿Vamos, hijo cuéntame que te pasa? Tú no eres así se nota que te pasa algo, nunca fuiste muy bueno ocultando tus sentimientos, ni siquiera en tu adolescencia te había visto así, siempre fuiste muy positivo y alegre.

En ese momento Kurt se quiebra, coloca sus manos en su rostro y dice:

—¿No sé lo que me pasa?, últimamente tengo muchos celos, pensamientos feos, que en mi vida tuve, me siento frustrado, un inútil. Hay veces que pienso que Consuelo me está engañando y hay otras me parece imposible, quiero arreglar las cosas, decirle lo que siento ¡pero no me salen! siempre terminamos discutiendo y sintiéndonos peor que antes, creo que esto está consumiendo nuestra relación y no puedo encontrarle la solución.

—¿A caso quieres separarte? —preguntó, con miedo a lo que él pudiera responder.

—¡Claro que no! Yo la amo, no sé qué haría sin ella, pero siento que le estoy haciendo daño y eso no me gusta.

—¡Y bueno hijo! ¡Lucha! ¡Busca la forma de arreglar las cosas! Tu siempre resuelves todo y esto no tiene por qué ser la excepción—respondió, tratando de darle ánimos, lo abrazo y regresaron a la fiesta.

Mientras tanto Consuelo se encontraba en la cocina con su madre, preparando unos aperitivos.

—¿Y cómo van las cosas con tu nuevo trabajo? —Pregunta, aunque en realidad quería preguntar, por su relación con Kurt, presentía que las cosas no andaban bien.

—El trabajo bastante bien, el problema está aquí en casa—respondió mientras dejó lo que estaba haciendo; necesitaba hablar.

—¿Por qué? —Pregunta, con mucho interés —me parecía que las cosas no andaban muy bien.

—La verdad que no, creo que ninguno de los dos puede ocultarlo, no sé qué le está pasando, está irreconocible. Al principio pensé que le había afectado perder su trabajo, pero luego me di cuenta de que no era eso, sus cambios comenzaron cuando yo conseguí trabajo, desde ese momento se

comporta como un hombre inseguro, celoso, negativo, ya no es la persona de la que me enamoré.

—¡Tranquila hija! Es muy común en los hombres que pase eso, supongo que sienten como si no estuvieran cumpliendo la función para la que fueron criados, ya verás que cuando consiga un mejor trabajo, todo va a volver a la normalidad.

—Si, puede que tengas razón ¿pero mientras tanto? —respondió desganada—jamás me imagine que él pudiera actuar de esa forma en todo el tiempo que llevamos juntos nunca demostró ser machista mucho menos celoso o inseguro a pesar de que cuando estábamos estudiando tenía muchos amigos hombres y había un montón de chicos que me buscaban. Pero bueno, quizás tengas razón y sea eso.

En ese momento entró Kurt con su hija en brazos, se acerca a Consuelo, la abraza, le da un beso y le sonrió

—Lo siento mucho, sé que me he estado comportando como un imbécil, pero te prometo que todo va a cambiar ¡te amo! Y quiero que estemos bien.

Consuelo lo quedo mirando fijamente y por primera vez después de tanto tiempo logro ver en sus ojos al hombre del que se había enamorado, no pudo evitar que de sus ojos brotaran unas lágrimas, sin embargo, no entendía lo que estaba pasando, pero eso no importaba; tenía a su marido devuelta.

—¿Cortamos el pastel de esta hermosa niña? —preguntó Kurt a Consuelo

—¡Claro que sí! —respondió con una gran sonrisa. Convocaron a todos para hacer el corte del pastel y cantar el feliz cumpleaños. Durante ese día todo marchó bien, como cuando eran felices.

Cuatro días después, suena un teléfono en la madrugada:

—Si emergencias—dijo la operadora mientras se escucha una voz muy desesperada y desconsolada, además del llanto a lo lejos de un bebé.

—Necesito una ambulancia mi mujer no reacciona, creo que no respira.

—Sí señor, tranquilícese y dígame la dirección y su nombre

—Si...vivió en barrio Centro, calle Roca al 1200, me llamo Kurt Allen.

—La ambulancia ya está saliendo, no se preocupe, ahora quiero que se tranquilice y me diga el estado de su esposa.

—No lo sé, no reacciona no su siento pulso y tampoco la respiración ¿Qué debo hacer?

Veinte minutos después de hablar con la operadora, se escucha una sirena a lo lejos, Kurt llevaba a la niña en brazos cuando salió del cuarto y abre el portón para que pudiera entrar la ambulancia, en ese momento se encontraba

en shock no podía creer lo que le estaba pasando.

De la ambulancia bajan dos enfermeros que llevaban la camilla y un médico.

—¿Dónde se encuentra la paciente? —pregunta el médico.

Kurt lo lleva de inmediato a su cuarto dónde se encontraba Consuelo recostada en la cama sin dar señal de vida. El médico se acerca a ella y tomó su pulso, pero no encontró señal alguna del mismo, les pide a los enfermeros que retiren a Kurt del lugar para poder revisarla tranquilo, sin embargo, al parecer no había caso en tratar de reanimarla, llevaba un largo tiempo de fallecida.

A lo lejos se escuchó otra sirena, era la policía que se acercaba, uno de los enfermeros sale del cuarto y bajo a su encuentro, los policías de inmediato comenzaron a hacer su trabajo de rutina, hasta que después de unos minutos, se abre la puerta y sale del cuarto el médico y los enfermeros.

—Lo siento, su esposa falleció—dijo el doctor sin ningún tipo de filtro.

—No... no puede estar muerta, ¡haga algo! — le indico tomándolo de la ropa con una mano mientras con la otra sostenía a su hija.

Aún tenía la esperanza de que pudieran reanimarla.

—No hay nada que hacer ¡falleció! —Le respondió el doctor, de una forma muy brusca y seria—Ahora el cuerpo queda en manos de la policía judicial, ellos se van a encargar de hacer el peritaje.

En ese momento su mundo se le vino abajo, quiso ingresar al cuarto y la policía lo detuvo.

—Mi esposa no puede estar muerta, tiene que haber un error, usted tiene que hacer algo—le indicó al médico desesperadamente.

—Lo siento señor, pero debemos realizar las pruebas necesarias, ya que no se saben las causas de la muerte—le dijo el policía mientras lo separaba del doctor— El médico ya hizo lo que pudo, créame.

Kurt se encontraba sentado con su hija en brazos en el segundo de tres escalones de su porche, viendo llegar patrulleros con cada minuto que pasaba, sintiéndose un desconocido en su propia casa, sin que lo dejen entrar, viendo pasar gente por delante de él como si no existiera, los recuerdos de su infancia aparecieron en su mente. Mientras estaba sentado dos policías pasaron enfrente a él y entraron a su casa con una camilla. Justo en ese momento un oficial lo llamó para tomarle declaración. Se paró y se acercó al policía, este le hizo un par de preguntas sobre lo que había pasado esa noche, aunque su cabeza no estaba como para darle explicaciones a nadie y de pronto escucha el

sonido de la camilla golpeando con los escalones del porche, se da vuelta y ve un cuerpo envuelto en una bolsa negra, las piernas le temblaban, su visión se tornó borrosa, se acercó a la camilla sin dejar que los policías avanzaran, lo primero que tendió a hacer fue destapar el cuerpo, necesitaba corroborar que era ella la que estaba allí, aun no caía en lo que estaba pasando, quería creer que era una pesadilla y que pronto despertaría, pero eso no sucedería. En el momento que bajó el cierre de esa bolsa plástica y vio el rostro de su esposa, calló rendido sobre ella, in poder soltarla.

—Si esto es una pesadilla ya quiero despertar — se decía a sí mismo.

No quiera que se la llevaran, no dejaba que nadie se le acerque, hasta que uno de los policías logró apartarlo y se llevaron el cuerpo sin vida de Consuelo.

Era de mañana y todos los vecinos se encontraban despiertos husmeando.

Kurt acompañó en todo momento al cuerpo de su esposa hasta que lo subieron a la ambulancia, en donde el policía que le estaba tomando declaración lo estaba esperando.

—Disculpe señor, pero debemos terminar con la declaración—Le informó con un cuaderno de apuntes y un bolígrafo en la mano

—Lo siento, pero no creo que sea el momento indicado para hacer eso—respondió con la mirada perdida en un mar de lágrimas.

—Esto es algo que tarde o temprano deberá hacer, si no es aquí será en la comisaria.

Mientras que el policía trataba de que Kurt dijera algo, otro oficial le tomaba declaración al doctor que la asistió. Luego de unos minutos el medico se subió a la ambulancia y el policía que se encontraba con él, llamo al agente que le estaba tomando declaración a Kurt, y se pusieron a charlar de una forma muy misteriosa y mirando con sospecha de vez en cuando a Kurt, quien en todo momento se encontraba con su hija en brazos, hasta que el policía que le quería tomar la declaración se le acercó nuevamente y le dijo:

—Queda usted arrestado por ser sospechoso de la muerte de Consuelo Noemí Acosta, todo lo que diga puede ser usado en su contra, puede contactar con un abogado, si no tiene uno el estado le proveerá —le dijo mientras sacaba las esposas y otro policía trataba de tomar a la niña.

—¡Que está diciendo! ¡Yo no mate a mi esposa! ¡Suelte a mi hija! —advirtió muy enérgicamente, empujando al policía.

—Señor no complique las cosas, nosotros solo hacemos nuestro trabajo. No se preocupe por su hija quedara en mano del departamento de menores

hasta que se designe un tutor o usted quede en libertad.

—¿Pero porque me están acusando? no entiendo, necesito una explicación —exclamó.

—Por el momento no podemos darle más información, va a tener que acompañarnos.

—¡Está bien, pero quiero ir con mi hija! —aclaró.

—No puede ir con la niña en brazos en el patrullero, va contra las leyes de tránsito y tampoco puede ir usted con ella cuando llegue el departamento de menores.

—Por lo menos podrían avisarle a mi madre y a los padres de mi esposa ellos sabrán que hacer.

—Sí, ya estamos tratando de comunicarnos con ellos.

Kurt se despide de su hija totalmente desgarrado y lo suben al patrullero.

4

La investigación policial

Kurt es trasladado a la comisaría local en donde queda demorado hasta que las investigaciones avancen. Entrar a ese lugar esposado lo hacía sentir como un delincuente, sentía como las miradas acusadoras se posaban sobre él.

Lo primero que se le pide es que haga una declaración formal de los hechos, lo llevan a una oficina muy pequeña, en donde había un escritorio con una máquina de escribir, lo sientan en una silla y le sacan las esposas, el policía que se las había puesto no fue muy amable, las había apretado con demasiado énfasis.

—¡Espere aquí! en un momento un oficial vendrá a tomarle declaración— le informaron.

Esa fue la primera vez que quedo solo después de la muerte de su esposa, todavía no terminaba de caer en la idea de que su esposa había muerto y ahora lo estaban acusando de haberla asesinado, sin embargo, no estaba preocupado por eso, sabía que no podrían culparlo, tarde o temprano quedaría libre. Lo que si le preocupaba era su hija, no sabía quién la tenía, ni si estaba bien, si la estaban cuidando como debían.

En ese momento entra un policía y pone a su disposición un teléfono indicándole que podía realizar una llamada. La primera persona que se le vino a la mente fue su madre.

—Hola

—¡Hola mamá!

—¡Hijo! ¿cómo estás?, ¿de dónde me estas llamando? No tengo el número en mi registro.

—¡De la comisaría!

—¿De la comisaría, paso algo? —en ese momento se produjo un silencio que le anunciaba a Ilse que algo malo había pasado—¿Qué paso? Responde— un lamento desgarrador se escucha por la bocina del teléfono—¡que paso, dime!

—¡Consuelo... Consuelo esta! —trataba de decirle, pero no le salía la otra palabra

—¿Qué le paso a Consuelo? —pregunto exaltada y con tono de preocupación.

—¡Está muerta mamá... está muerta!

—¿Qué?, ¿Cómo que está muerta? ¡Es una broma! ¿no?

—Ojalá fuera eso, pero ya no está... ya no está— respondió con la voz quebrada.

—¿Pero qué paso, eso no puede ser? —dijo mientras rompía en llanto.

—No lo sé, desperté esta mañana y ella no respondía, estaba muy pálida y no despertaba, no puedo darte muchos detalles ahora, necesito que me hagas un favor, en realidad varios.

—Si claro hijo, ¿pero porque no puedes darme detalles?

—¡Porque te tienen demorado!

—¿Pero porque te tiene demorado?

—No lo sé, creo que es el procedimiento de rutina, hasta que se sepan las causas de la muerte o me tienen que tomar declaración, no lo sé.

—¿Y Camila?

—A eso iba, necesito que vengas urgente y averigües donde está mi hija y como esta, también necesito un abogado, yo no conozco a nadie y me dijeron que iba a necesitar uno, además quiero que le avises a los padres de Consuelo no sé si los policías se encargaron de hacerlo.

—Está bien hijo, pero ¿dónde estás?

—En la comisaria de la localidad, ven lo más rápido que puedas, te necesito.

—¡Ya salgo para allá!

Ilse no lo podía creer, fue como un baldazo de agua fría, apreciaba mucho a Consuelo, sin embargo, no podía dejar de pensar, en que le había pasado y porque tenían a su hijo preso.

Kurt colgó el teléfono, no obstante, no había nadie a su alrededor, podía hacer otra llamada, pero justo en ese momento se abre la puerta del cuarto e ingresan dos policías, uno grande y gordo que se sienta en frente de él y el otro muy flaco, con bigote, que se sienta en la máquina de escribir.

—Hola soy el oficial Néstor Contreras y voy a ser el encargado de tomarle declaración—dijo mientras el otro policía escribía todo lo que decían —antes que nada, debo informarle que esto es una declaración informal ya que la formal se debe hacer en presencia de un abogado, dicho esto dígame su nombre, apellido, numero de identidad y ocupación por favor.

—Disculpe... pero desde que estoy aquí nadie me ha dicho nada, ni

porque me tienen aquí, ni que paso con mi hija; nada.

—Lo siento, pero yo no estoy autorizado para darle ningún tipo de información y tampoco se mucho de su caso, de echo de eso se trata este procedimiento para poder saber lo que está ocurriendo ¿Me podría responder las preguntas?

—Me llamo Kurt Allen —respondió resignado —soy ingeniero mecánico, pero actualmente me encuentro desocupado, solo hago algunos trabajos de mecánica.

—Tiene usted algún parentesco con Consuelo Noemí Acosta.

—Si... es mi esposa y tenemos una hija de un año.

—Bien puede relatarme cómo sucedieron los hechos.

—SI... desperté esta mañana con el despertador de mi mujer sonaba sin parar y ella no lo apagaba, es algo que sucede de vez en cuando, tiene el sueño un poco pesado, casi siempre tengo que moverla para que se despierte, pero esta vez no respondió, el despertador siguió sonando, ya comenzaba a fastidiarme—recordaba Kurt como ido, casi viendo la imágenes en su mente—volví... a moverla pero esta vez con más énfasis y nuevamente no respondió, me levante y apague el despertador que estaba en su mesita de luz, me siento del lado de su cama y cuando... cuando la miro...—en ese momento sus ojos se inundan era como volver a revivirlo—ella estaba con sus ojos abierto pero no brillaban como lo hacían siempre, estaban vacíos, parecían sin vida, su piel que parecía estar siempre bronceada se veía blanca como una hoja—esa imagen quedo grabada en su mente —en ese momento me desesperé... era obvio que algo andaba mal, comencé a sacudirla para que reaccione pero ella no se movía, me acerqué a su rostro para ver si sentía su respiración y nada, coloque mi cabeza en su pecho y tampoco sentí su pulso, intenté hacerle reanimación, como se ve en las películas, pero no funcionaba. No sabía qué hacer en ese momento, estaba entre tomar a mi hija y salir corriendo para el hospital o llamar a la ambulancia y como tenía a mano el teléfono lo tomé y llamé a emergencias. Mientras llegaba la ambulancia, seguía tratando de hacerla reaccionar, pero nada funcionaba, mi hija se despertó y lloraba mucho, parecía saber que algo le había pasado a su madre, la ambulancia tardaba mucho, yo quería hacer algo, estaba que salía para el hospital pero en ese momento escuche las sirenas, tome a mi hija y baje las escaleras corriendo para abrirles la puerta a los médicos, los lleve a la habitación en donde se encontraba mi mujer y ellos me sacaron, cerraron la puerta y después de unos minutos que a mí me parecieron eternos, salieron y me dieron la peor noticia

que podían darme, dijeron que estaba muerta y que no podían hacer nada.

Después llegó la policía, me sacaron a mi hija y me detuvieron.

—Bien, ¿quiere agregar algo más a su declaración? —preguntó con el ceño fruncido y muy despectivamente.

—No, eso es todo—respondió.

—Muy bien con esto concluimos la declaración.

—Yo ya cooperé ahora... ¿usted podría decirme algo? Sé que sabe algo, por lo menos dígame como esta mi hija, de que se me acusa, porque no me puedo ir.

—Como ya le dije, no puedo informarle sobre nada.

Kurt no entendía lo que estaba pasando, porque sentía que lo trataban como un delincuente, ¿como si hubiera hecho algo, acaso la policía sabía algo que él no, porque lo llevaron como un sospechoso de la muerte de su esposa si ella murió de causas naturales?

Lo dejaron en ese cuarto durante más de una hora, sin darle ningún tipo de explicación.

Mientras tanto llegó a la delegación policial el padre de Consuelo, necesitaba saber si era verdad, si la que había muerto era su hija, quizás era otra mujer con el mismo nombre, pensaba, es muy común su apellido. En la delegación le confirmaron lo que tanto temía ¡era su hija! También le informaron que tenían al marido detenido en el lugar, pero el oficial que estaba a cargo de la investigación no se encontraba en ese momento, por lo que no pudo conseguir más información; lo que sí consiguió fue poder hablar con Kurt.

Se abrió la puerta del cuarto en el que estaba Kurt y ve a Ernesto entrar, Kurt se levanta de la silla y lo queda mirando fijamente:

—¡Dígame que estoy soñando!, ¡que todo esto es una mentira!, ¡que mi Consuelo está bien! —exclamó Kurt desconsolado.

Ernesto que era de esos hombres muy correcto y serio, de los que solo las personas que los conoces bien pueden distinguir si está contento o triste, pero esa vez cualquiera que lo hubiera visto, podía darse cuenta de que estaba destrozado con los ojos inundados, pero no tanto como para que cayeran las lágrimas. Se acercó a:

—Quería entrar aquí y encontrarme a otro hombre, a alguien que no conociera, pero estas tú, me encantaría preguntarte eso y que tú me digas que no es mi hija la que ya no está—le respondió mientras lo tomaba de los hombros—¿Qué paso Kurt, porque dicen que mi hija está muerta? Dijo

zamarreándolo ligeramente.

—No lo sé, que yo sepa no estaba enferma ni nada, pero desperté esta mañana y ella no reaccionaba... estaba... ¡muerta...!

—¿Pero cómo Kurt? ¿Ella se sentía mal? ¿Le pasaba algo?

—No... estaba bien, no sé qué paso. ¿Usted se enteró de algo?, ¿sabe algo de mi hija? ¿Porque me tienen demorado? Usted debe tener contactos aquí dentro ¡es policía!

—No, no sé nada, todavía no he podido hablar con el encargado de la investigación, seguramente te tienen demorado por protocolo, de todas formas, es raro porque solo demoran en caso de sospechas de muerte dudosa, hasta que se sepan las causas de la muerte seguramente te van a tener demorado, igual voy a averiguar. Por la Camila no te preocupes ya hable con el departamento infantil y nos la van a entregar en cuanto te hagan firmar la custodia provisoria, lo cual ya estoy agilizando. No sé cómo voy a decirle esto a mi mujer, no creo que pueda soportarlo

En ese momento golpean la puerta y entra un oficial

—Señor ya debe retirarse.

—Si enseguida me retiro—respondió—ahora voy a ver si consigo alguna información—le dijo a Kurt mientras se retiraba.

Cuando salió del cuarto y se acercó a la mesa de entrada de la comisaria no podía creer lo que estaba viendo, su mujer (Norma) se encontraba hablando con la madre de Kurt quien había llegado hacía unos momentos con un abogado.

—Amor ¿ya te enteraste? —le pregunto Ernesto apenas vio a su mujer.

Norma no respondió, pero su llanto lo decía todo. Ernesto no pudo contenerse más y se quebró en los brazos de su mujer, ninguno estaba preparado para recibir esa noticia, a ningún padre se le ocurre pensar que su hija se puede llegar a ir primero que ellos. Ernesto no podía soltar a su mujer, sabía que él debía ser el fuerte, pero en ese momento no podía evitar sentirse desarmado. Ilse se acercó a Ernesto y le da un fuerte abrazo.

Norma parecía no darse cuenta de lo que estaba pasando, se veía como ida, físicamente estaba, pero mentalmente no.

Ernesto un hombre de carácter fuerte, trataba de recomponer la postura y se acercó a la mesa de entrada, donde el abogado se encontraba tratando de obtener alguna información del caso e intentando que le permitieran pasar a ver a su cliente.

De pronto la puerta de la entrada a la delegación se abre, era un oficial,

saluda a las personas que allí se encontraban de forma general y sin prestarles mucha atención, se acerca a la mesa de entrada y pregunta al oficial que allí estaba, si le habían tomado declaración al sospechoso de la muerte de la mujer. Ernesto lo quedo mirando fijamente sabía que lo conocía y que se refería a su hija. El oficial pareció darse cuenta de que lo estaba observando con demasiado énfasis por lo que volteo a ver.

—¡Ernesto! no te había conocido, has cambiado, sabía que tarde o temprano te iba a ver aquí, lamento mucho que sea en estas circunstancias, en verdad lo siento —comento Claudio (un compañero que había conocido en la academia de policías) expresando su pésame.

—¡Claudio! Tanto tiempo ¿Que sabes de mi hija? —respondió con pesar.

—Sabes cómo son las cosas aquí, no decimos todo, además me han asignado el caso de tu hija y apenas leí tu nombre supe que te vería.

—¿Qué sabes del caso? —preguntó ya serio y erguido como siempre—
¿Por qué tienen demorado al marido de mi hija?

—Supongo que no te han dicho nada, no sé cómo decirte esto, pero... al parecer tu hija no falleció por causa naturales.

—¿De qué estás hablando?

—El cuerpo presenta signos de violencia—respondió, mientras que Norma no pudo contener el llanto—cuando los policías se presentaron en la escena hablaron con el médico que asistió a tu hija y este les dijo que el cuerpo presentaba signos de lucha y que al parecer había sido asfixiado. Como la única persona que había estado en contacto con ella, era su marido se procedió a detenerlo solo por precaución, hasta el momento es el principal y único sospechoso.

En ese momento todo los que escucharon quedaron en shock, Ilse que estaba a unos pasos de ellos junto a Norma no pudo aguantarse y señaló:

—¡Eso es imposible! mi hijo jamás le levantaría la mano a una mujer, mucho menos matarla, él la amaba—dijo indignada.

Mientras tanto Norma y Ernesto no sabían que decir ni pensar, a ambos había algo que les decía que eso era imposible, que por lo que conocían a Kurt, el sería incapaz de hacer eso, aunque Norma sabía que las cosas entre ellos no andaban muy bien.

—¡Bueno, bueno! No se alteren, no se adelanten a los hechos, esperemos los resultados de la autopsia y recién en ese momento sacaremos conclusiones —dijo el policía tratando de controlar la situación.

Mientras tanto el abogado que ya tenía alguna información relevante del

caso se dirige hacia el cuarto en donde tenía a Kurt, abre la puerta y ve a un hombre lamentándose, sentado con la cabeza gacha, encorvado, con las manos en la cabeza:

—¡Hola! ¿Qué tal? Mi nombre es Julio Hernández soy abogado y voy a representarlo.

—¿Que tal! — Dijo pasándose la mano por el cabello—¿tiene alguna novedad? ¿Porque me tienen acá?

—Al parecer su esposa presentaba signos de violencia más precisamente de una estrangulación.

—¿Cómo que presenta signos de violencia?, eso es imposible, mi mujer se encontraba lo más bien el día anterior no tenía ninguna marca ni nada, además no había entrado nadie en mi casa, yo fui el ultimo que la vio.

—Por eso está aquí, por lo que se sabe usted fue la última persona que la vio con vida y el médico que la asistió remarco que presentaba signos de violencia, de todas formas, esto no es nada oficial, debemos espera a lo que dice la autopsia.

—¿Lo que me está diciendo es que se me acusa de asesinato?

—Le repito señor, que esto no es nada oficial, son simples apreciaciones de un médico. Por lo que si usted dice que es imposible que haya pasado algo por el estilo, no tiene de que preocuparse, seguramente ha sido una confusión. Eso sí, necesito que me diga con lujo de detalles lo que ocurrió esa noche.

Kurt comienza a relatarle las cosas que sucedieron, exactamente igual que como lo hizo con el policía en la declaración testimonial.

—¿Tuvo algún tipo de discusión con su mujer el día anterior? —pregunto el abogado mientras anotaba todo lo que le decían.

—No... justamente esa noche no tuvimos ningún tipo de discusión, solo nos acostamos creo que sin cruzar palabra.

—¿A qué se refiere con esa noche, estaban teniendo problemas?

—Si un poco, los de cualquier pareja supongo.

—¿Usted la golpeaba?

—Claro que no, jamás le levante una mano—respondió con enfado.

—disculpé si lo ofendí, pero yo no lo conozco y debó hacerles estas preguntas, no es nada personal.

—¿Recuerda algo más de esa noche?

—No, solo recuerdo que escuche unos ruidos mientras dormíamos, pero nada importante, me levante y no había nadie en la casa.

—Por ahora creo que ya estamos, aunque deberíamos hacer la

declaración indagatoria.

—¡Ya declararé!

—Lo sé, pero la declaración que usted hizo no es de carácter formal, es solo para que los policías puedan hacer sus investigaciones, tampoco se puede tomar como prueba esa declaración porque no estaba presente un abogado o un juez en su defecto. Por lo que ahora haremos una de carácter formal estando yo presente. Usted lo único que debe decir es lo mismo que me acaba de marcar, en caso de que le hagan otra pregunta yo le estaré informando si debe responderla o no.

El abogado llamo a un oficial y llevaron a cabo la declaración

—Ahora sí, creo que ya estamos por hoy—aclaró el abogado—cuando tengamos más información del caso, los primeros resultados de la autopsia, yo calculo que van a estar en un día, seguramente voy a estar visitándolo.

El abogado se va del cuarto, mientras que en la mesa de entrada lo estaba esperando Ilse:

—¿Cómo está mi hijo?, ¿puedo verlo?

—No...por ahora no, lo siento señora, pero en estos momentos él se encuentra incomunicado hasta que tengamos la información necesaria como para determinar si va a quedar libre o procesado.

Los resultados de la autopsia no tardaron en llegar y las sospechas se convirtieron en afirmaciones ya no había duda, Consuelo había muerto por asfixia más precisamente por ahorcamiento, presentaba signos de violencias en el cuello y además en las uñas tenía restos de piel y sangre, había luchado hasta su último aliento.

Lo que todos temían se había confirmado ¡a Consuelo la habían asesinado! la noticia no tardó mucho en llegar a los oídos de los familiares, tanto de Kurt como de Consuelo, de hecho, no tardó mucho en llegar a la opinión pública, la noticia estremeció a la ciudad, pero mucho más a las personas que conocían tanto a Kurt como a Consuelo, para muchos era imposible que él pudiera hacer algo así.

Las preguntas comenzaron a surgir ¿a Consuelo la asesinaron? ¿Pudo haber sido Kurt? ¿Alguien entro a la casa? Nadie tenía las respuestas y la policía tenían un arduo trabajo por delante.

Los padres de Consuelo se encontraban desconcertados todavía no asimilaban el hecho de que ya no estaba con ellos y ahora debían lidiar con un asesinato jamás se le cruzo por la cabeza que eso podía ser una opción creía que su hija había muerto por causas naturales, un derrame cerebral, un infarto,

alguna deficiencia; Jamás se imaginaron que podrían haberla asesinado, eso implicaba que podía ser Kurt y era algo que no querían creer.

Hasta ese momento todos sabían las causas de la muerte de Consuelo excepto Kurt, pero claro si las cosas eran como todos pensaban, él ya sabía las causas.

El abogado fue el encargado de darle la noticia. Llego, se acercó a la delegación para comunicarle los hechos y en qué situación se encontraba. Al llegar a la habitación en la que lo tenía demorado, él se encontraba sentado frente a un escritorio, el abogado ingresa lo saluda y se sienta frente a él, del otro lado del escritorio.

—¿Qué tal Kurt?

—¿Qué tal? ¿Alguna novedad? — respondió parecía agotado se notaba que no había pegado un ojo.

—Si, ya llegaron los resultados de la autopsia y la verdad que no son nada alentadores. Su mujer murió por ahorcamiento, es decir que la asesinaron, la hora del deceso fue entre las tres y media de la noche y las cuatro.

—¿Qué? Eso es imposible—respondió como asombrado y a la vez preocupado—ella estaba conmigo en ese momento.

—Si, por eso es el principal, diría que el único sospechoso. Disculpe la pregunta, pero... debo hacerla ¿usted, realmente... no asesinó a su esposa?

—¡Claro, que no! Es mi razón de ser... la amaba más que a nada en el mundo, jamás me hubiese atrevido a tocarle un pelo, es la madre de mi hija — respondió indignado.

—Recuerde que para yo poder defenderlo y armar una buena estrategia, debo saber la verdad.

—Le repito... que yo no mate a mi mujer —dijo agarrándose la cabeza— esa es toda la verdad.

—bien, supongamos que le creo, entonces ¿quién fue? debemos adelantarnos a los hechos, ya que la policía, está haciendo todas las averiguaciones del caso y si no llega a haber otro sospechoso o hay muchas pruebas en su contra, usted va a quedar procesado en la causa y quedara detenido hasta que salga en juicio. Ahora lo que debemos hacer es encontrarle una explicación lógica a lo que paso, si usted no fue, alguien más lo hizo— dijo el abogado tomando el maletín, saco un cuaderno de apuntes y le dio una ojeada a la declaración que había dado la vez pasada:

—¿Sabe de alguien que quisiera hacerle daño a su mujer?

—No... la verdad no creo que allá alguien que quisiera hacerle daño, ella siempre fue muy amable con todo el mundo.

—¿Seguro? ¿Algún compañero de trabajo, un familiar, un ex novio de ella o una exnovia suya?

—No... no se me ocurre nadie que pudiera hacerle daño.

—¿Sabía usted de alguna relación extramatrimonial de ella?

—No... solo tenía muchos celos de un compañero del trabajo de ella, pero la verdad que no lo conozco y no tengo ninguna prueba ni razón como para decir que ella me engañaba, y la verdad que no creo que lo estuviera haciendo.

—¿Sabe el nombre de esa persona?

—Creo que se llamaba Juan el apellido nunca lo supe.

—¿Hay alguien que tenga alguna relación con usted, que quiera o le pueda hacer daño a ella?

—No...no tengo amantes ni nada.

—¿Recuerda usted que el día que hablamos por primera vez, me dijo que había escuchado unos ruidos extraños en la noche?

—Si lo recuerdo.

—¿Podría contarme con lujo de detalles lo que sucedió en ese momento?

—Si, he... bueno, me desperté en medio de la noche porque escuché unos ruidos extraños. Me levanto y los ruidos paran, de todas formas, reviso la casa por las dudas, aunque no escuche nada en ese lapso. Cuando estaba regresando al cuarto de repente escuche un sonido raro, como el llanto de un bebé, creí que era mi hija, pero cuando la fui a ver, se encontraba dormida me acerque a ella y me quede un momento contemplándola para ver si se despertaba pero en ese instante volví a escuchar ruidos, esta vez eran como de pasos e inmediatamente se escuchó un golpe como si algo callera al suelo, me puse un poco nervioso, debo admitir que me asuste quería llamar a la policía pero la alarma de la casa no había sonado y yo recuerdo que la había puesto, no sabía qué hacer, tomé el escobillón de la casa, solo por precaución y me acerque al lugar de donde provenía los ruidos parecía que venían de la habitación en la que tengo mis cosas de trabajo ¡mi... despacho!, me acerco a la puerta y coloco mi oído en ella, me quede un rato esperando a ver si se escuchaba algo ¡no se oía nada! con una mano tomó el picaporte y con la otra sostengo el palo de escoba, ¿no sé para qué? Porque en mi mente sabía que no había nadie, la alarma no había sonado; abro lentamente la puerta y apenas se abre un poco, sale el gato de mi mujer corriendo, en ese momento me asuste, pero a la vez

me relaje porque le encontré una explicación al llanto del bebé que se escuchó ¡era el gato! Luego prendo la luz y no había nadie, después regrese a la cama, no quedaba nada por hacer.

—¿Y los pasos que escucho?

—¡Supuse que era mi imaginación, no sé!

—¿Recuerda que hora era en ese momento?

—No... ni mire la hora—respondió tratando de recordar.

—¿Su mujer se encontraba bien cuando regreso a la cama?

—La verdad, ¡no sé! Estaba oscuro y no la miré, solo me acosté. Si hubiera visto algo raro, calculo que hubiese actuado en ese momento.

—¿Cree usted que alguien pudo haber entrado a su casa en ese momento?

—No... no creo, la casa cuenta con alarma y siempre la activo antes de acostarme, rara vez me olvido de hacerlo.

—¿Hay alguien aparte de ustedes que sepa la contraseña de la alarma?

—Si... solo mis suegros y la señora que cuida a mi hija.

—¿Cómo es la relación con su empleada? ¿La conocen bien?

—La relación siempre fue buena, nunca tuvimos problema; y no... no la conocíamos bien, la contratamos porque un amigo de la facultad nos la había recomendado, tenía muy buenas referencias.

—¿No recuerda nada más, algo que le haya parecido raro? Recuerde que en estos momentos nos puede servir cualquier información ¿una amante?

—No...nada de eso, ya le dije y es la verdad.

—Ok, voy a ver qué novedades tienen del caso la policía y les voy a decir que investiguen a su empleada y al compañero de trabajo de su mujer.

—Está bien, pero que va a pasar conmigo hasta entonces

—Lo que normalmente ocurre en estos casos es que la policía se va a encargar de recoger toda la información, que va a estar a cargo del oficial que realiza el sumario, después esté va a derivar toda la información al juzgado, donde será evaluada, de no haber suficientes pruebas para tenerlo demorado, se lo va a dejar en libertad de inmediato, caso contrario se lo va a procesar, lo van a enviar a una unidad de detención, hasta que salga el juicio, lo cual tarda entre diez meses o un año, y ahí se le va a dar la sentencia que corresponde.

Con todo dicho, el abogado se retira, aunque con un sabor amargo, como podía ser que alguien hubiera entrado a la casa, la halla estrangulado y él no se diera cuenta.

El cuerpo de Consuelo estuvo en la morgue durante un día y luego se lo entregaron a los familiares. El velorio se realizaría en una sala velatorio en el

centro de la ciudad en la que vivía Consuelo, a unas veinte cuadras de su casa. El personal de la morgue debía entregar el cuerpo cerca de las cinco de la tarde, por lo que para esa hora ya tenían todo preparado para velarla. Era un día soleado, pero corría mucho viento el cielo se veía opaco oculto bajo un manto de arena. La hora de la despedida de su hija se acercaba, Ernesto y Norma no querían saber nada de eso, solo querían despertarse de esa pesadilla, pero eso no sucedería.

Ernesto consiguió que le dieran la custodia de Camila, sin embargo, todavía no podían ir a buscarla lo que si podían hacer era prepararse para ese momento, por lo que debieron ir a buscar un par de cosas de la niña a casa de Consuelo. El asunto no fue nada fácil durante el camino no cruzaron palabra, Ernesto parecía estar muy concentrado manejando mientras que Norma estaba perdida en un mar de pensamientos tormentosos. Cuando llegaron y estacionaron el auto en frente de la casa, Ernesto paro el motor y se quedó mirando fijo a la calle parecía no querer voltear hacia la casa, Norma escucho un suspiro muy profundo volteo a mirar y Ernesto se veía tenso apretando con fuerzas en volante del coche:

—No sé si voy a poder entrar a ese lugar—dijo Norma con miedo de mirar a la casa

—No tienes que bajar, yo puedo ir solo—respondió, tratando de hacerse el fuerte, aunque le dolía más que a ella entrar a ese lugar.

—No, está bien, vamos juntos—respondió con pesadez—esto es algo que debemos hacer juntos.

Bajaron del auto y todo había cambiado la casa estaba cubierta por precintos policiales y el viento teñía de colores opacos todo el lugar, Ernesto se acerca al portón de entrada y quita el precito, a medida que se iban acercando a la entrada de la casa un sentimiento de malestar les recorrían todo el cuerpo, sentían como se les formaba un nudo en el estómago y en la garganta. El viento que golpeaba sus caras con fuerzas, no les permitía abrir bien los ojos, además parecía volverse más fuerte con cada paso que daban, al llegar a la entrada algo había cambiado en esa casa, ya no representaba el lugar donde vivió su hija, sino que era el lugar de su muerte; quitaron los precintos que luego el viento se encargó de hacerlos desaparecer. Ernesto tomó el picaporte, lo gira, pero la puerta se encontraba atascada, le da un empujón, esta hace un chirrido muy molesto para los oídos y se abre de golpe, cayendo arena de la parte superior. Al ingresar, el ambiente se sentía pesado, parecía una casa abandonada, estaba todo lleno de polvo, había olor a

encierro, a viejo, lo cual era raro ya que solo había pasado un día de que la casa estaba deshabitada, además se escuchaba una especie de silbido que hacían las ventanas cuando el viento golpeaba en ella, la sensación de incomodidad no desaparecía ni por un momento. Norma se sentía tan incómoda que no podía ni siquiera subir al primer piso, cada vez que se acercaba a la escalera, la miraba como si estuvieran cubiertos de excremento, sentía miedo no quería subir, sabía que allí había muerto su hija, aunque lo intentaba no podía, tomaba la baranda, colocaba el pie en el primer escalón y estos hacían un ruido que parecían dañarle los oídos y a medida que subía comenzaba a sentir cada vez más fuerte ese olor a encierro, a viejo, tan fuerte era que le daban náusea, llegó un punto que no pudo soportarlo más, estaba casi a la mitad de la escalera y tuvo que regresar casi corriendo como si alguien la estuviera persiguiendo. Ernesto que se encontraba con ella notó que se le complicaba subir, que se sentía mal, le pidió que lo esperara en el comedor, a pesar de que él también sentía esa sensación y olores. Siguió subiendo las escaleras hasta llegar a la planta alta, en ese lugar se sentía el viento mucho más fuerte, él lo atribuyó a que estaba más arriba por lo que debía sentirse más fuerte. Continuó caminando por el pasillo, hasta llegar al cuarto de Camila. Enfrente de la puerta de este cuarto se encontraba, la entrada del cuarto de Kurt y Consuelo, en ese momento se hallaba entreabierta, Ernesto no se atrevió ni siquiera a voltear la cabeza hacia ese lugar, ingreso al cuarto de Camila como si alguien lo estuviera apurando, tomó el bolso de la beba, se lo colgó en el hombro, abrió el placar, agarró una maleta y comenzó a llenarla. Cuando de repente la puertaventana que daba al balcón se abre de forma brusca por la fuerza del viento, los vidrios se desparramaron por todo el cuarto. Ernesto no podía ver nada, el viento no le dejaba abrir bien los ojos, se acerca a la ventana con la mano levantada, cubriéndose los ojos, tomó una hoja de la puerta y cuando está tratando de alcanzar la otra hoja, escucha... << ¡PAPÍ! >> con una voz muy débil, de niña, mientras divisaba una sombra que pasaba muy rápido detrás de él. Esto lo descolocó y lo puso alerta, no pudo evitar asociar esta voz, con la de su hija cuando era pequeña. Cerró la puertaventana con la mayor rapidez posible y volteó hacia atrás, pudo notar que la puerta del cuarto de Consuelo estaba completamente abierta, se acercó hacia ella con mucha cautela, mientras se preguntaba cómo era posible que escuchara la voz de su hija cuando era pequeña. Una vez en la puerta del cuarto, dio un vistazo desde afuera, pudo notar que todavía quedaban algunas cosas de la investigación policial y justo en el momento que se decidió a

entran, se escuchó una voz fuerte y alterada:

—¿Que te paso?

Eso lo sorprendió y asusto, como cuando a un niño se lo sorprende haciendo algo indebido, su corazón comenzó a latir muy rápido pero solo era Norma que al sentir el fuerte ruido de la puertaventana se asustó y decidió ir a ver qué pasaba.

—¿Qué te pasó? —Volvió a preguntar.

—¡Nada! —respondió moviendo la cabeza de forma negativa y como distraído o pensativo.

—¿Cómo que...nada?, si te está sangrando la mano—le dijo muy alterada Ernesto se mira la mano y efectivamente estaba sangrando, tenía un tajo justo en medio de la palma, no muy profundo, pero si sangraba mucho.

—No me di cuenta, debí haberme cortado con los vidrios de la puerta.

—¿Qué hacías en el cuarto de consuelo?

—Nada, pensé... Pensé que iba a necesitar otra maleta, pero creo que... con lo que llevamos está bien—le respondió tratando de ocultar lo que, en realidad había pasado, sin embargo, no sabía si había sido su imaginación o no.

—Tomemos las cosas de Camila así nos vamos de aquí, ya no me gusta este lugar—le dijo Norma mirando para todos lados.

Ernesto no tuvo ninguna objeción con eso, cerró la puerta del cuarto de Consuelo y fue de inmediato a la habitación de Camila, tomó del armario una de las prendas de la niña y se vando la mano con ella, terminó de colocar la ropa en el bolso y se fueron sin mirar atrás.

Con cada paso que daban se acercaban más a la hora del velorio, no querían saber nada del tema, sus fuerzas los estaba abandonado, pero era algo inevitable, debían despedirse de su hija para siempre. Los ánimos no estaban ni siquiera para arreglarse, algo que para Norma era esencial antes de salir a cualquier lado, pero esta vez su parte coqueta estaba apagada, fueron así, como estaban, Ernesto con un pantalón de jean y camisa blanca y Norma con un vestido largo a rallas grises y negras , y un sombrero de paja que acostumbraba utilizar en los día de verano, lo único que se pusieron fueron unos lentes oscuros que taparan el sufrimiento de sus ojos, pero que lástima que no existieran unos lentes que taparan el sufrimiento del alma. Norma se encontraba desconsolada, ya no lloraba, pero su corazón no dejaba de romperse y sangrar con cada pensamiento que cruzaba por su mente. La hora llegó y Norma se subió al coche como si anduviera en piloto automático,

miraba por la ventana como iba, las calles de la ciudad estaban desiertas, parecía que todo el pueblo se encontraba de luto, aunque lo más probable haya sido que no había nadie, por el fuerte viento que azotaba. La sala velatorio estaba repleta, Ernesto bajo del auto primero y se dispuso a ir a la puerta del acompañante, la abrió y le extendió la mano a Norma que parecía no querer bajarse del auto. Ernesto la abrazó y con solo una mirada la convenció de que bajara del auto y caminaron juntos hacia ese lugar que solo auguraba sufrimiento. Con cada paso que daban, alguien se acercaba a saludarlos y darles el pésame, hasta que un coche largo y negro se estacionó justo en frente de ello, dos hombres de traje negro casi sin expresión en el rostro se bajaron del auto y se dirigieron al maletero; familiares y amigos se acercaron al coche para ayudar a bajar el ataúd. Ernesto se queda con Norma abrazándola, temía que se fuera a desmallar en cualquier momento. Se quedaron mirando pasar el ataúd, sin poder creer que dentro de esa caja de madera pulida y barnizada se encontraba su hija. Entraron al salón y colocaron el ataúd sobre dos soportes, los encargados del sepelio abrieron el cajón y dejaron la parte superior de Consuelo al descubierto, Norma y Ernesto se acercaron a paso de tortuga, era como caminar hacia la muerte, no querían ver a su hija en ese cajón, en lo más profundo de su corazón esperaban ver a otra persona ahí dentro. Cuando llegaron Norma se desplomó en el cuerpo de su hija mientras que Ernesto a pesar de que ya estaba acostumbrado a ver cuerpos sin vida (por su profesión) no podía ni siquiera mirarla. Norma levantó un poco la cabeza y observó a su hija, mientras contemplaba su rostro, se dio cuenta que su expresión no transmitía paz, se notaba tenso, parecía reflejar angustia, dolor y terror; eso la inquietó mucho, se preguntaba cómo había muerto su hija, si había sufrido, porque no estuvo ella para ayudarla.

La sala no dio abasto, había mucha gente que quería despedirse, sin embargo, el lugar se notaba raro, pesado, al acercarte al cuerpo la saliva se sentía más espesa y caliente, era raro ver a alguien tan joven y cercano en ese cajón, nadie podía creer que de un día para otro ya no la iban a ver más, es algo que pasa, pero por más que lo intentemos no podemos acostumbrarnos a la idea. Los padres de Consuelo no se separaron ni un momento del cuerpo de su hija, no quería descansar, no quería probar bocado, solo se quedaban en frente del ataúd con la mirada perdida, recordando, momentos bellos de su infancia; esa sonrisa, con esos dientes blancos y perfectos que la caracterizaba, no podía creer lo que le pasó, jamás se les ocurrió pensar que en algún momento de su vida, ellos tendrían que enterrar a su propia hija, no estaban

preparado, ¿y quién lo estaría?, nadie supongo. Ernesto trataba de no demostrar su dolor, sabía que tenía que estar fuerte, él era el único que podía contener a Norma, pero a ella no solo le habían quitado a su hija, le habían sacado todo, hasta las ganas de vivir, además lo peor de esa situación todavía no pasaba, había que enterrarla.

Los familiares de Kurt más precisamente su madre y hermana, se presentaron en el velorio, apreciaban mucho a Consuelo y quería despedirse de ella, pero al momento de entrar parecía que todas las miradas estaban puestas sobre ellas, se sentían muy incómodos, no eran miradas amistosas sino que eran miradas más bien acusadoras. A medida que se iban acercando al ataúd de Consuelo, se podían escuchar ciertos murmullos, en contra de que ellas estuvieran allí; a pesar de que todavía no se sabía nada de la investigación, ya algunas personas más precisamente la gente que no conocía mucho a Kurt daba por hecho de que él había sido. No pasaron mucho tiempo en el velorio, una vez que dieron el pésame a los padres de Consuelo y dijeron un par de plegarias en su nombre, decidieron retirarse antes de que alguien dijera un comentario desubicado que no estaban dispuestas a escuchar.

Pasada las tres de la madrugada el cuerpo de Consuelo comenzó a despedir un hedor muy fuerte, casi insoportable, lo que provocó que gran parte de la gente comenzara a irse. Era tan fuerte el olor que se tuvo que cerrar el ataúd, pero de todas formas este persistía, aunque con menos intensidad, se tomó la decisión de adelantar el entierro, de las once a las siete de la mañana.

Siete en punto el coche fúnebre se encontraba a la entrada de la sala, nuevamente los familiares y amigos ayudaron a cargar el ataúd; Norma ya estaba sin fuerzas, parecía que no iba a poder mantenerse en pie, llevaba la cabeza gacha en todo momento, su aspecto se veía muy desmejorado como si de repente se le hubiera agregado diez años. En todo el trayecto hasta el cementerio Ernesto y Norma no cruzaron ni una palabra, ambos sabían que en ese momento las palabras sobraban, no había nada que pudiera consolarlos.

Al final de la calle se podía ver el cementerio, un lugar que no acostumbraban a visitar, preferían focalizarse en los vivos y no en los muertos, pero eso cambiaría desde ese instante. El coche fúnebre se detiene justo en frente de esas dos grandes rejas que en cierto modo separan el mundo de los vivos del de los muertos; se baja el chofer y los familiares se acercan para cargar el ataúd, Norma y Ernesto iban detrás del mismo en todo momento, una vez que dejan el ataúd en su sitio, un cura de la iglesia católica a la que iban los padres de Consuelo dijo unas palabras de consuelo para los familiares y

amigos:

—Cuando un ser querido se nos va, siempre existe un sentimiento de culpa que nos llama, que nos dice que podríamos haber hecho algo, sin pensar que Dios la está llamando para que lo acompañe en un paraíso que solo las almas puras como la de Consuelo pueden habitar. Debemos comprender que la persona que se fue no nos ha dejado y que estará con cada uno de nosotros en nuestros corazones, pues simplemente ha pasado a otro mundo, donde no hay sufrimiento alguno.

Las palabras seguían, pero mientras el cura decía su discurso, los pensamientos de Norma estaban en otra parte se hacía ciertas preguntas ¿mi hija estará en un lugar mejor? ¿En el día de mi muerte la podré ver de nuevo? ¿Me necesitara ahora en este momento o soy solo yo la que la necesita? ¿Habría sufrido en su muerte? ¿Tuvo una vida plena? Las preguntas no dejaban de surgir y la única respuesta que tenía, era que su hija había sido una buena católica y una buena mujer, por lo que estaba segura de que se encontraría en un mejor lugar, ese era su único consuelo.

Una vez que el cura concluyó con el discurso, el ataúd empezó a bajar en la fosa y se comenzó a rellenarla. El primer en tirar una palada de arena fue Ernesto, eso le partió el alma, pero a quien le afectaban más esas paladas de arena era a Norma, cada una de ellas eran como puñales en su corazón, tanto que no pudo soportarlo, en un momento su visión se oscureció y se desplomó en el suelo. Cuando despertó se encontraba en una ambulancia:

—¿Dónde está mi marido? —dijo muy alterada y tomando a un enfermero que se encontraba a su lado.

De repente alguien la tomó, era Ernesto.

—Tranquila yo estoy aquí contigo

Lejos de hacerlo, se alteró más, trataba de explicar algo, repetía muchas veces: ¡Consuelo me necesita, Camila está en peligro! Esto descoló a Ernesto, no entendía de que está hablando, creyó que deliraba. El enfermero decidió sedarla ya que se encontraba muy alterada.

Mientras tanto Kurt seguía en la delegación a la espera de noticias, aun lo tenían casi incomunicado necesitaba hablar con alguien, tener noticias de su hija, saber que estaba pasando con Consuelo. Cada minuto que pasaba allí dentro parecía una eternidad, las horas eran días en su mente, no podía hablar con nadie, solo consigo mismo, lo que no era nada bueno ya que se atormentaba con preguntas, que, en sí, no podía responder. Esperaba la llegada del abogado con ansia ya había pasado demasiado tiempo y tenían que sacarlo

de ese lugar. Cuando el abogado cruzo esa puerta se lanzó como un perro a un trozo de carne, pero esta vez esperando buenas noticias quería ver a su hija.

—¿Qué novedad me trae? por favor dígame que ya puedo salir de aquí.

El abogado lo miró y frunció el ceño, moviendo la cabeza con desaprobación, se podía notar que no traía buenas noticias lo que predispuso mal a Kurt

—¿con que me van a venir ahora?, ¿Cuánto tiempo voy a pasar aquí?—eran preguntas que pasaron por su cabeza.

—Antes que nada, debo comunicarle que esta mañana se llevó a cabo la sepultura —anunció el abogado mientras se sentaba y tomó el maletín.

—Ni siquiera pude despedirme de ella—dijo tomándose la cabeza mientras contenía el llanto, aunque sus ojos advertían que no podría contenerse mucho más—¿cu...cuando podré salir de aquí? —pregunto tratando de cambiar de tema.

—Estamos complicados, las pruebas en contra de usted no son nada favorables es más creo que son irrefutable.

—¿Qué quiere decir con eso? es imposible.

—Hasta el momento no hay nada que diga que no fue usted, es el único sospechoso.

—¡Yo no mate a mi mujer! De eso estoy seguro, tiene que haber otra explicación—Dijo exaltado y dando un golpe a la mesa.

—Las pruebas hablan por sí solas, ya no tengo defensa. Todas las teorías que pensé se fueron al caño con las pruebas: que su esposa tenía un amante, que en el momento en el que usted escucho ruidos y se levantó, alguien podía haber entrado... su niñera o el veterinario, no sé, alguien, y le hubiese hecho daño a su mujer; todo eso se calló. Los únicos que estaban en la casa eran ustedes y eso fue muy fácil de comprobarlo.

—Es imposible, yo no mate a mi mujer.

—Puede decir lo que quiera, pero nadie va a creerle, no con estas pruebas—le indicó mientras tomaba el maletín y sacaba un fichero, se acerca a Kurt, se coloca detrás de él y lo arroja en la mesa—ábralo—le indico el abogado de forma despectiva.

Kurt lo tomó, lo abre y lo primero con lo que se encuentra son las fotos de su amada Consuelo en pijamas tirada en la cama con los ojos abiertos y vacíos; sin vida. Recordar ese momento lo destrozo, sus ojos seguían anunciando que no soportarían más ya estaba por explotar. El abogado tomó una foto en la que se puede apreciar bien las marcas de violencia que tenía

Consuelo en el cuello.

—¿Ve esas marcas, ve los ojos de su mujer?, esas son las señales de estrangulamiento, pero eso ya lo sabíamos ¿no? ahora bien, lo segundo que aparece en ese informe, es que no hay ni una sola evidencia de que otra persona estuvo en su cuarto ¡nada! ni huellas digitales, ni pisadas, nada, solo falta analizar algunas muestras de cabellos y ADN que se encontró, pero es muy probable que sea de ustedes. Tercero su mujer tenía en tres de sus uñas restos de piel y sangre y si bien los resultados de las muestras todavía no están, me atrevería a asegurar que pertenecen a usted, esas marcas en su cara lo delatan—explicó el abogado sin pestañar.

—¿Qué? —preguntó Kurt tocándose la cara. No se había dado cuenta que tenía esos rasguños ni siquiera recordaba cómo se los había hecho—¡yo no mate a mi esposa! —le respondió manteniendo la mirada— no sé cómo me hice estos rasguños, pero no tienen nada que ver con la muerte de Consuelo.

—¡Ah! me olvidaba—índice el abogado levantando el dedo y haciendo una sonrisa irónica—usted tiene cámaras en su casa ¿verdad? y en ella no aparece nadie más que ustedes.

—No importa lo que digan esas hojas ¡yo no mate a mi mujer! debe haber otra explicación— aclaró Kurt señalando el fichero—no sé porque está pasando esto, es como si alguien tratara de incriminarme.

—¡A ver señor! —dijo un poco alterado—le voy a explicar un poco como van las cosas. En este momento no hay otros sospechosos, todas las pruebas le apuntan a usted, por cómo van las cosas, es muy probable que en muy poco tiempo, estoy hablando de días, horas; el juez tome la decisión de que quedes procesado en la causa, lo que significa que vas a tener que esperar mínimo diez meses preso, a que salga el juicio y si las cosas siguen como ahora es muy probable que te vaya mal en el y que te den cadena perpetua, por homicidio agravado por el vínculo; lo que le estoy diciendo no es broma, va a tener que hacerse a la idea de que pasará mucho tiempo en la cárcel y además... va a tener que ir pensando en cambiar su postura y declararse culpable en el juicio.

—¡No me voy a declarar culpable! ¡porque no mate a mi esposa; eso no va a pasar!

—En este caso lo mejor es declararse culpable, a menos que aparezca alguna prueba que pueda llegar a ayudarle. Si se declaras culpable puede que podamos hacer algo, para que le reduzcan la sentencia, caso contrario, no podremos hacer nada, las pruebas hablan por sí solas.

—¡No voy a admitir algo que no hice! mucho menos esto ¿con que cara voy a mirar a mi hija, a mi madre, a mis suegros? prefiero pasar el resto de mi vida preso que decir que maté a la mujer que más ame en mi vida ¡yo no lo hice! —respondió muy convencido.

—¡Como usted quiera!— respondió el abogado asentando con la cabeza, decepcionado de la respuesta—yo ya cumplí con mi parte, la decisión es suya. La verdad no esperaba que siguiera manteniendo su postura.

El abogado se encontraba confundido; no entendía la postura de Kurt, no era necesario que le mintiera, pero a la vez había algo que le hacía pensar que lo que le estaba diciendo era verdad.

—Es raro que una persona acorralada, teniendo todas las pruebas en su contra no admita haberlo hecho, sus respuestas resultaban muy convincentes, cualquier persona que no haya visto las pruebas diría que es inocente— pensaba el abogado.

Tal como le había advertido, con las pruebas aportadas por el oficial a cargo de la investigación, el juez no tuvo otra opción que dejar a Kurt procesado en la causa, a la espera del juicio.

La noticia no tardó en llegar a los oídos de los más afectados, el primero en enterarse, no fue otro más que Ernesto, como era de esperarse estaba pendiente de cualquier novedad que surgía sobre el caso de su hija, antes de que le informaran a Kurt, él ya sabía todo, sin embargo, no esperaba que la investigación arrojara esos datos, cuando se enteró, se encontraba en su casa cuidando de su esposa quien todavía se encontraba sedada. Le proporcionaron toda la información con lujo de detalles, esto lo enfureció, tenía sentimientos encontrados, si lo hubiese tenido en frente en ese momento lo habría matado sin dudar, pero a la vez no quería creer que Kurt pudiera hacerle eso a su hija, lo apreciaba, tenía la esperanza de que el no tuviera nada que ver, pero ya estaba confirmado, las pruebas eran contundentes. Todo el dolor que sentía se transformó en un rencor inmenso hacia Kurt; ahora sabía donde canalizar todo su dolor. Sin embargo, todavía tenía que comunicárselo a su esposa, él sabía que iba a ser un golpe más para ella y no estaba como para recibirlo, la destrozaría lo consideraba como un hijo.

La información que tenía era una bomba de tiempo, tarde o temprano se iba a enterar y tenía que decírselo, pero no quería darle otra mala noticia no en ese estado, en ese momento el teléfono suena, tomó la bocina:

—Hola

—Hola ¿qué tal, con la familia Acosta? —preguntaba una voz femenina.

—Si ¿quién habla?

—Somos de servicios infantiles, le llamábamos para comunicarle que ya está todo listo para que puedan retirar a Camila Allen, solo faltaría que se acerquen los abuelos y firmen los papeles correspondientes.

—¿Enserio, ya podemos ir?

—Si, en cuanto tengan un tiempo pueden acercarse.

La información le cayó como anillo al dedo, la mala noticia podía esperar; ahora tenía una buena para darle.

Fue a su cuarto en donde se encontraba Norma descansando, se sentó en la cama y la contemplo durante un momento, no quería despertarla se veía tan tranquila mientras dormía; tenía en cuenta que eso se debía a los sedantes y que por una largo temporada no volvería a verla dormir así. Se paró de la cama dispuesto a ir a buscar solo a la niña, probablemente sería mejor despertarla con la niña en brazos.

—¡Ernesto! —Le dijo Norma, justo en el momento que se estaba por ir.

—¿Si...?

—Necesito contarte algo, cuando me...

—Espera, antes que sigas, deberías arreglarte lo más rápido posible tenemos que salir—la interrumpió tratando de distraerla, presentía que algo la estaba atormentando y no quería que se enrosqué con esos temas.

—No, ahora no tengo ganas de hacer nada —respondió, girándose en la cama y dándole la espalda.

—¡Bueno! ¿Entonces voy solo a buscar a Camila? No creo que se me complique mucho.

En eso Norma se da vuelta y lo mira:

—¿Ya podemos tenerla? —pregunto muy emocionada.

—Si, solo tenemos que ir a buscarla y firmar unos papeles.

Se sentó en la cama inmediatamente, su semblante había cambiado, creo que nunca en su vida se había cambiado tan rápido. Por un momento Norma se había olvidado un poco de lo que estaban pasando, pero mientras iban en el auto recordó que le tenía que decir algo muy importante, más precisamente algo que había visto cuando se desmallo, sin embargo, a pesar de que tenía muchas ansias de decírselo, en ese momento comenzó a dudar si debía hacerlo, temía que pensara que se estaba volviendo loca, pero esa inquietud no desaparecía de su mente, debía contárselo:

—¿Recuerdas cuando desperté en la ambulancia?

—¡Si! —Respondió Ernesto mientras seguía conduciendo.

—Quizás creas que me estoy volviendo loca, pero para mí fue muy real, más que cualquier otra cosa. Cuando me desmalle tuve como una especie de visión, que me asusto mucho...parecía real, nunca me había pasado algo igual.

Claro que pensó que estaba desvariando el no creía en esas cosas:

—¿Así? ¿y cuál fue? —preguntó solo para seguirle la corriente, quizás desahogarse la calmaría un poco.

—Fue muy raro lo que me pasó, cuando me desmalle se me oscureció todo, pero no sentí que me hubiera desmallado más bien sentí como si me hubieran teletransportado a otro lugar, de un momento para otro, pase de estar parada en el velorio junto a ti, a estar en casa de nuestra hija, específicamente en su cama durmiendo. Era de noche la única claridad que se veía, provenía de las ventanas, despierto, volteo mi cabeza y ahí estaba ella; nuestra hija, recostada junto a mí, trató de abrazarla y se desvanece; de repente escucho su voz que me dice ¡ayúdame! me doy vuelta y la veo en pijamas, se veía muy pálida y señalaba con el brazo hacia el cuarto de Camila, me paró con un poco de temor, Consuelo se veía asustada, miró hacia donde me señala y se veía una sombra, era como la de una mujer con el pelo enmarañado y con un vestido hasta las rodillas no logro verle la cara, estaba parado junto a la cuna de nuestra nieta, la tomé entre sus brazos, sentí que quería hacerle daño, sus manos no eran normales sus dedos eran largos y sus uñas parecían garras, en ese momento me invade un sentimiento de angustia, de temor; me acerco lo más rápido que puedo pero la puerta se cierra, trato de abrirla con desesperación pero estaba atascada, Camila lloraba como si le estuvieran haciendo daño y yo no podía hacer nada, la puerta se abre y está mujer estaba parada justo en la puertaventana que daba a la terraza del cuarto de Camila, la tenía en brazo, la claridad que entraba por la puertaventana contrastaba con esa mujer y no me dejaba distinguir su rostro, corro hacia ellas y se desvanece con la niña en brazos. Cuando desperté en ningún momento pensé que lo que me había ocurrido era un sueño, sentía que era algo más; que nuestra hija quería decirnos algo con esa visión, ¡sé que ella me decía que proteja a Camila! —contó muy alterada.

—¡Tranquila! Solo fue un sueño, nuestra nieta está bien, ahora cuando lleguemos lo vas a ver.

—Puede que tengas razón, pero prométeme que no dejaremos que le pase nada a nuestra nieta.

—Claro, que sí, te lo prometo—respondió Ernesto, a pesar de que no creía en eso, lo primero que se le cruzó por la mente, fue que esa figura

obscura no era una mujer, más bien representaba al mismísimo Kurt y que si había que protegerla de alguien era de él.

Durante todo el camino, tanto de ida como de vuelta, Ernesto llevaba consigo la duda de, si decirle o no a Norma, que Kurt fue el que mato a su hija, tarde o temprano tendría que hacerlo, pero decidió que no era el momento.

Norma se encontraba en su casa con Camila, si bien estaba muy contenta de tenerla con ellos, no podía evitar recordar a su hija, era como volver el tiempo atrás y tener nuevamente a Consuelo en brazos y esta vez no dejaría que le pase nada, era lo único que le daba fuerzas para soportar la pérdida. Desde el momento que la tuvo en brazos no pudo separarse de ella, no quería que nada le sucediera.

Esa noche a los dos le costaba conciliar el sueño, solo se recostaron en la cama sin decir una palabra fingiendo que dormían. En la mañana se veían más cansados que la noche anterior, sus caras mientras desayunaban lo decían todo, Ernesto creyó que era oportuno contarle lo de Kurt, de todas maneras, se enteraría y quería ser él quien se lo contara, la reacción de Norma fue exactamente lo que él se imaginaba, fue como un puñal para ella, al principio no quería creerlo, pero entre más datos le daba del caso, más se convencía.

La noticia no tardó en llegar a Ilse, si le costaba creerlo a los padres de Consuelo ¿Qué quedaba para su madre? para ella era imposible, tenía que haber otra explicación, en su mente era imposible, aunque las pruebas no dejaban espacios para las dudas ¡podía haber otra explicación! se preguntaba si la enfermedad del padre de Kurt podía tener algo que ver, pero tanto él como su padre nunca fueron violentos y Kurt jamás presento algún tipo de síntoma.

Ernesto que era un hombre duro, ya había extirpado a Kurt de su vida, todo el cariño que le tuvo alguna vez se transformó en odio, desde ese momento su objetivo y razón de vida, era complicarle la existencia, y la primera determinación que tomó fue utilizar todos sus contactos, para que trasladaran a Kurt a una prisión a la que él pudiera tener acceso sin ningún tipo de restricción, le costó mucho, pero al final lo logro.

5

La prisión

Kurt fue enviado a una unidad de reclusión que se encontraba en el pueblo donde nació. El estar en ese lugar repleto de personas de mala reputación no era ningún problema para él, en cualquier otra situación sería algo que podía sobrellevar, lo que realmente le dolía era la razón por la que estaba allí. El primer día que llegó, no fue tan malo, lo llevaron a su celda, él esperaba otra cosa, jamás había entrado en una prisión, lo poco que se imaginaba, era lo que había visto en las películas, pero las cárceles Argentina o por lo menos esa, no era lo que suponía. Mientras caminaba por el pasillo escoltado por dos oficiales se podía ver que las celdas no eran como en las películas, en lugar de tener tres paredes y muchos barrotes, era un cuarto común y corriente, con una puerta de metal que tenía dos visillos uno en donde dejaban la comida y otro por el que miraban los guardias cuando hacían sus rondas, eso parecía algo bueno, por lo menos tendría un poco de privacidad. Los oficiales lo dejaron en su celda, cerraron la puerta detrás de él. Kurt esperaba encontrarse con otro recluso pero para su suerte o eso creía, estaba solo, el aspecto del lugar no era nada agradable, tenía una pequeña ventana a unos dos metros de alto, era lo único que dejaba entrar un poco de luz y de aire fresco, contaba con inodoro de aspecto muy poco higiénico al cual no le funcionaba la cadena, por lo que había un balde de pintura de veinte litros al costado del lavatorio, la celda tenía dos camas muy angostas, una arriba de la otra, como estaba solo tomó la de arriba, dejó sus cosas a los pies de la misma y se sentó, el colchón era muy delgado además la cama hacía mucho ruido, no era para nada cómoda, tampoco esperaba algo mejor. Se recostó con la esperanza de poder descansar, pero en su cabeza había un caos de pensamientos y preguntas sin respuestas que no lo dejarían tranquilo ni un momento, todavía no sabía nada de su hija, tampoco de sus familiares << ¿se habrán enterado? ¿cómo lo van a tomar? ¿Alguien me creerá que yo no fui? ¿Podré ver a mi hija en algún momento? >> eran preguntas que se hacía, pero la duda que más le carcomía la cabeza era ¿quién mato a mi esposa? ¿qué paso esa noche?

Esa noche no durmió, se quedó recostado mirando el oscuro cielo rasó hasta que una luz que se asomaba por la ventana le anunciaba que la noche se

acababa, de repente se escuchó el sonido de la traba de su celda, eran los guardias que realizaban sus tareas de rutina, abrían todas las puertas del pabellón (todas las celdas). El primer día Kurt no salió ni siquiera a ducharse, permaneció en su celda hasta la hora del almuerzo la primera vez que probó la comida no le pareció tan mala. Después de las tres de la tarde, se los llamaba a los reclusos a patio, pero Kurt no quería salir, permaneció en su celda todo el tiempo.

Ese día pasó desapercibido ninguno de los presos se dio cuenta que había un nuevo recluso. Estuvo solo con sus pensamientos que en ese momento no eran una buena compañía, se sentía solo sin el reconfortante calor de la familia, le parecía raro que su madre no lo visitara, era la única persona que podría llegar a creerle.

Esa noche se encontraba en su cama boca arriba, tapado hasta en cuello; por frío, se escuchaba un pequeño silbido que provenía de la ventana, cuando el viento soplaba por un pequeño agujero que tenía, poco a poco sus pensamientos comenzaban a apagarse y los parpados le pesaban, su cuerpo le estaba pidiendo a gritos un descanso, en el momento se escuchó un ruido que lo hizo despabilarse por un instante, aunque no le dio mucha importancia estaba medio dormido, además habían muchos reclusos, el ruido podía venir de cualquier lado, ni siquiera distinguió bien el sonido, de repente se escuchó de nuevo, para su pesar pudo distinguirlo, era el ruido que la cama hacía cuando uno se posaba en ella, sabía que estaba solo en la celda, pero se escuchó muy cerca, parecía provenir de la cama de abajo. Se coloca boca abajo y comenzó a asomar lentamente su cabeza, podía divisar una silueta recostada tapada con la frazada mirando hacia la pared, retrajo su cabeza de manera instintiva, estaba asustado << ¿qué está pasando? ¿Hay otro recluso?, no escuche nada, ¿acaso me quede dormido profundamente, y no me di cuenta? ¿O solo estoy alucinando?>> pensaba hasta que el sonido se escuchó nuevamente. Esta vez se asustó, su corazón se aceleró y comenzó a agitarse, tomó un suspiro muy profundo y decidió volver a asomar la cabeza, en ese momento, ve una silueta, una imagen diabólica << ¡MIERDA!>> dijo saltando de un susto de la cama, miro nuevamente y no había nada, la figura había desaparecido pero no sin dejar rastro, la cama se encontraba un poco desalineada, lo que le hacía pensar de que no estaba loco, que lo que paso fue real << ¿Qué era eso?>> se preguntaba, estaba boca arriba tapado hasta el cuello, tenía rostro de anciano, más el de un anciano, parecía un cadáver, lo estaba mirando con cara perturbada, con los ojos bien abiertos y una

sonrisa macabra, sus dientes era puntiagudos y parecían afilados; lo más tenebroso eran sus ojos, lo que se suponía que debía ser blanco (glóbulo ocular) era negro, mientras que el iris era de un verde muy claro casi fluorescente mezclado con un naranja que evocaban a las llamas de infierno.

Esa noche no pudo conciliar el sueño, cada vez que el sueño comenzaba a ganar la batalla, se escuchaba el sonido de la cama, aunque ya no se atrevía a mirar.

En la mañana siguiente, decidió ir a las duchas a refrescarse un poco, necesitaba despejarse. Cuando entro en ella, había muchos reclusos por lo menos unos veinte, todos lo quedaron mirando, probablemente porque era el nuevo, aunque no dijeron nada. Se dirigió a una de las duchas y comenzó a bañarse, se lavaba la cabeza cuando escuchó chapoteos, como de gente corriendo por el agua, se da vuelta y notó que todos estaban saliendo, cuando mira para la puerta, se asomaban tres policías (con las macanas en las manos) Kurt mira a su alrededor y ya no quedaba ningún recluso solo estaban los policías y él, sabía que algo malo iba a pasar:

—¡Miren! yo no quiero problemas, tomé mis cosas y me voy— aclaró tapándose sus partes íntimas.

Los policías lo quedaron miraron fijamente mostrando desagrado y se acercaron un poco más a él:

—Puede que no quieras problemas, pero parece que hay alguien que quiere darte muchos. Nos pidieron que, te diéramos un mensaje, más bien... una pequeña bienvenida—dijo Jorge (uno de los policías) sonriéndole y agitando la macana, mientras los otros dos lo rodeaban.

Alejandro lo tomó por la espada, mientras Martin cerraba la puerta, Jorge le da un golpe en la boca del estómago con la macana y se acerca a su oído:

—¿Así que te metiste con uno de nosotros?

—¿Pensaste que la ibas a sacar barata? —le dijo Martin dándole un golpe en las rodillas.

Alejandro que lo tenía agarrado, lo suelta y Kurt cae al suelo, una vez en el piso comienzan a golpearlo de forma salvaje y sin ningún tipo de piedad, patadas, macanazos, puñetazos; fue tal la paliza que llego un momento en el que Kurt se quedó inmóvil, ya no se cubría, no gritaba de dolor, sin embargo, esto no detuvo a los guardias, siguieron propinándole una paliza:

—¡Eh, paren! está inconsciente—dijo Martin, muy preocupado, era el más joven y el ultimo en entrar al penal, fue la primera vez que vivió una situación así.

Sus compañeros pararon, se alejaron un poco y vieron lo que habían hecho. Kurt se encontraba en posición fetal completamente desnudo con la cara desfigurada, uno de sus ojos ni si quiera se podía ver de tan hinchado que tenía el rostro, una pierna parecía estar fuera de lugar, el agua que escurría de las duchas se tornó roja; no mostraba señales de vida. Martin se estremeció:

—No... que vamos a hacer, creo que está muerto—dijo caminado de lado a lado por todo el lugar — perderé mi trabajo, hasta podría ir preso por esto.

—¡Tranquilos! —dijo Jorge tratando de poner un paño frío a la situación —Alejandro revisa si tiene pulso.

Él se acerca y le coloca la mano en el cuello:

—Creo que lo siento, todavía está vivo.

—¡Vez! está vivo, no pasa nada—le señalo Jorge a Martin — esto es lo que vamos a hacer, quiero que me presten mucha atención— aclaro Jorge, mirándolos a los ojos y señalándolos con la mano—tenemos que dar todos la misma versión ¡ok! esto es lo que vamos a decir: Llegamos y había un tumulto en la ducha, tocamos el silbato, los reclusos se dispersaron y encontramos a un individuo tirado en el suelo, inconsciente, ¡ok! eso es todo lo que tenemos que decir, no vimos quienes lo golpearon, no vimos nada. Esto está claro ¿no? Ahora yo voy a salir y tocar el silbato mientras que tu—indicó señalando a Martin—vas a ir a la enfermería para que vengan a socorrerlo.

Martin no quería saber nada con el tema, tampoco quería que ese hombre se muriera, salió corriendo hacia la enfermería del lugar.

Cuando el personal de enfermería llevo, Kurt seguía tendido en el suelo sin mostrar signos de vida, lo colocaron en una camilla y lo llevaron a la enfermería. Sí bien no estaba muerto de seguro se encontraba muy grave, en la enfermería no sabían si podrían ayudarlo, no tenían el equipo para hacerlo.

Martin se encontraba muy nervioso, inquieto, sus compañeros sabían que era una bomba de tiempo y que, si le pasaba algo a Kurt o lo apretaban un poco, él los iba a meter en problemas y si hablaba caían todos. A Jorge no le quedo de otra, tenía que contarle lo que había pasado a su superior. Cuando llega a la oficina de su superior y cruza la puerta se encontró con el mismísimo Ernesto sentado del otro lado del escritorio.

—Tenemos un problema, se nos pasó la mano.

—¿Cómo que se les pasó la mano, lo mataron?

—No, pero esta grave y eso no es todo, Martin está muy nervioso, no sé cuánto más va a aguantar sin decir nada.

—Mándalo a su casa ahora yo me encargo de justificarlo, pero que ni se

le ocurra mencionar nada con nadie, ni siquiera con su familia, después voy a hablar con él.

Para fortuna de los oficiales, Kurt despertó dos horas después, en la enfermería del reclusorio, cuando abrió los ojos, vio a dos policías hablando, discutiendo; no podía distinguir bien quienes eran, apenas si podía abrir los ojos, aunque si los escuchaba.

— No quiero volver a hacer esto, casi matamos a ese pobre tipo.

—Ese de pobre no tiene nada, mató a mi hija sin ningún tipo de remordimiento—aclaró muy alterado y señalando a la cama en donde estaba Kurt.

En ese momento pudo notar de reojo que Kurt tenía un ojo abierto, se acercó hasta la camilla y como se imaginaba; estaba despierto. Con un gesto de la mano le indicó a Jorge que lo esperé y se queda mirando fijamente a Kurt, se percibía la tensión, quería estrangularlo. Mientras que Kurt apenas si podía distinguirlo, solo veía que era un hombre robusto, con canas y con un prominente bigote, sabía que era Ernesto lo había escuchado mientras hablaba. Ernesto lo tomó del cuello y comienza a asfixiarlo:

—¡Ahora sabes lo que sintió mi hija! ¿verdad?

Kurt casi no podía moverse, estaba por perder el conocimiento.

En eso aparece Jorge y toma a Ernesto:

—¡Tranquilo! Si lo matá nos va a perjudicar a todos—indicó Jorge.

Ernesto lo empuja y lo queda mirando de manera fulminante:

—Tranquilo que no voy a matarlo, esta porquería no merece la muerte, eso sería un premio; le are sufrir tanto que va a desear estar muerto.

En ese instante una vos muy débil los interrumpe:

—Yo no asesiné a su hija; me conoce tiene que creerme—aclaró Kurt de forma sentida y casi sin vos.

—Guarda tus mentiras para las demás personas, aunque no creo que allá alguien lo suficientemente ciego y estúpido como para creerte. Por mi parte me voy a encargar de hacer de tu vida un infierno. Ah y por tu hija no te preocupes, estará bien con nosotros, pero eso sí, olvídate de que existe, porque no la vas a ver en tu vida—le comunicó Ernesto indignado y furioso mientras, luego se alejó.

—¡No me haga esto! ¡Yo no le hice nada a Consuelo! la amaba. ¡Es mi hija! —dijo tratando de levantar la vos, mientras Ernesto se alejaba; sin siquiera mirar a atrás.

Durante el día Kurt pudo descansar un poco; pero al llegar la noche, al

rededor de las tres de la madrugada, despertó de manera repentina, apenas si podía ver, por su boca despedía un humo blanco, la habitación se encontraba fría y oscura solo entraba un poco de luz de luna por la pequeña ventana de la celda. Él se encontraba en la cama, casi no podía moverse, a su alrededor había mamparas con las cortinas cerradas, que no le permitían ver más allá de su cama, de repente mira hacia un lado y una de las cortinas se encontraba abierta

—¡Hola!, ¿hay alguien aquí? —preguntó, sin obtener respuesta, mientras la cortina se cerraba nuevamente.

De repente una figura de mujer apareció, con un vestido blanco y largo, con el pelo enmarañado y tez muy blanca. No podía distinguirla muy bien, veía todo muy borroso; pero había un aroma, un perfume que le decía que esa mujer era Consuelo, lo sentía en el fondo de su corazón; quería decirle algo, pero las palabras no le salían. En ese momento una sombra comienza a envolverla, ella estira el brazo en dirección a Kurt, hasta que la sombra la envuelve por completo y desaparece. De pronto el sonido de las cortinas moviéndose, capta la atención de Kurt; voltea la cabeza muy lentamente y la cortina que separaba su cama de la de al lado se encontraba completamente abierta, no podía ver bien; sin embargo, podía distinguir a alguien recostado en la cama de al lado, no se veía mucho, lo único que resaltaba era esos ojos que lo miraban fijamente, esos ojos casi fluorescentes que había visto la noche anterior en su celda y que tanto temor le habían causado. El terror se apodero de él, los latidos de su corazón se elevaron muy rápido; el equipo al que estaba conectado comenzó a sonar cada vez más rápido hasta que la luz del cuarto se encendió y la figura desapareció.

Un doctor se acerca a Kurt, lo nota un poco alterado y comienza a revisarlo.

—¿Había alguien en la cama de al lado?

—No señor, tranquilícese; usted se encuentra solo en la enfermería—le respondió mientras le colocaba un sedante.

Kurt estaba confundido, no entendía lo que estaba sucediendo en esa cárcel.

Lo dejaron durante una semana en observación en la enfermería, en ese periodo no lo paso tan mal, salvo por el hecho de que casi todas las noches se cruzaba con esa figura diabólica que no lo dejaba dormir tranquilo.

La semana paso y lo regresaron a su celda, ahora con unas muletas que lo ayudaban a caminar; con la golpiza que le propinaron, entro otras cosas, le

fracturaron la pierna y no quedo otra alternativa que enyesarlo.

Encontraba raro que en su celda todavía no hubiera nadie acompañándolo, había escuchado que la prisión no daba abasto; no obstante, él tenía una celda privada.

Llego la hora del almuerzo y los guardias golpearon su puerta; le dejaron la comida como era de costumbre, Kurt se acercó con dificultad y cuando tomó el plato no podía creer lo que veía; en medio del plato había una rata con la cabeza reventada, sobre la comida; las tripas decoraban la bandeja de una manera muy asquerosa. Dejo el plato en el mismo lugar de donde lo tomó y se sentó en su cama; ya comenzaba a imaginarse como la iba a pasar en ese lugar.

Los guardias no le daban respiro, parecían ansiosos por hacerle la vida imposible, no les había alcanzado con haberlo dejado sin comer. Ese mismo día a las ocho de la noche, Kurt se encontraba recostado cuando escucha el ruido de la cerradura; se sentó en la cama y de la puerta apareció Jorge y Alejandro

—Es hora de la requisa—advirtió Jorge con expresión irónica mirándolo a los ojos y empujándolo.

Revolvieron todo, dejando un completo desorden y luego se marcharon, eso lo hacían absolutamente todos los días sin excepción y no fue todo lo que le tenía deparado ese día.

Esa noche, no pudo subir a la cama de arriba, se recostó en la de abajo, se acomodó boca arriba, hasta que poco a poco el sueño comenzaba a ganarle, se encontraba muy débil físicamente, los parpados le pesaba cada vez más, hasta que de repente un sonido lo despierta; cuando abrió los ojos, ya no se encontraba en la celda, ahora estaba en su casa, parado en frente de la puerta de su habitación; en la cama estaba Consuelo durmiendo, no podía creer lo que estaba viendo, quería salir corriendo a abrazarla; pero su cuerpo no le respondía, parecía manejarse solo; se acercó lentamente a ella, la miró fijo al rostro, llevó los brazos hacia su cuello y en un parpadeo se encontraba devuelta en su celda; preguntándose:«¿Acaso era yo?, ¿serán recuerdos?,¿qué está pasando conmigo?».

En su mente reinaba la confusión, ya no distinguía lo real, de lo que no lo era.

Cuando pensó que las cosas no podían ponerse peor, la cama comenzó a sonar de nuevo, solo que ahora los ruidos provenían de la de arriba. Los resortes de esta se hundían como si alguien estuviera recostado en ella; no obstante, estaba solo, nadie podía entrar ni tampoco salir. Los ruidos duraban

unos minutos y desaparecían, él trataba de ignorarlos, pero el hecho de pensar que escuchaba y veía cosas que no estaba allí; le hacían plantearse si se estaba volviendo loco.

Los sucesos con los días no mejoraban, las horas parecían días y los días meses. Los guardias se las ingeniaban para molestarlo durante el día; se desquitaban todas sus frustraciones con él. A menudo encontraba todo tipo de alimañas en su celda, algunas eran peligrosas: le dejaban desde tarántulas y cucarachas, hasta serpiente vivas.

El tiempo paso, más precisamente un mes, y nadie lo visito, ni si quiera cuando estuvo internado. Una tarde el sonido de la traba de la puerta se escuchó, en un horario que no era habitual, él ya sabía que eso no significaba nada bueno; ingresa Jorge y por detrás Ernesto, la tensión se encontraba en su punto máximo; Ernesto no podía ocultar el odio en sus ojos. Se acerca a Kurt y lo tomá del brazo muy fuerte y dándole un sacudón:

—Tienes visitas—le indico mientras se acercaba a su oído y con voz desafiante le aclara —que ni se te ocurra... comentar algo de lo que está pasando aquí dentro, sino olvídate de ver algún día a tu hija, ¿te quedo claro?

—¿Acaso tengo alguna oportunidad de verla?

Ernesto solo lo miro y dijo: «Estas advertido» y se retiró de la celda.

Jorge le tomó las manos y le coloco las esposas ajustándolas con demasía. Durante el trayecto a la sala de visitas Kurt se preguntaba, quien lo había ido a ver; esperaba que fuera su madre o su hermana; sin embargo, a la persona que más quería ver era a su hija, aunque esa no era una opción. Cuando cruzo las rejas de la sala, ve al abogado sentado esperándolo con el maletín en la mesa y sus manos encima de este. Kurt al principio se sintió decepcionado, quería ve una cara conocida; pero pensándolo bien, quien sabe quizás sea una buena noticia, se dijo a sí mismo.

Se sentó en frente de él, lo quedo mirando y después de un gran suspiro; preguntó con desgano:

—¿Me trae buenas noticias?

— Me gustaría decirle que sí, pero no, solo venía a informarle los resultados de los estudios faltantes, ¿usted se encuentra bien? —preguntó el abogado al ver el estado en que se encontraba Kurt, a comparación de la última vez que lo vio, había perdido mucho peso, se manejaba en muletas, y se notaba muy cansado.

—La verdad... no, estoy preso ¿pero eso le interesa? —respondió de manera irónica

—solo preguntaba, por cortesía y para saber si lo estaban tratando como se debe.

Kurt quería contarle lo que estaba pasando, pero no podía arriesgarse.

—No solo tuve... problemas con algunos reclusos—dijo hablando muy lento y pausado; no tenía fuerzas ni para hablar, se notaba mareado.

—Bien ¿Recuerda que quedaban algunos análisis pendientes de la investigación?

—¡Si! —respondió asentando con la cabeza y con la mirada perdida— por lo que me dijo, supongo que no me favorecen mucho.

—Si, supone bien... desafortunadamente para usted dieron positivos, es decir que, las huellas que se hallaron son tuyas o de su esposa y las muestras de ADN que se encontraban en las uñas, pertenecen a usted.

Kurt colocó sus manos tapando su cara y comenzó a llorar como un niño y dijo en voz baja: «¿Cómo puede ser posible?»

—¿Se encuentra bien? —preguntó el abogado, no imagino esa reacción.

—¿Eso es todo? —preguntó, mordiéndose el labio y secándose las lágrimas.

—Si—respondió.

Kurt se paró de la mesa y fue hacia la puerta en donde se encontraban los guardias, justo antes de llegar, se da la vuelta y le pregunta al abogado:

—¿Puedo recibir visitas?

—Si, está en todo su derecho.

Eso lo destroza, tenía la esperanza de que le dijeran que todavía no podía, en todo ese tiempo nadie lo visitó, ni si quiera lo llamaron. Al parecer ni su madre quería verlo.

Ese día estando en la celda se escucharon dos golpes muy fuertes en la puerta ¡la comida! Dijeron mientras se escuchaban unas risas de fondo. Cuando tomó el plato ya sabía que esperarse. Llevaba más de una semana comiendo solo un poco de pan que acompañaba a cada comida, ese día se podía notar un fluido viscoso y verdoso, no le parecía raro que le hubieran escupido la comida; no obstante, estaba hambriento, pensó seriamente en tratar de quitar ese fluido y comer, aunque sea un poco. Tomó un pedazo de carne, pero a este le choreaban los mocos, lo separó lo más que pudo y colocó la carne en su boca; sin embargo, no pudo soportarlo y vomitó todo.

Poco a poco su cuerpo perdía la fuerza, hacía varios días que estaba solo a pan y agua. Su aspecto había desmejorado mucho. Esperaba que los policías se apiadaran de él y no le hicieran más daño, pero lo que le tenían preparado

estaba lejos de dejarlo tranquilo.

Esa noche Kurt se encontraba recostado leyendo un libro que consiguió en la biblioteca, también pudo rescatar un pequeño cuaderno de notas que utilizaba como diario personal y un lápiz, tan desgastado que apenas si podía agarrarlo; en ese instante se escucha el sonido de la traba de la puerta, era muy tarde como para que los guardias fueran a verlo, se sentó en la cama de inmediato y escondió su libreta de notas bajo el colchón, cuando la puerta se abrió entraron tres reclusos. Kurt se imaginaba lo que estaba por venir, tomó el pequeño lápiz y se puso en guardia, saco fuerzas de donde ya no tenía tratando de defenderse, pero no alcanzaron, uno lo tomó de la espalda mientras otro, comenzó a quitarle el pantalón, luchó lo más que pudo, hasta que uno lo agarro y lo empujó, tirándolo al suelo; al caer se golpea la cabeza contra la pared quedando inconsciente, sin embargo, eso no detuvo a los reclusos.

Al despertar se hallaba en su casa, parado en la puerta del cuarto que compartía con Consuelo, miró el reloj digital que tenía en su mesita de luz, marcaba las 03:15AM, en un color rojo intenso. Luego posó la mirada en Consuelo que dormía profundamente; se acercó de manera sigilosa, colocándose sobre ella, extendió sus manos llevándolas hacia su cuello y comenzó a hacer presión. Consuelo despertó e instintivamente comenzó a luchar con todas sus fuerzas. Kurt quería detenerse, pero no controlaba su cuerpo y justo en ese momento ¡despierta!, pero esta vez muy mareado con la imagen nublado y gris; poco a poco sus sentidos comienzan a acomodarse y logra distinguir un par de cosas: la pequeña ventana de la celda, el inodoro con el balde que se encontraba volteado. Inclina la cabeza un poco y de reojo alcanza a ver a los reclusos retirándose.

Él se encontraba tirado en el suelo completamente desnudo; sentía un dolor detrás de la cabeza, que al tocarla reveló una herida que dejó su mano toda ensangrentada. Intentó pararse, se sostuvo de la cama, pero las fuerzas lo abandonaron y volvió a desplomarse.

Despertó al otro día en la enfermería, tenía conectado a su brazo el suero y la cabeza vendada, se acerca un médico y le dice:

—Buen día señor... Kurt ¿verdad? —Le preguntó con la ficha médica en la mano, Kurt solo asiente con la cabeza—sé que está cansado, pero debo hacerle unas preguntas de rutina. ¿Porque no se ha estado alimentando como es debido?

—«No me gusta la comida que hacen acá» —respondió de manera irónica.

—Es muy raro que alguien en su estado no coma; aunque no le guste la comida, si esto se sigue manteniendo, podría causarle daños irreversibles; hasta la muerte. El episodio que sufrió es muy probable que allá ocurrido por la falta de alimentos. En este momento se le coloco un suero que contiene todas las vitaminas y minerales que su cuerpo necesita, y además le van a traer comida, que espero... por su bien; la coma.

Cuando llega la bandeja, él pensó que se lanzaría como un perro hambriento; pero ya no tenía hambre, no le encontraba sentido a comer; no obstante, lo hizo. No paso mucho tiempo de eso para que los recuerdo del sueño tan vivido que había tenido vinieran a su mente. Si bien, era la segunda vez que lo tenía, ahora se le revelaron un par de cosas más. No podía evitar preguntarse: si eran recuerdos reprimido de esa noche o si solo era un simple sueño. De todas maneras, ya a esas alturas, nada tenía sentido ni importancia ¡Consuelo ya no estaba! y eso lo estaba volviendo loco: el no comer, el no dormir lo suficiente, el no hablar con nadie de lo que estaba pasando tampoco lo ayudaba mucho. En lo único que podía descargar todo lo que le estaba pasando era en su cuaderno de notas, al que ya se le estaban acabando las hojas.

A pesar de que quería y necesitaba descansar, durante las noches le seguía costando mucho conciliar el sueño y esa no fue la excepción. No lograba entender lo que le sucedía, si no era por culpa de sus pensamientos, era por culpa de esa figura que lo atormentaba.

Se encontraba recostado en la cama de la enfermería y de un instante a otro, como arte de magia, despierta desorientado en un lugar que nunca había visitado. Estaba tirado en el suelo en un lugar oscuro que parecía en ruinas: había escombros por todas partes, todo se asemejaba a una enfermería, claro abandonada, había mamparas muy deterioradas que no le permitían ver más allá de ellas. De pronto se escuchan unas pisadas junto a él, gira la cabeza en esa dirección y puede ver por debajo de la mampara como unos pequeños pies pasaban rápidamente, se levanta y cuando apoya el brazo, se hace un pequeño corte en el codo, con una navaja oxidada que se encontraba tirada en el suelo; la tomó, se levanta y con mucha cautela camina hacia la cortina; colocó la mano izquierda sobre ella y con la otra sostiene la navaja, la abre de forma brusca; pero no encontró a nadie, solo habían dos puertas: como las de los hospitales de doble hoja y con unas pequeñas ventanillas en la parte superior; una mesa larga junto a la pared con instrumentos quirúrgicos y unas cuatro camillas rotas y carcomida dispersadas por el lugar. Todo estaba en ruinas, las

paredes y puertas sucias, rotas y manchadas.

No lograba discernir si estaba despierto o dormido, de lo que estaba seguro era que en ese momento

sentía mucho miedo; a pesar de eso, decidió echar un vistazo por el lugar. Camino hacia una de las puertas y trato de ver por la ventanilla; pero no se veía nada, estaban muy sucia, no le quedo de otra que abrirla. Del otro lado se encontraba un pasillo muy largo al que no se le veía el final: debido a una intensa niebla que lo envolvía todo; a los lados había muchas puertas: similares a la que acababa de abrir. Todo era sombrío y oscuro, aunque se apreciaba una minúscula claridad que permitía ver hacia donde se dirigías; no obstante, no era lo suficiente como para distinguir cosas más allá de los tres metros. Al suelo también lo cubría la niebla, a medida que caminaba sentía como si lo hicieran sobre cascaras de huevos, de vez en cuando al pisar, algo se reventaba, aunque no lograba ver que era: la niebla ocultaba todo a sus pies; se agachó y trató de dispersarla agitando una mano, hasta que consiguió ver que el suelo estaba cubierto de cucarachas caminando junto a sus pies. De pronto se escucho el grito de un niño detrás de él, se da vuelta y ve que entra a una de las habitaciones; corrí tras él, y cuando entra, lo ve sentado en el suelo acurrucado. El niño era morocho de unos 8 años y traía un pijama rojo con dibujos de Mickey Mouse. Kurt se acercó muy lento: no quería asustarlo; y le pide que se tranquilice, pero este parecía no escucharlo; hasta que de un momento a otro levanto la cabeza y miro hacia todos lados como si hubiera escuchado algo; de pronto se paró y corrió hacia la puerta, como si escapara de alguien. Kurt sale tras de él, pero al llegar al pasillo le pierde la posta, de todas maneras, sigue caminando: quería ver hasta donde llegaba, pero ese pasillo parecía no tener fin, hasta que alcanza a ver una intersección y ve cruzar corriendo al niño, gritando, mientras lo perseguía algo que no pudo distinguir bien, pero que se reía de manera macabra. Aprieta la navaja con fuerza y sale corriendo en ayuda del niño. Al llegar a la intersección de los pasillos, frena y resbala cayendo al suelo, al levantar la cabeza quedá perplejo ve: se encontraba el niño tirado en el suelo y sobre él había un payaso, uno que no se veía nada amistoso, tampoco daba risa; tenía el pelo verde claro con las puntas rojas muy crespo y un pequeño sombrero negro, llevaba un traje abombando blanco a lunares rojos y un chaleco de color verde oscuro. Su aspecto no era nada agradable: parecía un anciano raquítrico, con muchas arrugas, el maquillaje corrido, su cara de blanco, la boca pintada de negro y la nariz de rojo. La sensación al verlo sobre él niño fue aterradora, no podía

explicar muy bien lo que estaba viendo; parecía estarle chupando o absorbiendo algo y se regocijaba con lo que obtenía. Al terminar, el payaso levanta la cabeza y volteó hacia Kurt; lo quedo mirando fijo, su cara ya no parecía la de un anciano, se veía rejuvenecido, su aspecto comenzó a mejorar y el maquillaje se encontraba perfecto estado. De un momento a otro casi sin notar como lo tenía justo en frente y en ese instante... despierta en la enfermería del penal, agitado con el pulso por las nubes. En eso sintió que el codo le ardía, se miró y notó que tenía un pequeño tajo, pero este se encontraba ya cicatrizado. El sueño lo dejo perturbado, era muy vivido además ¡la cicatriz era real!, pero había algo que lo dejó pensando mucho más, «esos ojos» que vio al tener al payaso justo en frente, eran los mismo de la figura que lo atormentaba.

De todas formas, nada de lo que estaba sucediendo tenía una explicación coherente, de hecho, lo más lógico que parecía en ese momento era pensar que se estaba volviendo loco.

Durante dos días más lo mantuvieron en enfermería, no quería saber nada con volver a su cuarto: allí por lo menos no sufría el acoso de los guardias. Al llegar a su celda, se recostó en la cama sin nada para hacer, el ocio no era una buena compañía en ese momento y sus pensamientos mucho menos; comenzó a replantearse como iba a seguir su vida. Lo que le estaban pasando no eran normal, él no mató a su esposa, no merecía todo eso, o por lo menos eso pensaba, aunque por momentos hasta él comenzaba a creer que lo que decían podía ser cierto, no le encontraba una explicación a lo que había sucedido, porque todas las pruebas lo señalaban; sin embargo eso no cambiaba el hecho de que no recordaba haberle ocasionado un daño a Consuelo, jamás se le cruzo por la cabeza hacérselo, estaba confundido «¿quizás este loco?» se preguntaba. Además, le hacían preguntarse si eran realmente sueños o eran recuerdos que había reprimido y ahora querían salir por algún lugar. De todas maneras, si había una explicación en la que él no había sido, no la encontraba. Las cosas no estaban claras, pero lo que si sabía es que no quería vivir más sin Consuelo y con esa duda que le carcomía la cabeza.

Tomó el cuaderno de notas, el bolígrafo y escribió:

Mi cuerpo se rinde ante este dolor inmenso que me lleva a la locura, al punto de pensar que le he hecho daño a una de las personas que más ame en este mundo. ¡No me mal interpreten, en mi mente yo no le hice daño a mi esposa! jamás se me cruzo hacérselo, pero como dice mi abogado: «¿sino fuiste tú, quien fue?». ¡Como no me di cuenta de que había entrado alguien a la

casa!, no creo que eso sea posible, las marcas en mi rostro: no recuerdo como me la hice. ¿Puede que allá inventado todo esto para liberarme de la culpa de que maté a mi esposa? ¡No lo sé! Lo único que sé, es que no podre mirar a los ojos a esas personas que confiaron en mí, que me dieron su bendición y que ahora me cree protagonista de uno de los hechos más aterradores a lo que me he enfrentado y que nunca imaginé ni en mis peores pesadillas que me pudieran pasar a mí.

Hoy recostado en mi cama comencé a reflexionar sobre lo que debía hacer. Algunos dirán que es la decisión más cobarde que puede haber tomado y quizás tengan razón, pero no soporto vivir con esta duda y de todas maneras ¡me iré al infierno! El único consuelo que me queda es que mi amada se encuentra en un lugar al que yo jamás iré ¡no, sí lo que dicen que he hecho es cierto! Me encantaría volver a verla y poder pedirle perdón, «pero eso no va a pasar».

Con esta carta quiero pedirles perdón a todas las personas afectada por esta tragedia y les puedo asegurar que después de Consuelo el más afectado soy yo, toda mi vida estaba planeada alrededor de ella. Sé que es mucho pedir que me perdonen; quizás, ni siquiera yo pueda hacerlo, pero quiero que sepan que, de forma consciente, jamás le hubiera hecho daño a mi esposa.

A mi madre: quiero decirle que la amo y pedirle que me perdone, sé que ella es la única que puede hacerlo. Es muy probable que en este momento sienta mucha vergüenza de mí y que por eso no quiera verme, pero quiero que sepa que lo que estoy diciendo es realmente sincero, no tiene sentido que en estas instancias siga mintiendo. Me duele en el corazón no haberla visto, aunque sea una vez más, pero sé que tienes tus razones.

A mi hermana me gustaría decirle que la amo y que me disculpe por no poder cumplir mi promesa de estar siempre ahí para ella.

Si esta fuera una ejecución y pudiera pedir un deseo, pediría ver a mi hermosa hija, abrazarla, besarla como lo hice la primera vez que la tuve en brazos, junto a mi mujer, en esa cama de hospital, pero eso ya no es posible. Espero que algún día me perdonen. Sé que les he fallado a todos, pero principalmente le falle a Consuelo, le dije que siempre la protegería...

Termino de escribir la nota arranco la hoja del cuaderno, la doblo y la coloco en su bolsillo; subió a la cama de arriba y se acercó a la ventana, la abrió y saco la cabeza lo más que pudo, cerró sus ojos y tomó un largo suspiro: quería sentirse libre por un momento.

«que ironía, estoy a punto de hacer lo mismo que hizo mi padre, al

parecer, este es su legado» pensaba mientras se sentaba en la cama, «supongo que nadie va a extrañarme, ni siquiera asistirán a mi velorio, que pensara mi hija el día de mañana, cuando se entere lo que le paso a sus padres, seguramente le dirán barbaridades o quizás ni siquiera le hablen de mí, eso sería lo mejor. ¡Aun ni siquiera me han dado una sentencia!, de todas formas, si algún día salgo de aquí, con qué cara voy a mirar a todo el mundo, ellos van a seguir creyendo que la asesiné ¡no puedo más! ¡no tengo fuerzas!».

Levanto su cabeza y miró hacia el techo, notó la cañerías viejas y oxidadas que sobresalían. Bajó de la cama y sacó las sabanas, las enrolló e hizo una especie de soga, formó un nudo en la punta dejando un agujero en el medio por el que pasó el otro extremo de la sabana, subió a la cama de arriba, la lanzó por encima de las cañerías, la ató y trató de llevarla hasta el centro de la celda. Tenía todo listo, solo había que hacerlo, tomó un balde de veinte litros que tenía junto al inodoro y lo colocó justo debajo de la sabana que colgaba del techo.

Las dudas no tardaron en llegar, su corazón latía a mil por minuto, comenzó a dar vueltas por todo el lugar sin quitar la vista de la soga que armó. Jamás pensó estar en esa situación, siempre encontraba una solución a los problemas; sin embargo, eso no lo era, eso era un escape, de todas maneras, ya no había vuelta a otras, la decisión estaba tomada no había razón para retardar lo inevitable.

Se colocó en frente del balde, subió el pie derecho y luego el izquierdo, quedó por unos segundos parado sobre él; sentía mucha sed y su saliva estaba más espesa de lo normal. Tomó la sabana entre sus manos, la colocó en su pera y justo en ese momento... algo lo empujó y cayó, golpeándose la cabeza con el borde de la cama. Justo antes de desmallarse pudo ver una imagen borrosa que solo le hacía pensar en Consuelo.

Al despertar en la mañana se sintió muy aturdido, le dolía todo el cuerpo, no era para menos, había estado toda la noche en el suelo. El sol que entraba por la pequeña venta, le anunciaba que la hora en que los guardias visitaban las celdas, se acercaba. Tenía muy en claro que si se daban cuenta de lo que había intentado hacer podrían enviarlo a otra celda, una de esas acolchonadas en donde mandan a los presos con tendencias suicidas y obviamente eso frustraría todos sus planes. A pesar del dolor de cabeza se levantó y comenzó a arreglar la celda, mientras escuchaba el sonido de las trabas de sus vecinos reclusos.

Al terminar se recostó en la cama y comenzó a reflexionar sobre lo que

había pasado en la noche, «¡Era Consuelo, estoy seguro!» pensaba: «¿pero si era ella, porque no dejó que me muriera? Estoy viendo fantasmas ¡me estoy volviendo loco!» si bien no tenía respuestas a lo sucedido, le sirvió pensar bien las cosas.

En noche, Kurt se encontraba muy inquieto; dando vueltas en la cama, de pronto, unos ruidos provenientes de la cama superior lo alerta; se colocó boca arriba viendo como los resortes se movían; pensó en dar un vistazo, total ¿Que daño podría hacerle? Tomó coraje y justo en el momento en que iba a levantarse, escuchó el sonido de la cama nuevamente, mientras se asomaban unos pies muy pálidos; quedó paralizado, todo el coraje que había tomado desapareció en un abrir y cerrar de ojos. Se alejó lo más que pudo de esos pies, arrinconándose en la cama, hasta que de sopetón eso cae de pie al suelo; no obstante, no podía creer lo que estaba sucediendo, en ese momento solo podía ver su espalda, pero estaba seguro: ¡Era Consuelo!, reconocía el pijama, era el mismo que llevaba esa trágica noche y su cabello era inconfundible para él. Consuelo hizo dos pasos hacia adelante; Kurt se sentó en la cama, estaba obnubilado. Al pararse, ella volteó y logró ver su cara; apenas si pudo reconocerla ¡pero era ella! No se veía nada bien, se encontraba raquítica con los ojos hundidos y muy pálida. Levantó su mano y señaló hacia la pared opuesta a la puerta de la celda: justo debajo de la ventanita. El cuarto comenzó a estirarse y se formó una especie de remolino, un círculo, un portal que mostraba el pasillo de su casa y en la ve pasar una figura oscura: una mujer con un vestido negro y pelo enmarañado. Pasaba desde el cuarto de trabajo de Kurt hacia la habitación de él (enfrente en diagonal), después de unos segundos pasa al dormitorio de Camila (enfrente) y en un parpadeo aparece parada justo en medio del pasillo con Camila en brazos, la sostenía con demasiada fuerza, mientras le pasaba la mano por el rostro, con esas uñas largas y afiladas que en cualquier momento le rasgaba la piel. No lograba a ver bien el rostro de esa cosa: llevaba el pelo en la cara; aunque si se pudo notar una nariz prominente y una sonrisa que le cubría todo el rostro, su tés de piel era gris oscuro, en lo único que podía pensar era en una bruja endemoniada. En ese instante la niña comenzó a llorar y esa cosa parecía querer callarla. Le colocó la mano en el cuello haciendo presión; su llanto se sofocó. Kurt se desesperó, salió corriendo a socorrerla y se topó con la pared «¡deja a mi hija! Camila, Camila...» gritaba muy angustiado golpeando la pared. Al voltear... Consuelo había desaparecido; él seguía en la prisión y con más dudas que nunca «¿Qué está pasando, primero no me deja morir y

ahora me muestra esto?» se preguntaba.

Llevaba un largo tiempo sin tener noticia de su hija «¿quizás me necesita, estará en peligro?» se preguntaba. El único que podía sacarle esas dudas en ese momento era Ernesto, pero él no le diría nada. De todas maneras, lo que estaba pensando no tenía sentido, en el caso hipotético que pudiera hablar con alguien ¿Qué le diría?: «¡que Camila está en peligro, que una bruja quiere hacerle daño, que me lo dijo Consuelo en un sueño! ¿Qué estoy diciendo? ¡es una locura!» las cosas que pasaban por su cabeza no tenían mucho sentido, pero nada lo tenía últimamente «¿y si lo que pienso, es cierto, si está en peligro y no hago nada?». No podía quedarse con las dudas ¡debía hacer algo! por lo menos tenía que intentarlo «si pudiera comunicarme con mi madre ella me ayudaría: aunque esté enojada conmigo. ¿Pero cómo? ¿Como conseguiré un teléfono para llamarla?, tengo que intentarlo por más que sea una locura, no puedo quedarme con la duda, no puedo arriesgarme a que a mi hija le pase algo. ¡Dios...! ¿Qué está pasando?» pensaba, sobresaltado y nervioso; rascándose la parte de atrás de cuello y cabeza.

En la primera oportunidad que tuvo, preguntó a los guardias si podía hacer una llamada.

—«Oh, sí... claro, de inmediato le traeremos un teléfono para que llame a quien quiera»—le respondieron los guardias riéndose.

La ira y la impotencia se estaban apoderando de él, quería matarlos a puñetazos.

Esa tarde la comida fue un asco como siempre. Cuando los llamaron a patio, por primera vez le dieron ganas de salir, quizás podía hallar algo que le sirviera, trato de pasar desapercibido y no llamar mucho la atención. Se sentó en un banco con los codos sobre las rodillas, lo más alejado del resto; quería tener una visión completa del lugar. Se quedó allí observando muy atentamente lo que hacían los demás reclusos: Algunos practicaban deportes, básquet, fútbol y Rugby; otros jugaban a ajedrez. También se podía apreciar tres grupos bien marcados, dispuestos sobre todo el patio: uno estaba compuesto mayormente por bolivianos; otro de paraguayos y luego estaban los argentinos, por supuesto este era el más grande; después había muchos reclusos que solo paseaban por el campo sin un rumbo fijo y sin pertenecer a ningún grupo. De pronto ve algo sospechoso que le llamó la atención, un recluso se dirigió al grupo de los argentinos, que estaban en una mesa. El recluso se acercó al que parecía era el líder, lo pudo notar porque todos se dirigían a él. No supo que fue, pero vio cómo se intercambiaban algo.

Eso era justo lo que estaba buscando, aunque no tenía nada para intercambiar. En eso siente que una mano le tocó la espalda.

—¡Hola! ¿Qué tal? Me llamo Marco y ¿tú?

Kurt lo miró de arriba abajo y respondió muy serio:

—¿Qué tal? soy Kurt.

—¿Eres nuevo aquí? Ah... Tu eres, ese que mató a su mujer, te recuerdo de las duchas ¿no sales mucho?, se dice que tienes enemigos bastante pesados, creo que no me conviene hablar mucho contigo—dijo con una sonrisa.

Marco parecía una persona de unos veinticinco años hablaba rápido, gesticulaba mucho y se notaba muy acelerado.

Kurt solo lo miró sin que saliera nada de su boca.

—¡Ok...! te dejo solo, se nota que lo disfrutas.

—¡Eh...! espera, Marco.... ¿verdad? —el solo acento con la cabeza—
¿Hace mucho que estas aquí?

—Si unos dos años.

—¿Y porque te encerraron?, si no te molesta decirme.

—Esas cosas no se preguntan amigo... de todas formas, te voy a contar—
le dijo mientras se sentaba junto a él—no es más de lo que tú hiciste, la verdad es que... solo salió mal un asalto, estaba un poco pasado, ya sabes... ¡alguien murió! — respondió con mucha liviandad y tocándose mucho la nariz.

—¿Sabes cómo funciona todo aquí dentro?

—Si, claro que sí, un poco. Como en todos lados hay gente buena y gente bien perra, yo por ejemplo soy de los buenos. Tenes que tener mucho cuidado con los que te metes ¿Sabes? Acá dentro si no estás con ellos estas en su contra, me captas amigo. Tenes tres bandos bien marcado el de los argentinos malos que es aquel que esta allá, el líder es el petiso bigotón agrandado ese—
comento mientras señalaba con el dedo al hombre de la mesa—el maneja todo acá. Con ese no te metas que ni se te ocurra ponértelo en contra, porque estás muerto, ya se ha cargado a varios. Después tenés el de los paraguayos y bolivianos, normalmente estos se unen cuando los argentinos se ponen pesado, también hay un par de brasileros y coreanos de todo un poco, si bien no con nadie se llevan mejor con los bolivianos y paraguayos, los argentinos son muy territoriales.

—¿Sabes con quien puedo conseguir un teléfono?

—ah por ahí venia la cosa, si... yo sé todo acá amigo, hay muchas forma, pero la mejor es hacerte amigo de un polí ellos pueden entrar de todo, son unas ratas peor que nosotros; pero con uniforme, claro vos por lo que se, esta

todo pinchado con ellos—dijo riéndose—las otras opciones son pidiéndole a los distintos grupos, cada uno tiene sus contactos y pueden hacer entrar algunas cosas de contrabando pero claro los favores...tienen un precio y suele ser carito ¡viste! como todo en esta vida. Eso sí, si él jefe no confía en vos no te va a dar nada porque si lo mandas al frente y él cae, se le terminan todos los favores con los políratas, y si lo agarran por culpa de alguien esa persona está muerta.

—¿y cómo funciona el dinero aquí? ¿Cuánto me costaría un teléfono?

—Y acá se manejan con dinero o se hacen trueques, todo tiene un precio, si tenés algo que le interese a ello, se fijan si hacen cambios, puede ser lo que sea, cuchillos, cigarrillos, comida, drogas, medicamentos, zapatillas, lo que sea que les interese y si no tenés nada te podes convertir en la perra de uno de ellos, entregar la cola; o hacer algún encargo: reventar a alguno, no sé tenés muchas maneras.

El timbre del patio suena, Kurt no se había percatado del tiempo que había pasado.

—Nos vemos luego—le dijo a Marco mientras caminada a toda prisa.

Estando en su celda se recuesta y cierra los ojos por un instante. Los pensamientos suicidas desaparecieron; pero las dudas eran interminables, con cada paso y decisión que tomaba se daba cuenta que su locura era más grande. «Quizás mi hija este lo más bien, con sus abuelos y yo acá pensando estupideces» pensaba, sin embargo, no podía quedarse con las dudas. De pronto unos murmullos llaman su atención, parecían provenir de la celda de al lado, se acerca a la pared y coloca la oreja sobre ella:

—¿Lo vieron él estaba allí?

—Si parece que está medio tocado, se le notaba en la cara.

—Se dice que mató a la hija de un poli y que por poca mató a su hija.

—¡Yo no mate a mi mujer! —exclamó en voz alta Kurt

—¿Así que también escuchas conversaciones privadas?

—¡Tenés que ayudar a tu familia, está en peligro! —se escuchó decir con una vos gruesa y ronca.

—¿Quién eres tú y porque dices eso? —preguntó Kurt.

—¡Que te importa quién soy! —le responden riéndose.

—No estoy hablando de ti, era otra voz, dijo que mi familia estaba en peligro.

—¡Si... estando con vos!, loco de mierda, nadie dijo eso.

—Este tipo está loco—dijeron mientras se reían a carcajadas.

Kurt se da la vuelta y se sentó en la cama, cuando vio a un hombre de espalda arrodillado en la esquina de la celda, parecía estar comiendo algo; la ropa se le hacía familiar, lo mismo que la voz que había escuchado.

—¡Papá! ¿Eres tú? —preguntó mientras se acercaba

De pronto el hombre se da vuelta de forma brusca.

—¡Tienes hambre, te guarde un poco! —le dijo con el rostro manchado de sangre y mientras le mostraba un enorme ratón agusanado al que le faltaba parte de la panza.

¡Era su padre! Esa situación la había vivido muchas veces en su niñez. En ese momento todos los recuerdos volvieron; recuerdos que había intentado extirpar de su mente. Días y noches en las que su padre lo atormentaba con su comportamiento destructivo; días en los que lo encontraba comiendo insectos; noches en las que se quedaba parado junto a su cama mirándolo sin parpadear; días en los que lo veía pasearse desnudo por toda la casa mostrando un cuerpo desgastado y raquítico; noches en las que despertaba con los gritos desahogados que emitía; días en los que veía a su madre llorando en el cuarto por los golpes que le daba; noches en las que su hermana iba a dormir con él cuando su padre aparecía en su cuarto.

Con los años pudo perdonar todo eso, tenía claro que lo que había sucedido era debido a su enfermedad, la esquizofrenia había destruido su relación, pero antes de eso era un padre amoroso y él quería quedarse con esa imagen.

En el momento en el que vio el ratón, desvió la mirada y se escuchó un sonido que provenía de la cama, al voltear, alguien estaba recostado de espaldas; miró nuevamente hacia donde estaba su padre, pero había desaparecido y en su lugar se encontraba Consuelo parada justo en frente de él, se paralizó las palabras no le salían; de pronto una mano lo tomó del hombro mira por encima del hombro y unas manos con los dedos largos y uñas como garras lo estaban tomando con mucha fuerza, cierra los ojos hasta que tomó coraje para darse vuelta; sin embargo, todos habían desaparecido, el único rastro que dejaron era la cama desordenada.

No supo qué pensar ni que hacer en ese momento, se sentó en la cama y de inmediato sintió algo en el trasero, reviso y era su libreta. Nunca la dejaba a la vista, la abrió y encontró una nota en la tapa que decía: «Camila está en peligro» no era su letra más bien parecía la de Consuelo.

Durante la noche no pudo sacar de su mente lo que había pasado y entre más lo analizaba, más se confundía, aunque no tenía muchas opciones: la nota

y la marca que le quedo en el hombro le decían que era la más lógica, por más loco que pareciera.

Los días pasaban y la salud de Kurt empeoraba; ya no se levantaba de la cama y casi no comía; a esas alturas su deseo de morir se iba a cumplir, pero no por los medios que tenía en mente.

El sonido de la traba de la puerta era algo recurrente en sus días, sin embargo, no podía acostumbrarse, lo que tenía claro era que cada vez que la escuchaba; algo malo se avecinaba. Una tarde todo cambio, el sonido se hizo presente en un horario poco habitual, por lo menos para él. No le dio mucha importancia ni si quiera se levantó de la cama, ingresaron los guardias y le informaron que tenía visitas, se sentó en la cama con pereza ya sin fuerzas: no esperaba nada bueno de esa visita. Los guardias lo ayudaron a pararse, le colocaron las esposas y lo llevaron hacia la sala. Apenas si podía caminar sin ayuda; arrastraba los pies y cojeaba de uno, se notar el cansancio en su cara, en su cuerpo y en su alma. Llego a la sala esperaba encontrarse con él abogado; sin embargo, cuando abrieron las rejas de la sala y pudo ver la silueta de una mujer, no podía creerlo, pensó que el cansancio le había afectado tanto que hasta la visión le fallaba. A medida que se acercaba la imagen se iba aclarando hasta que se dio cuenta que la que se encontraba sentada en la mesa era su madre, se le dibujo una pequeña sonrisa casi como la de la Mona Lisa. Su madre al principio no lo reconoció; no podía cree que esa persona era su hijo, se le rompía el corazón con solo verlo. Sin dudar lo Ilse se paró y corrió a abrazar a su hijo, este se recostó en sus hombros, mientas una sensación de alivio mezclada con tristeza le recorría todo el cuerpo, sus ojos se inundaron, no esperaba a su madre mucho menos que lo abrazara como lo hizo; ella no se imaginaba el favor enorme que le había hecho a su hijo. Ilse no podía soltarlo se quedó abrazándolo durante un largo tiempo, hasta que se alejaron y se sentaron en la mesa:

—¿Qué te paso? Se me parte el corazón al verte así—pregunto Ilse muy angustiada.

—¿Cómo quieres que este...? Me acusan de haber matado a mi esposa —respondió negando con la cabeza, tenía sentimientos encontrados de enojo, alivio y tristeza

—Antes que nada, necesito escuchar de tu boca, si lo que están diciendo es verdad, sé que no es el momento, pero desde que me llamaste esa mañana no hemos hablado y me gustaría escuchar de tu boca la verdad; no creo todo lo

que se dice, pero quiero que me lo digas vos.

—¡No mamá! Yo no maté a Consuelo, sé lo que dicen las pruebas, pero no recuerdo haberle hecho daño, es más, nunca se me cruzo hacérselo. Sé que no me cree, pero es la verdad—respondió mientras se lo notaba lento; parecía que le costaba concentrarse.

—Yo jamás pensé que tu pudieras hacerle daño a Consuelo, yo te críe y te conozco, pero también sé que te puede estar pasando lo mismo que a tu padre.

—Sí, pero yo no tengo ningún síntoma, además si fuera el caso ¿Porque nunca me visitaste? —respondió muy indignado.

—¿De qué estás hablando? Yo te eh venido a ver varias veces y te eh estado llamado todo el tiempo, pero me dicen que tú no quieres ver ni hablar con nadie.

—Creo saber lo que está pasando—dice Kurt tomándose la cabeza.

—¿Qué? —preguntó Ilse frunciendo el sueño.

—Nada, eso ahora no importa, no quiero entrar en detalles, lo que importa es que estas aquí, eso sí, jamás me negué a verte o hablarte.

—No, dime que es lo que está pasando.

—Nada no importa eso ahora ¿has visto a mi niña?

—Solo una vez desde que estas aquí dentro.

—¿Y como esta?

—Lo único que sé, es que bien. Siempre que llamo para verla no me contestan él teléfono y cuando voy no me atienden o me niegan verla.

—Necesito que te acerques a ellos, y que protejas a mi hija.

—No entiendo ¿protegerla de qué?

Kurt quería decirle la verdad, pero sabía qué pensaría que se está volviendo loco:

—No se mamá... sé que suena raro, pero... ¿no sé si alguna vez tuviste una pesadilla tan vivida que parecía real y que además cuando despiertas sientes que la persona que estaba en peligro en la pesadilla, lo está en la realidad?

—¡Sí, creo que se a lo que te refieres! ¿Recuerdas cuando tu hermana desapareció por una hora?

—No, mucho.

—Fue al poco tiempo de que murió tu padre. Una tarde salieron a jugar en la nieve a pesar de que les había dicho que mientras yo no esté en casa, no salieran de ella. Cuando llegue del trabajo me abriste la puerta antes de que tocara, ya presentía que algo malo estaba había pasado, tú estabas todo

mojado y muy nervioso, me dijiste que no sabías donde estaba tu hermana que ya hacías rato que no aparecía, comenzaste a contarme lo que paso, me dijiste que estaban jugando a las escondidas que le tocaba a ella esconderse, pero que cuando lo hizo comenzó a nevar muy fuerte, así que tú le gritaste que el juego ya había terminado que salga de su escondite y entre a la casa pero ella no te respondía, la buscaste por todos lados y no la encontraste. Cuando llegué y me contaste lo que había pasado salí corriendo y la encontré enseguida: estaba tirada cubierta de nieve junto al árbol de nuestros vecinos. Nunca te lo dije, pero sabía exactamente dónde estaba gracias a que me había pasado eso que tú me acabas de comentar. Hacía varias noches que venía soñando lo mismo, soñaba que nos tirábamos en paracaídas los tres pero que poco a poco nos íbamos separando, cuando caigo no los veo a ninguno de los dos, comienzo a buscarlo y te encuentro primero a ti, te pregunto por tu hermana pero no sabes nada, ambos comenzamos a buscarla gritamos y gritamos pero ella no respondía, en eso siento un viento muy fuerte, volteo en esa dirección y puedo ver el árbol de nuestros vecinos, solo se podía ver la casa y parte de la copa del árbol que se encontraba detrás de ella, también se alcanzaba a ver parte del paracaídas colgando del árbol, salimos corriendo hacia allá y vemos a tu hermana colgando, había quedado enredada y se estaba ahorcando. En el sueño si no hubiéramos llegado a tiempo tu hermana hubiese muerto lo mismo paso en la realidad y en el mismo árbol. Cada vez que despertaba de ese sueño sentía que tu hermana estaba en peligro iba hasta su cuarto y ella estaba tranquila durmiendo; pero si no hubiera tenido ese sueño estoy segura de que tu hermana hubiera muerto.

—Bueno... yo he tenido la misma pesadilla reiteradas veces en las que está en peligro Camila, no sé qué quieran decir, pero hay algo maligno que quiere hacerle daño. Todo lo que me está pasando es muy raro y no le encuentro explicación a nada, pero no me quiero arriesgar a que le pase algo a mi hija, sé que suena loco, pero necesito que hagas eso por mí, me quedaría más tranquilo.

—Después de la historia que te conté, como voy a negarme, claro que voy a hacer lo que esté en mis manos para que Camila este bien, no sé qué voy a hacer, pero voy a encargarme de eso.

—Gracias, el solo hecho de que me creas me saca un peso de encima ¿Sofía como esta?—

—Bien, dentro de todo, las cosas que se dicen de ti le hacen mucho daño, si bien no pude creer que puedas llegar a hacer algo así ... tiene sus dudas.

Como todos creo.

Estuvieron charlando durante un tiempo más, Kurt le conto la pesadilla que tenía y lo que él haría si pudiera; hasta que los guardias le indican que el horario de la visita había terminado.

—No olvides lo que te dije y si la próxima vez que vegas te dicen que no quiero verte, no les creas ¡es mentira! Diles que, si no te permiten verme, vas a llamar al abogado. Ah... mándale saludos a mi hermana, dile que confié en mi—le dijo y se despide con un sentido abrazo.

Cuando entro a la celda se dio cuenta de que alguien había estado hurgando en sus cosas, era algo normal, lo raro era que lo hicieran mientras él no estaba, de todas formas, no le dio mucha importancia hasta que recordó que no había llevado su libreta, reviso debajo de la cama y no estaba, él siempre la llevaba consigo mientras realizaban la requisa, pero esa vez olvido guardarla antes de salir.

Al día siguiente las cosas se pusieron todavía un poco más raras, como era de costumbre, a las duchas ni se acercaba después de lo que le paso prefería higienizarse con el agua fría que salía de la canilla de su celda. Hasta ese momento todo iba normal, pero al llegar la hora de la comida le paso algo de lo más curioso, cuando tomó el plato se encontró con un gran filete asado que desprendía un aroma exquisito con una guarnición de papas fritas y ensalada, una comida soñada para ese entonces, la boca se le hacía agua, sin embargo, la miro por todos lados «seguro algo le pusieron» pensaba, pero no encontró nada raro, se devoro el almuerzo, llegó a pasarle la lengua al plato. Pero al momento de terminar, se dio cuenta de que algo andaba mal «¿Que está pasando?» se preguntaba. Primero le dejan ver a su madre y luego le dan una comida como nunca, seguro algo bueno no era.

Los días pasaron y las cosas comenzaron a mejorar en prisión, los guardias ya no lo molestaban y la comida llegaba como debía; sin embargo, los sueños y alucinaciones se repetía cada vez más y siempre le revelaban algo nuevo. Si bien, se encontraba solo la mayoría del tiempo, él no lo creía así, siempre se sentía acompañado por su padre, por su esposa o por esa presencia que lo asechaba en todo momento, en cada espacio oscuro al que miraba y que se desvanecía en las paredes. Durante las noches se le hacía imposible estar tranquilo y poder dormirse, el ambiente oscuro y desolado no favorecía mucho a una imaginación inquieta que buscaba respuesta. A pesar de eso el hecho de comer relativamente bien sumado al haber visto a su madre, le dieron un poco de fuerza y ánimo para afrontar los días en prisión, una mañana

después de mucho tiempo decidió ir a las duchas. Cuando entro en ellas tal como la primera vez, todos lo quedaron mirando, él solo se dirigió a una ducha desocupada y no miró a nadie a los ojos, se bañó lo más rápido que pudo, sin perder de vista lo que ocurría a su alrededor: no sabía lo que se podría suceder. Para su suerte no le ocurrió nada desagradable, llegó sano y salvo a su celda, no obstante, no debía confiarse} podía tratarse de la tranquilidad que precede a la tormenta.

Ese día a las diez de la mañana se escucharon dos golpes en la puerta, seguido por el ingreso de los guardias; en esos momentos Kurt no sabía que esperarse «aquí viene la tormenta» pensaba, era obvio que la buena racha que estaba pasando no iba a durar mucho.

—¡Tenes visitas!

—¿Visitas a esta hora, de quién? —preguntó Kurt

—No lo sé, tenés visita y punto.

Las cosas le parecieron bastante rara, en el centro de reclusión había un horario de visita estipulado, quería creer que era su madre nuevamente, pero por el horario no podía ser cierto, la otra opción era su abogado, el si podía ir a verlo cuando quisiera, pero en el camino se dio cuenta que había una tercera opción, una opción que explicaría un poco las cosas que venían pasando, era la calma antes de la tormenta. Lo llevaron hasta una puerta a la que nunca había ido, los guardias se pararon en frente de él, uno metió su mano al bolsillo y saco las llaves de las esposas y se las quito.

—Entra—le ordenaron.

Kurt abrió las rejas mientras miraba a los guardias que estaba detrás de él y pensaba: «¡Estoy jodido!». Nunca le habían quitados las esposas cuando tuvo visitas, al voltear y mirar al frente, estaba... Norma sentada en una silla con su hija en brazos «esto tiene que ser un sueño» se decía. Trato de salir corriendo, pero todavía cojeaba, se acercó a Norma y sin pensarlo tomó a su hija en brazos, no podía creer lo que estaba pasando, después de tanto tiempo ¡Tenia a su hija en brazo! se encontraba enorme y más bella que nunca cada vez se parecía más a su madre, no podía quitarle los ojos de encima, ella parecía sonreírle. En eso siente a Norma tocándole la espalda, algo le hace clic «pero ¿qué está pasando?» las cosas comenzaron a sonarle raro «¿Por qué me está tocando?, ¡esto no es lógico!, Primero me viene a visitar mi madre, luego me dejan de molestar los guardias y por último me traen a mi hija ¡No tiene sentido! A caso estoy soñando, no sería raro con lo que me viene pasando, pero es tan vivido, ¿Mi mente puede crear todo esto?, si es así quiero

tener a mi Consuelo devuelta, quiero que aparezca por esa puerta. De todas maneras, si es un sueño voy a disfrutar de él ¡ahora tengo a mi hija en mis brazos!» en su cabeza las cosas que le estaban pasando solo podían ser un sueño, no podían cambiar tan de repente.

6

El pesar de Norma

Entonces Norma lo toma de la mano lo mira fijamente a los ojos y le dice:

—Lo siento.

—¿Qué? —responde muy sorprendido.

—Que lo siento, sé que tú no mataste a mi hija

—¿De qué está hablando? —responde sin entender lo que estaba pasando, todavía creía que estaba soñando—¿Acaso hay pruebas nuevas? ¿Se encontró el culpable?

—No, las pruebas siguen siendo las mismas, pero se cómo pasaron las cosas.

—No estoy entendiendo, ¿Cómo pasaron las cosas? Ni siquiera yo las sé.

—Consuelo me dijo todo.

—¿Consuelo? —Pregunto Kurt, pero por dentro pensaba “esta mujer está loca”

—Si lo que escuchaste.

—¿Está viva?

—Claro que no, pero desde que falleció me han estado pasando cosas muy raras, cosas que no tiene una explicación lógica.

—Podría explicármelo porque no estoy entendiendo.

—Si, para eso estoy aquí; sé que estas sufriendo mucho y tienes que escuchar todo esto desde el principio. Cuando mi hija se fue yo me encontraba muy deprimida: la verdad, ya no tenía ganas de vivir. Camila fue lo único que me dio fuerzas para soportar todo este dolor. Pero desde el momento de su funeral comenzaron a pasarme cosas muy raras, cuando la estábamos enterrando, en un momento no soporte más y me descompense caí desmallada, durante el tiempo que estuve inconsciente tuve un sueño más bien una pesadilla que a la vez sentía que era una advertencia —en eso le cuenta lo que le ocurrió al desmallarse —Fue tan vivido el sueño que en ese momento lo tomé como una advertencia era tanto el temor y todo tan real que sentí que Camila estaba en peligro. Cuando le cuento mi sueño a Ernesto, claro que no me creyó, no le dio mucha importancia lo atribuyó al estrés que estaba

pasando, de todas formas, le hice prometer que no permitiríamos que le pase algo a nuestra nieta. Luego de eso comencé a tener pesadillas casi todas las noches en ellas siempre me mostraba algo. Me costaba mucho conciliar el sueño, prácticamente dormía una o dos horas al día, veía cosas por todos lados, en un momento creí que me estaba volviendo loca. Una de las pesadillas más frecuentes fue la de sus últimos momentos de vida, al principio yo despertaba con una persona sobre mí que me estaba ahorcando, comienzo a mirar para los lados y me doy cuenta de que estaba en tu cuarto pero por más que intentaba ver quien era la persona que me estaba ahorcando, no podía distinguirla se veía muy borroso, parecía que una niebla oscura cubría su rostro y siempre despertaba cuando me estaba por desmallar. Esa pesadilla la tenía unas tres veces a la semana, no entendía muy bien lo que me quería decir con eso. Además de las pesadillas también se me aparecía una cosa todas las noches tipo tres de la madrugada; eso me inquietaba mucho porque ya no eran solo sueños, sino que también me pasaban cosas despiertas. La primera vez que la vi fue cuando me desmalle en el funeral, en esa ocasión no pude distinguir bien su figura era más bien una sombra pero la sensación que sentí era la misma, Una noche después desperté de la nada a las tres, me pareció ver a alguien cruzar por enfrente de la puerta de mi cuarto, en ese momento me encontraba sola en casa ya que Ernesto estaba trabajando, me levanto de la cama, lo primero que me fijo es en Camila me acerco a su cuna, que se encuentra en mi habitación: la puse allí porque trato de tenerla lo más cerca posible; pero ella se encontraba ahí lo más bien durmiendo. Busco algo con que defenderme pero no encontré nada solo había un cinturón de Ernesto que tenía una hebilla muy grande me lo enrosque en la mano y salí a ver que era, busque por toda la casa y no encontré nada, cuando estoy regresando a mi cuarto, veo a una mujer en pijama, era Consuelo parada enfrente de la puerta de mi habitación; señalándome a dentro del cuarto, y en un parpadeo desaparece me acerco y cuando llego a la puerta de mi cuarto veo una figura que se encontraba de espalda mirando por la ventana a unos dos metros de la cuna de Camila, sentí como un escalofrió recorría todo mi cuerpo, esa imagen no la voy a poder olvidar jamás. La figura era como de una mujer vieja encorvada, llevaba un vestido gris que le llegaba a las rodillas todo deshilachado, con mangas tres cuartos, su tés de piel era de un color grisáceo opaco y tenía dedos largos con uñas que parecían garras. En ese instante comencé a vociferar: «¿Quién es usted? Ya llamé a la policía». No me respondió solo se quedó mirando por la ventana; no había llamado a la

policía, tenía que ir hasta el comedor para hacerlo y no quería dejar a Camila allí sin protección, por lo que me fui acercando muy lento hacia la cuna, sin quitarle los ojos de encima a esa cosa. Cuando logro llegar tomé a la niña... esa cosa se da vuelta y me queda mirando fijo, si bien no gruño ni nada su simple mirada tenía tal energía que parecía que una fuerte ventisca me daba en la cara; se me estremeció la piel, lo único que atiné a hacer fue tomar a Camila y salir despavorida de allí. Llamé a Ernesto, no sabía que decirle así que le dije que había alguien en la casa, él acudió lo más rápido que pudo con un patrullero y dos compañeros más. Yo estaba afuera sentada en un escalón de la entrada. Llegaron y entraron a la casa, cuando salieron dijeron que no encontraron nada, que había revisado todo el lugar y las adyacencias que, si había alguien, esa persona ya se había ido. Yo tenía la sospecha de que eso iba a pasar, pero también sabía que lo que me había pasado era real. En ese momento estaba en shock y no decía nada. Ernesto les pidió a sus compañeros que se retiren y se quedó conmigo. Primero trato de calmarme, yo quería contarle y a la vez no quería hacerlo, tomé coraje y lo hice, le conté todo; pero él no me creyó nada, eso me frustró mucho, sentí que estaba sola en ese momento; Ernesto trabaja casi doce horas al día y cuando llegaba a la casa lo hacía tomado, estaba casi todo el tiempo sola con la niña. La paranoia se apoderó de mí, me sentía todo el tiempo observada, como si hubiera una presencia en la casa, comencé a dormir cada vez menos, normalmente solo lo hacía de día, Camila comenzó a dormir conmigo: ya no la dejaba en la cuna sola, a menos que Ernesto este con nosotras.

En las noches cuando....

—¡disculpe señora! Pero ya debe retirarse, normalmente no se permiten visitas fuera de la hora estipulada—aclaró el guardia.

—bueno, tengo que irme, pero voy a regresar, ¡sin Camila, claro! para que pueda terminar de contarte todo con lujo de detalles.

Kurt con todo el pesar del mundo se despidió de su hija y de Norma.

La situación dio un giro inesperado. Kurt tenía un nuevo panorama, si bien la historia quedó inconclusa, el solo hecho de que le estuvieran pasando las mismas cosas que a él y que le creyeran, lo dejó mucho más tranquilo, ni hablar de que pudo ver a su hija.

Aunque pensándolo bien: «¿Será?, ¿Acabo de ver a mi hija?, ¿Norma cree que soy inocente?». Cada cosa que pasaba lo confundía más y el hecho más importante todavía no tenía explicación «¿si yo no maté a Consuelo, quien lo hizo?» esa tenía que ser la pregunta que debió hacerse de manera constante

«¿Cómo alguien pudo entrar, sin que lo escuche, sin que las cámaras lo vieran y sin que la alarma suene?» Esas eran las pruebas que lo condenaban y no daban espacio a la duda.

Las mejoras en su estado de ánimo y físicamente ya eran visibles y después de mucho tiempo, pudo conciliar el sueño durante la noche; sin embargo, llegadas las tres y cuarto de la madrugada, otra vez, se despertó con los ruidos provenientes de la cama de arriba. La celda a esa hora cobraba vida propia: se volvía más oscura, las paredes hablaban. En ese instante se notaba como si alguien se estuviera acomodando en la cama y de pronto unos pies se asoman. Kurt no tenía miedo, la última vez que le había pasado eso, eran los de Consuelo. No quería que ese momento se terminara y ella desapareciera. Anhelaba abrazarla, pero no quería asustarla y que se fuera como en otras ocasiones. Se levanto con mucho sigilo, y al mirarla... se llevó una grata sorpresa: su imagen no fue como la de última vez; ahora se veía resplandeciente en su pijama blanco, se acercó poco a poco con miedo a que desaparezca de un instante a otro; sin embargo, ella seguía allí. La tomó con sus brazos y la bajó de la cama. Por un momento olvido todo lo que había pasado hasta ese entonces ¡Ahora estaba en sus brazos! Acaricio el rostro de Consuelo mientras ella solo miraba hacia el suelo: se notaba triste. Kurt la tomo en sus brazos y se recostó sobre su hombro, así permanecieron por un momento; Kurt no quería soltarla por miedo a que desaparezca; hasta que poco a poco comenzó a sentir que el abrazo se hacía más intenso, le costaba respirar, luego sintió como un par de uñas se le incrustaba en la espalda y comenzaban a rasgársela; emitió un pequeño grito de dolor, trato de separarse, forcejeaba; pero lo único que conseguía era que las uñas le rasgaran la piel, causándole más dolor, el pijamas blanco comenzó a tornarse gris oscuro y su aroma se tornó putrefacto, su cabello paso de ser liso y perfecto a ponerse duro y áspero como la paja, su respiración suave comenzó a agitarse y a sentirse cada vez más ronca «¡Está no es mi Consuelo!» se decía. Comenzó a tratar de liberarse hasta que se soltó cayendo al suelo y la figura desapareció. Lo que no desapareció fue el dolor que sentía en su espalda, le ardía, al tocarse, su mano quedo cubierta de sangre y el pánico se apodero de él. Esa cosa no solo podía atacarlo emocionalmente, hora podía hacer daño físico ¿Si podía hacerle eso a él, que le aria a su hija? Se encontraba entre la espada y la pared, sabía que su hija estaba en peligro real, pero no podía hacer nada; no obstante, los últimos sucesos le mostraron otra perspectiva.

Necesitaba hacer algo, aunque no sabía que. Lo único que se le ocurrió

fue ver si podía conseguir una biblia a pesar de no ser creyente.

Durante la hora de recreación se dirigió a la biblioteca de la prisión, uno de los reclusos era el que estaba a cargo de esta.

—Hola ¿Cómo estás? —preguntó Kurt al encargado de la biblioteca,

—¡Bien! —respondió sin decir otra palabra y siguió acomodando unos libros en los estantes; no era un hombre muy hablador.

—¡Disculpa! ¿No sabes si hay alguna biblia?

—Es uno de los libros que más sale, me fijo si queda alguna—respondió y se dirigió a uno de los estantes—tuviste suerte; está un poco maltratada, trata de cuidarla y cuando termines de usarla traela.

—Gracias—respondió, pero justo antes de retirarse—¿Hay algún cura o padre que se acerque a la prisión?

—Si viene uno todos los viernes—respondió,

A Kurt le pareció demasiado tiempo para esperar; recién era domingo.

—¿Y libros de ocultismo, algo de eso, tienen?

—No, ese tipo de libros no se permite aquí.

—¿Algo de la vida después de la muerte?

—Puede que allá algo de eso—le marco mientras le pedía que lo acompañe—en esta sección hay libros que pueden interesarle—respondió señalándole un espacio en la estantería.

Kurt estuvo por un largo tiempo buscando un libro que le llamara la atención que hablara un poco de lo paranormal, hasta que encontró uno que se llamaba las: «Los misterios de la muerte», lo tomó y le dio una ojeada. Luego se acercó al bibliotecario.

—Me llevo este—le indicó.

—mmm—respondió, tomándolo —te hago una ficha.

Regreso a su celda con la biblia y el libro, con la esperanza de poder encontrar algo que lo ayudara a entender lo que le estaba pasando; sin embargo, las horas pasaban y eso significaba que la noche se acercaba y con ella el terror se hacía presente. Se recostó con la biblia a un lado, no obstante, no sabía qué hacer con ella. Lo único que tenía planeado: era que si esa cosa se aparecía se pondría a leerla hasta que desapareciera, pero esa noche se quedó dormido con el libro en las manos. Al despertar se encontraba tirado en el suelo de ese hospital abandonado, exactamente como la última vez, aunque ahora se sentía distinto. Las paredes parecían guardar oscuros secretos, lamentos incesantes se escuchaban de todas partes. Salió de la habitación y se encontró con el largo pasillo, aún más sombrío que la habitación y parecía

hacerse cada vez más estrecho. No se veía como la primera vez, había mucho más desorden, camillas y sillas de ruedas tiradas por doquier, focos caídos, escombros, pero lo más perturbador era lo que se sentía, las paredes tenían vida propia, se quejaban, parecía tener ojos que te vigilaban y bocas que te gruñían; se podían ver sombras con siluetas de todo tipo: niños, abuelos, mujeres embarazadas, enfermeras... que se movían en cada rincón. El lugar estaba infestado de almas en pena. En eso sintió un golpe en la pierna, volteo y era una silla de ruedas sin nadie que la condujera; en ese momento se escucha el grito de una mujer que le sonó familiar, comenzó a caminar por el pasillo en busca del origen de ese lamento; pero de pronto, todas las voces se callaron y una mujer se ve pasar a toda prisa hacia un cuarto, ¡Era Consuelo sin duda! pensaba Kurt; sin embargo a pesar de que iba corriendo en la cabeza de Kurt todo pasaba en cámara lenta, podía distinguir el terror en su cara, mientras su cabello flameaba. Corrió hacia ese cuarto y cuando cruzó la puerta tropieza con una silla cayendo al suelo; al levantarse, un poco mareado y aturdido, se da cuenta de que otra vez había cambiado de lugar, ahora se encontraba en su casa más precisamente en su despacho; siente que algo pasó muy rápido por detrás de él, al voltear alcanza a ver la silueta de Consuelo, va detrás de ella, hasta el cuarto de Camila, en donde Consuelo parecía estar gritando, no obstante, su voz no se escuchaba; mira en la dirección en la que estaba ella mirando y allí se encontraba esa sosteniendo a Camila de su piernita, amagando a tirarla por el balcón; Consuelo intentó detener a esa cosa pero llegó tarde, eso arrojó a la niña sin ningún tipo de piedad y en ese mismo instante tomó a Consuelo del hombro y comenzó a absorber algo de ella, tal como pasó con el niño, parecía regocijarse con lo que obtenía. Kurt trató de ir en su ayuda, pero como siempre, estos desaparecen y como arte de magia despertó muy angustiado en su celda. La noche se había acabado y el sol asomaba sus primeros rayos por la ventana.

Con cada sueño se planteaba una nueva incógnita, había cosas que lo confundían, sin embargo, recordó lo que le había dicho Norma «Consuelo estaba tratando de decirnos algo», hasta el momento lo único que sabía con certeza es que su hija estaba en peligro.

Norma cumplió con su palabra, y una tarde lo fue a visitar. Kurt estaba ansioso necesitaba entender lo que pasaba.

—¿Cómo está mi hija? —preguntó sin siquiera saludarla.

—Ella está bien, no te preocupes—respondió de forma muy segura

—¿De qué está hablando? usted misma dijo que sentía que Camila estaba

en peligro.

—Se lo que dije y todo tiene una explicación.

Kurt estaba desconcertado, pero quería escuchar lo que tenía para decir.

—¡Entonces explíquemelo!

—Bien ¿En dónde había quedado? ¡Ha sí!, quedé en que le conté a Ernesto y no me creyó nada, comencé a sentirme sola y asustada todo el tiempo, había pedido una licencia en el trabajo, no quería dejar a Camila con otra persona y a la vez no quería pasar mucho tiempo en casa, sentía que algo me asechaba en todo momento, trataba de estar fuera de casa, pero era inevitable tener que estar allí, por lo menos durante las noches, que por cierto era cuando todo se intensificaba. Una noche al acostarme, me llevé a Camila conmigo, comencé a tener mucho frío, el cuarto parecía estar más oscuro de lo normal, a pesar de que tengo un ventanal gigante la luz no ingresaba al cuarto. La puerta de nuestra habitación siempre está abierta desde que Consuelo se fue de casa: la privacidad no era un problema. Esa noche escuche el crujir de la puerta cuando se está moviendo, al mirar, se estaba cerrando ¡y no corría una brisa, estaba todo cerrado! A medida que se cerraba una niebla negra muy espesa comenzó a cubrir todo el cuarto, no se veía nada, lo cubrirá todo excepto el rectángulo de la cama. En cualquier dirección a la que mirara, se podían ver unos ojos brillantes muy claros de un color verdoso con naranja, de repente veo la silueta de Consuelo saliendo de entre la niebla estirándome el brazo queriendo acercarse a mí ¡pidiéndome ayuda! pero unos brazos la tomaron y la llevaron hacia la oscuridad. Tome a Camila muy fuerte en mis brazos y saque de mi mesita de luz el rosario y la biblia... cerré los ojos y comencé a rezar, no solo por Camila y por mí, sino que también por Consuelo en ese momento sentí que ella no estaba descansando en paz. Cuando abrí los ojos esa niebla y oscuridad en el cuarto habían desaparecido; pero mi corazón me decía que el peligro no ¡Consuelo estaba cerca y pedía ayuda! Desde mi posición no podría hacer mucho, decidí acercarme a la iglesia en busca de un poco de ayuda, quizás ellos tendrían la respuesta a todo esto. Esa misma mañana a primera hora, tome a Camila y parimos hacia la iglesia del pueblo, no le dije nada a Ernesto de lo que me había pasado ni porque iba a ir a la iglesia, sabía que él no me apoyaría. Llegue y el padre me recibió muy bien es conocido de la familia y sabía lo que me había pasado, me dio un fuerte abrazo y me invito a tomar una taza de té, charlamos un poco, estaba muy nerviosa e insegura, no quería quedar como una loca. Cuando me pregunto cuál era el motivo de mi visita por un momento comencé a dudar si contarle o no.

No sé de dónde saqué fuerzas y le dije todo: como lo estoy haciendo ahora contigo. Veía ciertos gestos que me hacían pensar que él no me estaba creyendo mucho, aunque se mantenía atento, cuando termine de contarle, él tomó un gran suspiro y me dijo que eso era normal que algunas personas ante tanto estrés y dolor comenzaban a alucinar de alguna manera a buscarle una explicación a lo que había pasado, él me explico que de esa forma no estaba dejando que mi hija descansara en paz, que debía dejarla ir. Al final me dijo que de todas formas él iba a orar por ella y que además bendeciría la casa, creo que solo lo hizo para tranquilizarme, pero yo estaba segura de que lo que me estaba pasando era real. Al llegar a mi casa Ernesto me estaba esperando en la cocina, sentado tomando un cerveza, ya estaba un poco ebrio, me pidió que me sentara con él y que charláramos un poco, de inmediato me dijo que el padre se había comunicado con él y le comento lo que habíamos estado hablando, claro que el padre le pregunto si a él le estaba pasando algo parecido y como era de esperarse le respondió que no. Primero intentó calmarme, dijo lo mismo que el padre: que era normal, que fue una pérdida muy grande la que tuvimos pero que si seguía con esto, tarde o temprano me iba a afectar mucho más. Dijo que debíamos hacer algo, me propuso que fuera a un terapeuta a un psicólogo, yo le respondí que no estaba loca, comenzamos a discutir le dije que el que necesitaba ayuda, que si seguía bebiendo de esa manera el que iba a terminar mal seria él; siguió insistiendo y me propuso que si yo accedía a ir al psicólogo el permitiría e insistiría al padre para que bendiga la casa lo más pronto posible ¡Accedí! tenía la esperanza de que la bendición terminara con lo que estaba ocurriendo. El cura no tardo en ir y yo tuve que cumplir con lo del psicólogo; me preguntaron e hicieron una pila de prueba y me recetaron unas pastillas que según ellos me ayudarían a descansar y a relajarme un poco; comencé a tomarlas y las cosas se calmaron por completo, en un momento pensé que lo que creían ellos era cierto, la estaba equivocada era yo. Pasaron unas semanas y todo iba de maravillas, Camila volvió a dormir a en su cuna yo me tomaba la pastilla y dormía toda la noche como un angelito. Hasta que un día justo cuando me estaba quedando dormida alcanzó a ver de reojo a Consuelo parada frente a la cuna de Camila se veía triste, de todas maneras, no pude evitar quedarme dormida al instante. Desde ese momento una pregunta comenzó a resonar en mi cabeza «¿Esto que estoy tomando! ¿No estarán reprimiendo las cosas, quizás Camila siga en peligro y yo no me doy cuenta?». La pregunta no dejaba de sonar en mi cabeza, a pesar de eso, seguí tomando las pastillas. El tiempo paso y trataba de sacarme esas

ideas de mi cabeza, pero cuando el diagrama de trabajo de Ernesto cambio y paso de trabajar de noche a hacerlo de día, las cosas cambiaron. Al principio lo sentía raro, cuando él estaba en casa parecía inquieto nervioso, no entendía porque, pero todas las mañanas cuando despertábamos, él parecía que no había dormido nada, tenía ojeras y estaba muy irritable: más de lo normal. Cada vez que le preguntaba si le pasaba algo, él respondía que nada, que el trabajo lo estresaba un poco. Cuando me puse a analizarlo me di cuenta de que el cambio cuando comenzó a quedarse por las noches en casa: ¡A mí me pasaban las cosas raras solo por las noches cuando él estaba trabajando! le pregunté si le estaba pasando algo de eso, pero negó todo. No pasaron ni tres días de eso, cuando no aguanto más, me conto lo que pasaba y efectivamente era lo que pensaba. Comenzó a tener las mismas visiones que yo, Consuelo le mostraba cosas y esa figura diabólica era la misma que me atormentaba a mí, también estaba preocupado porque sentía que Camila se encontraba en peligro. Le dije de tomar las pastillas para que pueda descansar un poco y buscarle una solución juntos.

Las cosas cambiaron desde ese momento me sentía un poco más apoyada. Decidimos ir nuevamente con el padre, solo que ahora con la seguridad de que lo que estaba pasando era real. Ambos teníamos nuestras dudas, sabíamos que era muy posible que nos creyeran locos. Si bien creo que nos creyó; no tenía mucha idea sobre ese tema, no pudo hacer mucho, solo bendecía la casa, pero eso no funcionaba, de hecho, lo empeoraba.

Camila regreso a dormir con nosotros, las cosas se pusieron realmente feas. Una noche despierto y estaba Consuelo a los pies de la cama mirándome, con el brazo trato de despertar a Ernesto «Ernesto despierta.... Ernesto ¡despierta!» le dije en vos baja. Al despertarse para mi sorpresa él también podía ver a Consuelo ¡La vimos los dos! Consuelo comienza a caminar y sale por la puerta de nuestro cuarto, inmediatamente nos levantamos y la seguimos; estaba parada justo en frente de nosotros y señalando hacia el pasillo, cuando cruzamos la puerta de la habitación ¡desaparece!, pero de pronto, nos dimos cuenta de que ya no estábamos en nuestra casa, si no que estábamos en la tuya. En eso vemos pasar una figura de mujer desde tu cuarto de trabajo hacía de Consuelo y de ahí, dos segundos después, al de Camila. Se podía distinguir un poco su aspecto, llevaba un vestido gris oscuro, estaba descalza tenía el pelo enmarañado. Cuando sale del cuarto llevaba algo en los brazos: era Camila, la tocaba la carita con sus manos inmundas, mientras nos miraba con esos ojos desafiantes y llenos de maldad. Tratamos de ir a sacarle a nuestra nieta, pero

el lugar comenzó a cambiar y volvimos a estar en nuestra casa. Al instante fuimos a nuestro cuarto a ver si Camila estaba bien y allí estaba, durmiendo lo más tranquila, eso nos alivió mucho «¡y ya se lo que estás pensando!, ¿Lo que te relate te parece muy familiar, casi lo mismo que te paso a ti?».

En ese momento Norma saca de su bolsillo un cuaderno de notas de Kurt.

—Se que piensas eso porque a mí me paso lo mismo, cuando leí tus notas —aclaró mientras le entrega el cuaderno.

—¿Usted tenía mis notas? —preguntó Kurt muy sorprendido.

—Si... Un guardia lo encontró en tu celda y se lo entrego a Ernesto, él lo leyó y me lo entrego a mí para que lo lea ¡Disculpa si invadimos tu privacidad! pero esto me ayudo a confirmar un par de sospechas que tenía. Ah y quiero que sepas ¡Que no estás loco! O al menos, si tú lo estas yo también lo estoy. Sé que piensas que no hay una explicación ¡Pero la hay!

En eso Norma retomó la historia. Para ellos las cosas estaban cada vez peor ya no sabían qué hacer, Ernesto comenzó a buscar en internet algo que pudiera ayudarlos hasta que dio con un grupo de personas «que decían ser especialistas en lo paranormal», los contactó de inmediato, dos días después de eso llegaron estas personas a la casa de Ernesto y Norma. Traían consigo una pila de equipo. Un hombre de unos treinta años, llamado Brian Ruiz, se les acercó y les comento como iba a ser el proceso:

—¿Cómo están? Mi nombre es Brian y estoy a cargo del grupo de investigación ¿Usted debe ser Ernesto? —les preguntó mientras le estrechaba la mano.

—Si, ella es Norma mi esposa—respondió estrechándole la mano.

—Antes que nada, me gustaría explicarle un poco las cosas, normalmente no nos toma más de tres días poder encontrar la raíz del problema, de todas maneras, no se preocupen contamos con todo el equipo necesario y si llega a haber algo en la casa de seguro sabremos que hacer—aclaró mientras un chico pasaba por detrás de ellos cargando unos maletines.

Eso les dio mucha confianza, por primera vez no sentían miedo de contar todo lo que les estaba pasando.

El último en bajar del auto era un hombre regordete muy canoso de unos cuarenta y cinco años, tenía actitudes un poco afeminadas. Al acercarse, se prepararon para saludarlo; no obstante, esté solo los miró, asentó con la cabeza y se dirigió de inmediato a la casa de ellos y comenzó a inspeccionar todo el lugar. Brian se acercó a Ernesto.

—No se preocupen por él, es un poco raro: lo sé; pero sabe hacer muy

bien su trabajo ¡el psíquico de grupo! no acostumbra a tocar a la gente; en algunos casos puede sentir el dolor de las personas que toca—comento con una sonrisa en el rostro.

En total eran tres personas las que conformaban el equipo; ellos dos y un ayudante, un chico muy joven de unos veinte años él se encargaba de la parte tecnológica. Brian comenzó a mostrar los equipos que tenían, entre ellos cámaras, sensores que podían detectar cambios bruscos de temperatura y de movimiento, micrófonos y un par de aparatos más.

Camila no se encontraba con ellos en ese momento: Norma la dejó en casa de su hermana, no querían que este presente, por si llegaba a pasar algo mientras durara la investigación.

El primer día no ocurrió nada, ni un ruido siquiera, no entendían lo que estaba pasando; en la casa siempre pasaba algo, pero esa noche todo pareció normal. Preguntaron a los investigadores y ellos comentaron que tampoco habían registrado nada, en el segundo día sucedió lo mismo y los investigadores decidieron retirarse. Cuando Ernesto les pregunto porque, ellos solo respondieron: que estaba todo bien, que ni siquiera el vidente había sentido algo al entrar en la casa por lo que no tenía sentido quedarse más tiempo.

Norma y Ernesto se veían frustrados, era la primera vez que querían que pasara algo y no nada pasó.

Habían tratado de buscar ayuda en la iglesia, ahora a gente experta en lo paranormal y ninguno supo ayudarlos: ¡Las opciones se estaban acabando!

En el momento en que los investigadores se fueron, Norma se dirigió de inmediato a casa de su hermana; con la niña en brazos se sentía más tranquila.

—¿Cómo se portó? — le preguntó a su hermana.

—Ella muy bien es un angelito, el que me dio un poco de problemas fue mi hijo.

—Si, ¿Por qué?

—Por nada, supongo que debió haberse puesto un poco celoso—respondió sin darle mucha importancia.

Norma se quedó un momento con su hermana charlando y luego se fue, con un sabor amargo en la boca por no poder contarle todo lo que le estaba pasando.

Después de que los investigadores se fueron, las cosas volvieron a la normalidad, por lo menos a la normalidad que estaban viviendo desde la muerte de Consuelo.

Una tarde Norma salió a pasear con Camila, necesitaba despejarse un poco, recorrió el centro de la ciudad observando las vidrieras que hacía mucho tiempo que no recorría; de entre todas las tiendas había una que a pesar de haber vivido toda su vida allí nunca le prestó atención: era una tienda muy chica, vendía cosas esotéricas (libros, velas, estampitas, perfumes, sahumerios, aceites, sales, etc.) Le llamo mucho la atención, un libro muy antiguo de tapa de cuera que estaba en la vidriera. Decidió entrar a husmear un poco. Al ingresar había una de esas cortinas con ovalarías de cristal y piedras de todo tipo, el lugar era muy pintoresco y a la vez misterioso: en el costado derecho había una repisa llena de libros de esoterismo, junto a un mostrador con muchos artículos religiosos y otros que parecían ser todo lo contrario; sobre las paredes tenía repisas con velas y adorno inscriptos con todo tipo de simbología. Mientras husmeaba la sorprende una chica muy joven que aparece por una puerta que tenía los mismos ornamentos que la de entrada, llevaba un vestido largo de color blanco y sin mangas utilizaba muchos collares y su pelo tenía ondas muy marcadas.

—¡No se asuste! — le dijo con una risa burlona—¿Como esta, puedo ayudarla en algo? —preguntó muy amablemente, pero de una manera muy acelerada.

—Solo estoy mirando—respondió Norma

—No se preocupe, mire todo lo que quiera y pregunte sin compromiso—respondió la chica sin embargo la seguía con una mirada muy atenta en todo momento.

Norma se dirigió a la estantería de libros, pero no encontró nada que pudiera ayudarla, no sabía si era porque efectivamente no había nada o porque no podía concentrarse con la mirada de la chica sobre ella en todo momento. Tomó un libro y cuando se da vuelta, tenía justo en frente a la chica:

—¿Se encuentra usted bien?, la noto un poco cansada, nerviosa y hasta alterada diría ¡algo le causa pesar! ¿Quizás pueda ayudarla? —comentó la chica, casi invadiendo su espacio personal, colocando su mano en el hombro de Norma.

A Norma la tomó por sorpresa la y no supo que contestar:

—Ando buscando algo para ahuyentar a los malos espíritus.

—Disculpe que sea tan directa y le diga esto, pero desde el momento en que cruzo esa puerta pude sentir su pesar, hay algo que la está atormentando, una vibra oscura que parece estarla siguiéndole—aclaró la chica con mucha seguridad.

Norma se sintió invadida, incrédula ante las palabras de la chica que al principio le sonaron como una simple treta para venderle cosa.

—Ya tengo que irme se me hace un poco tarde.

—¡Quizás en otra ocasión será!; pero antes de que se valla déjame entregarle mi tarjeta, en realidad es la de mi mamá, pero ya hace tiempo que yo me estoy haciendo cargo; Cualquier cosa llame a ese teléfono.

Norma tomo la tarjeta en sus manos y leyó; «Ruth Salazar, médium, vidente especialista en las artes oscuras y demonología, no se realizan males ni se leen cartas. Si usted tiene alguna inquietud con el mundo espiritual no dude en llamar a este número, la consulta no molesta y tampoco tiene cargo». Al terminar de leerla se fue de inmediato.

En el trayecto a su casa no pudo sacar de su cabeza lo que decía la tarjeta. Entro a su casa, Ernesto estaba sentado en la cocina con una botella de cerveza en la mano y cuatro ya acabadas sobre la mesa, Norma no quería ni hablar con él, siempre que estaba en ese estado terminaban discutiendo. Llego y le dejó la tarjeta en la mesa, Ernesto la tomo y mientras Norma se alejaba le grito:

—Es una charlatana, yo ya conozco a esta gente te dice lo que quieres oír y luego te cobran una fortuna.

Norma se la vuelta y regresa.

—Puede que sea cierto, pero ¿sino? ¿Podríamos consultar? las cosas no han parado y no podemos quedarnos de manos cruzadas—respondió y subió a su cuarto con la niña.

A Norma le quedo la inquietud y no podía quedarse con la duda. Al día siguiente fue a lo de su hermana con la intención de dejarle a la niña por un momento, mientras ella consultaba con la médium. Al llegar la chica se encontraba atendiendo a una mujer que al parecer le estaba agradeciendo y entregándole dinero. La mujer se retiró con lágrimas en los ojos, pero no de dolor más bien parecían de agradecimiento.

Norma se acercó a ella a penas la otra mujer cruzo la puerta.

—¿Qué tal? ¿Veo que decidió regresar? ¡No me equivoque con usted!

—¿Qué tal? ¿A qué te refiere con eso?

—A que sabía que iba a regresar, debo confesar que la primera vez que la vi pude sentir que una presencia la acompañaba; aunque ahora...

—¿Qué fue lo que sentiste?

—Sentí mucho miedo y angustia, sentí a una mujer y... ¿han buscado ayuda en la iglesia?

—Si lo hicimos, pero no funcionó, de hecho, todo empeoro... ¡Ruth! ¿verdad?

—No, ese es el nombre de mi madre, ya no trabaja, ahora soy yo la que me hago cargo, me llamo Jana.

—Bueno Jana, ¿Tú crees poder ayudarme?

—Eso no lo sé, pero voy a intentarlo. Antes que nada me gustaría aclararle un par de cosas: Lo primero que tiene que saber, es que en la mayoría de las cosas hay una explicación racional, la imaginación puede ser muy traicionera es muy raro que esté pasando algo sobrenatural, pero por lo que sentí, este no es el caso; lo segundo es que como dice la tarjeta no se les va a cobrar nada por la consulta, es más, no se le cobrara nada en caso de que no pueda ayudarla ¡sé que esto es algo que les preocupaba mucho a los que vienen aquí! es más que entendible hay tanto sinvergüenza dando vueltas que es lógico que piensen mal; lo tercero es que los involucrados se tienen que entregar por completo y seguir los pasos que yo les indique al pie de la letra. Así que sin más preámbulo si le apetece podemos pasar al siguiente cuarto— le informo Jana señalándole la entrada.

Norma asintió con la cabeza. Jana cerró el local y la invito a pasa. Al entrar a ese cuarto se sintió un poco intimidada, estaba pintado de rojo con una mesa redonda de roble en medio, con cuatro sillas; a un lado tenía un mueble muy antiguo lleno de velas y al otro una colección de libros de tapas de cuero muy antiguos y grande; en el techo justo sobre la mesa había un candelabro de hierro muy tenebroso; pero atractivo a la vez.

—Siéntese—le dijo mientras prendía unas velas.

Luego se sentó con ella y colocó una copa muy grande en medio de la mesa, era de bronce y por dentro tenía una vela que encendió en ese mismo momento.

—Coloque las manos boca abajo sobre la mesa, cierre los ojos y trate de poner la mente en blanco —le indico mientras ella realizaba lo mismo.

Jana comenzó a mover su cabeza lentamente parecía querer ver algo, solo que con los ojos cerrados.

—Mmm... no. Hay algo que me está faltando. Puedo ver a una chica joven con un pijama blanco, pero la siento muy lejana no puedo ver más allá, hay algo que me falta. Probemos nuevamente.

Eso la sorprendió un poco y desde entonces presto mucha atención.

—Por favor concéntrense y coloquen las manos sobre la mesa—indicó con los ojos cerrados.

Después de intentarlo varias veces.

—No, no hay caso, trato de entablar una conexión, pero están muy lejos, no puedo sentir nada. Es muy raro porque la primera vez que la vi a usted de inmediato sentí una presencia, me atrevería a decir que dos, pero ahora no puedo sentir nada.

Jana no entendía que era lo que sucedía, hasta que recordó que la primera vez que la vio a Norma no estaba sola.

—¿La niña con la que andaba ese día... quién era?

—¡Mi nieta! ¿Por?

—Porque cuando usted estaba con ella pude sentir algo y ahora eso no paso, creo que puede llegar a tener algo que ver ¿Qué cree usted?

—¿Porque no se me ocurrió eso antes? ¡Ella es la principal afectada en todo esto!

—No me diga nada por el momento, me gustaría que regrese otro día, pero esta vez con la niña. Quizás pueda llegar a ver algo más con ella presente. Lo que sí le puedo decir es que hay algo oscuro que los está acechando. En el momento que pueda comunicarme con ellos, les voy a poder decir con más precisión lo que está pasando; aunque como sabrá esto no es una ciencia exacta, no espere una respuesta concreta.

Estando en casa, al llegar Ernesto del trabajo por la noche, Norma le comento lo que había hecho. Él no dijo nada, al principio le pareció una tontería, no obstante, ya se había equivocado antes, además las cosas encajaban bastante bien: por esa los investigadores no había encontrado nada.

Esa noche mientras dormían Ernesto despertó, con una molestia en la cara, pasó su mano sin siquiera abrir los ojos, pero luego comenzó a sentir un cosquilleo en los pies, al abrir los ojos había una tarántula enorme que trepaba por sus pies, por simple reflejo la pateó y la apartó de la cama, al mirar hacia el suelo ve que se venían acercando una turba de arañas de todo tipo ¡Quedo paralizado! Las arañas eran una fobia que el compartía con su hija Consuelo. De pronto esas alimañas comenzaron a trepar por las sabanas de la cama y se concentraron en Camila. Ernesto no podía hacer nada: quería gritar. pero la voz no le salía; quería moverse, pero el cuerpo no le respondía; su corazón se encontraba desbocado sentía que se le saldría del pecho. En ese momento ve de reojo que algo se mueve, cuando mira estaba Consuelo parada junto a la puerta mientras una figura oscura la tomaba por la espalda y le tapaba la boca. Ernesto no logra soportarlo y comienza a convulsionar lo que despierta a Norma, que, al verlo con los ojos completamente en blanco, no dudó en

tomar el teléfono y llamar a emergencias. Rápidamente le practicó las maniobras de rutina en caso de convulsión logrando que cesará, pero al tomarle el pulso este no se sentía, de inmediato comenzó a practicarle la resucitación, aunque no daban resultado. La ambulancia llegó y Ernesto yacía en su cama pálido como un cadáver junto a Camila.

Los médicos la retiraron del cuarto con Camila en brazos cerrándole la puerta en la cara. En ese momento el mundo se le callo a pedazos; tenía claro que no podría soportar otra tragedia más en su vida.

Los paramédicos salieron del cuarto con Ernesto en la camilla, llevaba puesto un respirador artificial. Eso le devolvió el alma al cuerpo, sabía que significaba que estaba con vida. Lo llevaron al hospital en el que trabajaba Norma, ella se vistió, abrigó a la niña y fue tras de ellos. Lo llevaron a una sala de terapia intensiva aún estaba muy grave, tenía las mismas probabilidades de vivir que de morir. Norma no pudo entrar a verlo, tenía a la niña y no dejaban entrar a bebes en ese sector, igual se quedó en la sala de espera, hasta que le dieran información sobre el estrado de su marido. El médico que lo atendió era un conocido del trabajo, le dijo sin rodeos lo que estaba pasando: se encontraba estable, aunque todavía no reaccionaba, eso si todavía no estaba fuera de peligro, lo único que podían hacer era esperar y ver como evolucionaba.

Pasaron dos días sin reaccione hasta que una mañana despertó, el personal le informo de inmediato los avances a Norma. Al acercarse al hospital le informaron que el panorama había mejorado; sin embargo, debería quedarse un tiempo más internado, le recalcaron que de ahora en adelante debía cuidarse mucho, sobre de los disgustos.

Ya se imaginaba que le dirían eso y la verdad le preocupaba mucho: la situación que estaban viviendo en ese momento era muy estresante.

Las cosas se complicaban cada vez más para Norma, ahora no solo estaba luchando contra algo que ni siquiera sabía que era, sino que también se encontraba a contra reloj: si no solucionaba lo que les estaba pasando corría el riesgo de perder todo lo que le importaba.

Con cada minuto que pasaba la noche se acercaba, y la vida de Ernesto se alejaba. Salió del hospital decidida a encontrar una solución cueste lo que cueste. No se dio cuenta de cómo llegó, pero allí estaba, parada en frente de la tienda, con la esperanza de que en ese lugar le pudieran ayudar a desvelar ese manto de tinieblas en el que se encontraba.

El local se encontraba con clientes, Norma estaba muy alterada y urgida,

no podía esperar, necesitaba hablar con Jana lo antes posible, se acercó con Camila en brazos.

—Necesito ayuda urgente esto es de vida o muerte—le comento en vos baja, aunque muy alterada; no quería que llegue la noche y no saber que le podría pasar a Ernesto.

Jana la miró atentamente y notó que su desesperación era sincera. La llevo al cuarto continuo y le dijo:

—Espéreme aquí un segundo.

Luego de unos minutos Jana regreso al cuarto. La diferencia entre la última vez que hablo con Norma era notable, podía sentir que algo más las acompañaba.

—¿Dígame señora, que es lo que está sucediendo?

— Es mi marido, está en terapia, le dio un infarto; estoy aterrada.

—En eso no puedo ayudarla.

—Lo sé, no tiene que ver con eso. En este momento no puede tener ningún de disgusto y con lo que nos esta...—en ese instante comenzó a llorar—si no le encuentro una solución a lo que nos está pasando, no se lo que le pueda pasar—le comento secándose las lágrimas.

Jana se sintió muy presionada era una responsabilidad muy grande, no quería cargar con la muerte de un hombre, aunque de todas maneras tanto si le decía que no, como si le decía que si: estaba arriesgado la vida de ese hombre.

Jana le pidió que tomar asiento y comenzó a hacer lo mismo que la vez anterior, prendió las velas y coloco la copa en el centro de la mesa.

Desde el momento que entro al cuarto sintió que algo las acompañaba, lo que no sabía ¡era que! Le pidió a Norma que tomara a la niña en brazos y que juntas pusieran las manos sobre la mesa y que cerrara los ojos. De pronto la cabeza de Jana comenzó a temblar, se podía notar por debajo de sus parados que lo ojos se le movían a toda velocidad y en todas direcciones. Le llegaba información si decir ni una pregunta.

—Nunca me había pasado algo igual, me llega información sin hacer ni una pregunta, sin siquiera intentar contactarlos —comentó manteniendo los ojos cerrados —¡Ay! No puedo seguir ¡es demasiado para mí! ¿Su hija murió asfixiada en su cama?, llevaba un pijama blanco —le dejo al salir del trance.

Para Norma no fue nada sorprendente lo que le dijo: eso podía haberlo averiguado, salió en todas las noticias del pueblo, pero luego siguió:

—También hay una presencia: su forma no pude distinguirla, ¡pero sus

ojos! Precian llamas de color naranja y verde fluorescente.

Eso si llamo su atención y lo que vino después mucho más. Le describió una escena en la que la niña estaba en peligro, muy similar a la que ella recordaba, solo que sin tanto detalle (unos pantallazos): con eso ya o le quedaron dudas.

—¿Qué tengo que hacer para que deje tranquila a mi familia? ¿Cómo puede detenerlo? —preguntó de forma muy ansiosa.

Jana estaba insegura jamás le había pasado algo parecido: no tenía ni idea de lo que debía hacer.

—Espéreme un momento—le avisó; salió del cuarto y tomó el teléfono y llamo a alguien.

Norma podía escuchar un cuchicheo. Después de un momento Jana se acerca, con un poco más de confianza.

—Antes que nada, tiene que saber que lo que su hija nos muestra es lo que ella cree que está pasando, lo cual no quiere decir que sea realmente lo que sucede ¿No sé si me explico?

Norma no respondió nada: solo la quedo mirando.

—Lo que quiero decir es que es muy probable que su hija este siendo engañada; puede que la estén utilizando para forzarla a hacer cosa que la perjudican. Esto es algo que las entidades malignas utilizan mucho ¡los engaños...! son su especialidad y estoy casi segura de que es así, porque lo que nos muestra su hija, no tiene ningún sentido alguno, por lo menos para mí.

La primera cosa inconsistente que hay en lo que nos muestra: ¡Es la entidad acosando a Camila! No tiene mucho sentido, es solo un bebe y las entidades malignas no pueden hacerle daño, a ellos no les sirve; se alimentan de los miedos de las personas o tratan de corromperla, pero una criatura tan pequeña, no tiene miedos y tampoco pueden engañarlos ¿se imagina si esas cosas se focalizan en los bebes? Ninguno estaría a salvo no habría nada que hace; ni siquiera nos daríamos cuenta, en el peor de los casos si esto fuera cierto, ya le habría hecho daño; aunque hay otra opción, también puede ser que hayan ofrecido como una ofrenda a un demonio, en ese caso si puede llevársela le pertenece. De todas maneras, hasta el momento no tenemos mucha información, en mi opinión por el momento no debería preocuparse por Camila, por lo que sí debería preocuparse es por su hija, ella no debería estar acá ya no pertenece a este mundo; la pregunta es ¿Por qué esta aquí todavía?, y ahí es donde creo, entra Camila.

—¿Y cómo podemos ayudarla?

—Todavía hay muchas incógnitas que debemos resolver, lo que sí le puedo asegurar es que esa entidad no está detrás de ustedes, por lo menos, por el momento: lo sé porque cuando vino sola esa presencia no la acompañaba. ¡Debemos averiguar lo que está pasando para poder ayudar a su hija!

—¿Cuánto tiempo cree que nos lleve eso? Mi marido, no va a soportar mucho más.

—Lo que puedo decirle por ahora es que trate de mantener a Ernesto lejos de la presencia de la niña, al parecer todo se focaliza en ella. En mi opinión: la presencia maligna está detrás de Consuelo y está a su vez está tratando de cuidar a su hija, la seguirá a todas partes, y esta presencia atacará a todo lo que este cerca de ella.

—¿Entonces, mientras este en el hospital, está a salvo?

—No lo sé, no estoy segura como le dije esto no es una ciencia exacta, pero si lo que quiere es que le de mí opinión, la respuesta es sí. Ahora solo debemos preocuparnos por tratar de averiguar lo que está pasando, por mi parte tratare de reunir un equipo para que nos ayuden a resolver esto.

—¿Cómo seguirá todo ahora?

—Todavía no podemos saberlo, eso si debemos tratar de contactar a Consuelo para ver qué es lo que tiene para contarnos y luego veremos qué hacer.

—¡Contactémosla!

—No es tan fácil, solo puedo sentir algunas cosas que otros no y ver lo que ellos nos quieren mostrar, me falta mucho para poder hablar con ellos, además solo se comunican con las personas que quieren. Lo único que se me ocurre es que usted trate de contactarla, ¡pero para eso necesitamos completar la mesa! tenemos que ser cuatro, conozco a algunas personas que pueden ayudarnos, quizás pueda reunirlos para mañana, pero hay algo que me tiene un poco inquieta, creo que en este caso la niña va a tener que estar presente.

Norma no quería saber nada con esa idea no quería exponer a la niña, no obstante, no había otra opción en la niña se focalizaba todo.

Su preocupación en ese momento estaba en: «¿Cómo iba a hacer para separar a Ernesto de su nieta?». Conocía perfectamente su manera de ser: se caracterizaba por ser un hombre muy testarudo; y si el tema se extendía hasta el momento de su alta, él no iba a acceder a permanecer fuera de su hogar por recomendaciones de una vidente mucho, menos de una jovencita. Necesitaba que todo acabe antes de que Ernesto saliera del hospital.

Salió de la tienda un poco aliviada, pero a la vez muy preocupada. Quería ver a su marido, pero con la niña no podía, no le quedo otra opción que molestar una vez más a su hermana: ella era en la única persona en la que confiaba.

Cuando llamo a la puerta de su hermana Leticia, tardo un poco en atender y cuando lo hizo, se notaba un poco nerviosa, ingresaron a la casa y se sentaron en la cocina.

—¿Quieres un café o un té? — le preguntó.

—Si claro, un café—respondió.

Ambas se notaban un poco incomodas parecían tener muchas cosas que decirse, pero ninguna soltaba palabra.

—Como están ustedes después de...

—Siendo sincera la hemos estado pasando bastante mal, supongo que no lo sabes, pero Ernesto se encuentra internado en este momento en terapia.

—¡Que! ¿qué le pasó? —pregunto muy exaltada

—Le dio un infarto mientras dormía.

—¡Un infarto?

—Si por eso te venía a ver, necesito que te quedes con la niña por un momento, no puedo entrar con ella a terapia.

Leticia no respondió nada, pero la expresión en su rostro mostraba mucha duda sin embargo después de un momento le dijo que sí. Norma pudo notar esta reacción, recordó que la última vez que le había pedido que se quedara con Camila había ocurrido algo parecido, aunque no tan marcado como en ese momento.

—¿Segura que no hay problema? —preguntó.

—No te preocupes, no hay problema.

—No te noto muy segura ¿paso algo? ¿Hay algo que quieras decirme?

Leticia agacho la cabeza y miro hacia abajo mientras se rascaba la frente y nuevamente respondió que no. El sexto sentido de Norma le decía que pasaba algo y justo antes de que volviera a preguntar Leticia dijo:

—¿No te han ocurrido cosas extrañas a ti?

—¿A qué te refieres con cosas extrañas? —respondió como si no supiera lo que estaba pasando.

—No quería contarte esto, pero están pasando cosas raras y lo peor es que suceden cuando Camila está aquí; la verdad es que me da un poco de miedo, siento una presencia, sé que suena loco; pero me pasa y a mi hijo también. Mientras nosotras estábamos en la cocina hablando, no sé si lo

notaste, pero él estaba escondido detrás de la puerta y podía ver su cara de susto, él no quería que se quede y ¡es muy chico! tiene tan solo ocho años, y nunca lo había visto de esa forma. Desde que trajiste a Camila a esta casa él está muy raro tiene pesadillas... ¡Moja la cama todos los días!

Norma quería contarle las cosas lo que estaba pasando, pero decidió callar en ese momento, no quería asustarla, además necesitaba que se quede con la niña por un momento:

—No sé muy bien lo que está pasando; por el momento prefiero no contarte, pero quizás cuando todo esto pase lo haga. Ahora te pido por favor que cuides a Camila por ultima vez, tan solo un par de horas, mientras voy a hospital a ver a Ernesto.

Leticia, claro que acepto, sabia por lo que estaban pasando su hermana; después de todo solo sería un par de horas ¿Qué podía pasar en ese tiempo?

Lo que le había dicho Jana comenzaba a tener sentido, las cosas a rededor de la niña se tornaban caóticas, ahora estaba más que claro que Ernesto no podía estar cerca de Camila. Eso la perturbaba se encontraba entre la espada y la pared, no sabía cuál debía ser su prioridad en ese momento: si Ernesto que encontraba en terapia o Camila a la que la asechaba una fuerza oscura que dañaba a todo lo que se le acercara. Lo que si sabía era que debía parar todo esto antes de que alguien más saliera dañado «Pero ¿cómo?», estaba sola en todo esto y debía cuidar a dos personas que no podían estar juntas.

Al llegar al hospital, lo primero que hizo fue preguntar por el estado de su marido: Le dijeron que se encontraba estable, mejorando muy rápido pero que lo iban a dejar por un tiempo en observación. Eso le vino como anillo al dedo, le daba un poco más de tiempo para pensar y solucionar sus temas. Al entrar en la habitación en la que se encontraba Ernesto lo vio ahí postrado en la cama, muy pálido y con una mascarilla para respirar, se acercó a la cama y le tomó la mano; el de inmediato reacciono y abrió los ojos, lo primero que atino a hacer fue sacarse la mascarilla, pero Norma no lo permitió:

—¿Cómo estás? —preguntó con lágrimas en los ojos. En sus casi veinticinco años de casados nunca lo había visto así, de hecho, nunca lo había visto en un hospital.

—Bien... cansado—respondió Ernesto de hablando pausado: le costaba respirar—¿Cuándo podre irme a casa?

—No lo sé, todavía no me han dicho nada, pero vas a estar unos días más en observación hasta que te recuperes... ¡Me asustaste mucho, creí que te

perdería a ti también! —respondió seguido de un abrazo.

— ¡Tranquila! No se te va a hacer tan fácil desacerté de mí—respondió con una pequeña mueca en la cara que simulaba ser una sonrisa —ya estoy mejor, no te preocupes ¡solo quiero irme a casa! —dijo tratándose de levantar de la cama.

Norma trato de mantenerlo recostado y de tranquilizarlo.

—No puedes ir a casa todavía, necesitas recuperarte bien. Yo tratare de venir todos los días a visitarte ¡Ahora tienes que descansar!

—¿Ya te vas? ¡Espera! no te he contado lo que me paso.

—En este momento no es necesario, solo debes descansar y recuperarte.

Norma se despide de él con mucho pesar: no quería irse; pero él debía descansar y él no lo haría mientras ella estuviera allí.

Estaba muy cansada y todavía le faltaba la peor parte. Salió del hospital y se dirigió a casa de su hermana, no paso mucho tiempo con Ernesto a Leticia no le presupuso un mayor esfuerzo cuidar a la niña. Recogió a Camila y regreso a casa a descansar. abrió la puerta y dejo las llaves sobre una mesita que tenían junto a la entrada, justo al lado de donde habían quedado las llaves, se encontraba la tarjeta de presentación que le había dado Jana; decidió llamarla, no perdía nada y quizás tenía alguna novedad.

—Hola—dijo una voz de mujer que hasta el momento era desconocida para Norma.

—Hola, ¿estará Jana?

—Si... ¿Quién la busca? —respondió con voz cortante

—Norma...

En ese momento Jana tomó el teléfono y comenzó a hablar muy bajo casi susurrando.

—¿Quién habla?

—soy yo Norma

—¿Cómo esta?

—Bien ¿llamó en mal momento?

—¡Si!, estoy un poco ocupada en un momento la llamó—respondió Jana y corto de inmediato.

No paso más de media hora cuando el teléfono de Norma sonó.

—Hola Norma—dijo Jana ya hablando de manera normal.

—¡Hola!

—Soy yo Jana, perdón por cortarte, pero estaba un poco ocupada.

—No hay problema, te había llamado para saber si había alguna novedad.

—Si ya pude reunir a un equipo, son compañeros de la facultad, me han ayudado en otras cositas y están dispuestos a ayudarnos. Así que si quiere ya mañana podemos intentar contactarnos con su hija—dijo Jana muy emocionada se podría decir que hasta un poco ansiosa.

—Claro que sí—respondió Norma—entre más rápido mejor.

—¡Ok, no se diga más! Eso sí, vamos a tener que hacer la sesión en la hora en donde la puerta del mundo de los vivos se fusiona con la de los muertos.

—¡Pero normalmente eso suceden en la madrugada, tipo tres! ¿no?

—Si exactamente ¿tiene algún tipo de problema de que sea a esa hora?

—No... de hecho a esa hora es donde más nos cuesta dormir, si tiene que ser, que sea.

—Bien entonces la espero en el local a las dos y media de la madrugada: con su nieta, por supuesto.

—Si, a esa hora estaré.

Fue un día muy cansador para Norma, solo quería recostarse un momento, aunque sea. Tomó a la niña y de inmediato trato que hacerla dormir. Todavía era temprano, pero Norma solo quería descansar, se le cerraban los ojos, no quería dormirse hasta que la niña se hiciera, pero no lo logro. De pronto escucho una voz que parecía susurrarle al oído: «mamá» poco a poco esta voz se iba escuchando más y más fuerte «mamá, mamá..., mamá...» hasta que abrió los ojos y ve a Consuelo parada junto a la puerta, llamándola sin parar: pidiéndole ayuda. El suelo comienza a desplomarse; una mano de lo más espantosa sale del piso, tomando el tobillo de Consuelo, arrastrándola hacia lo más profundo del holló que se había formado. Norma se levanta de la cama desesperada con la intención de ayudar a su hija, sin embargo, el suelo se recompone y solo queda ella, gritándole desesperada a al piso: «Consuelo..., Consuelo...»

Al día siguiente, temprano en la mañana, Norma se dirigió al hospital en donde estaba su marido. Se acerco a una de sus compañeras de trabajo.

—¿Cómo esta Julia? Necesito que me hagas un favor, podrías cuidar a la niña por un momento, no va a ser nada voy a ver a mi marido y vuelvo enseguida—pregunto Norma mientras sostenía a la niña en brazos.

Al principio su compañera lo dudo un poco ambas sabían que eso le podría causar problemas.

—Bueno, me tomare un descanso, pero trata de apurarte —le aclaró.

—Muchas gracias, no me tardo—dijo mientras le entregaba el bolso y

luego a la niña.

Al llegar a la habitación, Ernesto se encontraba despierto y con un mejor semblante: mejoró en muy poco tiempo. A penas entró Norma, Ernesto pudo notar que algo le aquejaba, no podía ocultar su preocupación, por lo menos, no a él:

—¿Cómo está todo? ¡Por como estas supongo que nada bien! —pregunto Ernesto ya con su voz firme de siempre.

—¡Está todo bien! Solo estoy un poco cansada, todavía no puedo acostumbrarme a Camila.

Ernesto sabía que estaba mintiendo, ella era doctora vivir con el cansancio, era algo a lo que se había acostumbrado.

—Necesito contarte lo que paso esa noche.

—No te preocupes por eso ya tendremos tiempo para hablar de eso.

—No entiendo porque no quieres que te cuente—respondió disgustado— ahora que creo en todo lo que está pasando no me dejas hablar.

—No es que no quiera hablar, ahora no es el momento ni el lugar, estas muy delicado todavía.

—¡Ya estoy bien! Lo único que me tiene preocupado es no saber nada de lo que está pasando.

—¡No! todavía no estás bien, necesitas hacer reposo tu corazón está muy débil.

—¿Débil! ¡Mi corazón está bien! y aunque no quieras, te lo voy a contar —aclaró y luego le conto todo lo que había ocurrido esa noche—¿A ti no te ha pasado nada parecido?

—No... por el momento no me ha pasado nada.

—¡Porque me mientes?, sé que te han pasado cosas. Lo que quiero que entiendas es que esta cosa sabe cuáles son nuestros miedos y puede hacernos daño cuando quiera —respondió con temor en su mirada.

Norma no dijo nada sobre el tema solo le esquivaba la mirada.

—¿Cómo esta Camila?

—Ella muy bien, no te preocupes.

—¿Quiero verla?

—¡Sabes que no puede entrar aquí! Ahora está con una compañera— respondió con disgusto: no quería hablar sobre el tema, temía causarle un sobresalto—de todas formas, no te preocupes por ella, ese tema ya está solucionado.

—¿Cómo lo solucionaste?

—No te preocupes ya vamos a tener tiempo para hablar de eso. Ahora tenemos...

— ¡No me trates como un enfermo yo puedo soportarlo!

—¡Lo sé, tranquilo! Ahora tengo que irme, no puedo dejar a Camila mucho tiempo, le puedo causar problemas a mi compañera—le respondió mientras le daba un beso en la mejilla—no te preocupes todo está bien, en cuanto pueda te vendré a visitar.

La visita lo dejó muy disgustado, no le gustaba que lo dejen con la palabra en la boca mucho menos que lo traten como un convaleciente.

Para Norma el día parecía nunca acabar; aunque sonara loco en ese momento de su vida: esperaba la noche con ansias y muchas dudas a la vez.

La noche llegó y Norma comenzó a prepararse. Antes de salir, visitó la habitación que era de Consuelo en su niñez: Desde que había muerto no había entrado en ella, aun se veía como el cuarto de una niña, con poster de famosos que le gustaban, hasta fotos con sus amigos de la infancia. Recorrió el cuarto con mucha nostalgia; imágenes del pasado venían a su mente como una puñalada al corazón. Una foto llamó su atención, estaba pegada con cinta a la pared, justo encima de la cabecera de la cama; era una foto que nunca había visto, o que por lo menos nunca había prestado atención: Eran niños estaba en un parque de diversiones, se podía ver una gran montaña rusa por detrás y un grupito de cuatro amigos en el frente: Jonás y Nico junto a Consuelo, uno de cada lado y Kurt estaba en una esquina de la foto mirando fijamente a Consuelo mientras el resto miraba a la cámara. Norma la tomó y la observó por un instante, luego la volteó; en la parte posterior tenía una inscripción en manuscrita no muy bien escrita pero que decía: «No sé cuánto tiempo habrá pasado desde que nos tomamos esta foto, recuerdo que salía unos cinco pesos y que ya nos habíamos gastamos todo el dinero, ninguno podía pagarla yo metí la mano al bolsillo y saqué unas monedas, eran tres pesos, no me alcanzaba para la foto y la verdad, la plata tampoco era mía, era un vuelto de una compra que había hecho para mi padre; de todas formas fui donde el fotógrafo y se lo ofrecí ¡me dio mucha vergüenza!. Al principio me dijo que no, pero luego cedió. Me dieron una buena tunda por haber gastado la plata, pero creo que valió la pena.

Cuando la miré después de nuestro reencuentro me di cuenta de que ya desde ese momento sentía algo muy grande por ti, desde ese entonces la miraba todos los días y me preguntaba si en algún momento me iba a animar a decírtelo y como ya sabrás ¡lo hice!, para mi fortuna hoy estamos cumpliendo

un mes de novios. Sé que es poco, pero para mí significa mucho, así que hoy te la entrego, como muestra de mi amor y junto a la promesa de que voy a amarte y cuidarte por siempre. Con amor: Kurt.»

Después de lo que paso, Norma no sabía que sentir si bronca o ternura. No supo por qué; pero la guardo en el bolsillo de su pantalón.

El camino hacia la tienda fue un poco anormal, las calles estaban desiertas y los sonidos dormidos junto a la noche; parecía un pueblo fantasma, no era el mismo lugar pintoresco que los días mostraban; se podía escuchar el sonido de las cubiertas de la camioneta rozar con el asfalto.

Al llegar a su destino se acercó a la puerta y tocó tres veces y nadie se asomó. Intento ver por el ventanal, pero solo se veía su reflejo, lo único que se lograba distinguir era una tenue luz rojiza que provenía del cuarto del fondo. En momento sintió que una mano tocaba su hombro, al voltear se encontró con un joven muy alto y flaco, de pelo corto, con una barba muy larga y desalineada, de unos veinticinco años, vestía muy formal algo que no concordaba con esa barba, en su hombro cargaba un bolso muy grande.

—¡Tranquila que no le voy a hacer daño! ¡Usted debe ser la señora de la sesión! ¿Verdad? —preguntó el joven tomando el bolso con una mano y extendiéndole la otra para saludarla.

—Sí, soy Norma—dijo media descolocada: la había asustado un poco.

—Abel—respondió llevando su mano al pecho— amigo de Jana: las voy a ayudar con la sesión; vendría a ocuparme de la parte técnica ¿Y quién es esta bella niña? —preguntó con tono juguetón mientras tocaba la barbilla de Camila.

—Es mi nieta ¡Camila!

—Hola Camila ¿Ya tocó?

—Sí... pero todavía no me atiende.

En eso se pudo escuchar el sonido de la llave e inmediatamente las campanas de viento que colgaba en la entrada comenzaron a tintinear.

—¡Ahí esta! Cuando uno menos se lo espera—comento Abel con una sonrisa, y señalándole para que ingrese.

—¿Hacía mucho que estaban esperando? —pregunto Jana muy ansiosa mientras colocaba la mano sobre la espalda de Norma.

—Yo recién llegue: ¿no se ella?

—¿Veo que ya conociste a Abel?

—Sí ya nos presentamos—respondió Norma

Se dirigieron a la habitación del fondo en donde los estaba esperando una chica muy bajita, de un metro cincuenta aproximado, tenía un aspecto dark: vestía de negro y tenía muchos piercings en el rostro.

—Ella es Zaira mi otra colaboradora; al igual que yo, tiene una sensibilidad especial.

Jana tenía todo preparado para la sesión. Norma no podía evitar sentirse incomoda, el ambiente se percibía pesado; una ligera niebla provocada por unos sahumeros cubría el cuarto, el aroma era muy agradable; sin embargo, a Norma le molestaba un poco. La luz que iluminaba el lugar era rojiza eso no le gustaba lo hacía parecer un antro de mala muerte. A diferencia de la última vez que había estado en ese lugar las cosas habían cambiado un poco, se apreciaba un gran espejo con un marco muy antiguo de madera y hierro, colocado en una esquina, en frente de éste había una silla de madera de un diseño exquisito parecía sacada de la sala de una reina.

—Ya estamos todos, podemos empezar a organizarnos un poco: Abel quiero que coloques las cámaras ¿espero que no te moleste? —preguntó Jana mirando a Norma—es para obtener pruebas en caso de que las necesitemos.

—No...no hay problema—respondió con cierto recelo

Abel comenzó a colocar las cámaras y otros instrumentos, como micrófonos y sensores de temperatura.

—¡Me vine preparado! —comentó

—¿De dónde sacaste eso? —le preguntó Jana

—Soy un hombre con muchos contactos—aclaró fanfarroneando

Jana se acercó a Norma y por primera vez su rostro se transformó y se puso seria.

—Antes que nada, quiero que sepas que lo que estamos a punto de hacer es algo muy peligroso, nunca me había atrevido a hacerlo... solo he visto a mi madre cuando lo llevaba a cabo. Ella siempre me advirtió que a los muertos hay que dejarlos descansar y nunca tratar de contactarlos; no se sabe lo que pueda entrar una vez que las puertas se abren, en ese momento no solo nos escucha la persona con la que queremos contactarnos, si no que todo lo que este a su alrededor saben que estamos allí y hay cosas a las que no queremos ni debemos contactar, cosas que su único propósito es hacernos daño, cosas que quieren entrar a nuestro mundo o llevarnos al de ellos. Por esto necesito que me prestes mucha atención y hagas exactamente lo que te digo.

Sé que dios me dio esta habilidad para ayudar a la gente y no puedo hacer

la vista gorda... desde el momento en que te vi supe que necesitabas mi ayuda pude sentir tu sufrimiento y temor; por eso estoy haciendo esto a pesar de los riesgos.

Te repito cuando empecemos la sesión es de suma importancia que sigas mis instrucciones al pie de la letra. En primer lugar, quiero que pienses en una pregunta que solo tu hija pueda contestar, pero cuando se la hagas no debes estar pensando en la respuesta, esto nos va a servir para saber si estamos hablando con tu hija o con otras cosas.

Al contactarte vas a tener la oportunidad de hacerle preguntas; al principio le vas a hacer preguntas fáciles como para que entre en confianza y luego le dirás la pregunta que tenías preparada, la que solo ella puede contestar, el espíritu no debe sospechar que lo estas probando; en caso de no ser el de tu hija si se da cuenta que lo descubriste intentara hacerte daño.

—¿Cómo? ¡No entendí esa parte! —Preguntó muy nerviosismo

—A lo que me refiero es que si el espíritu no es tu hija y siente que su engaño no está funcionando; tratara de hacerte daño ¿Quedo claro?

Norma asintió.

—¡Sigamos entonces! Si el espíritu que se presenta es el de tu hija, es decir si responde la pregunta que le hiciste; vas a tener muy poco tiempo para comunicarte con ella, de unos quince a veinte minutos; entre más tiempo hablen, hay más probabilidades de que otros espíritus te escuchen y no podemos permitir eso. Vas a saber cuándo debes terminar con la conexión, cuando comienzas a escuchar murmullos, gritos, cualquier ruido que se vaya haciendo más intenso ¡Eso sí! Si comienzas a escuchar aullidos, gruñidos o idiomas extraños debemos terminar la sesión de inmediato.

Si en el momento en que le haces la pregunta, el espíritu, no te responde, tarda, duda o te hace algún gesto; debemos terminar de inmediato ¡no es tu hija! ¡Está claro esto!, ¿No? Porque normalmente cuando llamas a un espíritu y este no te responde y el que te responde es otro, es muy probable que sea uno maligno ¡los buenos espíritus no se meten cuando uno no los llama! Por eso debes terminar la sesión de inmediato.

Bien esas son las pautas que debes seguir una vez que comencemos. Ahora te voy a explicar cómo va a ser el ritual de invocación.

Como veras en la habitación hay un espejo con una silla frente a él; deberás sentarte en ella, pero antes prenderas estas dos velas —le dijo mientras se acercó al mueble y tomó un manto de tela rojo doblado de forma muy prolija y dos velas que estaban dispuesta en sus respectivos candeleros

de bronce con la figura de un ángel, y los coloco sobre la mesa— y las colocarás a los lados del espejo. Yo voy a encender la vela que se encuentra en la copa sobre la mesa; solo estarán prendidas estas tres velas, el resto del lugar estará a oscuras. Luego pondrás el manto sobre tu regazo; es un manto muy especial ¡esta bendecido y te protegerá! Una vez que tengas todo esto, te pararas frente al espejo, y con la mano derecha sujetaras el manto mientras con la otra tocaras el espejo, en ese instante debes decir en voz alta el nombre completo de tu hija y además decir que quieres comunicarte con ella; vas a repetir esto hasta que sientas que la temperatura del lugar disminuya bruscamente, lo quiere decir que un espíritu te escucho y que va a responder a tu llamado. Cuando suceda esto debes sacar la mano del espejo y sentarte en la silla con el manto en tu regazo, en ese instante dejaras de ver tu reflejo y veras la imagen de la persona con la que quieres contactar. Ahora quiero que me prestes mucha atención, es muy importante que cuando pase esto, estés pensando en la persona que quieres contactar; pero no solo debes pensar en ella, sino que también tenés que concentrarte en recuerdos bellos, porque si esta con miedo, triste pensando en su muerte, en su dolor: La imagen que se te aparecerá en el reflejo, será la de tu hija; pero será exactamente la imagen que ella tiene en este momento, es decir ¡La imagen de un cadáver descomponiéndose en su ataúd! y no creo que quieras ver eso. Y recuerda cuando se presenté tendrás que preguntarle si es ella; inevitablemente te va a responder que sí, lo sea o no; pero debes seguir diciéndole cosas, ¿Cómo estás? que la extrañas, que estas preocupada: lo que sea; pero tienes que lograr que confié en que ti y justo en ese momento le haces la pregunta que solo ella puede responder. Ahora quiero que estés lo más atenta posible, porque en caso de que no la responda o respondas cualquier otra cosa; tendrás que tomar el manto y tapar el espejo lo más rápido que puedas. Luego lo que tenemos que hacer es acostar el espejo sin quitar el manto y dibujar sobre este con sal, un círculo con una cruz en medio.

Ante cualquier duda que tengas o si quieres terminar el ritual, hay que realizar esa maniobra, así nos aseguramos de que no quede ningún espíritu en el lugar.

En caso de que eso no funcione hay que romper el espejo y prender fuego los restos, en este caso hay que tener la precaución de no cortarse con los vidrios, ya que, si eso ocurre, ese ante se quedara atado a ti.

Eso es lo que vas a hacer tú, yo por mi parte voy a tratar de que la conexión entre ustedes sea más fluida y además conectarme contigo y con tu

hija, pero desde la mesa, el ritual lo debe hacer una persona querida por el difunto. De todas formas, quiero que te quedes tranquila yo voy a estar muy cerca de ti para protegerte y voy a ver y a escuchar todo lo que tú.

Ah otra cosa, en el momento que te des cuenta de que no es tu hija con la que estas, debes cortar la comunicación con la entidad, solo límitate a colocar el manto en el espejo, no importa lo que te diga, seguro te va a estar mintiendo, manipulando: es lo mejor que hacen.

Y, por último, no te preocupe por Camila, como ya le dije ella estará bien, están protegidas por una fuerza divina, de todas formas, le colocare este amuleto que la protegerá, pero como le dije, no es necesario. Los que verdaderamente estamos expuestos a un ataque somos nosotros, pero si hacemos todas las cosas bien, eso no tendría por qué ser un problema.

Norma estaba aterrada lo que le dijo Jana, no le dio nada de confianza no pensó que iba a haber tanto en riesgo; en un momento llego a pensar en escapar.

—¿En que trajo a la niña, en el auto? —preguntó Jana, interrumpido sus pensamientos.

—En una silla para bebé.

—tendríamos que colocar a la niña allí ¿Me permite la llave de su coche? a si la vamos a buscar, es solo por seguridad.

Norma le entrego la llave del coche, aunque con un poco de recelo, Jana se la entregó a Abel, este no tardo en regresar, la colocó sobre la mesa y luego acomodaron a Camila.

La hora se acercaba y los nervios comenzaban a sentirse con una fuerza arrolladora.

—Tomen asiento—indicó Jana.

Norma no supo para donde salir, estaba muy nerviosa, más bien aterrada, su cabeza era un manajo de nervios todos sus pensamientos eran un caos no podía concentrarse. Trataba de tranquilizarse y repasar todo lo que le habían indicado, su mandíbula temblaba y los ojos se le cristalizaron, sabía que, si llegaba a cometer un error, podría causar un desastre. Un sudor frio le recorrió la espalda, su corazón comenzó a latir tan rápido que sentía que se le saldría del pecho. Cada minuto en el reloj se tornaba una tortura. Al final la cura parecía peor que la enfermedad, no tenía idea de en qué se estaba metiendo, ni a que fuerzas se estaba enfrentando.

Jana pudo notar los nervios de Norma.

—¡Tranquila Norma! todo va a estar bien, recuerde que estamos haciendo esto por su hija, debe ser fuerte.

Claro que Norma trataba de hacerlo, pero no era tan fácil, lo que le había dicho sonaba aterrador, pero luego vinieron a su mente la imagen de su esposo de Camila y de la mismísima Consuelo, había mucho en juego y no quedaba espacio para las dudas; tomó una bocanada de aire que le llegó a lo más profundo de los pulmones y se dijo a sí misma «mi familia me necesita».

—¡Ya es hora! —anunció Jana.

Norma todavía estaba tratando de tranquilizarse.

—Quiero que todos coloquen las manos sobre la mesa—agregó Jana mientras tomaba con mucha fuerza un colgante que llevaba en el cuello—y tu Norma, ¡ya sabes qué hacer!

Norma se sentó en la silla, tomó un rosario que llevaba en el cuello y lo envolvió en su mano.

—¡Ayúdame dios! —dijo mirando al cielo y apretando el rosario.

—Cuando tú lo desees y te sientas segura puedes comenzar—marcó Jana

Abel estaba expectante, llevaba una cámara muy pequeña de mano, no quería que se le escapara nada de lo que podía suceder, mientras que Zaira estaba un poco nerviosa, trataba de tranquilizarse jugando con Camila que parecía no darse cuenta de lo que estaba pasando, de hecho, era la única que estaba tranquila en ese cuarto.

—¡Recuerda las palabras que te dije! trata de tener pensamientos lindos de tu hija; pueden ser de cuando ella era pequeña y correteaba por toda la casa, o de cuando nació Camila, el recuerdo más lindo que tengas de ella; y ya sabes que estamos aquí para apoyarte. Cuando estés lista prende las velas.

Jana apagó las luces del cuarto, encendió la vela de la copa, y le pasó los serillos a Norma. Cuando los tomó quedó mirando a Jana con cierta duda reflejada en sus ojos.

—Si no quieres hacerlo podemos parar todo.

—No... ¡Quiero hacerlo!, necesito que esto termine—dijo mientras prendía las velas que había colocado en el suelo. El cuarto quedó iluminado por la luz de esas tres velas. Norma, desdobló el manto y lo tomó con la mano derecha, mientras colocaba la otra sobre el espejo:

—Consuelo Noemí Acosta ¡Quiero comunicarme contigo! —dijo, al principio con la voz retraída y muy baja, pero nada pasó—Consuelo Noemí Acosta ¡Quiero comunicarme contigo!... Consuelo Noemí Acosta ¡Quiero comunicarme contigo! Consuelo Noemí Acosta ¡QUIERO COMUNICARME

CONTIGO...! —exclamó cada vez con más seguridad y en voz alta.

En ese instante la temperatura de cuarto bajo drásticamente, el espejo comenzó a congelarse, el vapor que producían las respiraciones indicaba que un espíritu acudió a su tan ansiado llamado, el corazón de Norma latía de forma desembocada, sus jadeos eran muy acelerados y anormales. Se sentó en la silla con los ojos cerrados, tratando de pensar en el momento más bellos que recordaba con su hija. Poco a poco sus parpados comenzaron a despegarse hasta que pudo notar que el espejo ya no reflejaba lo que había en el cuan-to, sino que se veía un sendero de adoquines muy oscuro con árboles a los lados desprovistos de vidas, una luz muy débil se veía al final en el horizonte, se podía distinguir una silueta muy a lo lejos que se acercaba sin prisa, un sonido de pasos se escuchaba cada vez con más fuerza, el corazón de Norma comenzó a tranquilizarse una expresión de nostalgia se le dibujo en rostro . Con cada paso que se escuchaba, más segura se sentía, podía distinguir esa figura ¡Era Consuelo! sus ojos se lo decían y algo en su corazón se lo afirmaba. En un abrir y cerrar de ojos la tenía parada justo en frente de ella a no más de medio metro. El recuerdo funciono: la mujer que estaba viendo era tal como la recordaba, bella como siempre; una suave brisa le meneaba el cabello y su rostro se veía hermoso; aunque reflejaba cierto pesar; llevaba un vestido color piel que Norma le había regalado:

—¿Cómo estás mi amor? —preguntó, con lágrimas en los ojos.

Ella respondió bajando la mirada y cerró los ojos con pesar mientras una expresión de tristeza cubrió su rostro.

—Te extraño mucho ¡Te necesito!

—Yo también—respondió Consuelo, aunque su voz se escuchaba rara, entrecortada más bien parecía un eco.

Miraba para todos lados, como si algo la asechaba

—No tengo mucho tiempo, necesito decirte un par de cosas —dijo Consuelo.

Norma no tenía muy en claro la pregunta que le iba a hacer, se le venían muchas cosas a la cabeza:

—Si, pero... recuerda la foto que tenía sobre la cabecera de tu cama, ¿Quién te la regalo y cuanto era que había costado? — preguntó mientras tomaba la manta con fuerza y se preparaba para arrojarla sobre el espejo.

Consuelo se quedó callada por un momento una expresión de tristeza la invadió.

—Me la regalo Kurt por nuestro cumple mes, le costó tres pesos ¿Por

qué, preguntas?

Para Norma ya no quedaban dudas, era su hija.

—No importa ¿Estás bien, hija? — preguntó parándose de la silla y soltando el manto.

No respondió nada solo le comenzaron a brotar lagrimas sin cesar de su rostro.

Consuelo la quedo mirando durante un momento y extiende la mano colocándola en el espejo. Norma respondió a la mirada y sin dudarlo colocó la mano sobre la de Consuelo. Un grito desesperado se escuchó detrás de ella «No...» cuando volteó, era Jana la que le estaba gritando, mientras le extendía la mano.

Algo andaba mal, sin embargo, ya era demasiado... Volteo lentamente hacia el espejo y el reflejo de Consuelo había cambiado: su rostro no mostraba expresión alguna y sus ojos estaban totalmente blanco. No comprendió lo que estaba pasando hasta que perdió el conocimiento. Sus ojos se pusieron blancos, su respiración se tornó anormal y su cabeza comenzó a temblar, pero eso no era todo lo que sucedía en el cuarto, Jana presentaba los mismos síntomas; ambas estaban mirando hacia techo con los ojos totalmente blancos.

Abel y Zaira entraron en pánico; no sabía qué hacer, ya habían hecho un par de cosas con Jana, pero nada como esto, no estaba preparados, de hecho, ni siquiera Jana lo estaba.

Abel se levantó de la mesa y corrió a encender la luz, comenzó a caminar por todos lados, haciendo movimientos erráticos mientras se tomaba la cabeza:

—¿Qué hacemos? ¿Llamamos a una ambulancia? —preguntó muy nervioso.

—¡No... tranquilicémonos! Al parecer ambas están en un trance, esto no puede durar mucho, solo tenemos que esperar...esperar un momento más— dijo Zaira tratando de calmar los ánimos, aunque estaba casi tan aterrada como Abel.

Lo peor era que las cosas parecían no mejorar; de un momento a otro las luces comenzaron a parpadear, Camila lloraba sin cesar; Norma y Jana comenzaban a despertarse del trance. Todavía estaban mareadas cuando escucharon las campanas de viento que se encontraban en la puerta de entrada; una ventisca de aire frío que arrastraba un hedor putrefacto recorrió el cuarto estremeciendo todo a su paso y los focos explotaron sin razón alguna. Norma y

Jana se encontraban aun un poco aturdidadas, no comprendían bien lo que estaba pasando en ese momento; sin embargo, no paso mucho tiempo para que pudieran retomar el hilo de la situación. Cuando Norma miró el espejo, Consuelo aún se encontraba parada frente a ella, solo que ahora estaba aterrorizada mirando hacia la entrada del cuarto, no obstante, Norma no veía nada allí, pero una extraña sensación de terror se apodero de ella y no dejaba que se moviera, tenía la impresión de que algo desagradable estaba a sus espaldas y un hedor putrefacto le decía que no se equivocaba. Poco a poco fue girando la cabeza hacia el espejo, sin saber que lo que encontraría no solo le generaría terror, sino que también una inmensa angustia que solo una madre puede sentir al ver que a un hijo en peligro.

La imagen que tanto temía ver al principio de la sesión se hizo presente, el espejo ya no reflejaba a su hija tal como la recordaba, si no que ahora se veía un cuerpo en descomposición: gusanos, piel carcomida, ojos sin vida, parecía escuchar como las alimañas se comían a su hija. Una imagen perturbadora con la que no quería relacionarla, pero que inevitablemente quedaría grabada en su memoria. La figura que estaba viendo, de por sí, ya era más que suficiente para angustiar a cualquier persona; pero había algo más, algo que la inquietaba mucho más: Detrás de su hija se encontraba esa figura tomándola con cierto recelo, se podía ver como una mano oscura de un color gris, la tomaba por la cintura, mientras que con la otra le cubría la boca.

—¡TAPA EL ESPEJO...! —gritó una mujer, desconocida hasta ese momento por Norma.

Norma estaba dubitativa, no quería tapar el espejo tenía que ayudar de alguna forma a su hija. Pero entre más tardaba, esa cosa se asomaba con más fuerza: ya no se escondía detrás de la figura de Consuelo.

—¡TAPA EL ESPEJO AHORA...! —volvió a gritar la misma mujer desconocida.

Norma lejos de hacer caso a las advertencias, extendió su mano hacia el espejo con actitud desafiante.

—NO, TE ATREBAS A TOCAR EL ESPEJO...— advirtió la mujer.

En ese momento el demonio que estaba en el espejo tomo a Consuelo y la lanzó por los aires, dirigiéndose sin dudar al encuentro de esa mano, pero justo en ese momento Abel tomó el manto y cubrió.

La mujer de la voz desconocida se acerca a Norma y de la nada le da una bofetada.

—¿Acaso está loca? ¡En que estaba pensando, puso a todos en peligro!

—¿Quién es usted? —pregunto Norma sobándose la mejilla.

—¡Tranquila mamá! —dijo Jana tomando a la mujer—ella es mi madre, Ruth—aclaró

La discusión siguió sin darse cuenta de que la manta comenzaba a resbalarse poco a poco por el espejo dejando al descubierto una figura que estaba al acecho. De un momento a otro la temperatura bajo nuevamente, se podía escuchar un jadeo tan fuerte que casi parecía un rugido, las cosas comenzaron a temblar como si de un terremoto se tratara, un sudor frio recorría sus espaldas ¡Algo andaba mal! Pero ninguno se atrevía a mirar al espejo y descubrir lo que ya todos sabían; sin embargo, la curiosidad le gano al miedo y cuando voltearon, estaba esa cosa parada inmóvil, mirándolos fijamente, podía sentir su miedo y eso le gustaba; de pronto emitió un gran rugido que estremeció a todos, las velas se apagaron y el lugar quedo completamente en tinieblas. Solo se podía escuchar las voces desesperadas, el llanto de Camila y un jadeo de fondo acechándolos. La presencia parecía estar en todos lados moviéndose a una gran velocidad. Lo único que se lograba ver era la entrada del cuarto, gracias a una tenue luz que provenía de las afueras del local. Jana se quedó paralizada, nunca imagino el poder que tenía esa bestia, no tenía idea de en qué se había metido: no estaba preparada para eso. Abel y Zaira solo querían salir del cuarto, estaban aterrados; corrieron hacia la puerta, pero de la nada apareció esa figura parada justo en ese lugar interponiéndose en su camino. Se podía ver su silueta que parecía hacerse más grande a cada momento transformándose en la figura de un hombre de aspecto raquítico al que lo único que se le lograba distinguir eran los ojos.

Norma tomó a Camila y se refugió en una esquina del cuarto.

—¡Tengan cuidado! ¡Nadie debe tocar el espejo! —advirtió Ruth — ¡Tenemos que romperlo! Pero sin tocarlo con las manos, si queremos salir de esta—indicó Ruth

— ¿Cómo hacemos?, ¡No se ve nada! —respondió Abel muy alterado.

De pronto se escuchó el grito de Zaira «¡Ay!» seguido por un llanto desesperado.

—¿Qué paso? —preguntó Jana.

—Me ataco—respondió entre medio del llanto.

—Los serillos, estaban en el mueble de los libros ¡búsquenlos! —dijo Jana—en cuanto lo vean, tomen algo y rompan el espejo.

La presencia rodeaba a Norma y le susurraba: «busca el espejo ¡tócalo!». Comenzó a retroceder hasta que tropezó con una de las velas que había en el

suelo, sabía que el espejo estaba junto a ella. Tomó la silla, en la que estaba sentada, con un brazo y arremetió contra el espejo.

Ruth prendió la vela que se encontraba en el centro de la mesa y luego encendió un cigarrillo. El espejo estaba clisado justo en medio formando un pentagrama. Ruth inmediatamente lo cubrió con el manto

—¡Abel ayúdame a recostarlo! —ordenó Ruth—ten cuidado de que no se caiga la manta.

Lo recostaron y Ruth dibujo sobre el manto un círculo con una cruz en medio; luego para más seguridad rompió por completo el espejo,

—ayúdame a darle vuelta y ponerlo boca abajo, los restos del espejo deben quedar en el manto—indico Ruth a Abel.

Tomó el manto con los restos y fue al otro lado de la tienda sin decir ni una palabra más.

El ambiente se podía cortar con un cuchillo, todos quedaron descolocados sin entender lo que había sucedido, la experiencia se salió de control, Jana estaba avergonzada, enojada y no solo con Norma por desobedecer sus órdenes, sino que también consigo misma, en el fondo sabía que tenía parte de responsabilidad: olvido decirle que no podía tocar el espejo. Pusieron a todos en peligro ¡jamás debió haberlo intentado! La que se llevó la peor parte, hablando de lo físico, fue Zaira; se encontraba en shock, no paraba de llorar, estaba sentada en el suelo en una esquina del cuarto, Abel y Jana trataban de calmarla, pero solo lloraba.

—¡Tranquila, ya todo termino! —Le dijo Abel, pero ella no respondió.

—¡Dinos que te pasa! ¿Estás bien? —preguntó Jana con desesperación
Ella solo lloraba hasta que señalo a su espalda

—¿Puedo? —pregunto Jana

A lo que respondió moviéndose un poco de la pared dándole la espalda. Jana le quito una campera de cuero negro y comenzó a levantarle la remera. Los gestos de dolor anunciaban una herida delicada. Abel fue en busca de una vela y la encendió, se colocó detrás de Jana para alumbrarla mientras está terminaba de levantarle la remera, hasta que llego un punto en el que se podía ver el comienzo de tres rasguños muy profundo que sangraban mucho: se horrorizó con lo que vio y lo peor era que fue por culpa suya.

—Mamá ven aquí urgente—gritó Jana a su madre que se encontraba en la otra parte de la tienda quemando los restos del espejo.

Ella acudió corriendo al llamado de su hija

—¿Qué paso? —preguntó

Cuando entro al cuarto no fue necesario que le digan nada, se podían ver muy claros los rasguños que tenía en la espalda Zaira

—¡Oh, por dios! —exclamo ante semejantes heridas.

—Yo soy doctora y traigo un botiquín de primeros auxilios en el coche— dijo Norma que hasta el momento había permanecido callada—¿Abel puedes ir a buscarlo está en la gaveta? —pregunto entregándole llave.

Comenzó a curarla y al terminar sugirió:

—De todas formas, va a tener que ir a un hospital, ¡son bastante profundas! ¿yo puedo llevarla, si quieren?

—Si... ¡Jana tu ve con ellas! — ordenó Ruth—yo tengo que arreglar todo esto—dijo con un marcado tono de fastidio.

Al llegar logro que las atendieran rápido, entrando por la puerta de servicio. Por suerte no era nada grave, luego de que la curaran la llevó a su casa.

—A mi déjeme en la tienda, quizás mi madre necesita ayuda—dijo Jana después de que dejaron a Zaira

—Necesito contarte lo que paso.

—ya sé todo lo que vio; pero no sé bien que fue, tengo que preguntárselo a mi madre, aunque no sé si querrá ayudarme después de lo que paso.

Desde un punto de vista, la sesión había sido un desastre, pero mirándolo desde otra perspectiva en algún punto había cumplido su cometido. A Norma, le ayudo a comprender algunas cosas que hasta el momento no se le habían cruzado por la mente y que en el fondo representaban un alivio para ella, aunque de cualquier forma todavía no soluciono nada. No quería adelantarse a los hechos y sacar conclusiones apresuradas, antes tenía que hablar con Jana.

Esa noche como todas, después de que murió su hija le costó conciliar el sueño, pero no por las razones que la aquejaban anteriormente sino porque su mente se negaba a dejarla dormir, lo que había visto la dejo inquieta algunas cosas tenían sentido y otras no tanto, padecía de una la necesidad inmensa de contarle a alguien todo lo que había pasado, necesitaba una opinión un oído en el que desahogarse.

Al llegar la mañana después de desayunar no pudo más con la ansiedad, alisto a la niña, tomo las llaves del auto y se dirigió a la tienda de Jana: necesitaba que alguien le confirmará lo que creía. Cuando llego al lugar ya desde antes de bajarse del auto miro hacia la tienda y esta parecía estar cerrada, bajó del coche sin bajar a la niña de su sillita y se acercó a la; esta

tenía el cartel de cerrado colgado, de todas maneras, golpeo varias veces, para asegurarse, pero nadie contesto. Eso la preocupó «¿Quizás les paso algo? ellas se quedaron en la tienda solas» pensaba Norma. Las cosas no habían salido nada bien la noche anterior y después de lo que paso con Zaira todo era posible.

Recordó que tenía la tarjeta de Ruth en la billetera dentro del coche, pero en ella solo estaban los datos del local, eso decepciono un poco. Estaba preocupada hasta que se le vino a la mente Zaira: era la única de la que tenía la dirección y seguro sabia como contactar a Jana o a Ruth.

Se acerco a la casa y golpeo la puerta, una señora un poco más joven que ella la atendió

—¿En qué puedo ayudarla? —pregunto la señora sin salir de la puerta mosquitera.

—¿Qué tal? Estaba buscando a Zaira—dijo Norma

— Se encuentra durmiendo en este momento —respondió muy cortante.

—¿La podría despertar? es algo urgente.

—¡Tratare! —respondió con pesadez.

—Dígale que soy Norma y que no puedo comunicarme con Jana.

Esperó un momento afuera de la casa hasta que salió Zaira.

—Disculpe a mi madre, no gusta mucho que haga lo que hago ¿Qué paso?

—Eh tratado de comunicarme con Jana, pero no responde, la verdad es que estoy un poco preocupada, fui hasta la tienda y estaba cerrada. ¿Tú sabes donde vive o tienes su teléfono?

—Si tengo el teléfono ¡la llamaré desde cada! La invitaría a pasar, pero mi madre es un poco reservada y no le gusta que gente extraña entre a la casa.

Norma se quedó apearando en el auto, Luego de unos minutos sale Zaira de su casa.

—Me comuniqué con Jana, no se preocupe están bien, solo estaba un poco cansada por eso no abrió en la mañana, pero a la tarde seguro que estará allí o por lo menos eso me dijo.

—Que bueno—expreso con alivio—muchas gracias y perdona lo que sucedió, por cierto ¿cómo te sientes?

—Me duele un poco, pero bien.

Norma se quedó un poco más tranquila, ahora solo tenía que esperar hasta la tarde para poder hablar con ella. Todavía era temprano y a pesar de que recién comenzaba el día estaba agotada no haber dormido en la noche le estaba pasando factura, tenía que descansar y desde hacía un largo tiempo que

no lo venía haciendo, sin embargo, tenía que hacer otra parada antes de ir a descansar.

Salió de casa de Zaira y se dirigió al hospital en donde estaba Ernesto; llegó y se dirigió a la sala de pediatría, le encargó a una de sus compañeras que le cuidara a Camila por un momento y se dirigió a lo de Ernesto, era tanta la necesidad de desahogarse que estuvo a punto de contarle lo que le había pasado pero pudo controlar su impulso y se quedó calla, no era el momento para hacerlo sin embargo a él le pasaba algo parecido. Estaba la mayor parte del tiempo solo, no hablaba con nadie excepto con algunos familiares durante el horario de visita, pero a ellos tampoco podía contarles lo que estaba pasando; con la única que podía hablar de esos era con ella y siempre que le preguntaba desviaba las conversaciones y se mostraba como si nada pasara.

—¿Qué está pasando Norma, porque me vives evadiendo! —pregunto Ernesto con disgusto—no sé porque tratas de ocultar las cosas, te conozco como nadie.

—No te estoy ocultando nada solo estoy cansada, además ya tengo que irme.

—¿Pero si recién llegas!

—Lo sé, pero deje a Camila con una compañera.

—¿Porque no la pásate a dejar con tu hermana? seguro que ella no tiene problemas en cuidarla.

—Lo iba a hacer, pero está ocupada con unas cosas, no pudo. No te preocupes, no estarás mucho tiempo aquí, ahora le voy a preguntar al médico.

Las intenciones de Norma no eran que el saliera de hospital, todavía tenía que resolver un par de cosas.

—No me mientas más, sé que me estas ocultando cosas y quiero que me cuentes todo.

—Ya va a haber tiempo para que te pongas al día, además como te dije ¡tengo que irme!

Norma sabía que ya no podía sostener más esa situación, las excusas se le estaba acabando y no quería dejar de ir a verlo, necesitaba comprobar que estuviera bien con sus propios ojos. Se despidió de él con aires de urgencia para hacer un poco más dramática su salida y regreso a su casa.

Durmió más de la cuenta, cuando despertó y miro el reloj este marcaba 19:45hs, se levantó muy acelerada el negocio de Jana solo estaba abierto hasta las ocho treinta, tomó el teléfono y llamo de inmediato no quería pasar otro día sin obtener respuestas.

El teléfono sonó unas cuatro veces hasta que contestaron

—¡Hola! —respondió una mujer ¡no era Jana!, pero tampoco era una vos desconocida para ella.

—Hola ¿cómo esta? Soy Norma—respondió con cierto tono de vergüenza

—Que tal—respondió Ruth y luego se produjo un silencio incomodo.

—Necesitaba hablar con su hija, pero también con usted, sé que me equivoque y debo pedirles disculpas.

—Puede venir para mi local cuando cierre—respondió muy cortante.

—¡Allí estaré!

Ruth no dijo nada más y colgó el teléfono.

El sol se escondió y la hora se acercaba, Norma fue al encuentro que tenía programado, echa un manojito de nervios, se sentía incomoda, en falta. Se acerco a la puerta y tomo el picaporte, pero estaba cerrado; sin embargo, se podía ver a Ruth dentro, acomodando algunas cosas, golpeo el vidrio de la puerta hasta que levanto la cabeza y la vio:

—Adelante entre— indico tajante, con un cigarrillo en la boca.

Norma no había tenido la oportunidad de tratarla, era una mujer muy flaca de pelo rubio y corto, parecía estar en todo momento malhumorada: nada que ver con su hija.

—Lamento mucho lo que paso, no pude controlarme, ¿usted como madre me entenderá?, mi hija estaba en peligro, solo quería ayudarla.

Ruth no respondió, siguió fumando su cigarrillo y la invito a tomar asiento en el otro cuarto.

—Escúcheme bien, se por lo que está pasando y la entiendo, pero no creo que podamos ayudarla—aclaro.

—No me diga eso, ustedes son mi única esperanza, mi marido está en el hospital muy grave y mi hija... Cuando murió no había consuelo que me tranquilizara... todos me daban sus condolencias, decían esta en un mejor lugar y que en algún momento nos volveríamos a reunir y la verdad que en ese momento quería estar muerta para así poder estar con ella... ahora me vengo a enterar que no está en un mejor lugar, que sigue aquí y que algo la está atormentando—dijo con lágrimas en los ojos—necesito que me ayude es de vida o muerte, mi marido no puede sufrir ningún disgusto y esta cosa no nos deja en paz.

—Lo siento, pero va a tener que arreglársela de otra manera

—¡Si! ¿De cuál, separarme de mi marido, regalar a mi nieta y dejarla a merced de esa cosa, dejar que mi hija se pudra en el infierno?... le pido

disculpas si hice algo mal, pero necesito que me ayude.

—Mire la verdad es que no puedo ayudarla, ya me retiré de este trabajo y no voy a dejar que mi hija se esponga. Lo que puedo hacer por usted es decirle lo que se obtuvo con la sesión, sino todo el peligro que se corrió fue en vano. Mi hija ya me lo conto todo... antes que nada lo primero que le voy a aclarar es el peligro en el que nos puso al tocar el espejo, sé que no fue todo culpa suya mi hija me dijo que se olvidó de decírtelo antes de comenzar, ahora supongo que ya sabes lo que pasa cuando haces eso, nunca es bueno entrar en trances, siempre es mejor que el espíritu te cuente las cosas y no que te las muestre, en algunos casos puedes llegar a sentir el dolor que ellos sufrieron, llegando incluso a provocar una descompensación o hasta la muerte si eres propenso a tener infartos, esta vez corrió con suerte ¿Se imagina si su marido hubiese pasado por eso? De todas maneras, eso no fue lo más grave... lo más grave fue intentar tocar el espejo cuando estaba ese demonio presente, si esa cosa la poseía todos en ese cuarto corríamos peligro incluyendo a su nieta.

—No tenía idea de los riesgos ¡En ese momento no pensé! Solo quería ayudar a mi hija.

— Sé que mi hija tiene tanta o más responsabilidad que usted; de todas maneras yo le advertí que no lo tocara y esto no se lo digo para hacerla sentir mal, se lo digo para que en el futuro si llega a hacer algo parecido tome sus precauciones hay muchas cosas allí afuera que puedes destruir su vida en un instante—le aclaro mientras que Norma solo bajo la mirada avergonzada— mi hija me conto que cuando usted toco es espejo ella también entro en trance.

—¿Eso qué quiere decir que vio lo mismo que yo?

—Supongo que si... aunque al tener una sensibilidad diferente pudo ver cosas que quizás usted no.

—¿Entonces que fue todo eso?

—En parte fue lo que le paso a su hija y en otra es lo que cree o lo que vio.

—Hay cosas que me dejaron muy inquieta, no sé qué pensar ¿Qué es lo que cree usted?

—Si lo que quiere es que le de mi interpretación no tengo problema en hacerlo—dijo apagando el cigarrón en la copa que estaba en medio de la mesa —empecemos por el principio, lo primero que me conto mi hija fue que despertó muy desesperada en un cuarto sobre una cama, con un hombre encima tratando de asfixiarla ¡supongo que a usted le paso lo mismo!— Norma confirmo con la cabeza—me dijo que ese momento se sentía rara, la

apariencia del hombre se alternaba con la de esa figura que apareció anoche ¿eso no sé si lo vio usted?—pregunto mientras encendía otro cigarro

—Si, si yo también lo vi.

—¿Su hija murió asfixiada y la persona que lo hizo era muy cercana a ella! ¿Verdad?

—Si—respondió con mucho pesar y cubriéndose la cara—era su marido.

—¿Y él esta preso!

—¿Como tiene que ser!

—No creo que deba estar preso.

—Algo de eso se me cruzo por la cabeza, pero ¿cómo puede ser posible?

—Esa persona no estaba en sus cabales probablemente ni siquiera recuerde lo que paso. Puede que físicamente allá sido él, pero espiritualmente no... lo que la estaba ahorcando no tenía un aspecto humano ¡Usted lo vio! presentaba rasgos característicos de una persona poseída, sus ojos tenían un color inhumano; su piel estaba extremadamente pálida y resquebrajada y alternaba con el de una persona joven... Sumado a todo lo que está pasando, creo que no hay duda.

— Pero mi hija nunca me nombro que estuvieran pasando cosas... raras en su casa, cálculo que sí estuvo viviendo algo parecido a lo que yo, creo que algo me hubiera dicho.

—Hay muchas respuestas para eso, puede que no confiara en ustedes

—¿Mi hija confiaba en mí! siempre fuimos muy unida

—Yo solo digo las posibilidades, usted verá cuál de ellas puede ser. Además sabe en carne propia que no es fácil contar este tipo de cosas... como le decía esa puede ser una, otra puede ser que no lo supiera; una de las principales armas de estas cosas es hacerle creer al mundo que no existen y así logran aislarte hacerte sentir que estás sola luchando contra una fuerza con la que no puedes razonar, ni pelear; van por ahí sin que nadie los noten pasan desapercibido hasta que alguien se mete en su territorio y comienzan a atacarlo desde las sombras sin que se den cuenta; primero le susurran cosas al oído, colocan ideas en su mente, le debilitan poco a poco hasta que en un momento, cuando están listos los toman, ahí es cuando se produce la posesión.

Una gran culpa invadió a Norma es ese momento

—Una vez... mi hija me conto que Kurt, se estaba comportando de forma extraña que no sabía lo que le estaba pasando... yo le respondí que eso era algo normal que no se preocupara—conto con lágrimas en los ojos.

—Si quería una respuesta, esa puede ser una—respondió sin compasión,

sin darse cuenta de que Norma comenzaba a culparse por la muerte de su hija.

—¿Cómo puedo enfrentarme a esta cosa, que puedo hacer? ¡Mi nieta está en peligro y la vida de mi marido está en juego!

—Eso es otro tema que mi hija toco, al parecer Consuelo está mostrando que la niña está en peligro, pero creo que mi hija ya se lo dijo, no tiene mucho sentido eso, los niños se utilizan como sacrificio hay muy pocos demonios a los que les gustan y los utilizan para destruir familias y esta familia ya está destruida. Si quiere que le diga la verdad, para mí, esa cosa lo que quiere es a su hija, la está reteniendo en este lugar. Lo sé porque su hija lo mostro claramente, ¿no sé si se dio cuenta? pero durante el trance les mostro en momento en el que pudo irse, cuando perdió los signos vitales y se desprendió de su cuerpo terrenas, se podía ver como una claridad que provenía del pasillo de la casa se asomaba por la entrada de cuarto. Parecía como si esa luz la estuviera llamando y al principio estaba respondiendo a ese llamado, pero justo enfrente de la puerta de su habitación algo le llamo la atención del cuarto de la niña y cuando volteó vio algo que la aterro, estaba esa figura... la misma que ha estado viendo usted, parada justo en frente de la cuna de la bebé y mirándola fijamente, tomó a la niña en brazos y comenzó a pasarle sus dedos sucios y afilados por la carita. Su hija como toda madre haría, se preocupó y corrió a ayudarle; sin saber que eso era justo lo que quería que hiciera ese demonio, perdiendo la oportunidad de ir al más allá. Desde ese momento utiliza a la niña para retenerla aquí su hija no irá a ningún lado hasta que este seguro de que la bebe este a salvo y ese demonio lo sabe.

—¡Por qué nos está pasando todo esto! Siempre tratamos de hacer las cosas bien, somos buenas personas—exclamo a los aires

—Estas cosas les pasa a las personas buenas, la vida no es justa y tenemos que vivir con eso.

—Pero como puede ser posible.

—Es posible, su hija debió haberse ido cuando tuvo la oportunidad, ella no pertenece a este lugar. Probablemente todo habría terminado si hubiera seguido la luz.

—Tampoco pertenece al infierno

—Tampoco, pero en ese lugar no se preocupan de donde viene o a dónde va el alma, las reciben a todas y punto.

—¡Entonces, dígame como la puedo ayudar!

—Su hija lo único que tiene que hacer es cruzar ese portal antes de que ese demonio logre llevarla a lo más profundo de su mundo, pero como ya le

dije jamás se irá si cree que la niña está en peligro, todavía tiene muchas cosas pendientes en este plano una de esas es la niña y supongo que el que su esposo este cumpliendo una condena que no le corresponde también está influyendo, ella no siente que él le allá hecho daño, sabe que fue esa porquería, por eso le tiene tanto miedo y por eso no se quedara tranquila hasta que su hija esté a salvo .

Lo que usted tiene que hacer es buscar la forma de convencer a su hija de las verdaderas intenciones de esa porquería porque si logra arrastrarla a su mundo nunca saldrá de allí ¡Será la fuerza, el alimento que tanto desea ese demonio!

—Pero ¿qué hago? —pregunto con desespero.

—¡Ya se lo dije! y eso es todo lo que voy a hacer por usted, debe encontrar a alguien que la pueda ayudar; ya sabe más o menos de que trata todo esto.

Norma sé tomó la cara cubriéndose los ojos. Ruth a pesar de mostrar ser una mujer dura parecía que algo le afecto del estado en el que estaba Norma.

—Escuché... normalmente se pueden hacer muchas cosas, pero en su caso...Esta mañana sentía un poco de curiosidad, tomé uno de mis libros y me puse a investigar, lo que encontré no fue nada alentador, no por el hecho de lo que podamos hacer, sino que por el tipo de entidad al que se está enfrentando. ¡No es un demonio común y corriente! Tiene mucho poder como para serlo, no todos los demonios pueden poseer a alguien esa es una habilidad que solo los de jerarquía poseen. Tiene que encontrar a un padre con mucha experiencia en este tipo de cosas y eso solo se logra con pruebas.

En eso se para de la silla y toma un libro muy antiguo de los estantes de mueble: sus hojas eran muy gruesas y amarillas, la tapa era de cuero decorada con la imagen de un pentagrama, inscripciones y símbolos.

—Esta es una versión muy antigua del libro de los demonios—comento arrojándolo sobre la mesa—no es la original está traducida y todo. En si, este libro no puede hacerte daño, solo trae información de los demonios, sus poderes y la clasificación de los más importantes; sin embargo, es muy tenebroso, la primera vez que lo agarre y lo leí me dio escalofrió y la verdad hubiese preferido no saber nunca de la existencia de estas cosas. Con esto no se pueden invocar, ni nada de eso, de hecho, hay muy pocos con los que se puede hacer eso, la mayoría fueron quemados, otros le sacaron las partes referidas a eso y otros lo tiene la iglesia para su estudio... ¡Ábralo! — Al

abrirlo se sintió incomoda parecía como si desprendiera una brisa de aire fresco y un escalofrió le recorrió todo el cuerpo. Se sentía observada; miro para todos lados, pero luego, pensó «debe ser mi imaginación» —no muerde o por lo menos hasta ahora no le ha hecho. Como le dije no se puede invocar, pero si tiene mucha información sobre los poderes y clasificación, como puede ver hay muchas imágenes y referencias, solo habla de los demonios más poderosos, los ángeles más antiguos, desterrados del paraíso por haberse rebelado ante dios. Estos a su vez tienen legiones de demonios a su cargo, los cuales no tienen muchos poderes: son simples lacayos, pero pueden hacer de tu vida un infierno.

Entre más poderoso sea el demonio más difícil de convocar es, a los peones se lo puede convocar por medio de la oija u otros tipos de medios. Pero para convocar a uno de jerarquía es mucho más difícil y cada uno tiene formas diferentes de hacerlo, para su desgracia creo que estamos en presencia de uno de estos. No tengo idea de cómo pudo cruzarse con uno de ellos, es muy difícil encontrarlos hoy en día. Al principio de los tiempos existía un libro para realizar invocaciones de este tipo de demonios, pero la iglesia se encargó de destruirlo, aunque siempre quedaron un par de copias dando vuelta, estas seguían siendo inofensivas, algunas se encontraban en un idioma muy antiguo que muy pocos saben leer y otras se tradujeron, pero se descubrió que las invocaciones solo funcionaban recitando los conjuros en el idioma original, por lo que muy pocas personas pueden invocar a un demonio de este tipo. Sin embargo, con el tiempo estos demonios comenzaron a buscar formas de comunicarse con nosotros ¡La posesión!... fue una de ellas, pero solo se podía dar cuando una persona se acercaba a los santuarios en los que fueron aprisionado durante las guerras con dios.

Después descubrieron que podía adherirse a objetos y luego pasar a otras personas. Pero poco a poco fueron siendo derrotados y los objetos resguardados o destruidos.

Al final el ingreso a nuestro mundo de estos demonios de jerarquía se fueron restringiendo, condenándolos a vivir en las tinieblas. Pero al parecer ustedes encontraron una puerta. No sé cuál, ni como la abrieron, pero la encontraron.

—¿Entonces qué hago?

—Hasta donde sé, esta entidad está tratando de llevar a su hija, hacia sus dominios y cuando lo logre, muy poco podrá hacer, por lo que debe actuar lo más rápido posible.

Tiene que ir al lugar en el que falleció y ayudarla a pasar al más allá. Deberá contar con un cura que la ayude. Pero lo más importante que debe lograr es que su hija tome esa luz, lo cual lo veo muy difícil si sigue creyendo que su hija está en peligro y que su marido vive una injusticia ¿Se le ocurre algo que les pueda ayudar con eso?

— ¿Decírselo! ¿Eso se puede hacer?

— ¡Claro que se puede! ¿Pero usted lo creería? Sería como creer, en algo que no ve, frente a algo que ve. Su hija está viendo que Camila está en peligro y que su marido está preso.

De todas formas, debe intentarlo lo antes posible quizás funcione: en el momento que logre que su hija descanse en paz, se desacera de ese demonio.

— ¿Entonces tengo que acudir a la iglesia, les pido ayuda a ellos?

— Si, aunque hay un problemita con eso, ellos no actúan si no tienen pruebas, si bien el amigo de mi hija tiene todo grabo. Lo único que indica es que hay algo en mi tienda o que tratamos de contactarnos con eso... ¡No creo que quieran ayudarla! ellos necesitan tener la certeza que algo está poseído, una casa, una persona, un objeto. Como para que puedan hacer un exorcismo o simplemente entrometerse ¡Pura burocracia, como todo! tiene que tener pruebas. ¡Eso es todo con lo que puedo ayudarle! —dijo mientras se paró a guardar el libro que había sacado.

Norma se levantó de la mesa y camino hacia la puerta, pero antes de irse preguntó:

— ¿Le debo algo?

— No...tendría que cobrarle el espejo, pero está bien ¡déjelo! — respondió encendiendo otro cigarrillo.

— Después pasare a dejarle dinero a Jana.

— ¡Como usted quiera!

Se despidió y volvió a su casa, confundida y desganada. Arrojó las llaves del auto en la mesita de junto a la puerta y subió a su cuarto. Había estado cargando a Camila durante todo el día, por suerte la niña se portaba muy bien: rara vez le daba problemas.

Al día siguiente una luz muy intensa la despertó: era la claridad del día. Desde hacía mucho tiempo, que no se despertaba con la luz del sol, algo que para algunas personas era normal, para ella en ese momento fue una sorpresa. Se levantó y fue hacia la cuna de Camila, aún dormía; aprovecho el momento para darse una ducha cuando de pronto, su teléfono celular comenzó a sonar; tomó una toalla y acudió tan rápido como pudo, pero al tomar la bocina nadie

respondió, no alcanzo a atender y el identificador de llamada marcaba número desconocido, marco de inmediato:

—¡Hola ¡

—Hola... ¡recién me marcaron de este número! —indico mientras se acomodaba la toalla.

—Si soy Ruth.

—Me parecía por la voz ¿a qué se debe su llamado?

—Solo llamaba para saber si aún querías mi ayuda

—Claro que si—dijo efusivamente—¿Qué le hizo cambiar de opinión?

—Eso ahora no importa, pero antes que nada quiero dejar algo muy en claro ¡no quiero que tenga nada que ver mi hija!

—Si no hay problema lo que usted diga ¡Esta vez hare casó a todo lo que diga!

—Bien porque no tenemos tiempo que perder, hay que hacer una sesión en casa de su hija tenemos que ayudarla a pasar lo antes posible.

—Si, si..., cuando tú digas.

—Ya hablé con el amigo de mi hija ¡Abel! y dijo que no tenía problema en ayudarnos lo único que quiere es poder documentar todo y afortunadamente es lo mismo que nosotros buscamos. Lo único que me falta es que un cura amigo me confirme cuando puede ayudarnos, en cuanto me responda, tendríamos que hacerlo.

La conversación no duro mucho más, por primera vez en mucho tiempo sentían que las cosas podían mejorar, aunque nadie le devolvería a su hija ahora podía redimirse y ayudarla.

El día comenzó de manera muy positiva, descanso y recibió una buena noticia.

No pudo terminar el baño, la niña despertó en el momento que sonó el teléfono, se secó, desayuno y sin dudarle mucho fue a visitar a su marido.

Cuando entro a la habitación del hospital, Ernesto se encontraba con un compañero de trabajo; Norma no lo conocía, pero sabía que trabajaba con él por el uniforme que llevaba, cuando la vieron cruzar la puerta, los dos se quedaron callados y terminaron la conversación, el oficial la saludo y se retiró del lugar casi al instante. Norma se acercó a Ernesto dándole un fuerte abrazo seguido de un beso y tomo asiento. Le sorprendió lo mejorado que se veía en tan poco tiempo, estaba contento:

—¿A qué se debe ese buen humor? —pregunto al verlo sonriente.

—A que vino uno de tus compañeritos de trabajo—dijo de forma

despectiva—y me dijo que me harán unos estudios y si todo sale bien ya podré regresar a casa.

Norma se quedó callada y puso cara de pocos amigos.

—Ah que bueno—indicó, aunque por dentro no pensara eso, todavía no resolvía el tema que la aquejaba—pensé que tenía que ver con la visita de tu compañero—comentó.

La expresión de Ernesto cambio de inmediato se puso muy serio volteó hacia la mesita de luz y saco del cajón una libreta de notas con cierta vergüenza y se la entrego.

—¿Qué es esto? —pregunto tomando la libreta

—Eso es un cuaderno de notas que me trajo mi compañero de trabajo ¡es de Kurt! —aclaro sin mirarlas a los ojos

—¿Y porque te lo trajo? —pregunto mientras comenzó a echarle un ojo

—No lo sé... supongo que creyó que me iba a interesar o que debería tenerlo.

Norma comenzó a leerlo, a medida que avanzaba unas lágrimas se abrieron camino por sus mejillas. Al principio se enojó con Ernesto por lo que le había hecho.

—¿Cómo pudiste hacerle esto? —pregunto con indignación.

—¡Es el asesino de nuestra hija! —exclamó en un intento de justificarse.

—Eso no te justifica, se supone que eres una persona de bien, la justicia ya lo esta juzgando.

—Pero eso a mí no me alcanza—comento frunciendo el ceño, aunque luego bajo un poco los decibeles—fue lo único que me salió y la verdad ¡No me arrepiento! Solo te lo estoy mostrando, porque al parecer a él le está pasando lo mismo que a nosotros.

—¿Es que no te das cuenta? cuando te enteres de la verdad, seguro te vas a arrepentir.

—¿De qué estás hablando? te conozco y sé que me has estado ocultando cosas, ya estoy cansado de tantos misterios, quiero que me lo cuentes todo—expresó con enojo, levantando la voz.

—Puede que tengas razón, pero no es un tema para hablar en este lugar, cuando estés en casa te diré todo.

Se paró de la silla con la libreta en la mano y sin siquiera despedirse se fue del cuarto muy ofuscada, retiro a la niña y se dirigió a su auto, una vez sentada en el, tomó el volante con las manos y trato de relajarse un poco, sus pensamientos comenzaron a ordenarse. Al principio no podía entender como

su marido fue capaz de hacer tales atrocidades, ¡Estaba dispuesto a matarlo a convertirse en un asesino!, sin siquiera saber lo que en realidad estaba pasando; no obstante, por dentro entendía: cualquier persona lo haría, hasta paso por su cabeza en algún momento, pero ella no sería capaz de tales actos, pero ¿Que hubiera pasado si Kurt moría?, ¿Que pasara con Ernesto cuando se entere de la verdad? Tenía que parar esto lo antes posible antes de que pasara a mayores.

Se bajó del auto y sin dudarle mucho, regreso al hospital, dejo a la niña y muy decidida entro al cuarto y le dijo a Ernesto:

— Quiero que le des la orden a tus lacayos de que le permitan recibir visitas a Kurt y además que le den comida decente.

—¿Por qué haría eso? por mí que se pudra.

—¡Porque, sino lo haces seguro te arrepentirás toda la vida!

Ernesto parecía no importarle lo que su esposa le decía.

—Eso no es suficiente ¡El mato a nuestra hija!; la verdad es que no te entiendo, no podés tener compasión por ese tipo—dijo muy indignado—él no se merece nada.

—¡No mato a nuestra hija! —respondió sin querer—¿Acaso no leíste el diario?

—¡Si, pero eso no quiere decir que le crea!; HAY PRUEBAS REALES QUE LO ACUSAN—dijo levantando la voz.

—No te das cuenta de que le paso exactamente lo mismo que nos está pasando a nosotros ¿Cómo puede ser eso posible? ¿Cómo podemos ver exactamente las mismas cosas? Lo que nos está pasando, no es normal y tú lo sabes muy bien. ¿Por qué, estas en el hospital en este momento?

—¡Porque me dio un infarto y punto!

—Si ¿pero, porque te dio ese infarto?, ¡Imagínate que me culparan a mí por ello!

—Jamás te culparían por un infarto, eso le puede pasar a cualquiera sin ninguna razón.

—Ese no es el punto...el punto es que lo que sucedió, no fue algo natural... no tuviste ese infarto por problemas cardiacos, si no que fue por algo externó, algo que no necesita puertas para entrar, algo que no vemos y que tampoco podemos defendernos como lo hacemos normalmente. Lo que paso, en el caso de Consuelo, fue lo mismo... lo sé porque yo lo vi y lo sentí; Consuelo me lo mostro...te puedo asegurar que lo que la estrangulo no fue Kurt, fue esa cosa que no está asechando.

Ernesto no quería pensar eso, iba en contra de todo lo que creía, pero había algo que le decía que era verdad o que por lo menos era posible. Él había sufrido en carne propia el ataque de esa cosa, el poder que tenía, ¡Casi lo mata! aunque durante su estancia en el hospital había tratado de negarlo, aun recordaba el terror y la desesperación.

—¡No puedo creer eso! si quieres que de esa orden... vas a tener que contarme todo.

Para Norma no era una buena idea, pero ¿Que podía hacer? Ernesto se veía muy decidido y sabía que él no accedería si no hacia lo que le pedía, además tarde o temprano tendría que hacerlo. Sin embargo, decidió probar una vez más.

—No me parece que sea este el lugar para hacerlo, pero te prometo que en cuanto salgas de aquí te cuento todo, y como dijiste saldrás en muy poco tiempo, ahora necesito que confíes en mí y le digas a tus compañeros lo que te pedí. Por favor te pido que hagas esto por mi.

Lo que le estaba pidiendo Norma no era algo fácil para Ernesto, pero no confió en ella cuando le dijo lo que estaba pasando y ahora podía tener razón.

—De acuerdo—respondió con bronca

Norma tomo su teléfono y se lo paso a Ernesto.

—Necesito que le digas a los guardias que le informen a la madre de Kurt que el pidió que lo vayas a visitar y si puedes que le den comida buena, por lo menos que no tenga nada raro y por último necesito que le digas que me dejen pasar en el momento que yo quiera.

Pero lo que no le comento es que ella tenía la intención de llevar a la niña, sabía que él no aceptaría.

El infierno de Consuelo

Norma le conto a Kurt con lujo de detalles lo que le había pasado desde el momento de la muerte de Consuelo.

Para Kurt el saber la verdad fue una liberación, pero no un alivio, consciente o inconscientemente él lo había hecho, no supo proteger a su familia y tampoco podía hacerlo ahora, se encontraba de manos atadas, encerrado en un lugar del que no podía escapar. A los ojos de todo el mundo él seguirá siendo el asesino de su mujer, ninguna corte creería el hecho de que estaba poseído, ni siquiera él podría.

Regreso a su celda sumido en una preocupación que no lo dejaba respirar, la culpa lo seguían atormentado, no entendía como no se dio cuenta de lo que le estaba pasando no solo la mato también ayudó a enviarla al infierno dejándola a merced de una fuerza maligna que lo único que quería era atormentarla por toda la eternidad. Ya no tenía consuelo para la muerte de su esposa, solo le quedaba esperar a que le fuera bien a la madre de Consuelo, quien le había prometido que lo tendría al tanto de todo lo que pasara.

Al salir de prisión lo primero que hizo Norma fue tomar el teléfono y llamar a la madre de Kurt, él le había pedido que lo hiciera, no solo para que le cuente las cosas, sino que para que pudiera apoyarla en lo que necesite. Al contarle las cosas a Ilse esta no ofreció mucha resistencia, de inmediato creyó todo lo que le dijo, para ella era más lógico esa versión que la oficial.

Norma se sintió aliviada, poder contarle las cosas a alguien y que además le creyeran: fue un gran descargo. Ahora ya no se encontraba sola luchando contra esa entidad, tenía la ayuda Ilse que se puso a su completa disposición.

De camino a su casa se quedó pensando en que haría si a Ernesto le daban el alta antes que se resolvieran las cosas, no podía arriesgarse a que le pasara algo a su marido. Llego su casa y llamo al médico que lo estaba atendiendo, le pidió que lo retuviera un tiempo más en al hospital por tan solo unos días hasta que ella resuelva algunos pendientes, el médico no tuvo problema en acceder, él solo le iba a dar el alta porque Ernesto estaba muy ansioso por irse no había problema en que se quede unos días más en observación eso sí, debían cambiarlo a una sala común.

Los días pasaron y todo parecía volver a la normalidad, poco a poco la actividad paranormal comenzó a cesar; las tres de la madrugada ya no era una hora especial en donde la noche se hacía más oscura y las fuerzas sobrenaturales más fuertes. La figura de Consuelo solo se veía en fotos y la bruja salida del mismísimo infierno parecía haberse quemado en el.

Kurt se sentía aliviado, a pesar de que Norma no lo había ido a visitar, algo le decía que tuvo éxito con lo que se había propuesto y que su esposa por fin podía descansar en paz, lo que no sabía era que Norma no había hecho nada.

Mientras que Norma sintió por un momento que todo había terminado «¿Quizás Consuelo solo quería que se sepa la verdad sobre Kurt?» pensaba con alivio, pero una tarde su móvil sonó

—¡Hola Ruth! ¿Cómo estás? —pregunto Norma al ver el identificador de llamada.

—Bien; la escucho con más ánimo ¿Puede ser? — solo llamaba para decirle que el cura ya me confirmó ¡Podremos hacer la sesión!

—¡De eso quería hablarle! Ya no creo que sea necesario —expresó con cierto tono de duda.

—¿De qué está hablando, se arrepintió de ayudar a su hija?

—¡Creo que ya lo hicimos! Esa cosa ha dejado de molestarnos, parece que solo quería que sepamos la verdad y ayudemos a su esposo.

Una sonrisa se escuchó por la bocina.

—Los demonios jamás dejan que las cosas se terminen, así como así sin dar pelea, si las cosas cesaron es porque obtuvo lo que quería—respondió con total seguridad.

—¿Qué quiere decir, que mi hija...?

—Si... no es seguro, pero si no lo logro, por lo menos ya la tiene controlada.

—¿Está segura?

—¡Ya le dije que no! La única forma de saberlo es tratando de contactarla —respondió de manera brusca—escuche, si quiere venga esta noche y traiga a la niña.

—Pero...

—Si quiere sacarse la duda ¡venga! sino puede quedarse en su casa tranquila ¡Para ser sincera quizás sea lo mejor!

—No...no, ¡iré!, a qué hora le parece

—Venga después de que cierre—respondió y corto de inmediato.

Una vez que cortó con Ruth, Norma tomó el teléfono y llamo a Ilse, no tenía por qué seguir enfrentando todo esto sola si podía estar acompañada y claro que está acepto.

Al llegar la noche Norma paso por casa de Ilse y se dirigieron a lo de Ruth, durante el camino Ilse no cruzo palabra, Norma noto que estaba un poco nerviosa de hechos estaba aterrada, la verdad esas cosas le daban mucho miedo a pesar de todo lo que paso con su marido.

—¡Tranquila todo va a estar bien! —dijo Norma con una sutil sonrisa en la cara, mientras Ilse la miraba—solo vamos a hablar, tengo un buen presentimiento, quizás no nos digan nada y solo me cobren—comento y la verdad también lo creía.

Ruth la estaba esperando, se encontraba parada detrás de la puerta de vidrio. Desde afuera se podía ver una tenue luz que se prendía y apagaba alumbrando el rostro de Ruth con cada pitada que le daba al cigarrillo.

—¿Quién es ella? —pregunto apenas abrió la puerta y vio a Ilse.

—Es la madre de Kurt el marido de mi hija—respondió mientras que Ilse que llevaba a la niña en brazos le extendía la mano para saludarla.

—Ruth—dijo mientras le sostuvo la mano—pasen.

Ilse al ver todas las cosas se sentía un poco intimidada.

—Tomen asiento—dijo mientras se prendía otro cigarrillo y se sentaba de lo más cómoda cruzando las piernas—¿Así que las cosas cesaron?

—¡Sí, ya todo calmo! Van varios días, sin que pase nada—respondió casi con una sonrisa en la cara.

—¿Y tú crees que está todo bien? —pregunto de forma sarcástica.

—Si... fue lo primero que se me cruzo.

Ruth suspiro y dijo:

—Tendría que dejar que pienses eso, pero bue... ¿tú crees en dios, en el paraíso?

—Si—respondió con total seguridad.

—Pues déjame decirle que su hija no está allí.

—¿Por qué dices eso?

—¿Recuerdas que te dije que pasaría, si no ayudamos a tu hija de inmediato?

—¡Sí, pero... la ayudamos!

—¿En que?

—¡A descubrir la verdad... ayude a Kurt!

—Pero ayudar a Kurt, no iba a impedir que esa cosa deje de perseguirla, de manipularla... entiende que estas cosas, no desaparecen a si porque si, se aburririeron y se van, no, no, no, se quedan hasta que logren sus objetivos, para que se vallas muchas veces hay que luchar con uñas y dientes, y aun así no se van, hay que expulsarlas por medio de un exorcismo ya sea de un lugar o de una persona y para eso necesita la ayuda de la iglesia o de alguien capacitado.

—Pero si esa cosa logro su cometido, ¿Qué podremos hacer ahora?

—No estoy seguro de si lo logro, por eso te invite esta noche; quizás esta entidad haya podido debilitar a tu hija a tal punto, de poder controlarla, si fuera el caso, es posible que tengamos una oportunidad. Ahora usted tiene la opción de elegir lo que quiere hacer, puede irse en este momento y quedarse con la duda, dejar todo como esta, nadie la culparía por eso, de hecho, creo que es una muy buena opción; podrá vivir una vida normal esa cosa no la molestara más. Pero la realidad es otra, la realidad es que solo las personas que están en este mundo podrán vivir tranquilos hasta el momento de su muerte, mientras que para Consuelo significa pasar toda la eternidad a merced de una entidad desalmada que se alimenta del su sufrimiento y la cual no tendrá ningún tipo de piedad. Por lo que usted decide, pero sepa que la pelea con esta entidad recién comienza, puede que solo tengamos que ayudarla a pasar o puede que esta bestia nos ponga las cosas difíciles y nos espere mucho sufrimiento; con estas cosas nunca se saben. Nos veremos involucrados en una lucha por el alma de su hija, en la cual, todos los que estemos involucrados pondremos en juego... no solo nuestra integridad física, sino que también nuestras almas. Pero claro esto es una decisión suya yo ya me comprometí a ayudarla si eso es lo que quiere.

La decisión era más difícil de lo que parecía, las dudas en la vida después de la muerte habían desaparecido esa cosa confirmaba que había algo más, que con cada decisión que tomamos en la vida nos enfilamos hacia uno u otro camino, pero Consuelo toda su vida camino por el sendero del bien y no se merecía lo que le estaba pasando. Aunque para Norma el solo hecho de pensar en que tendría que enfrentarse a esa cosa la aterrorizaba, estaba consciente del poder que tenía y de lo indefensa que se encontraba frente a eso, sin embargo, había muchas cosas en juego, si seguía con todo esto podía poner en peligro a toda su familia, pero lo que estaba en juego era el alma de su hija, no podía dejarla desamparada.

—¿Qué hay que hacer para ayudar a mi hija?

—¡Hay que ir en este mismísimo momento a la casa en donde falleció su

hija! Puede que aun estemos a tiempo—exclamo mientras se paraba y apagaba el cigarro—de hecho, hoy te había llamado porque tenía todo preparado para ir a lo de su hija mañana. Pero a la vista de los hechos creo que debemos adelantar las cosas para hoy, cada minuto que pasa es crucial.

Si bien siempre es mejor desarrollar este tipo de actividades durante la mañana, creo que en este caso no debemos esperar, eso sí, hay que hacerlo antes de las tres y cuarto de la noche. Esas cosas se hacen más fuertes a esa hora.

Norma miró a Ilse buscando su aprobación.

—¡Si hagámoslo! —dijo mientras que Ilse asentía con la cabeza.

Ruth se dirigió al teléfono que estaba en el mostrador de la tienda y dijo:

—Llamare a un amigo cura para que presencie la sesión y nos asista en caso de ser necesario, así tenemos pruebas que permitan que la iglesia intervenga; puede que la necesitemos más adelante.

—¿La niña tiene que estar presente? —pregunto Norma

—Si y no—con que está cerca creo que basta—respondió.

—¿Vendrás con nosotras? —le pregunto Norma a Ilse—solo tendrás que quedarte con la Camila en el auto —Ilse asintió con la cabeza.

Las tres emprendieron el viaje a casa de Kurt, Ruth por su parte tomó su camioneta y les indico que la siguieran, primero tenía que pasar por el cura y por Abel. Los pasaron a buscar y de inmediato emprendieron el viaje, no era muy largo, la casa está a solo una hora y como no había tráfico llegar al lugar no presentaría una complicación, pero no contaba con lo que estaban viendo. Muy a lo lejos en un horizonte que no reflejaba más que oscuridad, una luz muy intensa alumbraba un cielo cubierto de nubes furiosas que profesaban una tormenta de lo más tenebrosa. De pronto un sonido muy intenso que los hizo saltar de sus asientos se escuchó casi sobre ellos, mientras que una pequeña gota cayó sobre el parabrisas de Norma, pero no era una gota común y corriente, era una gota que no trasportaba más que angustia a los ojos de Norma. Recuerdos de una noche tormentosa en la carretera, llegaron a su mente, mostrándole solo tragedia y muerte. La pérdida de su mejor amigo le hacía odiar manejar durante las noches tormentosas. De todas formas, lo que debía hacer era mucho más importante que cualquier miedo que podría llegar a sentir en ese momento.

A medida que se acercaban a la casa los relámpagos dibujaban enormes masas de nubes con rostros que evocaban al mismísimo infierno, los truenos hacían estremecerse a cualquier persona que los escuchara. La lluvia todavía

no se hacía presente, pero se podía presentir que no tardaría mucho en llover, ese olor a humedad cada vez más marcado y unas gotas que caían esporádicamente la delataban.

Llegaron a la casa, Norma miro su reloj de muñeca y este marcaba las once; de pronto se escuchó un trueno que ilumino el cielo y de inmediato la lluvia comenzó a caer sobre el asfalto con una furia incomparable. Ruth bajó de su auto y corrió al vehículo de Norma; ella bajo la ventanilla.

—¿Tienes las llaves? —pregunto Ruth

—Si aquí las tengo—respondió Norma tomándolas de la gaveta del auto.

—¡Vamos! —exclamo Ruth y corrió hasta su auto

Norma volteo y le dio un beso a Camila que estaba en el asiento trasero

—Tranquila mi niña, esta noche liberaremos a tu mamá—le dijo mientras le acaricia la cara—espérenme en el auto... cuidala mucho—le dijo a Ilse.

Se bajo del auto y corrió con la llave en la mano a abrir la reja de la entrada, detrás de ella iba el resto del grupo. Una vez en la entrada de la casa, al resguardo de la intensa lluvia, Ruth le presento al cura, era un hombre muy viejo, pero parecía gozar de muy buena salud. La saludo y se quedó callado no era de hablar mucho mas bien parecía observar en todo momento y siempre mantenía su postura de hombre serio.

La casa se encontraba en el mismo estado en el que la vio por última vez, hasta algunos precintos quedaban todavía. Coloco las llaves en la puerta y la giro con cierto temor, pero cuando quiso abrirla esta se encontraba atascada, tal como la última vez que intento entrar con Ernesto; le dio un empujón, pero no obtuvo respuesta, Abel que cargaba el equipo de filmación, lo dejo en el suelo y le dio un topetazo a la puerta, pero esta ni se inmuto; por más que intentaron abrirla permaneció cerrada.

Norma saco la llave de la puerta y dijo:

—¡Vamos por la puerta trasera!

Corrieron todos juntos a la puerta trasera, pero al llegar se podía ver que estaba semiabierta todos se quedaron mirando, parecía que la habían forzado. Abel la abrió lentamente miro hacia todos lados, pero no se veía nada el lugar estaba muy oscuro, tomó el bolso que llevaba y saco su cámara de video, no quería que se le escapara nada de la acción. Norma se acercó al interruptor de la luz, pero este parecía no funcionar, «estamos sin luz» comento. Entraron con mucha precaución, no solo por lo que iba a hacer, sino que también estaba la posibilidad de que se encontrara algún intruso. Sin embargo, ninguno tubo la precaución de llevar linternas, lo poco que se veía era lo que podía alumbrar

Abel con la cámara ya que por las ventanas parecía que la luz no entraba. Caminaron por toda la planta baja tratando de encontrar o sentir algo (en el caso de Ruth), pero todo parecía normal, la cara de desconcierto del cura como la de Ruth lo decían todo; estaban acostumbrados a que en este tipo de casos se sintiera alguna especie de opresión, más en presencia del padre y si se trataba de una entidad demoniaca.

Todos se veían tranquilos excepto Abel, a él sí se lo notaba un poco alterado, llevaba su cámara y alumbraba hacia todos lados de forma brusca parecía estar viendo y sintiendo cosa que el resto no percibía, aunque se podía decir que el miedo le estaba jugando una mala pasada, los incidentes que habían ocurrido la última vez afectaban su juicio. Sin embargo, Ruth seguía sin sentir nada:

—Llévanos al cuarto en donde falleció tu hija—le dijo Ruth a Norma.

Para Norma esa tarea no era nada fácil, aun recordaba con pavor la última vez que intento ir a ese cuarto, esa sensación de incomodidad aun la llevaba a flor de piel, aunque esta vez no sentía esa incapacidad que la atormento ese día.

Se pararon frente a las escaleras, pero ninguno daba el primer paso, todos quedaron mirando a Abel:

—Necesitamos que nos alumbres—le marcaron, mientras este se encontraba buscando fantasmas donde no los había.

—Si claro—respondió

—¡Sube! —Le dijo Ruth

Eso no le pareció una buena idea y se le notaba en el rostro

—¿Qué... yo primero? —respondió muy preocupado y sorprendido

—Si... tú llevas la luz—recalco Ruth

—Ok—respondió sin estar muy convencido.

—No te preocupes, nosotros iremos tras de ti.

Comenzaron a subir lentamente al primer piso, cuando de repente se escucha un trueno que puso de los pelos a Abel.

—¡Tranquilo es solo un trueno!

—Si, pero ¿Vieron eso? Me pareció ver una figura—dijo muy sobresaltado; todos respondieron que no.

Subieron la escalera con el temor de que en cualquier momento algo terrorífico y sobrenatural ocurriría, pero nada paso, ni siquiera Ruth podía sentir algo.

Al llegar al cuarto de Consuelo, la puerta se encontraba cerrada. Abel

tomo el picaporte y la abrió de forma brusca echándose para atrás. Ruth lo reconoció de inmediato, era tal como se lo había descrito su hija; sin embargo, no sintió nada, en ese lugar debía haber actividad, tenía la esperanza de encontrar el alma de Consuelo, pero no había nada.

—¿Se ve algo con la cámara? —le pregunto a Abel

—Por suerte, no —respondió irónicamente.

—¡Aquí no pasa nada! ¿Hay algún sótano o ático? —dijo el cura.

—No, que yo sepa —respondió.

Para Norma todo se volvió muy incómodo, sentía como si unas miradas desconfiadas se posaban sobre ella, a pesar de que sabía que Ruth había presenciado los eventos paranormales, pero el cura parecía dudar de las cosas que le habían contado.

Mientras que Ruth se encontraba desconcertada, era probable que la presencia de Consuelo no se sintiera si se daba el caso de que esa cosa hubiera logrado su objetivo, pero por lo menos la presencia demoniaca debía estar presente en esa casa.

Las puertas del resto de los cuartos se encontraban cerradas, Norma intentaba recordar si la última vez que estuvieron en la casa, las habían dejado así, pero no estaba segura. De pronto una ventisca de aire fresco parecía colarse por la puerta del cuarto de Camila que le provocaba un escalofrío en los huesos, fue inevitable ponerse alertas, todos se miraron entre sí y con mucho temor se dirigieron hacia allí; en el pasillo reinaba la obscuridad, parecía que algo chupaba la luz de todo el piso de arriba hasta la cámara perdía luminosidad en ese lugar. El cura se acercó a la puerta y tomó el picaporte, lo giro muy lento y deslizo la puerta, lo que encontraron en el cuarto no fue lo que esperaban. El aire que sintieron era el que entraba por la ventana, a la que se le había roto el cristal, el resto era todo imaginación de ellos.

Los ánimos comenzaron a calmarse, se sintieron un poco decepcionadas, Norma quería terminar con todo de una vez por todas, pero sentía que esa no sería la noche. Hasta Abel ya se sentía un poco más relajado.

—¿De quién es ese cuarto? —pregunto el cura Francisco señalando el único que todavía no revisaban.

—De nadie, ahí solo trabajaba Kurt—respondió Norma.

—Abrámosla y larguémonos de aquí—dijo Abel tomando el picaporte y abriéndola levemente.

Justo en ese momento se escucha el sonido de unos pasos, como si alguien

estuviera subiendo por las escaleras. Abel dirigió la luz de la cámara hacia el pasillo y caminaron todos juntos hacia las escaleras, cuando de pronto se asoma la figura de una mujer:

—Nos diste un susto de muerte—le dice Norma tomándose el pecho, a Ilse.

—Lo siento, no era mi intención.

—¿Qué haces aquí y la niña?

—No te preocupes está en el coche, solo vine porque pensé que les había pasado algo.

—¿Y porque creíste eso? —pregunto Norma todavía con el corazón en la mano.

—¡Por lo mucho que se tardaron; me preocupe!

—¡Pero si recién entramos! —dijo Ruth.

Ilse los miro desconcertada.

—¿Qué? ¡Son más de la tres de la madrugada!

—¿Qué? —pregunto el cura, muy exaltado—¡eso es imposible! —dijo mientras miraba su reloj de pulsera y para su sorpresa daban las tres y cuarto —¡tiene razón! —anuncio muy preocupado.

Todos quedaron sorprendidos, para ellos no había pasado más de unos pocos minutos dentro de la casa; no obstante, en realidad habían pasado horas. En eso un ruido comienza a sentirse levemente, era como el de una puerta abriéndose muy lento. Abel voltea con la cámara y logra grabar como la puerta del cuarto de trabajo de Kurt comenzaba a abrirse. De pronto a Ruth se le pusieron los nervios de punta y un hedor insoportable se sentía por todas partes, la luz de la cámara parpadeaba sin razón alguna, Abel miro por el lente y la imagen se veía borrosa con interferencia. Se acercaron a la puerta y justo cuando se encontraba frente a ella; una ráfaga de viento golpea contra las persianas de la puertaventana de la habitación, provocando que esta se abra de forma brusca, haciendo un gran estruendo. El viento mezclado con el agua entraba con una gran fuerza, golpeando las caras de las personas presentes, esto hacía que se les dificulte mantener los ojos abiertos. De un momento a otros la luz de la cámara desapareció y una figura podía distinguirse vagamente, parada justo frente a la puertaventana, era la misma que habían visto en el local de Ruth; una persona raquítica que no llevaba prenda alguna solo tenía unos colgantes en el cuello y su cara casi no podía distinguirse.

En una esquina del cuarto podía verse a una mujer acurrucada en el suelo. Norma la reconoció enseguida; era su hija. De pronto esta figura desapareció

de la vista y se sintió como si una masa de aire putrefacto pasara por entremedio de ellos, y casi al instante muy a lo lejos se escuchó un portazo:

—¿Qué fue eso? —pregunto Norma

—Creo que la puerta de enfrente—respondió Abel

—¡Pero estaba atascada! —exclamo Norma

—¡Camila! —dijo Ilse y de inmediato salió corriendo hacia el coche.

El resto del grupo salió detrás de ella. Cuando llegaron al auto se dieron cuenta que la niña no estaba. Todos comenzaron a desesperarse; Ilse entro en pánico.

Norma, miro a Ruth:

—Pero ¡Cómo es posible!, ¿tú me dijiste, que esa cosa, no le haría daño a ella?

Ruth no sabía que decir, a ella también la sorprendió. Hasta el cura se encontraba desconcertado, no podía creer lo que estaba presenciando, nunca le había pasado algo parecido.

En eso Abel le pide que hagan silencio, todos se quedaron callados y atentos, solo se escuchaba el sonido de la lluvia golpeando el suelo, asta que muy vagamente, se escucha un llanto a lo lejos que provenía de la casa.

—¡Camila! —dijo nuevamente Ilse.

Corrieron hacia la entrada de la casa, pero la puerta de enfrente se cerró de un portazo, Abel intento abrirla de manera desesperada, pero como la primera vez esta permaneció cerrada.

—vallen por la puerta trasera, nosotros seguiremos intentando por esta— le dijo el padre a Ruth y a Norma.

Fueron hacia la parte trasera pero esa puerta también se encontraba cerrada y por más que intentaban abrirla no cedía. El llanto desesperado de la niña no cesaba, Norma estaba histérica, tomó una roca del suelo y rompió el vidrio de la ventana, se metió por esta y cuando entro a la casa, Ruth ya se encontraba dentro, el resto de las personas también lograron entrar, todas las puertas de la casa se abrieron de repente; corrieron hacia la planta superior y encontraron a la niña toda mojada, tirada en el suelo frente a esos espejos, llorando sin parar. Norma la toma en brazos:

—¡Está sangrando...! —decía en un estado de histeria, gritando y llorando.

El Cura se acerca y la observo.

—¡Tranquila!, ella no está sangrando... eres tú —claro

Norma se mira las manos y de una de ellas se le podía ver una gran

cortada; con el estrés de la situación no se había dado cuenta, ni siquiera sentía dolor. En ese mismo momento Ilse tomó a la niña, mientras Ruth le vendaba las manos con un pañuelo.

—Hay que llevarte a un hospital—dijo Ruth

—¡No... estoy bien, tenemos que terminar con esto, hay que ayudar a mi hija! —respondió—Llévate a Camila al auto y no la dejes sola en ningún momento—le aclaró a Ilse.

En el instante que Ilse se fue, Ruth se paró en medio del cuarto, tomó una joya que llevaba colgada en el cuello con las dos manos sobre su pecho: parecía un talismán; cerró los ojos y se concentró. Todos en el cuarto la quedaron mirando muy expectantes, no permaneció mucho tiempo de esa manera hasta que abrió los ojos:

—¡No siento que tu hija esté aquí!

—¡Pero yo la vi!

En eso el padre volteó hacia Abel, con una mirada cómplice y dice:

—Todos nos vimos.

—Yo también la vi, pero ya no está, no la siento.

—¿Pero si no está aquí, ¿dónde?

Ruth se tomó la cara con las dos manos y con vergüenza dijo:

—¡No lo sé...! me temo que hicimos exactamente... lo que eso, quería que hiciéramos.

—Tenemos que salir de esta casa de inmediato—advirtió el Cura, muy exaltado—yo le pasare el parte a la iglesia a primera hora, ellos se encargarán de esto. ¡Hay que cerrar ese portal y exorcizar a esta casa de inmediato!, antes de que le haga daño a otra familia.

—¡No...! —exclamó Ruth—Solo le pido que nos proporcione un tiempo, aunque sea un mes y luego puede avisarle a la iglesia.

Ruth y el Cura se alejaron del grupo y comenzaron a discutir en privado. No se podía distinguir de que estaban hablando, lo que si se notaba es que el padre no estaba de acuerdo con Ruth.

Ruth se acerca a Norma.

— No podemos hacer nada, debemos irnos.

Para Norma no era una buena idea, quería terminar con eso esa misma noche. Pero Ruth insistió en que ya no podían ayudarla, por lo menos no en ese momento.

Salieron de la casa y Norma fue directo al su auto.

—¿Qué fue lo que paso? No entiendo nada—le pregunto Ilse.

—Ni siquiera intentaron ayudar a mi hija—le respondió Norma con la mirada perdida.

—¿Quizás lo que querían lograr con esto era obtener pruebas para la iglesia? —dijo Ilse

—Puede que tengas razón—respondió muy decepcionada mientras encendía el auto.

La verdad es que Norma no entendía porque Ruth no quiso ayudar a su hija. De por si no confiaba en ella, pero eso le hacía dudar mucho más, la charla que sostuvo en secreto con el padre no le gustó mucho. Ella sabía que algo andaba mal, y no iba a estar tranquila hasta que sepa que su hija está bien.

Esa noche Ilse se quedó en casa de Norma para ayudarle con la niña, el corte que tenía en la mano era muy profundo y ya comenzaba a causarle dolor, aunque lo cierto era que se quedó porque no quería estar sola, lo que le ocurrió la dejó aterrorizada, esa noche no pudo pegar un ojo, mientras que a Norma le ocurrió lo mismo pero no por miedo, se había acostumbrado un poco a vivir con él, lo que la atormentaba eran las preguntas que brotaban sin parar echando raíces de dudas en su mente.

Muy temprano en la mañana con el sol recién asomándose, Norma se levantó de su cama y se dirigió a la cocina por un vaso de agua, al entrar allí se encontró a Ilse sentada en la silla tomando un vaso de leche.

—Buen día, disculpa si irrumpí en tu cocina, pero no podía dormir—aclaro Ilse.

—No hay problema yo tampoco pude pegar un ojo—respondió Norma—¿Quieres un café?

—¡Bueno! Pero deja que yo lo prepare, solo dime donde están las cosas.

Se sentaron en la mesa a desayunar, y el tema de conversación no podía ser otro más que el de Consuelo, ambas tenían muchas inquietudes que no podían esperar. El día recién comenzaba y era muy temprano como para que Ruth estuviera en su tienda, ambas buscaban respuestas y ansiaban que el tiempo pasara para poder acercarse a lo de Ruth.

Las horas pasaron y juntas fueron al encuentro de la vidente esperando encontrar respuestas. Al llegar a la tienda Jana se encontraba detrás del mostrador.

—¿Cómo estas Jana? —pregunto con una sonrisa en el rostro.

—¿Bien y usted? —respondió dándole un abrazo—esta niña está cada vez más grande—dijo al acercarse a Camila que estaba en brazos de Ilse—mi

madre las está esperando en el cuarto de enfondo.

Ella se encontraba sentada en la mesa con una taza de té en su mano y dos más dispuesta en la mesa.

—Sabía que no tardarían en llegar—dijo Ruth en el momento en que las vio pasar por la puerta—tomen asiento...les sirvo un poco de té—dijo sin siquiera esperar a que le respondan.

Se sentó con ellas en la mesa y les dijo:

—Supongo que tiene muchas preguntas para hacer y sé que están muy preocupadas de hecho yo también lo estoy... No tengo buenas noticias para darles, me equivoque y lo lamento.

—¿Qué estás diciendo?

—Me equivoqué...pensé que íbamos a ayudar a tu hija, pero hicimos todo lo contrario. Le dimos lo que quería esa cosa.

—¿A qué te refieres con eso?

—Lo siento Norma, pero no me di cuenta de las verdaderas intenciones de esa cosa. Al llevarle a la niña a sus dominios, esta cosa pudo utilizarla para manipular a Consuelo y lograr llevarla al lugar que quería. ¡Esto es culpa mía!... no me di cuenta.

Ahora no hay mucho que podamos hacer.

—¿Tiene que haber algo que podamos hacer!

—No lo hay es muy tarde, en este punto es muy arriesgado tratar de ayudarla.

—¿No la hay o es muy arriesgado?

—En este caso se podría decir que ambas, se puede intentar, pero no tenemos muchas posibilidades de lograrlo: son casi nulas. Además, no creo que alguien quiera arriesgarse por una causa perdida.

—Yo haré lo que sea por mi hija.

—Tu no entiendes, esto no es un juego, estoy hablando del alma, de la vida eterna; además no puedes—respondió muy exaltada

—No estoy diciendo que sea un juego, y como tú lo dijiste es el alma de mi hija la que está en juego...yo voy a hacer lo que allá que hacer.

—Te he dicho que tú no puedes...hay que cumplir con ciertas condiciones, de las que tú no tienes ninguna.

—¿Pero porque no puedo! ¿cuáles son esas condiciones?

— Tanto el mundo de los vivos, como el de los muertos tienen sus reglas. Claro que como dice el dicho, están hechas para romperse, pero si las rompes,

deberás atenerte a las consecuencias. Desde el principio de todo, esto viene sucediendo. Cuando Lucifer, el ángel más bello que existía en el cielo, no quiso aceptar las reglas que le impusieron, fue desterrado del paraíso junto con todos los que pensaban como él. Luego dios creó al hombre (Adán y Eva) también les impuso ciertas reglas, y ya sabemos cómo termino esa historia.

Una de las reglas que más nos cuesta aceptar, es que los vivos no deben comunicarse con los muertos y está claro de porque nos cuesta tanto, respetar esa regla. Despegarnos de nuestros seres querido no es algo fácil, a cualquier persona a la que se le ofrezca comunicarse con uno de ellos no dudaría en hacer. Pero esta es una regla que se rompe de los dos lados, tanto del de los vivos, como del de los muertos.

Una consecuencia directa de querer hacer eso, es que abris portales para que entidades malignas puedan entrar a nuestro mundo. Pero para nuestra suerte, normalmente solo pueden limitarse a un radio muy pequeño (una habitación, una casa, etc.) a medida que se alejan de estas, comienzan a perder fuerza, energía, algo parecido a lo que padece el cuerpo humano cuando el espíritu se aleja de él (comienzan a descomponerse), en otras palabras, ellos no pueden pasar mucho tiempo en nuestro mundo. Aunque, no tardaron en encontrar la forma de permanecer más tiempo aquí, descubrieron que el alma de los humanos les daba energía, eran como alimento para ellos. Les permitía permanecer más tiempo en nuestro mundo, se pueden alimentar tanto de almas vivas como de almas muertas, pero para obtener esta energía debían provocar que está luce, entre más luchen, más fuerza les dará. La forma más fácil que encontraron de lograr esto, fue haciéndolos vivir un infierno. Por lo que entre más pura sea el alma más energía obtendrán ellos.

Algunas entidades malignas, de gran jerarquía, con el tiempo, lograron hacerse de un espacio físico en el mundo de los vivos, el cual utilizan para llevar a sus almas y torturarlas. Los lugares que normalmente eligen son sombríos, lo único que provocan al entrar en ellos es terror y angustia, suelen ser edificios abandonados, hospitales, cárceles, cavernas, catacumbas, desagües, lugares en donde ocurrieron grandes desgracias, donde hay mucha actividad; ahí es en donde llevan a sus almas. A su vez con ayuda de nosotros mismo, crean portales en otros sitios, como el que esta en casa de su hija. Estos les permiten comunicar ese lugar con su sitio de tortura creando grandes redes en donde las almas caen como moscas.

De los dos tipos de formas (almas con cuerpo y sin cuerpo) que más provecho pueden sacar, es de las sin cuerpo. Con estas pueden hacer lo que

quieran, llevarlas hacia sus dominios y obtener energía por mucho más tiempo, hasta que consumen el alma y el rey de las tinieblas las reclama. Esto es lo que paso con Consuelo, todavía se encuentra en este mundo, pero en los dominios de este demonio, tratar de ir a ese lugar es una misión suicida ellos tienen todo el poder allí y nadie querrá entrar arriesgando su propia alma. Como si eso fuera poco, no puede entrar cualquiera al mundo de los muertos hay que cumplir con ciertos requisitos. La primera condición, diría que excluyente, es que sea una persona que pueda desprenderse de su cuerpo terrenal, y deje decirle que no hay muchos que puedan hacer eso. Los que pueden Normalmente son aquellas que han sufrido una experiencia cercana a la muerte o que hayan sido de alguna forma poseídas por una entidad.

—¡Entonces yo puedo hacerlo, fui poseída por mi hija!

—No... tú no has sido poseída, solo entraste en trance—respondió como si hubiera dicho una tontería—En este mundo no puede haber dos almas ocupando el mismo cuerpo, por lo que cuando una entra la otra sale. Cuando alguien es poseído, no tiene la habilidad de que su alma pueda salir de su cuerpo, esto se da gracia a que la entidad la obliga a salir, para que esto suceda la presencia tiene que debilitar a la persona, además de ser muy fuerte ya que tiene que arrancar el alma del cuerpo. Por esta razón es que las personas que fueron poseídas, luego de la experiencia tienen esta habilidad. Pero como todo, hay reglas que los muertos no pueden romper, y es por ello, que no pueden permanecer mucho tiempo en un cuerpo ajeno. Tanto el alma, como el cuerpo, se están llamando constantemente, se atraen como un imán mientras que la entidad que ocupó el cuerpo se debilita poco a poco.

El otro requisito, que tiene que tener la persona que vaya a ese lugar el cual no es excluyente, pero sí que es muy necesario. Es que conozca un poco el lugar al que va. No sería raro, perderse en los espacios que estas entidades eligen para convertirlas en su refugio; son como laberintos, en donde entrar no es lo difícil, lo difícil es salir.

Y ahora la pregunta es ¿Por qué necesitamos esto? Y la respuesta, es porque alguien va a tener que ir a ese lugar, a buscar a su hija. Este tipo de entidades no puede obligar a un alma a entrar a sus dominios, ellas deben ir por su propia cuenta, pero una vez que las tiene allí, pueden hacer los que se les plazca ya que tienen control absoluto sobre ese lugar. Ahora Consuelo se encuentra allí, si bien ella puede salir cuando quiera, ya no que no pertenece a ese lugar; encontrar la salida no le será nada fácil, como le dije esos lugares son como laberintos llenos de trampas y engaños. Para su hija por si sola creo

que le sería imposible salir, es solo un alma sin un cuerpo. La ventaja que tienen las almas con un cuerpo dentro del mundo de los muertos es esa atracción que existe entre estos, te puede ayudar a escapar de allí y ni con esto es una garantía.

Para ser realistas la persona ideal para este trabajo sería el esposo de su hija, él no solo fue poseído si no que estuvo en el lugar en donde está su hija en este mismo momento.

—¡Pero él está preso!

—Lo sé y no podemos esperar a que cumpla su condena. La verdad es que no tenemos mucho tiempo, hable con el padre y él debe dar el parte a la iglesia.

—¡Pero eso es bueno nos ayudara!

—No...para su hija por lo menos, no. Si el Cura da el parte y la iglesia interviene perderemos cualquier oportunidad de ayudar a su hija. Para ellos no es prioridad sacar a su hija... y no arriesgaran a nadie, lo único que harán es cerrar ese portal para que no le haga daño a nadie más y si lo cierran su hija tampoco podrán salir por allí.

—¿Y qué opciones tenemos?

—Lo único que podemos hacer es conseguir a alguien que pueda y quiera entrar a ese lugar.

—¡Busquemos a esa persona entonces!

—¡Usted no entiende! ¿verdad? ¡Quiere arriesgar el alma de otra persona para salvar la de su hija!

—Si pudiera hacerlo yo, lo haría, además usted dijo que el cuerpo estará llamando el alma es casi imposible que se quede en ese lugar.

—No está muy equivocada hay varios problemas con eso, uno es que cuando el alma se va el cuerpo queda totalmente desprotegido, es un cascaron vacío al que cualquier ente que esté dando vueltas por allí puede entrar, lo que pone en peligro a toda la gente que este a su alrededor. Otra es que cuando un ente posee a una persona, el ente lógicamente se encuentra dentro del cuerpo, mientras que el alma de la persona viajará por su mundo sin que nadie lo aceche. La persona que entre a ese lugar dejara su cuerpo solo sin que nadie lo posea lo que quiere decir que el demonio va a estar con él y de seguro no permitirá que regrese a este mundo, él... hará todo lo posible, por retenerlo y sumarlo a su colección de almas. Y entre más tiempo permanezca en el mundo de los muertos, más contacto con su cuerpo perderá. Por lo que... conocer un poco el lugar, lo ayudaría a volver en caso de perder la conexión esa. A todos

esos riesgos se está enfrentando la persona que entre a ese lugar, es por eso por lo que la iglesia, en estos casos, ya los da por perdidos. Y se limita solo a cerrar los portales, para ellos no es lógico arriesgar otra alma, para salvar una. El Cura solo nos dio un mes antes de que le diga a la iglesia.

—¡Por lo que me dices no tiene sentido tratar de hacer algo! hablas como si fuera un caso, perdido.

—Solo digo la verdad, aunque todavía tienes esperanza si puedes encontrar a alguien que quiera hacerlo, hay muchas formas de convencer a las personas.

—Pero ¿Cómo?, yo no le mentiré a alguien para que se arriesgue por mi hija.

—No me refería a eso, hay gente que, por dinero o necesidad, llega a hacer cosas impensables. De hecho, hay personas dentro del mundo del ocultismo, que haría cualquier cosa por comunicarse con un demonio de jerarquía. El problema es que no son de confianza; Pero quizás tengas suerte y alguien se atreva a entrar a ese lugar, si un plan B. De todas formas, puedes pensarlo, eso sí, no tardes mucho.

Norma no podía entender la idea de que tuviera que acudir a gente de mala reputación, adoradores de Satán para ayudar a su hija, pero siempre donde hay luz, debe haber un poco de oscuridad.

Su única esperanza hasta el momento yacía en personas de las cuales no podía confiar, aunque por dentro ya estaba pensando en encontrar la forma de poder hacerlo ella misma, en ningún momento se le cruzo por la cabeza dejar a su hija en ese lugar. Aunque claro que lo que estaba pensando no tenía mucha lógica primero debía enfrentarse a la muerte y luego a un demonio y salir victoriosa de ello.

Al llegar a su casa después de un día agitado y estresante, se recostó en su cama, mirando hacia el techo. No quiso pasar a ver a Ernesto, necesitaba descansar y pensar con la cabeza fría.

Las preguntas comenzaron a atormentarla, no podía hacer como si nada pasara y olvidar a su hija, aunque por momentos cruzaba por su cabeza que quizás hubiera sido mejor que Ruth no le allá dicho nada de lo que estaba pasando con su hija, que solo le dijera que se encontraba bien. Pero luego se sentía mal por ello, qué clase de madre seria si prefiriera hacer oídos sordos frente a un problema como este.

Sin embargo, no todas eran malas noticias, ahora podía traer a su marido

a la casa sin ningún tipo de problemas, y contarle un poco de lo que estaba sucediendo, quizás él podía ayudarla a encontrar alguna solución.

En el momento en que Norma le dio el ok al médico para que le dé el alta a Ernesto, regreso a su casa. El doctor no veía razón para retenerlo, se encontraba muy recuperado.

Después de llegar a casa y pasar un tiempo con Camila, lograron hacerla dormí. Tanto Norma como Ernesto, se debían una charla y estaban muy ansiosos por concretarla.

Norma no sabía por dónde empezar, era muchas las cosas importantes que tenía que contarle, y no debía olvidar el hecho de que él aún se encontraba convaleciente por lo que quizás debiera omitir una que otra cosa.

Le conto casi todo lo que sucedió, pero a pesar de lo que le había pasado, aun le costaba creer algunas cosas, sin contar el hecho de que ahora la médium había encontrado la forma de sacarles dinero.

—¿De cuánto dinero estamos hablado? yo sabía que tarde o temprano encontraría la forma de engañarnos y sacarnos dinero ¡Eso es lo único que buscan!, ¿No te parece sospechoso? —le dijo en un momento de la charla.

—Claro que no, primero que el dinero no es para ella y además hay muchas pruebas, hemos grabado todo, si quieres conseguimos esas grabaciones, pero desde ya te digo que le creo todo lo que me dijo, estuve allí durante todas las sesiones y créeme que esas cosas son reales.

Lo curioso de todo esto era que a pesar de que hacia un tiempo que tenían esas grabaciones, tanto Ruth como Norma, aun no las habían visto, supongo que porque estuvieron allí y no era necesario que las vieran. Pero después de que le comento las cosas a Ernesto, Norma se dio cuenta de que no fue una buena idea haberle dicho eso, esas grabaciones podían llegar a alterarlo un poco y quien sabe lo que podía llegar a pasar. De todas formas, ya le había comentado, por lo que no le quedaría mas remedio que mostrárselos.

Cuando Norma llamo a Ruth para comentarle lo de las grabaciones, le pareció una buena idea, en las cintas podían llegar a encontrar algo que le sirviera. Por lo que propuso que las vieran todos juntos. Norma no tuvo problemas y arreglo para que se reúnan en su casa.

Al llegar la noche Ruth cerró el local y se dirigió hacia la casa de Norma. A Ernesto no le pareció una buena idea, no le gustaba que extraños fueran a su casa, pero eso Norma ya lo sabía y él debía aceptarlo si quería ver esas cintas.

Ruth llegó a la casa, pero no estaba sola, había ido con su ayudante.

—Vine con Abel, insistió en venir, dice que tiene un par que cosas para mostrarnos —le dijo a Norma cuando le abrió la puerta

—No hay problema, está todo bien ¡Pasen! —respondió Norma.

Abel llevaba un bolso muy grande a cuesta.

—¿Dónde tienes el televisor? —le pregunto Abel

—En la sala de estar—le respondió señalándole el lugar.

Abel entro a la casa con toda confianza, y comenzó a conectar todo su equipo.

Ernesto se encontraba sentado en la cocina, el ambiente se sentía un poco tenso, se le notaba que no estaba cómodo con la idea de que esas personas estuvieran allí, pese a eso se sentía ansioso, desde hace mucho tiempo que quería hablar sobre el tema, había tenido tiempo para pensar y repensar las cosas que preguntaría. Norma se acercó con Ruth a la cocina, ella se dio cuenta a la primera vista que Ernesto era uno de esos asépticos que no confiaba en las personas como ella, ya les conocía las mañas podía olerlos a distancia. Al principio se quedaron callados por un momento ninguno quería hablar, Ernesto tenía preguntas, pero decidió dejarlas para después de ver el video

En eso aparece Abel de la nada, Ernesto lo quedo mirando fijo.

—¿Qué tal? Mi nombre es Abel—dijo muy entusiasmado, extendiéndole la mano—ya tengo todo listo.

No se había dado cuenta, pero con esa intrusión sin querer había roto un momento muy incómodo. Se pararon de la mesa de la cocina y se dirigieron hacia la sala de estar. Norma estaba ansiosa, pero a la vez un poco nerviosa, sabía que tendría que revivir esos momentos que la dejaron marcada, sumado al hecho que aún le daba un poco de vergüenza con Ruth, recordar lo que había pasado.

Ernesto y Norma se sentaron en el sillón que daba frente al televisor, mientras que Abel estaba sentado en un banquito muy cerca de la pantalla y Ruth en el sillón del costado.

Abel colocó su computadora en sus rodillas y en un momento el video comenzó a rodar.

—Espero que estén preparados para ver cosas que les pondrán los pelos

de punta—dijo Abel muy entusiasmado.

El video comenzó desde el instante en el que Jana le indicaba lo que tenía que hacer, una sensación extraña comenzó a penetrar a Ernesto, sentía como si estuviera en el lugar de Norma y la sola explicación y el ambiente que se veía en el video le encrespaban los pelos del cuerpo. Todo se veía normal, hasta el momento en que Norma comenzó a hacer la invocación. Se podía ver como el espejo comenzaba a congelarse de un instante a otro, Ernesto no entendía cómo podía ser posible, pero lo estaba viendo, después de eso el espejo dejó de reflejar las cosas y la imagen que se veía era como la de un televisor con mucha interferencia. Abel había colocado la cámara de tal manera que se podía ver a Jana, a Norma y al espejo de costado. Cuando Norma tocó el espejo pasó algo que los sorprendió a todos menos a Abel que había estado allí; en un momento tanto Jana como Norma comenzaron a hacer los mismos movimientos, era impactante, hacían lo mismo en el mismo instante como si de un espejo se tratara; los ojos se le tornaron totalmente blancos, para Norma eso fue revelador. En un momento en el que la sesión se pone intensa y la luz se corta, se puede notar como el enfoque de la cámara cambia, fue en el momento en que la cámara cayó al suelo, quedando en una posición en la que se puede ver solo la entrada al cuarto y el espejo

—Ese fui yo—aclaró Abel—me puse un poco nervioso y me pasé a llevar el trípode donde estaba la cámara.

En ese instante y solo por un segundo se puede ver una sombra parada justo en la entrada.

—¡Lo vieron! ¿No? —pregunto Abel con mucho énfasis, pero ninguno le respondió y siguieron atentos al video.

Cuando terminó el video Ernesto se encontraba sorprendido, en su cabeza lo que había visto todavía sonaba increíble, a pesar de eso, todo se veía muy real, no parecía que lo hubiesen alterado, sumado a que Norma estaba de testigo y corrobora todo lo que se vio. Pero lo que verdaderamente lo sorprendió fue la silueta, esa silueta que todavía lo atormentaba durante las noches, y que le mostraba en él una parte que quería mantener oculta en lo más profundo de su ser.

—No se ustedes, pero yo encontré un par de cosas que me parecieron sorprendentes. Sé que creen que vieron todo pero se equivocan, hay cosas escondidas que pude ver— dijo Abel tomando su computadora— ¡Quiero que vean esto! lo primero que me pareció raro era la imagen que reflejaba el espejo en el video, pero no porque se ve borroso, sino porque durante la

sesión en el espejo, no se vio absolutamente nada, ni siquiera el reflejo de Norma, solo se veía un enorme vacío; O por lo menos eso vi yo—aclaro—sé que no se puede notar bien pero al parecer se reflejaba una imagen, que no se puede distinguir pero que está allí—dijo señalando una parte del video—Estuve durante unas largas horas haciendo mi trabajo... ok, estaba un poco aburrido y me puse a hacer esto y pude sintonizar un poco la imagen. Se me ocurrió hacerlo en el momento en el que el espejo, parece que se congela, supuse que en ese momento algo debía aparecer y no me equivoqué. ¡Miren esto!, ¿Es su hija verdad?

—¡Si...! —respondió Ernesto desconcertado.

Se podía ver la imagen de una mujer; no estaba tan clara la figura, se vía un poco ondulada y sin mucha definición, pero lo más fascinante es que el rostro se podía distinguir muy claro, para Norma y Ernesto no había dudas ¡Era Consuelo! Ernesto no sabía que decir; cómo era posible que su hija estuviera en ese video, ella ya no estaba con ellos, y tanto Abel como Ruth no la conocían y no tenía fotos con esa vestimenta, era casi imposible que introdujeran esa imagen en el video.

—Esto me motivo mucho, por lo que me puse a buscar más cosas en el video y encontré una imagen que sobresalía, justo antes de que se apagaran las luces del cuarto.

En ese momento hizo un acercamiento a la imagen del espejo y la sintonizo, se podía ver perfectamente la figura de la bruja, acercándose por detrás de Consuelo, pero eso no era todo, había algo escondido que casi no se podía ver.

—¿Que es eso que aparece en el fondo? —pregunto Ernesto.

—¿A qué te refieres? —contesto Abel.

—¡Eso! —dijo señalando el monitor.

Abel de inmediato trato de hacer un acercamiento.

—¡Parece ser un edificio! —respondió dubitativo.

—¿Qué hace ahí? —replico Ernesto.

—¡No lo sé! ¿Para ustedes significa algo? —pregunto Ruth—¿Lo reconocen de algún lugar?

—No, jamás lo vi—respondió Norma, mientras que Ernesto asintió con la cabeza aclarando que él tampoco.

—¿Puede que sea el lugar que tú mencionaste? —contesto Norma.

—¡Que yo te mencione? —discrepo Ruth.

—Si... tú dijiste que esas cosas buscaban lugares en el mundo de los

vivos para poner su guarida.

—Puede que tengas razón, de hecho, es bastante probable, si logramos averiguar de qué edificio se trata podremos crear un mapa con todas las salidas y entradas del lugar eso nos ayudaría a encontrar a alguien que quiera hacer el trabajo.

—¿Hay otras imágenes del lugar? —le pregunto Ruth a Abel.

—Esta es la primera vez que la veo, no me había dado cuenta de que estaba allí—contesto.

—¿Cómo podemos encontrar el lugar? Necesitamos algún tipo de radio en donde ubicarnos, algo específico país, capital... ¿Algo tenemos que tener como referencia! Si no sería como buscar una aguja en un pajar—comento Ernesto.

—Revisare los videos, puede que encuentre algo, por lo pronto estuve revisando el video de cuando fuimos a la casa de su hija y también encontré un par de cosas.

Coloco el video de esa noche y dejo que corriera hasta el momento en el que abrieron la puerta del cuarto de Kurt:

—Aquí comienza lo interesante—comentó Abel

—¿Qué cosa? hasta ahora no han pasado nada —contradijo Ernesto.

—¡Eso es lo interesante! Este es el momento en el que quedamos congelados.

—¿Congelados...? —cuestiono muy desconcertado Ernesto.

—No te había contado, pero durante esa visita a la casa de nuestra hija nos pasó algo de lo más curioso; sin que nos diéramos cuenta pasaron horas mientras que para los que estábamos allí solo pasaron minutos... fue como dijo él, fue como quedarnos congelados.

—¡Loco! ¿No? —expresó Abel—esta parte la voy a adelantar, es muy larga y no pasa nada interesante, pero aquí si pude encontrar algo—dijo mientras colocaba la cinta justo un momento antes de que volvieran a la normalidad—¿Pueden ver eso? —pregunto mientras señalaba el monito en donde se veía una mano muy oscura sobresaliendo de la puerta— ¡Escalofriante! — exclamo seguido de un largo suspiro.

En ese momento Ernesto no pudo evitar recordar la última vez que había entrado a esa casa, llevaba consigo cosas que no le había comentado a nadie; esa sensación incomoda más que incomoda tenebrosa que lo acompañó con cada paso que daba en esa casa la llevaba a flor de piel; sentía que algo lo asechaba en todo momento, pero lo que no podía sacar de la cabeza era la voz

de esa niña, hasta ese momento había estado tratando de ignorarla, de atribuirle a su imaginación pero en ese instante comprendió que era real, que era su hija tratando de contactarlo.

El video siguió rorando hasta el momento en que escucharon los pasos que provenían de la escalera, se vio un movimiento de cámara muy rápido que paso de la puerta del cuarto a el pasillo que daba a las escaleras, cuando paso el susto de ver a Ilse; la cámara volvió a posarse sobre el cuarto; por un instante se vio la imagen de esa cosa justo en frente de ellos, no era muy clara pero se podía notar que no era la bruja que se les había estado apareciendo, la figura tenía otro aspecto, era más bien el cuerpo de un anciano completamente desnudo, con extremidades mus largas, anormales; sin embargo no se podía distinguir bien la imagen, pero lo más aterrador no fue eso, por lo menos para Norma y Ernesto, a ellos los que más terror y dolor les causo fue la figura que se veía acurrucada en una esquina del cuarto, sufriendo; a pesar de que no se podía distinguir bien, sabían que se trataba de su hija. Justo en ese instante algo en la grabación les llamó la atención, si bien la mayoría de las cosas no se veían bien, había una parte en el video que se podía ver perfectamente, lo que reflejaban los espejos mostraban las cosas con total claridad: tanto la imagen de Consuelo como la de ese demonio se podían ver en todo su esplendor. Eso los dejo perplejos se podía ver a ese demonio de perfil, sin prenda alguna, solo llevaba unos adornos colgados del cuello, su aspecto era muy decadente como la de un viajero anciano, con joroba, ya abatido sin fuerzas, aunque más bien se podría describir como un cadáver ya con un tiempo prolongado de descomposición, casi sin carne entre la piel y el hueso. Sobre los espejos también se podían ver unos dibujos e inscripciones que parecían estar hechos con fuego, al principio no tenían mucho sentido para Ruth, pero después de analizarla durante un momento pudo notar que si ordenaba los cuatro espejos que había en la habitación, las inscripciones comenzaban a tener sentido, se formaba un gran pentagrama con palabras escrita en un idioma que ninguno había visto antes.

Con lo que había visto las duda desaparecieron de la mente de Ernesto y no solo eso, sino que se transformaron en una necesidad incontenible de ayudar a su hija.

—¿Qué hay que hacer para ayudarla? —pregunto desganado y con la mirada perdida Ernesto.

—¡Tenemos que encontrar a alguien que quiera y pueda entrar a ayudar a Consuelo! —contesto Ruth.

—¿Y cómo podemos dar con esa persona?

—Tú no te preocupes por eso, yo me encargo—contesto Norma.

—¿Y qué quieres que haga yo, que me quedo de manos cruzadas esperando a que todo se resuelva? —expuso con un tono elevado.

—Usted podría ayudar a dar con el edificio del video, eso nos serviría de mucho—sugirió Ruth.

No estaba contento con la tarea que le dieron, pero lo convencieron de que era de suma importancia saber cuál era. Encontrarlo iba a ser su primera tarea, la que no resultaría fácil, la imagen no era muy clara y no tenía idea de dónde empezar, pero estaba decidido a encontrar la manera de ayudar a su hija y contaba con los medios.

Por primera vez en mucho tiempo Norma se sentía apoyada, las personas más allegadas a ella sabían la verdad y querían ayudarla, pudo sacarse ese peso de encima, aunque no era el que más la afligía. Sin embargo, a Ernesto le quedó una espina clavada que no dejaba de molestarle: trataba de convencerse de que lo que había hecho con Kurt era lo que debía hacer y en parte tenía razón, pero al ponerse en su lugar, comprendió que lo que había hecho era un error, sentía la necesidad de pedirle disculpas, pero sabía que jamás lo haría, se conformó con ayudar desde las sombras a que su estadía en la prisión fuera lo más cómoda posible.

8

La historia de la casa

Mientras tanto para Kurt las cosas habían mejorado notablemente, tanto Norma como su madre se comunicaban con el casi a diario, estaba al tanto de todo lo que estaba pasando con el caso de Consuelo, las alucinaciones prácticamente habían desaparecido, aunque todavía sentía a su padre por momentos; sin embargo, su sufrimiento no había cambiado, seguía siendo el mismo, solo había cambiado el punto de vista. Las últimas noticias de Consuelo todavía no llegaban a sus oídos, pero estaba a la expectativa de que fueran buenas noticias: no se imaginaba lo que estaba pasando afuera. Esa mañana los policías se acercaron a la celda de Kurt y lo llevaron hacia una oficina. Ahí lo estaba esperando un llamado de Norma, tomó la bocina

—¿Qué tal Kurt?, ¿Cómo has estado?

—Un poco ansioso, no he tenido noticias, ¿Cómo le fue con la sesión? ¿Camila?

—Por ella no te preocupes, está más linda que nunca, parece no tener idea del calvario que estamos pasando, crece con salud y alegría.

Eso le saco una pequeña sonrisa: —¿Cómo va el tema de mi esposa?

—Esta vez quería traerte buenas noticias, me había imaginado de otra manera, pero las cosas siguen igual o peor que antes.

—¿Peor...pero si las cosas han mejorado?

—Entiendo porque lo dices, yo también lo creí... no pudimos ayudarla, de hecho, creo que complicamos un poco las cosas, llegamos tarde, esa cosa la tiene cautiva en su territorio.

—¿Cautiva! —exclamo, rascándose la cabeza, de manera nerviosa.

—Pero todavía hay esperanzas

—No entiendo porque dios se empeñó tanto conmigo, solo pido que me digan que mi esposa está bien, que se encuentra en un lugar mejor descansando en paz.

—Sé muy bien lo que te pasa, porque a mí me pasa lo mismo, pero no tenemos que darnos por vencidos aun podemos ayudarla.

—Querrá decir puede, porque yo desde aquí no puedo hacer nada, me

encuentro atados de pies y manos viendo como le hacen daño a mi esposa—
objeto ofuscado—¿Qué podemos hacer por ella?

—¡Hay que liberarla!

—¿Cómo?

—¡Hay que entrar en su guarida y sacarla de allí!

—¿Cómo piensan hacer eso?

—Ese es el problema todavía no sabemos cómo: necesitamos a alguien
que vaya a ese lugar y la ayude a salir.

—¿Yo puedo ayudar desde aquí supongo que al no ser un lugar físico...?

—No, tú no puedes, aunque serias ideal para el trabajo, pero la única
puerta que conocemos está en tu casa y debes estar allí.

—¡Maldición! ¿Y quién va a ir?

—Ese es el problema no puede ir cualquiera; necesitamos a alguien que
tenga la habilidad de pasar al otro mundo y que además conozca el lugar,
aunque esto último no es necesariamente indispensable. Por eso tu eres ideal,
tú tienes todo eso.

—¿Yo?

—Si... Ruth me dijo que tú al haber sido poseído adquiriste esa
habilidad además en ese momento fuiste a su guarida, conoces el lugar y como
salir de él.

—No se dé que me está hablando, no recuerdo nada de eso, aunque...

—¿Aunque qué?

—Aunque tengo sueños, visiones, de un lugar al que nunca fui.

—¿Y qué recuerdas, puedes reconocer el lugar?

—No... solo sé que es una especie de hospital abandonado ¿Por qué
pregunta?

—Por nada, pero si llegas a recordar algo sobre el lugar, avisales a los
guardias que me llamen.

—¿Qué tienen pensado hacer?

—Esto no se lo dije a nadie, pero estoy pensando en ir yo.

—Pero ¿Cómo?

—He estado pensando y creo que hay una forma de que pueda tener esa
habilidad, solo tengo que encontrar a alguien que me quiera ayudar,

—¿Qué es lo que está pensando hacer?

—Ruth dijo que para tener esa habilidad hay que tener una experiencia
cercana a la muerte, o que un espíritu te posea y la verdad es que no sé cómo
hacer para que me posea, pero...

—No sé lo que tenga pensado hacer, pero de seguro es peligroso, usted no tiene que hacer eso.

—De todas maneras, estoy tratando de encontrar a alguien que nos ayude, puede que no sea necesario hacer lo que estoy pensando.

—¿Y las personas que vivieron antes en mi casa?, algo paranormal les tuvo que haber pasado.

—¡Es cierto, como no se nos ocurrió!, por eso mi hija decía que tú siempre le encontrabas la solución a las cosas. Le comentare esto a Ruth y a mi esposo, en cuanto tenga novedades al respecto te llamare, ahora me tengo que ir.

—¡No haga ninguna locura! —le sugirió antes de despedirse.

Para Kurt todo era nuevo, se encontraba iracundo con lo que le había tocado, no entendía bien porque le pasaba todo eso: un día se acostó siendo una persona normal y despertó como un asesino, definitivamente no creía merecerlo, jamás en la vida se imaginó que allí afuera habían fuerzas que podían manejarlo a su placer, incitándole a hacer cosas que en la vida se cruzaron por tu cabeza, ya no se sentía seguro en ningún lugar, comprendió que el miedo a la obscuridad era algo real, nunca sabes lo que se puede esconder allí.

El ocio, la soledad y el aislamiento, eran malos consejeros al principio creyó que eran sus amigos, pero poco a poco comprendió, que en esa situación solo potenciaban lo malo, lo perturbaban a tal punto que lo estaban volviendo loco; las paredes le hablaban, se burlaban y los muertos lo acechaban sin descanso como si les debiera algo y lo peor era que no podía hacer nada por ellos. Ahora se suponía que Consuelo se encuentra encerrada al igual que él en un lugar oscuro y sombrío, solo que repleto de almas en pena, con una condena para toda la eternidad y un demonio disfrazado de guardia al que su único propósito era hacerle daño. Ella no podía ni debía sufrir ese cruel destino, no se lo merecía, menos por culpa de él, pero no podía hacer nada al respecto y eso también lo estaba matando por dentro.

Los problemas de Norma no eran distintos a los de Kurt, solo que ella podía hacer algo y estaba dispuesta a cualquier cosa con tal de que su hija no sufriera.

Al llegar a su casa lo primero que hizo fue contarle a Ernesto lo que Kurt le había comentado, eso lo motivo mucho, aunque no entendía porque no se le ocurrió a él, si la casa era la embrujada los que vivieron antes en ella se debieron haber topado con el mismo demonio.

Ernesto ni lento ni perezoso se puso enseguida a investigar la historia de la casa, claro que, sin dejar su otra tarea de lado, aunque si le restó importancia. Encontrar el historial de la casa no le fue difícil, contaba con los medios, pero lo que halló no fue nada motivador, la casa había estado desocupada por al menos un año antes de que se mudaran Kurt y Consuelo. Anterior a ellos, la habito una familia que se apellidaba Díaz, pero que al parecer no habían tenido ningún incidente, lo que no era muy buenas noticias porque eso daba a entender que no se cruzaron con esa cosa. Antes que ellos, la casa perteneció a varias generaciones de una familia, muy adinerada, de apellido Villalba, en donde muchos años atrás hubo distintos sucesos trágicos, pero que desde hacía más de veinte años que no ocurría nada en esa casa. El último heredero de la familia se deshizo de la casa hacía unos tres años atrás.

Ernesto antes de comenzar con la investigación, tenía las cosas muy claras, había decidido focalizarse en las personas que tuvieron algún tipo de incidentes en la casa, pero para ello debía remontarse unos veinte años atrás, aunque ¿Quién compraría una casa y la vende al año siguiente? Eso tenía que decir algo, comenzó buscando a la familia que vivió antes que su hija, a los Díaz. Tomo el teléfono y llamo a la agencia inmobiliaria que se había encargado de realizar la venta de la casa. No tenían muchos datos de la familia anterior, lo único que sabían de ellos, era que los contactaron para vender la casa y que pidieron mucho menos de lo que valía. Eso prendió las alarmas de Ernesto, sentía que estaba yendo por buen camino. Desde la inmobiliaria no le dieron muchos datos que le pudieran servir para ubicar a la familia, solo tenían un número de cuenta y un teléfono al que intento comunicarse pero que nadie atendió, al ser un teléfono fijo estaba asociado a una dirección a la cual por el momento no podía acercarse, pero no dudo en utilizar sus influencias para contactarse con ellos. Esa misma tarde un par de policías toco la puerta del lugar, pero nadie atendió, un vecino del lugar se acercó a los ellos y les comento que en esa casa no vivía nadie por el momento, que las persona que la alquilaban se habían retirado de allí.

Hasta el momento no podía encontrar ningún dato que los ayudara, pensó que la tarea sería fácil, pero dar con el paradero de esas personas se le estaba complicando. Tenía la completa cooperación de sus compañeros, aunque claro que nunca les dijo los verdaderos motivos por los que quería dar con esas personas. Les pidió que se encargaran de averiguar en el vecindario de Consuelo si alguien los conocía, quizás alguno mantenía contacto con ellos todavía, pero la mayoría ni siquiera recordaba bien sus caras, habían pasado

muy poco tiempo en el lugar, según algunos vecinos solo tres meses y luego vieron el camión de mudanzas; nadie sabía el porqué de su repentina ida. Eso dejaba un bache muy grande de tiempo entre el momento que se fueron y el que pusieron en venta la casa, todo confirmaba lo que Ernesto sospechaba y se volvía más evidente con cada paso que daba. Después de darle muchas vueltas y hacer sus cálculos, obtuvo que esta familia se había ido de la casa, hacía unos dos años y once meses, por lo que comenzó a revisar los expedientes policiales de esa fecha, algo tenía que haber y estaba en lo cierto; descubrió que la familia protagonizó un hecho de violencia doméstica, aunque todo fue medio raro, la denuncia fue presentada por personal del hospital al que había acudido por lesiones de arma blanca que presentaba tanto el hombre como la mujer. La policía realizó una investigación de rutina, pero todo quedó en la nada, ya que ninguno de los afectados presentó una denuncia formal. El oficial a cargo de esa investigación fue Rubén Aguirre.

Ernesto consiguió el número de la delegación en la que su colega trabaja y se puso en contacto, con solo dar el número de placa, le pasaron de inmediato con Rubén.

—Si, dígame sargento—dijo Rubén al tomar la bocina.

—¿Qué tal?, me dijeron que usted, estuvo a cargo de un caso que no era muy relevante, pero del que necesito información, este ocurrió en día 25 de octubre de 2015.

—La verdad es que no me acuerdo, fue hace mucho tiempo.

—Era un caso en el que hubo, violencia doméstica en donde tanto un hombre como una mujer presentaban heridas de arma blanca, la familia se apellidaba Díaz

—Ahora que lo menciona... se me viene un caso a la mente, no fue muy importante de hecho ninguno quiso hacer la denuncia. ¿Qué necesita saber de ese caso?

—Todo lo que recuerde.

—La verdad es que, no creo que mis recuerdos en este momento sean tan precisos, pero ese caso me mantuvo un poco inquieto, más que inquieto obsesionado, no entendía porque ningunos quiso hacer la denuncia, a pesar de que los dos presentaba heridas graves, lo más extraño era que cuando les hacía una pregunta, se miraban entre ellos y no sabía que contestar. La excusa, el relato de los hechos no me pareció muy creíble, ¿Cómo pudieron cortarse los dos en distintas partes del cuerpo por accidente? Para ser sincero, el caso me interesó más de lo normal y lo tome un poco personal, creía que la mujer

estaba sufriendo abusos de su marido; era muy atractiva, supongo que eso influyo, quería ayudarla. Pero una vez que salieron del hospital y los trasladamos hacia la comisaria, no volví a saber de ellos. Trate de comunicarme al día siguiente y nadie me contesto, luego fui a su casa, golpee la puerta y nadie atendió, tome el picaporte y la puerta se encontraba abierta, saque mi arma e ingrese, revise la casa por completo y no encontré nada, había unas manchas de sangre en la cama matrimonial, pero era de esperarse. Lo que me pareció raro es que dijeron que se habían cortado en la cocina, pero en esta no había manchas de sangre. Otra cosa que no encajaba es que todo estaba revuelto, parecía que salieron muy apurados, llevándose solo la ropa que pudieron. Estaba realmente preocupado, pero como usted sabe, no había sucedido nada y nadie hizo la denuncia, pues yo no podía hacer nada, aunque de todas formas investigue un poco por mi cuenta, y logre conseguir las grabaciones de las cámaras de la casa.

—¿Y que vio en ellas?

—No mucho, recuerdo que era una noche lluviosa, por la madrugada, salió la mujer corriendo de la casa, con su hija en brazos y el tipo venía detrás de ellos, como escapando de alguien. La mujer y la niña se suben al coche, mientras que el hombre se queda mirando hacia la entrada de la casa, luego de un momento sale corriendo, nuevamente hacia la casa y toma a un niño en brazos, regreso al auto y eso es todo lo que recuerdo del video.

—¿Dejaron todo así?, ¿Qué paso con esa familia?

—Si y no; yo eleve la información a mis superiores, ellos también se quedaron pensando. Pero si nadie hacia la denuncia no podíamos hacer nada; de todas formas, me dijeron que siga pendiente del caso, pero que no descuidara mis tareas. Seguí indagando un poco más y logre conseguir el numero de la madre de la mujer, la llame y ella me dijo que estaban bien, le pregunte si sabía dónde ubicarlos y me dio un número. Me contacte con ellos y hable tanto con el hombre como con la mujer y efectivamente estaba todo bien, luego di por cerrado el caso.

—¿Aun tienes el número de la madre de la mujer y el de la casa a la que llamaste?

—No lo sé, quizás en mi casa, era una investigación que llevaba por mi parte más que nada. Si lo requiere trato de buscarla y la informo.

Se intercambiaron la información de contacto y terminaron con la conversación. Ese mismo día a la tarde noche, lo llamó uno de sus compañeros, más precisamente al que le había encomendado que le tenga al

tanto en caso de encontrar algún dato de la familia Díaz. Este le comento que una vecina del lugar era muy amiga de la mujer y que tenía como contactarla. Le pregunto si quería que ellos se contactaran o si lo iba a hacer el mismo; la respuesta fue que solo le pasaran los datos. Con el número en la mano no dudo en marcar de inmediato, Se identifico como policía.

—Hola, ¿Con la familia Díaz?

—Si, quien habla—respondió un niño

—Soy un policía —dijo al notar que era un niño el que tomo el teléfono —¿Me podrías pasar con uno de tus padres?

—Si... Papá hay un policía que quiere hablar contigo—se escuchó de fondo al niño gritando—ya está viniendo, ¿Usted alguna vez le disparo a alguien?

—¡Presta el teléfono! —interrumpió el hombre al niño—Si... ¿Quién habla?

—¿Qué tal?, soy el sargento Ernesto Acosta de la seccional 84, quería hacerse unas preguntas, sobre una casa en la que usted habitó.

—Ahora estoy un poco ocupado—respondió el hombre, aunque en realidad no estaba haciendo nada.

—No nos llevara mucho, tiempo—aclaro Ernesto.

—¿Qué quiere saber? —pregunto sin mucho entusiasmo.

—¿Me gustaría saber el motivo por el cual se fue de esa casa?

—¡Disculpe! ¿Pero no entiendo el porqué de esa pregunta? Ya haces más de dos años que deje esa casa. ¿Qué puedo tener que ver con la policía en este momento?

—Por el momento no le puedo decir las razones, no se nos permite dar detalles de la investigación. Lo que me parece raro es su actitud, ¿Acaso tiene algo que esconder?, ¿Porque no solo responde a la pregunta?, ¡no es algo muy complicado!, además al momento de irse presentaba heridas de arma blanca.

—Yo no tengo porque darle información, ni siquiera puedo comprobar si es un policía.

—¡Espere!, se por lo que paso esa noch...—no alcanzo a terminar la frase cuando le corto.

Marcó de nuevo el número, pero nadie tomo la bocina; Ernesto trataba de encontrarle una explicación a lo que estaba pasando con esa familia, pero no entendía porque no querían hablar, ni porque se escondían. La jornada se acercaba a su fin y se encontraba decepcionado al no haber hallado nada que

los ayudara, pero sabía que esa familia escondía algo.

Mientras tanto Norma se encontraba sumida en un mundo lleno de oscuridad que hasta el momento pensaba que no existía, camino por pasillos en donde la luz se ausentaba sin importar si era de día o de noche. Las personas que frecuentaban esos lugares definitivamente no daban una buena impresión se notaba la tristeza y el odio en sus rostros. La incomodidad parecía tomarle el cuello y no dejarle respirar, sentía miradas sobre ella que denotaban cierto desprecio, como si las personas de ese lugar supieran que no pertenecía allí, que no era de su misma estirpe. A pesar de que quería acercarse a algunas de esas personas, sentía cierto rechazo que no le dejaba hacerlo; no podía dejar en manos de ellos el futuro de su hija. La verdad es que su jornada no fue más productiva que la de su marido.

Norma estuvo recorriendo esos lugares hasta muy tarde, cada vez estaba más convencida de que la mejor opción era intentar hacer ese algo que a los ojos de otras personas parecería una locura. Al llegar tarde por la noche, entro a su cuarto, casi sin cruzar palabra con su marido, aunque no necesitaba decirle nada para que él se diera cuenta que algo la tenía perturbada de sobre manera, lo que no se imaginaba era lo que tenía pensado hacer. Quería contarle lo que le había pasado en el día, pero sabía que estaba cargando con mucho estrés desde la muerte de su hija y con los problemas de salud que él había tenido; no quería cargarla más con todo eso, entendía que necesitaba un descanso y sabía como dárselo.

Al día siguiente espero a que Norma se fuera de la casa, para ponerse la ropa del trabajo y hacerle una visita a la familia Díaz. El lugar en donde estaban parando se encontraba a unos 154km, era un viaje largo para una persona en sus condiciones, pero se sentía mucho mejor; aunque entendía que era demasiado rápido como para conducir tanto: tomar un bus era la mejor opción. Al llegar a la ciudad se subió a un taxi y le dio la dirección del lugar, no tenía idea de donde quedaba ni cuanto tardaría en llegar, solo le quedaba esperar aunque el trayecto le ayudo a pensar lo que iba a decir al dar con la familia, necesitaba convencerlos de que lo ayuden y a pesar de darle muchas vueltas en su cabeza no se le ocurría «que haría si estuviera en el lugar de él» se preguntaba; lo primero que se le vino a la mente es hacer lo mismo que estaba haciendo él, como iba a comenzar una conversación con un desconocido y decirle que en esa casa le pasaron cosas sobrenaturales; hasta hace un tiempo atrás si le venían con eso, seguro lo trataría de loco.

El viaje no fue muy largo; la casa quedaba muy cerca de la terminal, aun

no sabía bien que decirle. Bajo del auto y se dirigió a la puerta, tardo un poco en tocar, pero ya estaba allí y no podía echase para atrás, «que sea lo que dios quiera», se dijo a sí mismo y dio unos cuatro golpes a la puerta, un hombre lo atendió, al parecer se sorprendió de ver a un policía, salió de la casa de inmediato y cerró la puerta detrás de él.

—¿Qué hace aquí? —pregunto muy alterado.

—Usted ya sabe lo que estoy haciendo ¡Vine por respuestas!

—Escúcheme, ya le dije en su momento todo lo que se a la policía, solo quiero que me dejen tranquilo.

—¡Ambos sabemos que eso es mentira!

—No tengo nada para decirle—le dijo, dándose la vuelta para retirarse

—¡Espere! Se lo que le paso en esa casa; solo necesito su ayuda—le dijo tomándolo del brazo.

—¿Qué es lo que sabe?

—Se que en esa casa pasan cosas raras, sobrenaturales.

El hombre lo quedo mirando muy serio, y le pidió que lo espere, entro a su casa, tomo una chaqueta y le dijo a su mujer que saldría, que enseguida regresaría.

—¿Si le digo todo lo que se, nos dejara tranquilos?

—Supongo que si—respondió, aunque sus intenciones eran otras.

—¡Acompáñeme! Tomémonos un café.

Caminaron un par de cuadras, hasta llegar a una cafetería, era un lugar bástate pequeño pero acogedor, se podía sentir el aroma a café desde antes de cruzar la puerta, lo atendía un hombre muy mayor y simpático, le hablo al señor Díaz como si lo conociera de toda la vida.

—Pedro como has estado—pregunto el anciano de la cafetería.

—Muy bien y usted—respondió con una sonrisa

—Pero mejor imposible, como está la familia.

—Gracias a dios de maravilla.

Ernesto quedo sorprendido en ese momento el señor Díaz parecía otro hombre, se notaba que era una buena persona, nada que ver con la primera impresión que se había llevado de él. Se sentaron en una mesa alejada.

—Escúcheme bien oficial; puedo imaginarme porque está aquí. Pero quiero que sepa, que mi familia y yo recién nos estamos recuperando de lo que paso en esa casa. Mi mujer aún no supera los traumas que le quedaron, todas las noches tiene pesadillas, lo que paso en esa casa nos marcó de por vida. Y lo único que queremos es olvidarnos, nos alejamos lo más posible de ese

lugar maldito y todos sus recuerdos, para que nada ni nadie nos haga recordar lo que paso allí. Tratamos de no tocar ese tema, pero cuando vimos las noticias de lo que había pasado en esa casa, todo regreso a la mente de mi mujer. Y no solo eso, comenzó a sentirse culpable por lo que paso allí.

Nosotros no queríamos vender esa casa, sabíamos lo que llevaba consigo, pero no tuvimos otra opción, necesitábamos el dinero, habíamos gastado todos nuestros ahorros y al irnos quedamos en banca rota. Sé quién es usted y se porque está aquí, lo supuse cuando dijo su apellido por teléfono, es el mismo que el de la chica que falleció. Lamento mucho lo que le paso a su hija, pero no es culpa nuestra, no teníamos otra salida; debíamos vender.

Ernesto jamás había pensado las cosas desde ese punto de vista, el solo estaba focalizado en que tenía encontrar a esa familia para que lo ayude. Pero eso le vino como anillo al dedo, la culpa que sentían le podía servir de algo.

—Si usted quiere arreglar lo que hizo, ahora tiene una oportunidad.

—¿No entiendo, que quiere decir? ¿En qué puedo ayudarlo yo?

—Necesito que me ayude a salvar a mi hija.

—¿Su hija ya no está aquí! ¿Cómo podría ayudarla?

—Vera sé que parece una locura, pero el alma de mi hija corre peligro, y solo usted puede salvarla.

—Todo en esa casa parece una locura ¿Pero porque solo yo puedo ayudar a su hija?

—Cuando mi hija se fue, nos empezaron a pasar cosas, contactamos a una... médium, pasaron muchas cosas entre medio y al final nos dijo que el alma de mi hija estaba en peligro, que alguien debía ayudarla entrando en el lugar en donde la tiene cautiva.

—¿Y yo que tengo que ver con eso?

—Usted tiene la habilidad que se necesita para entrar a ese lugar

—No se dé que habilidad me está hablando.

—No sé bien como es la cosa, pero cuando una persona es poseída queda dotada de ciertas habilidades que le permiten entrar en el mundo de los muertos.

—Pero, yo no fui poseído por nadie.

—¿Cómo, entonces fue su mujer?

—No tampoco, el que estuvo poseído, fue mi hijo.

—¿Y porque estaban lastimados? Yo supuse que uno quiso hacerle daño al otro, y este se defendió.

—No, lo que paso es un poco más complejo—le dijo mientras le hacia un

gesto para que se acercara.

Ernesto corrió su traza de café, acerco la silla y luego su cabeza, Pedro comenzó a hablarle muy bajo, se creó como un ambiente de misterio, el dueño de la cafetería los miraba mientras repasaba el mostrador, se preguntaba lo que estaba diciendo.

—Lo que lo voy a contar, no se lo había dicho a nadie. Siempre creí que, si lo hacía, las personas me tomarían por loco. A ellos les gusta escuchar ese tipo de historias, pero cuando creen que lo haces solo para asustarlos, cuando le dices que es verdad, y que te dio mucho miedo esa situación, comienzan a verte como un loco, se ríen de tu historia, cree que es algo absurdo o solo lo ven como un juego, te piden que los llesves al lugar en donde te pasaron esas cosas, sin entender que es algo serio, que con eso no se juga, pero sé que usted entenderá lo que le voy a contar...

Cuando... nos mudamos a la casa, todo parecía normal; era como cualquier otra, de hecho, me pareció hermosa al instante. Como sabrá la casa tenía tres habitaciones, nosotros nos quedamos con la más grande; armamos el cuarto de la beba, en el que estaba justo enfrente del nuestro. El otro cuarto se encontraba cerrado, por lo que mi hijo de diez años en ese momento se quedó con su hermanita.

Yo tomé mis herramientas y me dispuse a abrir el otro cuarto; cuando logré hacerlo, apenas abrí la puerta, una pestilencia muy fuerte cubrió toda la casa, yo no le di mucha importancia en ese momento. Trate de abrir la persiana para que se ventile el lugar, pero no pude hacerlo. A sí que traté de ventilar el lugar como pude; abrí todas las ventanas y puertas de la casa.

El cuarto la verdad es que se veía muy tenebroso, las paredes estaban pintadas de color gris, todas sucias como chorreadas, había muchas hojas con dibujos tiradas en el suelo. La verdad es que era un cuarto horrible para un niño, lo remodele un poco, con una mano de pintura y unos muebles, quedo perfecto ¡Habitable! Mi hijo estaba muy contento cuando le dije que ya tenía su cuarto listo. Él era un niño muy alegre, y extrovertido. Pero desde el momento que entro a ese lugar todo cambio; no era la misma persona, se convirtió en un niño muy serio, estaba muy pensativo e irritable; poco a poco dejo de hablar, creímos que era debido a los cambios de la mudanza ¡No le dimos mucha importancia! Después de un tiempo nos dimos cuenta de que solo hablaba cuando estaba en su cuarto, un día mi mujer fue a buscarlo para la comida y logro escuchar algo, mi hijo decía que quería dormir, pero lo que escucho luego fue muy aterrador, era como la voz de un adulto, pero que

trataba de cambiar su timbre para sonar amigable y juguetón. Eso la asusto mucho, abrió la puerta y no había nadie, tomó a mi hijo y le preguntó con quién hablaba, él solo la miro muy serio le saco las manos y salió corriendo. Ella bajo del cuarto de mi hijo, muy asustada vino hacia donde estaba y me pregunto por él. Lo buscamos por todas partes, y no lo encontrábamos, me conto lo que había pasado, yo la verdad que en ese momento no lo tome muy enserio, estaba más preocupado porque no aparecía. Salí a buscarlo a fuera y lo encontré sentado en el escalón de la puerta. Le pregunte que hacia allí y él dijo que nada, que solo tenía calor; en eso llego mi mujer y le pregunto, por qué se había ido así y con quien estaba hablando, creo que de verdad él no supo que contestarle, tan solo dijo, que no estaba hablando con nadie. A medida que pasaba el tiempo los cambios en mi hijo se hacían más evidentes no sabíamos que hacer. Un día fuimos a su escuela y preguntamos si tenía algún problema allí. Su maestra, creo que nos vio preocupados y nos respondió muy sorprendida «claro que no, es un niño muy tierno y desenvuelto, se lleva muy bien con todos sus compañeritos». Nosotros estábamos desconcertados, tanto que cuando terminamos de hablar con la maestra nos quedamos un rato más vigilándolo desde lejos a escondidas mientras estaba en el recreo y lo que vimos no era lo que esperábamos, se veía normal era el niño que recordábamos.

Cuando llegamos a casa comenzamos a evaluar posibles causas de lo que estaba pasando, y desde luego se nos cruzó algo paranormal, pero en un momento, mientras lo estamos discutiendo recuerdo que la mire a los ojos y se me escapo una sonrisa: «¿De qué estamos hablando?, creo que debemos dejar de ver tantas películas de miedo» le dije. En ese momento era un poco ilógico tomar esa opción en cuenta, nosotros no habíamos experimentado nada por el estilo. La verdad no sabíamos que hacer, nos tenía preocupado; acordamos esperar un tiempo y ver si calmaba. Recién habíamos llegado a la casa quizá convenía dejarlo que se acostumbre, pero si las cosas no funcionaban tendríamos que pensar en contactar a algún psicólogo. Pensándolo bien ahora, eso hubiera sido una pérdida de tiempo, lo sé porque todo cambio cuando nos fuimos de esa casa. No sé cuánto tiempo paso desde esa conversación con mi mujer, pero una noche, ocurrió algo que nos marcó de por vida. Recuerdo que cuando me acosté llovía mucho, en un momento pensé que granizaba, el sonido del agua chocando con las persianas parecía como si me estuvieran apedreando la casa. De todas formas, me quede dormido; hasta que el ruido de un trueno me hizo saltar de la cama, parecía que un rayo había dado justo en el

frente de mi casa y la verdad fue casi una bendición. El cuarto se iluminó por un instante, cuando despegué los ojos, pude ver a mi hijo parado en la puerta de mi cuarto, recuerdo que andaba con su pijama rojo con dibujos de Mickey Mouse. Cuando logré despabilarme pude ver que llevaba un cuchillo en la mano, de pronto otro trueno se escuchó y una luz entro por la ventana rebelando algo horrible; recuerdo que cuando lo vi mire a mi hacia al lado de mi cama donde duerme mi mujer y ella estaba despierta sentada en la cama, casi tan sorprendida como yo, no sé si le pregunté o se lo dije con gestos, pero ella me asentó con la cabeza; veía exactamente lo mismo que yo; estaba aterrorizada. Cada vez, que se iluminaba la habitación; la cara de mi hijo cambiaba, un rostro inhumano se le dibujaba sobre su cara, sus ojos eran de fuego mezclado con un verde fluorescente y sus dientes estaban podridos y afilados. Se abalanzó hacia mí tan rápido que, en un parpadeo, estaba encima de mí apuntándome con ese cuchillo, mi mujer trataba de sacármelo de arriba, pero la fuerza que tenía era impresionante, imposible que un niño de diez años la tuviera. En eso corto a mi mujer en el brazo, ella sangraba mucho. Yo pude golpearlo con la pierna y mandarlo a volar contra uno de los muebles. Le dije a mi mujer que tomara a la beba y que saliera de la casa. Cuando me doy vuelta veo que mi hijo se encontraba tirado en el suelo sin dar señales de vida, me desesperé por un momento creí que lo había matado, cuando me acerco a él, «abre los ojos» ¡no eran los de mí hijo!, parecía que me quemaban el alma y sin dudarlo me clava el cuchillo en la pierna. Lo aparte y como pude lo pateé, salí de la casa lo más rápido que pude—dijo mientras las lagrimas comenzaron a brotar por sus ojos—no sabe lo que se siente tener que abandonar a un hijo, esa situación me partió en medio, no supe que hacer; en un momento pensé que lo había matado. Cuando salimos de la casa; yo sabía que no podía dejarlo allí. Recuerdo que él estaba parado en la puerta de enfrente, con el cuchillo en la mano, pero también se podía ver una figura oscura, mucho más alta parada justo detrás de él. Luego desapareció y mi hijo callo rendido al suelo. Corrí a buscarlo y no reaccionaba, ¡Aun respiraba! lo subí al auto y salimos para el centro médico; gracias a dios en el camino el despertó, no recordaba nada.

Eso es la verdad, de lo que paso esa noche. Al día siguiente decidimos salir de la casa, primero paramos en lo de mi madre y luego conseguimos algo para alquilar. Al principio mi mujer quedo muy afectada por lo que paso, le tenía mucho miedo a su propio hijo, o mejor dicho a lo que le había poseído, no quería que se acercara a nuestra hija, por lo menos hasta que estuviéramos

seguros de que no volvería a tener otros episodios como ese. Si bien él no recuerda nada y volvió a ser el mismo de antes desde que salimos de la casa; aún nos queda la duda de si esa cosa lo puede poseer nuevamente; hay noches en la que se despierta gritando o parado en la puerta de nuestro cuarto, aterrorizado por pesadillas que tiene con una especie de payaso con ojos de fuego, que lo acecha en sus sueños. La desconfianza creció, eso no separo como familia; hacia poco que mi esposa comenzaba a olvidar o no sé si a olvidar, pero al menos, ya no trataba a nuestro hijo como un desconocido. Pero cuando escucho la noticia del asesinato de su hija; todas sus inseguridades reflataron; no quiero que todo este asunto, nos vuelva a tocar de cerca. Necesitamos vivir tranquilos; necesitamos olvidar. Ahora ya sabe la historia, no tengo nada más para contarle, tampoco puedo ayudarlo, si hubiera algo que yo pudiera hacer, ¡Claro!, que no involucrara a mi familia, créame que no tendría problema en ayudarlo—expulsó y con eso concluyo.

Ernesto no sabía que decirle, era obvio que él no aceptaría que su hijo se expusiera a eso y él tampoco se lo pediría, es solo un niño.

—Si algún día llevo a necesitar de usted, vendré a buscarlo.

—Está bien, pero eso sí, no involucre a mi familia.

Al parecer esa casa guardaba muchos secretos, ahora entendía porque ese hombre no quería atenderlo y comprendió que el cuarto era el foco de todos los problemas. Pero también se dio cuenta que con esa charla se le esfumo una gran oportunidad de ayudar a su hija, aunque todavía le quedaba otra opción, encontrar a la familia Villalba sería su nuevo objetivo. En ellos caía la responsabilidad de la casa, durante generaciones vivieron en ella, conocían bien su historia y sus peligros.

Las horas pasaron y Ernesto no se dio cuenta de todo lo que tardó, sabía que en casa lo esperaba un gran problema y no era para menos; si hubiera conseguido que el hombre lo ayudara, quizás podría calmar la furia de su mujer; sin embargo, ese era un problema menor, tenía cosas más importantes que pensar como por ejemplo ¿En dónde se encontraba esa familia en este momento?

Al llegar a casa como era sabido, Norma lo estaba esperando muy preocupada, él solo le había dejado una nota que saldría, pero no específico nada de lo que iba a hacer. De todas formas, ella sospechaba que salió por algo referido a Consuelo. A Ernesto no le quedo de otra: tuvo que tragarse

todo el sermón de su esposa, en otro momento de seguro se ponía a discutir o salir a beber ¡Él no era un niño como para que lo trataran como tal! pero por primera vez no pensó en sí mismo y se tragó su orgullo, sabía que había hecho algo mal, pero lo hizo por su hija y también por ella. Dejo que se desahogara y luego trato de cambiar el tema contándole lo que había ocurrido.

—Sino me dejas hablar, no podré contarte lo que ocurrió...escucha sé que hice mal pero ya me siento mejor y quiero ayudar, tú has cargado con todo esto durante mucho tiempo, ¡Solo quiero ayudar! además no me estoy exponiendo a nada, solo fui a hablar con unas personas y si me dejas te cuento.

Le conto todo lo que había averiguado y al final no le quedo de otra, que prometer que la próxima vez que lo haga lo consultaría con ella.

Norma se estaba impacientando, los días pasaban y todos sus esfuerzos no daban frutos, necesitaban una solución urgente; en cuanto la iglesia interviniera las posibilidades de ayudar a su hija se reducían a cero y la idea que rondaba su cabeza comenzaba a hacerse cada vez más consistente. Por el momento necesitaba más tiempo, por lo que la idea de visitar al Cura y rogarle que no le informara a la iglesia o que por lo menos les diera un poco más de tiempo; se convertía en una buena opción.

Ernesto por su parte, comenzó a buscar al dueño anterior de la casa. Hasta el momento solo sabía su nombre (Leandro Villalba), pero no tenía ni idea de donde se encontraba en ese momento, pero era policía eso debía suponer una ventaja, aunque últimamente estaba abusando un poco de los favores. Estaba comenzando a pensar que volver al trabajo sería una buena opción; de esa forma podía disponer de todos los recursos de la policía sin tener que molestar a nadie, aunque sabía que Norma jamás accedería a eso y necesitaba que el médico le firmara la recomendación. De todas formas, debía intentarlo.

Le comento la situación a Norma, como era de esperarse claro que no acepto, pero Ernesto no era tonto, estaba al tanto de todo lo que estaba pasando y sabía que el tiempo se les estaba terminando y que lo que estaba solicitando le ayudaría a acelerar las cosas. Le costó un poco, pero pudo convencerla, ahora lo único que debía hacer era conseguir la autorización, no debía suponer un problema para ella, aunque claro que no dio el brazo a torcer sin poner sus condiciones, Ernesto no podía intervenir en nada referido a lo paranormal, a lo único que podía abocarse era a la investigación.

Que le pusieran condiciones no era algo de su agrado quería que Norma

cediera, pero a él no le gustaba ceder en nada; en sus pensamientos ya se encontraba bien, no necesitaba de cuidados ni nada por el estilo, pero Norma fue muy firme en sus condiciones, a él solo le quedaba aceptar; aunque de mala gana.

Le extendió un alta para trabajar, pero específico que no podría hacer todos a lo que estaba acostumbrado, solo se podía encargar de trabajos de oficina.

Estando en la oficina y sin las constantes restricciones que le indicaba su mujer, podía dedicar de lleno a la investigación. Con todos los recursos no le supuso mayor esfuerzo encontrar a el señor Leandro Villalba. Si bien no se encontraba dentro de la ciudad, no estaba muy lejos y con las comunicaciones de hoy día no le fue difícil contactarlo.

Al llamarlo se encontró con un hombre muy amable, no tuvo problemas en contarle lo que sabía

—Dígame que necesitaba saber oficial

—Para serle sincero lo que necesito saber de usted no es un caso oficial, es más bien personal. Sé que en la casa que usted vivió han pasado cosas raras y me gustaría saber que tiene para decir sobre eso.

—¿Cosas extrañas, como qué?

—Paranormales.

—A mí nunca me sucedieron cosas paranormales, ni en esa casa ni en ninguna otra.

—¿Está seguro?

—Si, o por lo menos no lo recuerdo; viví en esa casa durante toda mi infancia con mis padres y nunca paso nada.

—¿Y sus padres en donde se encuentran?

— Fallecieron, en un accidente de autos.

—Lo lamento ¿Pero eso quiere decir que usted no recuerda nada?

—Me han contado historias; pero a mí no me ha pasado nada.

—¿Qué historias?

—Sobre la casa y cosas que han pasado allí.

—¿Las recuerda?, ¿Podría contármelas?

—Si...creo que la primera vez que me contaron cosas sobre la casa, fue cuando intente entrar a un cuarto que, siempre se encontraba cerrado. Mis padres me dijeron que a ese cuarto estaba prohibido entrar ¡Yo era muy chico como para entender por qué!, y ellos no se gastaron en explicarme muchos. Solo dijeron que estaba prohibido y que no intente entrar allí. Por un tiempo

les hice caso, aunque la verdad es que siempre me quedo la intriga. Una mañana desperté y encontré una llave detrás de mi mesa de luz, era muy antigua y lo primero que se me vino a la cabeza fue ese cuarto. Como era obvio, fui a probar si era de allí; y lo era. Cuando la abrí un olor muy feo salió, era una mezcla de encierro y a viejo, debo admitir que me dio un poco de miedo. El lugar era muy oscuro y tétrico, había estantes con jarrones antiguos, velar, frascos con cosas muy extrañas y perturbadoras, de hecho, tuve muchas pesadillas con esas cosas. Las paredes del lugar estaban cubiertas con dibujos de todo tipo: signos animales raros que en mi vida vi, también había un escritorio muy antiguo y unos espejos que ocupaba toda una pared. Estuve en ese lugar solo un instante, porque mis padres me vieron y me sacaron de allí; ese día se enojaron mucho conmigo, me dieron una tunda, que no me la voy a olvidar—conto con una carcajada —Esa misma noche me desperté, con un ruido; fue como si algo de vidrio se rompiera, parecían venir de esa habitación, pero no termino allí, las cosas siguieron cayendo. Me imagine que todos esos frascos que estaban en ese lugar comenzaron a caerse. Recuerdo que mis padres vinieron a mi cuarto me dijeron que bajó ninguna circunstancia saliera de allí y por supuesto que no me dieron ganas de desobedécelos, todavía me dolían algunos golpes que me habían dado.

Me quede en mi cuarto, aunque muy inquieto, la curiosidad no me dejaba tranquilo. Me senté en mi cama un poco disgustado y en eso pude escuchar un murmullo; parecía que eran mis padre discutiendo en el pasillo, me acerque a la puerta y coloque mi oreja en ella, no podía distinguir lo que decían; pero pude notar que estaban nerviosos y asustados; de a poco fui abriendo la puerta, para poder ver y escuchar mejor; mi padre se fue y mi madre quedo sola en frente de esa habitación, estaba muy nerviosa, se llegaba a comer las uñas. En eso mi padre llevo con una caja, y le dijo a mi madre que sacarían todas las cosas del cuarto y las quemarían. Mi madre no quería saber nada con entrar a ese lugar, por lo que, a mi padre, muy a su pesar; no le quedo de otra y entro solo. Cuando termino de sacar todo, trajo unas tablas y sello la puerta.

Yo no podía entender bien lo que estaba pasando en ese momento, era solo un niño y tenía mucha curiosidad. Un día, me vieron que intentaba sacar una de las tablas de la puerta, mi padre me tomo del brazo y me llevo a mi cuarto, me dijo que no saliera de allí hasta que el regresara; no tardo mucho, llevo con mi madre con un diario de notas en la mano, se veía muy antiguo. Comenzaron a contarme la historia de la familia de mi padre, ellos desde chico acostumbraban a contarme historias y a mí me encantaba, pero esta era

especial: jamás pude olvidarla. Aunque no fueron muy específicos, supongo que, porque no querían asustarme, pero lo que si querían era que entienda que no debía entrar a ese cuarto. De grande puede comprender un poco mejor la historia, encontré entre las pertenencias de mi madre ese diario.

En eso le pidió disculpas a Ernesto, y dejó la bocina por un instante. Luego de unos minutos tomo el teléfono, pero ahora traía en sus manos, la libreta de su tatarabuela:

—Creo que en todas las familias hay secretos, en algunas más oscuros que otros. En el caso de la mía, eran de esos secretos muy oscuros de los que dan un poco de vergüenza contar.

Comenzó a relatarle lo que decía el diario, Ernesto parecía imaginarse todo lo que le estaba contando.

Hacía muchos años cuando sus tatarabuelos Mercedes y Luis, llegaron a Argentina, mandaron a construir esa casa. Al principio era solo ellos, Mercedes no podía tener hijos, a pesar de que lo intentaron muchas veces nunca pudo quedarse embarazada, lo que les causo muchos problemas. Ella estaba segura, que era la del problema, había intentado concebir a un niño, acostándose con cuanto hombre se le cruzaba.

Tenían a una mujer que les ayudaba con los quehaceres de la casa; se llamaba Amelia: era una morena, de cabello castaño oscuro y rizado; muy joven y bonita. Con el paso de los años la relación de los Villalba se fue desgatando, las infidelidades de Mercedes se fueron haciendo más evidentes, y como era de esperarse, Luis no tardó mucho en fijarse en Amelia, entre más se acercaba a ella, más se alejaba de su mujer.

Parecía ilógico, pero Mercedes de verdad amaba a su marido, lo que más deseaba era tener un hijo, una familia, algo que por su incapacidad no podían concebir. Comenzó a frecuentar lugares y personas que le prometían su familia tan anhelada. En su desesperación, accedía a todo lo que le pedían: lo que le decían ¡lo hacía!, pero nada funcionaba. Un día le recomendaron, que viera a una persona: a una anciana que vivía a las afueras de la ciudad en un lugar muy remoto y desolado, difícil de encontrar, pero que valía la pena buscar. Decía que esa anciana solucionaba cualquier tipo de problema. Con el solo hecho de que le dijeran que la podía ayudar, ya la habían convencido; pero con eso no lo dudo ni por un instante y al día siguiente llamo al chofer de su automóvil para que la llevara a ese lugar, quien por cierto también había pasado por su

cama; pero que dejó de frecuentar al notar que no servía a sus propósitos.

Como le habían dicho, el lugar no era fácil de encontrar y el mapa que le habían proporcionado era muy precario, no le ayudaba de mucho; estaba dibujado en un papel muy viejo y con pocas especificaciones. En él decía que debía pasar el campo de malezas hasta llegar al bosque y desde allí, no daba ninguna información más, solo había una frase al reverso que decía: «si persistes se revelara». Recorrió el lugar de punta a punta, pasando por cada camino que se cruzaba, pero en ninguno tuvo suerte. El sol caía y ningún rastro de la cabaña se veía. Se encontraba cansada, y no quería andar por ese lugar de noche, le dijo al chofer que la llevara de regreso.

El día llegaba a su fin y la noche se encontraba más oscura que nunca, como si la luna no hubiese salido y el mal se encontrara de fiesta, pero entre toda esa oscuridad, se pudo notar una pequeña luminosidad acompañada por un humo, entre medio del bosque, que no parecía estar muy lejos; Mercedes ya se había dado por vencida, pero en el momento que vio esa luz, le indico al chofer que pare y que la llevara hasta ese lugar. Como lo imagino esa luz provenía de una pequeña cabaña, al chofer le pareció raro que estuviera allí, estaba seguro de que había pasado por ese lugar. Al llegar una anciana estaba haciendo una fogata a las afueras de la casa. Llevaba un vestido, floreado y una manta en sus hombros, tenía el cabello corto de color gris, muy enrulado y esponjoso. Mercedes bajó del auto y se acercó.

—¿Qué tal?, ¿Me dijeron, que en estos lugares se podía encontrar a una señora que puede ayudarte con los problemas?

La anciana se acercó a ella con dificultad y le pregunto muy amablemente

—¿Pero qué problemas puede tener una mujer tan hermosa y adinerada como usted?

—¡La belleza y el dinero no lo son todo!, el problema que me ataña no se puede solucionar con eso—comento con cierto pesar en su rostro.

—Entonces pasa a mi casa y tomemos un té—índico colocando su mano en la espalda de Mercedes mientras la acompañaba a la entrada.

La noche parecía amenazadora en ese lugar y unas nubes a lo lejos indicaban que una tormenta se acercaba, por lo que no le pareció una buena idea, permanecer mucho tiempo más allí.

—Creo que debería volver mañana—dijo con cierto temor.

—¿Después de todo lo que te costó llegar quieres irte?

Mercedes quedo pensativa por un momento y comprendió que la anciana tenía razón.

Al entrar a la cabaña le sorprendió lo acogedor del lugar, si bien todo era muy rustico para su gusto, el lugar le pareció hermoso. La anciana le invito asiento junto a una mesa que para su sorpresa ya tenía dos tazas sobre ella.

—¿Esperaba a alguien?

La anciana no respondió, solo la miro y sonrió:

—¿Cuál me dijo que era su problema? —Pregunto mientras sacaba la pava de té de la chimenea

—¡Aún no se lo he dicho!, la razón por la que estoy aquí es porque... siento un gran vacío en mi vida, un vacío que no me permite ser feliz, que no me deja tranquila... ¡Necesito ser madre!, tener una familia. He intentado concebir un hijo de todas las maneras que se le pueden llegar a ocurrir, he visitado especialistas en el tema y ninguno ha podido darme alguna solución, ¡No se imagina las cosas que eh hecho!

—¡Y...! ¿Qué tanto desea ser madre? —pregunto mientras le servía el té.

—¡Lo deseo más que nada en el mundo! —respondió con gran seguridad, y decisión en sus ojos.

—¡Lo que más desea en el mundo! ¿Y que está dispuesta a hacer, para tenerlo?

—¡Lo que sea! Con tal de tener un niño y salvar mi matrimonio.

—¿Lo que sea? —Le preguntó con suspicacia, dando un sorbo de té

—¡Lo que sea!; es lo que más quiero en el mundo.

— Ese tipo de pedidos tiene un costo muy caro, ¿Sabe?

—El dinero, no es problema.

—Como usted lo dijo con anterioridad, ¡Hay cosas que no se pueden solucionar con dinero!; se necesitan poderes muy grandes para responder a su pedido.

—¿A qué se refiere?

—Creo que usted sabe a qué me refiero, y que fuerzas debemos contactar —dijo mientras se le dibujaba una sonrisa en la cara.

—¿Qué está diciendo?

—Lo que le estoy diciendo es que estas fuerzas, piden cosas distintas a las que está usted acostumbrada, en estos casos, los cambios suelen ser parejos un niño por otro niño.

La anciana comenzó a reírse sin parar, mientras que Mercedes, se levantó de la silla con mucho miedo y salió corriendo del lugar.

—¡Ten cuidado con lo que desees! —vocifero mientras Mercedes se

retiraba

Ese fue el primer contacto que tuvo con esa anciana. Los meses pasaron, pero las ganas de Mercedes no disminuían, todo lo contrario, aumentaba. El ver como su marido coqueteado con la mujer de los quehaceres en frente de ella, le hacía sentir que lo estaba perdiendo, necesitaba a ese niño para poder retenerlo, hasta que un buen día su marido despidió a la mujer de los quehaceres y tomo a otra de mucha más edad. Eso tranquilizo a Mercedes: supuso que se cansó de ella. Pero poco tiempo después se dio cuenta de las verdaderas razones por la que su marido lo había hecho.

Una tarde mientras paseaba por el pueblo, se la cruzo en la calle, había cambiado algo en ella y no era solo su vestimenta, que por cierto era mucho más refinada, sino que el crecimiento de su vientre se hacía evidente; estaba embarazada. Sin dudar Mercedes se acercó a ella, la tomo del brazo y la llevó a un rincón donde, nadie las viera.

—¿De quién es ese bebe, que llevas en el vientre?, ¡Dímelo ya!, y no te atrevas a mentirme—persuadió, mientras la zamarreaba del brazo

—No señora, el niño es de mi novio de toda la vida.

Luego de que le respondiera eso, Mercedes la soltó y se retiró sin decir ni una palabra más y se fue directo para su casa. Al llegar, a su marido leía el periódico en la sala. No cruzo palabra con él, se fue directo a la habitación enfurecida; sin embargo, no tardó mucho en relacionar eso, con el pedido que le había hecho la anciana.

Al principio tenía las dudas si hacerlo o no, pero con el pasar del tiempo, viendo como la barriga de la amante de su marido crecía, las dudas desaparecían cada vez más, sabía que faltaba muy poco para que naciera el niño de esa mujer. Por lo que no perdió más el tiempo y decidió ir a visitar a la anciana de nuevo.

Lo que sucedió no parecía tener mucho sentido en ese momento, a pesar de que ya habían ido a ese lugar, encontrar la cabaña se les complico tanto como la última vez, todo parecía indicar que solo la noche revelaba el lugar exacto de la casa. Esperaron hasta que el sol se escondiera y buscaron sobre los arboles alguna señal que les indicara el camino: el humo de la chimenea y el ardor de unas maderas le mostraron el lugar exacto. Tan solo estaba a cien metros del lugar, no entendían como lo vieron. Al llegar el aspecto del lugar había desmejorado, se veía apagado viejo y abandonado, como si nadie

hubiera vivido allí por años.

—¿Acaso me equivoque de casa?, ¡Pero es la única que hay en este inhóspito lugar! —se preguntaba.

Se acercó a la puerta y tocó, pero nadie atendió se asomó por una de las ventanas y se podía ver a una anciana sentando en un sillón frente a la chimenea, con un libro muy antiguo sobre su regazo y sin siquiera voltear para ver quién era dijo:

—¡Entra! —con voz tranquila, pero firme.

Mercedes no entendía lo que estaba sucediendo, ¿Porque todo se veía de forma distinta? No se veía como antes, ni siquiera la anciana parecía ser la misma. Se acercó a la puerta y antes de que llegara a tocar el picaporte, se abrió como por arte de magia. El lugar era muy sombrío y tenebroso, lo única luz que se podía ver, era la del fuego ardiente de la chimenea, sin embargo, la llegaba hasta cierto punto y luego se desvanecía en tinieblas. La anciana no se podía ver por ningún lado:

—¡Veo que ya decidiste lo que vas a hacer! —se escuchó decir, a una voz que retumbaba, en toda la cabaña; pero que no se podía ver de dónde provenía.

—¡Si! ¿Cuáles son las condiciones?

—Tráeme lo que te pedí, cuando lo hagas te daré lo tuyo.

—¿Solo eso?

En eso escucha una voz muy baja, que le dijo al oído:

—¿Te parece poco? Claro que debes tener en cuenta, que lo que vas a hacer va en contra de cualquier mandato que tu dios impuso y ya sabes las consecuencias de eso—susurro mientras unas carcajadas se escuchaban por todo el lugar.

Mercedes se dio vuelta y no vio a nadie, la risa de la anciana se escuchaba como un eco proveniente de todos lados.

—Cuando estés lista lo traes, ahora largo de este lugar y recuerda una vez que lo traigas ya no hay vuelta atrás, tendrás tu pago—y entre dientes le dijo—y algo más.

En ese momento la puerta se abrió y la claridad de la noche alumbró el camino a la salida.

Los pensamientos de Mercedes, se encontraba luchando para ver quien ganaba, pero la verdad es que la decisión ya había sido tomada. Ahora solo le

quedaba, esperar a que la amante de su esposo diera a luz.

Su plan no era muy elaborado, tenía dinero y con el tiempo aprendió a manipular a los hombres, no le costó mucho, conseguir a alguien, de hecho, ya tenía en la mente al hombre ideal, estaba a sus pies, solo que a él no le importaba el dinero, debía implementar otras técnicas para convencerlo.

Una tarde mientras su chofer lavaba el auto, Mercedes camino muy provocativa por enfrente de él, dirigiéndose hacia la cochera, claro que entendió la señal ya la había utilizado antes, aunque estaba un poco sorprendido y confundido a la vez, ella le había aclarado de muchas maneras que ya no quería saber nada con él, sin embargo, se acercó a la cochera. Ella se encontraba parada justo en medio del cuarto, fumando un cigarrillo de manera muy provocativa, el chofer se abalanzo sobre ella de manera brusca; pero lo detuvo en seco, jugueteando un poco para elevar la temperatura, cuando lo tuvo donde quería, se alejó de él y le comento la propuesta, no lo pensó mucho, pero puso sus condiciones, él quería que esos encuentros siguieran una vez que terminara el trabajo.

Todo sucedió una noche lluviosa, era de madrugada, cuando la puerta de los Villalba sonó. El marido de Mercedes se levantó de la cama casi de un salto, parecía estar esperando que la puerta sonara en cualquier momento; trato de cambiarse muy sigilosamente no quería que su mujer despertara, lo que no sospechaba era que ella había abierto los ojos en el mismo momento que él, sin embargo, dejo que le creyera que dormía. Al regresar a casa después de unas horas, trato de entrar de la misma manera en la que salió sin hacer ningún ruido, no obstante, al entrar al cuarto encontró a Mercedes sentada en la cama esperándolo:

—¿En dónde estabas? —pregunto con disgusto

—En lo de un amigo, tuvo un problema; necesitaba hablar con alguien.

—¡Tú siempre tan servicial! —comento mientras se dio vuelta y se recostó.

No quería que las cosas lleguen a mayores , ya se imaginaba lo que había salido a hacer y la verdad era lo que menos le importaba, lo que si le molesto un poco era la actitud de Luis se notaba disgustado; Mercedes se imaginó que se debía a que él ya no quería volver a su casa, quería quedarse con su nueva familia, aunque sabía que jamás la dejaría, todos su negocios dependían del apoyo que le brindaba la familia de ella, sin eso estaba en la ruina. No obstante, no dejaba de molestarle que ya no quisiera estar con ella, estaba más decidida que nunca, tenía todo preparado, solo debía avisarle al chofer que el niño ya

había nacido.

A la noche siguiente ya tenía al niño en sus brazos, lloraba sin cesar, parecía intuir el destino cruel que le esperaba; mientras que Mercedes se encontraba ida en un caos de pensamientos.

Al llegar a la cabaña la anciana la estaba esperando, antes de que llamara a la puerta, esta abrió y tomó al niño de inmediato, no alcanzó ni a levantar la mirada cuando le cerraron la puerta en la cara.

—¡Largo!

—¿Pero que pasara...?

—Mañana regresa a la media noche.

El lugar se oscureció de repente, los sonidos de la noche se acentuaron y el viento embravecido comenzó a soplar; el remordimiento le carcomía la mente con una fuerza similar a las de las ráfagas que azotaban su cara. Golpeó la puerta de la anciana, con sus dos puños, pero no le abrió cayendo rendida de rodillas frente a la puerta y en ese momento entendió el mal que había hecho.

Al día siguiente fue a la casa de la anciana como había acordado, golpeó la puerta y esta se abrió. Una voz le dijo que se sentara en frente de la chimenea, mirando las brasas; el resto del lugar estaba completamente oscuro. De pronto sintió unas manos muy avejentadas posarse en sus hombros:

—No voltees; solo escucha y presta atención—dijo la anciana

A Mercedes se le erizó la piel, el miedo no la dejaba pensar con claridad, ese no era el lugar que recordaba y esas manos no correspondían al cuerpo de la anciana. Giro levemente su cabeza y no solo se dio cuenta que no podían ser las manos de la anciana si no que ni siquiera parecían humanas, los dedos eran más largos de lo normal, tenía un aspecto sucio y maltratados, con uñas largas y negruzcas.

—¿Ves el jarrón que está junto a la chimenea?

—Sí—respondió titubeando

—Te lo vas a llevar y cuando estés en tu casa, ve a un cuarto y desnúdate, haz un corte en tu mano y mezcla tu sangre con la que se encuentra en ese jarrón. Con esta dibujas lo que está, en la hoja, en una pared—le dijo, mientras una hoja caía desde el techo y se posaba en sus rodillas—después dibuja, un pentagrama en el suelo y en cada punta, colocas una vela, frótate todo el cuerpo con lo que queda de sangre y pide lo que deseas, una y otra vez, hasta que las velas se apaguen. Cuando esto suceda ve a la cama con tu

marido, y hazlo con él, tantas veces quieras.

—¿Eso es todo?

—Si... ¡Ah! Debes hacerlo esta noche a las tres y cuarto de la madrugada —índico la anciana—y recuerda que tienes que tener mucho cuidado con lo que deseas, a veces solo necesitas focalizarte en lo que tienes y no en lo que te falta.

En el momento que terminó de hablarle, las brasas de la chimenea se apagaron y la puerta de enfrente se abrió.

—¿Qué pasa si el ritual no funciona? —preguntó, pero nadie respondió.

Esa noche al llegar a su casa se dirigió a uno de los cuartos, el más chico para ser precisó; tres y cuarto comenzó a realizar todo lo que la anciana le indicó; al terminar el ritual su apetito sexual estaba incontrolable, pero había un problema: su marido no se encontraba en la casa, supuso que se debía a la desaparición de su primogénito. El apetito de Mercedes no disminuía, parecía una gata en celo, si en ese momento se le hubiera cruzado cualquier otro hombre; no habría dudado ni por un segundo en acostarse con él, pero no solo deseaba un hijo, sino que también quería que fuera de su marido, esperar lo era lo más sensato. Cuatro treinta de la madrugada y su marido todavía no llegaba, las dudas comenzaron a invadirla, no tenía bien en claro cuánto tiempo podría esperar para acostarse con su marido, temía que ya fuera tarde. En ese momento se escucha la puerta principal de la casa, se recuesta en la cama y se hace la dormida, en cuanto él se sacó la ropa y se recostó en la cama, se le lanzó a sus brazos y sin dejar que él dijera nada comenzó a masturbarlo y a practicarle sexo oral. Esa noche las cosas sucedieron tal como Mercedes quería y como la anciana se lo había prometido, nueve meses después fue madre de dos hijos, Ángela y Caín.

Todo marchó muy bien durante unos años hasta una noche de invierno en la que Mercedes despertó durante la madrugada. Al principio no podía ver bien, solo se distinguían dos siluetas de niños sentados a los pies de la cama, eran sus hijos, ya tenían seis años; se frotó los ojos y les preguntó muy disgustada:

—¿Qué están haciendo a estas horas despiertos?

Ellos se dieron vuelta y no le respondieron nada, pero en ese momento pudo notar que estaban cubiertos de sangre y algo en sus ojos se veía raro.

—¿Qué les paso? —preguntó muy asustada mientras se levantaba de la cama.

Los niños solo se pararon y salieron corriendo.

—Luis... despierta a los niños les paso. ¿Luis...? —dijo mientras trataba de despertarlo sacudiéndolo con la mano—¿Luis...? —volvió a preguntar levantando la voz.

En lo que siente un fluido viscoso en la mano, al mirarlas se da cuenta que las tiene cubiertas de sangre; voltea hacia el lado en donde reposaba su esposo; este se encontraba dándole la espalda mirando hacia el otro lado. Mercedes lo toma del hombro y con mucho cuidado, le da vuelta, luego de eso se escuchó un grito que retumbo en toda la casa; lo que encontró la dejó atónita. Su marido se encontraba cubierto de sangre que le brotaba del cuello; había sido degollado. Coloca sus manos sobre la herida, tratando de parar el sangrado que aun brotaba, aunque sin mucha braveza; su corazón había dejado de latir. El momento en que se dio cuenta que ya no podía hacer nada se desplomo sobre el cadáver de su esposo, denotando angustia y gritos de dolor.

—¡Los niños! —dijo en voz alta, pensando que podían correr algún peligro.

Se levanta de la cama y corrió hacia el cuarto de ellos, de manera brusca abrió la puerta de un empujón cayendo al suelo; levanto la cabeza mirando hacia las camas de los niños, se puso de pie y se acercó a Ángela, estaba tapada hasta el cuello con el cubrecama, toco su pecho y pudo notar cómo se inflaba con cada inhalación, como si nada hubiera pasado; un gran alivio la invadió, materializándose en un profundo suspiro. Luego volteo hacia la cama de Caín, de lejos se podía ver como se movía la frazada con cada respiración pero también se podía notar una mancha en la mejilla izquierda, parecían ser tres dedos pequeños dibujados con sangre; se acercó a él con mucha cautela, temía encontrarse con una situación similar a la de su esposo, tomó la punta del cubrecama y lo destapo por completo, para su alivio lo que creyó haber notado era cierto, respiraba con normalidad, pero para su pesar se encontraba cubierto de sangre y con un cuchillo en la mano. Fue hacia la cama de Ángela y la destapo, la imagen fue la misma que la de Caín, los reviso minuciosamente y no tenían ningún tipo daño. Todo indicaba que fueron ellos quienes acuchillaron a su propio padre. En ese momento no sabía qué hacer, tomo los cuchillos y salió del cuarto, fue hasta su habitación y sin mirar a su marido se acercó al cajón de la mesita de luz que estaba justo al lado del cuerpo y saco un juego de llaves, regreso a la habitación de los niños y cerro la puerta.

El sueño de una familia se transformó en una pesadilla, no solo había perdido al amor de su vida (si eso se podía llamar amor, aunque cada persona lo define de distintas maneras y ella lo amaba a la suya) sino que lo perdió a manos de sus tan ansiados hijos. Sin embargo ese no era su único problema en ese momento, había un cuerpo en su habitación y no tenía idea de qué hacer con él, la policía jamás le creería que los niños asesinaron a su padre, era consciente de que toda la culpa recaería sobre ella, la única opción que contemplaba como válida, era deshacerse del cuerpo; pero no sabía cómo, los nervios no la dejaban pensar con claridad, caminaba de un lado a otro en el pasillo de las habitaciones, no quería saber nada con entrar al cuarto en donde yacía el cuerpo de su esposo. Se paro junto al marco de la puerta con los ojos cerrados, aun no podía ni siquiera mirar hacia la cama y poco a poco fue abriéndolos. El cuerpo se encontraba desparramado en la cama todo ensangrentado, con una herida en el cuello tan profunda que parecía que la cabeza se le desprendería del cuerpo, se acercó a él y notó que no solo estaba degollado, sino que también tenía por lo menos unas cinco puñaladas en el pecho, no podía creer que los niños hicieran eso. Tomo las sabanas de la cama y lo tapo con mucha delicadeza evitando mirarlo. Salió del cuarto asqueada con el estómago revuelto, corrió al baño y expulsó todo por su boca, miro hacia un lado y tomo la cortina de la ducha arrancándola de un tirón. Por momentos se veía frágil afectada por lo que había pasado y por otros parecía que lo único que le importaba en ese momento era deshacerse del cuerpo lo más pronto y prolijo posible.

Coloco la cortina del baño en el suelo y empujo el cuerpo hacia ella. Con un poco de sogas lo envolvió lo mejor que pudo, no quería que siguiera manchando todo en la casa con sangre. El cuerpo era muy pesado para ella, él era un hombre muy robusto pesaba unos noventa y cinco kilogramos, mientras que ella solo unos cincuenta, saco fuerzas de donde no tenía para arrastrar el cuerpo. Lo tomo de las piernas y lo empujo, todo iba bien hasta que llego a las escaleras, su cabeza parecía que iba a desprenderse con cada azote que daba con los escalones, el sonido que se producía al azotar la cabeza con la madera parecía dolerle a ella. Lo arrastro por toda la casa hasta llegar a la cochera, lo dejo tirado en el suelo justo detrás del portaequipaje de coche de su difunto marido y fue en buscar las llaves. Abrió el maletero y trato de meterlo en el, primero lo sentó de espaldas al paragolpes del coche, lo tomo de la cintura y trato de levantarlo hasta que quedara casi parado, una vez allí, tomo un poco de aire y con todas sus fuerzas lo levanto hasta que logro empujarlo, cayendo

la mitad del cuerpo dentro del baúl, la parte de las piernas no presento demasiada dificultad. Cerro el baúl y regreso hasta su cuarto tomo todo lo que podía estar manchado con sangre: sabanas, cobijas, ropa y con estas misma limpio lo más que pudo todo lo que se había manchado, cuando termino en su cuarto coloco todo en una bolsa de residuos, y fue hacia el cuarto de sus hijos, tomo de un armario ropa de ellos y los despertó.

—Quítense la ropa y pónganse esta, de inmediato—les ordenó mientras que ellos parecían estar confundidos.

Se sacaron la ropa sin chistar y se la dieron, después tomo todas las sabanas de sus camas y limpio todo lo que vio con sangre:

—¡Se acuestan y se duermen! —les aclaro mientras cerraba la puerta con llave.

Llevo todo hacia el auto y regreso una vez más a su cuarto, se cambió de ropa, aunque esta vez no se puso su ropa, si no que se puso la de su marido, le quedaba bastante grande, pero eso no importaba. Se vistió de pies a cabeza con la ropa de él, recogió su cabello y se colocó un sombrero que utilizaba habitualmente su marido. Abrió el portón de la cochera, saco el auto y fue lo más lejos posible, necesitaba un lugar en donde no le fuera fácil encontrarlo y que nadie la viera, lo único que se le binó a la mente fue el bosque en donde años atrás encontró a la anciana. Condujo hasta un lugar en donde los arboles le servían de reparo y a orillo el auto, se bajó y se dirigió hacia el baúl, tomo el cuerpo de su esposo e intento bajarlo agarrándolo de las axilas hasta levantarlo un poco, su cabeza quedo colgando sobre la parte superior del baúl parecía que pendía de un hilo al cuello. Lo bajo del auto y lo puso en el asiento del conductor, después tomo un bidón con nafta que tenía en el portaequipaje y roció todo el auto, en especial al cuerpo, sacó un serillo y lo lanzo sobre el auto.

No se había dado cuenta, pero estaba muy cerca de la cabaña en donde conoció a la anciana pudo notarlo porque se veía otro resplandor en el bosque, Con el afán de alejarse de la ciudad, no se dio cuenta que debía regresar caminado y por lo menos se había alejado unos veinticinco kilómetros.

A la noche, aun le quedaba vida y el lugar era muy sombrío como para caminar sin compañía, de por si un bosque puede ser amenazador para cualquiera, pero estar allí sola, de noche y sin ninguna protección resultaba una combinación terrorífica. El viento soplaba con cierta braveza los sonidos amenazaban como si se trataran de criaturas que acechaba entre los arbustos, las aves nocturnas parecían vigilar sus pasos y el frio invernal que no había

contemplado en sus planes les deparaban una noche de sufrimiento. De pronto se escuchó como una rama se quebraba a lo lejos, volteo a sus espaldas, pero no se veía un alma, sin embargo, una sensación de acecho se apodero de ella, comenzó a acelerar el paso, pero los sonidos de la naturaleza la seguían sin descanso, su paso se volvía cada vez más apresurado hasta que escucho un susurro que parecía no decir nada o que por lo menos no se entendía, pero que volaba con el viento. De nuevo volteo a sus espaldas y una silueta oscura no muy lejana se encontraba para en medio del camino con la luna a sus espaldas, impidiendo distinguir cualquier rasgo de esa figura, solo se podía ver una silueta de mujer con el pelo enmarañado y un vestido hasta las rodillas. De pronto desprendió en un grito desgarrador, que más que un grito eran unas carcajadas con tintes macabros que parecía aterrorizar hasta los mismos animas que se encontraban a su alrededor; las aves dejaban sus refugios en los árboles y volaron asustadas si rumbo alguno. El corazón de Mercedes parecía no querer permanecer en su pecho, se quedó parada por un instante su mente no le respondía en ella solo reinaba el temor, hasta que se dio vuelta y corrió, como si su vida dependiera de eso y de hecho era muy probable que así fuera, corrió y corrió sin mirar atrás hasta que los pies le sangraron. Si darse cuenta ya había salido del bosque, sin embargo, aún no se sentía segura, pero sus pies se encontraban lastimados, ya no podía mantener el ritmo que llevaba antes de que esa figura se le apareciera, pero recorrió gran parte del camino en un tiempo récord.

En el momento en que su mente se tranquilizó un poco, las preguntas aparecieron, no tenía idea de lo que la estaba asechando se preguntaba si era la anciana; aunque la figura no se parecía en nada, pero la pregunta que verdaderamente la atormentaba era porque sus hijos habían hecho eso, amaban a su padre más que a nada en el mundo incluso más que a ella; pero eso no era todo en lo que tenía que pensar en ese momento aun no sabía qué le diría a la policía: tenía que ser algo convincente. Aun le faltaba camino por recorrer y cosas por pensar, se acomodó el sombrero hasta la altura de los ojos, metió las manos en los bolcillos de la chaqueta, encogió los hombros y camino con la cabeza gacha, no quería que nadie la reconociera. «A caso mis hijos se encuentran malditos por mi culpa» pensaba «y si ese fuera el caso ¿qué debería hacer con ellos?, ¿podrían llegar a hacerme daño o a otras personas?, si la policía llega a indagar qué dirán: me echarán la culpa, dirán que ellos lo mataron, que fue un accidente, de todas formas, yo seré quien cargué con la culpa».

Después de horas caminado llegó a su casa, aún tenía muchas cosas para hacer, pero se encontraba agotada y adolorida. Los tres escalones que la separaban de la puerta le parecieron vallas de salto, sus piernas ya casi no le respondían, sentía que se las habían golpeado hasta el cansancio con una masa, sin embargo, logró llegar a la puerta, buscó las llaves en su bolsillo y abrió. Su cuerpo no daba más, no pudo ni siquiera llegar a su cuarto a dejar todo en orden en caso de que la policía llegara a su domicilio antes de lo que esperaba. Entró a su casa y sin pensarlo se dirigió al sillón de la sala de estar y cayó rendida.

De pronto se escuchó que alguien golpeaba la puerta de su casa, fueron tres golpes, pero muy contundentes, eso la despertó de inmediato, sintió que no alcanzó a cerrar los ojos cuando ya le estaban golpeando la puerta. Aún seguía con la ropa de su marido, tenía que subir a su cuarto por las escaleras, lo que le suponía una larga agonía, sus pies estaban destrozados y en parte le sangraban. Los zapatos de su marido se habían transformado en un aparato de tortura, no podía siquiera caminar con normalidad y con cada paso que daba esbozaba una cara de dolor que no sabía si iba a poder contenerla frente a los oficiales. En ese momento se escucharon nuevamente los tres golpes de la puerta. Ya no tenía tiempo debía subir las escaleras de inmediato dejando el dolor detrás. No supo cómo lo soportó, pero subió las escaleras y llegó a su cuarto, lo primero que notó era las enormes manchas de sangre que tenía el colchón, pero ya no había tiempo. Le dio vuelta y colocó un acolchado sobre la cama, se arrancó la camisa y tomó una bata que tenía colgada en el armario, se quitó el pantalón y bajó las escaleras.

—Ya va—dijo mientras bajaba las escaleras.

Se paró frente a la puerta, se arregló el cabello y la abrió. Del otro lado se encontraba un oficial de la policía. Mercedes se hizo la sorprendida.

—¿Dígame oficial! ¿En qué puedo ayudarlo?

—¿Qué tal? Usted es la dueña de un coche patente b 1946738—dijo mientras sacaba de su bolsillo una libreta de apuntes y un bolígrafo.

—¿Sí! Es el número de patente del automóvil de mi esposo.

—¿Su marido se encuentra en casa?

—No, él no regresó anoche, lo estuve esperando, durante un rato hasta que me quedé dormida ¿Por, para que lo necesitaba?

—Se encontró un coche con esta patente quemado en las afueras de la ciudad con un cadáver dentro.

—¿Qué? ¿Mi marido está...? —Expreso con lágrimas en los ojos.

Si bien ella sabía lo que estaba pasando, la situación no la dejó pensar en el hecho de que su marido estaba muerto, verdaderamente eso le dolía.

—Aún no se ha podido identificar el cuerpo, por lo que no sabría decirle ¿Sabe por qué su marido no vino anoche?

—No, nunca me dice dónde va, solo que va a beber algo.

—¿Tuvieron alguna discusión últimamente?

—No, no.

—¿Sabe si hay algún lugar en donde podamos encontrarlo?

—No... en este momento no se me ocurre ninguno

—Por el momento eso es todo, si tenemos novedades de su marido se la contactara y por favor si sabe algo de él no dude en contactarnos.

Cerró la puerta y se posó de espalda a ella:

—Eso fue rápido—expresó con alivio.

La visita de la policía no presupuso una mayor complicación, pero todavía tenía muchos cabos sueltos que arreglar, el de mayor urgencia en ese momento era el de sus hijos. Subió las escaleras ya esta vez mucho más relajada y despacio, aunque el dolor no disminuía, el trayecto fue corto, aunque le alcanzó para pensar en que haría cuando los tuviera en frente

—Debería golpearlos hasta matarlos—se le cruzó por la cabeza, aunque solo fue un pensamiento inspirado en la bronca—¿Cómo hago para que hagan y digan lo que yo les indique? —se preguntaba.

Los niños era una bomba de tiempo, podían arruinar todos los planes que hasta el momento iba bástate bien.

Tomo el picaporte de la puerta y abrió de un portazo, los niños aun parecían dormir, como dos angelitos en sus camas, eso enfureció a Mercedes cómo era posible que estén como si nada hubiera pasado, comenzó a agitarse, los músculos de su cara se tensaron, estaba furiosa, pero sabía que debía tranquilizarse; si los hacía enojar jamás lograría que hagan lo que ella quería.

—Ángela, Caín—dijo en voz alta, tratando de ocultar su enojo.

Los niños despertaron asustados, y la quedaron mirando fijo, sabían que algo andaba mal.

—Levántense que quiero hacerles unas preguntas ¿Por qué hicieron eso? —pregunto sin poder contener las lágrimas.

Ellos se miraron entre sí, levantaron los hombros y las manos indicando que no tenían idea de lo que estaba hablando, luego voltearon hacia su madre e hicieron los gestos nuevamente.

—No se hagan los tontos conmigo ¿Por qué lo hicieron? —preguntó con énfasis.

Los niños comenzaron a ponerse nerviosos, no entendían lo que estaba pasando Ángela comenzó a llorar.

—¡Nosotros no hicimos nada! —contesto Caín, muy enojado porque había hecho llorar a su hermana.

—¿Quiero que me digan en este mismo momento porque lo hicieron? —pregunto con la paciencia agotada, mientras tomo del brazo a Caín y lo miro fijamente.

Caín la miro con odio y le quito el brazo, tomo a su hermana y corrieron fuera del cuarto dirigiéndose a la habitación de sus padres y luego bajaron por la escalera. A Mercedes les dolían mucho los pies como para seguirles es paso.

—No corran—les indico, mientras bajaba por las escaleras.

Justo cuatro escalones antes de que terminara de bajar, se escuchó un portazo que provenía de la puerta trasera. Cuando llegó allí y abrió la puerta, los niños se encontraban sentados en uno de los escalones de porche.

—¿Dónde está papá? ¡Quiero verlo! —le pregunto Caín, apenas la vio cruzar por la puerta, la niña parecía no hablar, estaba retraída sin emitir bocado y mirando siempre hacia el suelo.

—¿De qué están hablando? ¡Ustedes saben muy bien donde esta...!

—Quiero a papá ahora, dile que venga—repetía Caín de brazos cruzados y sin mirar a su madre.

Mercedes no sabía que pensar le entro la duda de si ellos fueron los que lo hicieron, aunque era imposible sino como podía explicar los cuchillos y el hecho de que cuando despertó ellos se encontraban a los pies de la cama.

—¿Qué hacían anoche en mi cuarto? —pregunto de forma calmada, tenía intriga de cómo responderían a eso.

—Nadie fue a tu cuarto, tu viniste al nuestro y nos sacaste de la cama—replico señalándola con el dedo de forma acusadora.

Mercedes no entendía lo que estaba pasando: no lo recordaban, lo reprimieron o simplemente estaban jugando con ella.

—Lo siento si les hable un poco alterada, pero necesito que me cuenten todo lo que recuerdan de anoche. Y quiero que me respondan los dos ah...

—Bueno ¿Pero papa donde esta? —volvió a preguntar Caín.

—Solo salió temprano—respondió para seguirles la corriente—
¿Cuéntenme?

Estuvimos en el cuarto de juegos, yo con mi cochecito azul el que me regalo papá, para mi cumpleaños y ella estaba con esa muñeca fea, con la que se la pasa hablado—en eso Ángela le da un codazo y lo queda mirando enojada, haciendo puchero—¿Qué? Si eso es lo que haces siempre y esa muñeca es horrenda—mantuvo de manera provocadora hacia Ángela.

—Bueno tranquilícense y síganme contando.

—Bueno pero que no me pegue—respondió Caín.

—Si, si... ya no discutan más—les aclaro a los dos.

—Después nos mandaste a lavar las manos para comer y nos acostamos.

—¿Eso es todo? —pregunto mirándolos a los dos

—Si...—replico Caín mientras que Ángela asentó con la cabeza.

—¿Tienen hambre?

—Si mucha, la comida de anoche no me gusto—dijo Caín con una sonrisa, mientras se paraba y corría hacia la cocina.

—Ven mi amor, vamos a desayunar—le indico Mercedes a Ángela mientras la tomaba de la mano.

La policía no encontró nada en contra de Mercedes, los niños dijeron exactamente lo que recordaban y el caso quedo cerrado, sin un culpable. Pero no sin dejar marcas en la familia, Mercedes comenzó a sentir cierto rencor hacia los niños, una vez que la investigación policíaca se dio por terminada, comenzó a tratarlos mal, ellos le quitaron lo que más amaba, creo que solo los soportaba porque odiaba el hecho de estar sola y en el momento en que encontró a otro hombre con el que obsesionarse, los chicos comenzaron a ser un estorbo para ella. Por lo que, al casarse con este hombre, mando a sus hijos a estudiar en un internado fuera del país. Pero la tragedia parecía perseguirlos, desde que llegaron al internado, las muertes de las personas con las que convivían se hicieron recurrentes. Sin embargo, la policía nunca encontró nada con lo que pudiera incriminar a los gemelos.

La noticia de las muertes en el internado llegó a el oído de Mercedes, no la sorprendió demasiado solo le hicieron revivir esa trágica noche «En buena hora me deshice de esos niños, Seguro querían deshacerse de mí como lo hicieron con su padre y así quedarse con mi fortuna, yo sé que ellos esconden algo maldito, esa anciana los maldijo» pensaba.

A medida que el tiempo pasaba Mercedes comenzó a tener sueños extraños con la anciana, algunos eran muy vividos parecían reales, tanto que sentía que se estaba volviendo loca, sus sueños la perseguían y se volvían cada vez más intensos, él bebe que ella había entregado venia todas las noches

a atormentarla. Casi no dormir lo que estaba afectando su nueva relación.

Una noche despertó en la madrugada con mucha sed, bajo a la cocina y cuando trato de encender la luz se produjo una pequeña explosión, el foco reventó. Luego abrió la heladera tomó una jarra con agua fresca y la dejó sobre la mesada para tomar una copa que se encontraba en la alacena, se sirvió el agua y se sentó a oscuras en una silla junto a la mesa, en ese momento sintió que algo le tocaba la pierna, cuando miro hacia abajo, un bebe con el cuello cortado, la cara desfigurada y el cuerpo en descomposición, trataba de subírsele por la pierna. Tiro el vaso y embulló un grito que no solo despertó a su esposo, sino que, a todos los vecinos, él corrió a socórrela pensando que algo terrible le había ocurrido.

—pero ¿qué pasa, porque ese grito? —pregunto, mientras sostenía un bate en las manos, preparado para golpear a alguien si fuera necesario.

Mercedes solo lo miró y subió las escaleras como si nada hubiera pasado, pero no término todo allí, la casa aun le tenía guardada una sorpresa para esa familia.

El susto que se pegó esa noche fue la gota que rebalsó el vaso. Decidió buscar ayuda espiritual, sabía que la casa escondía algo obscuro que ella misma había metido allí y que tenía que erradicar.

Llegaron a sus oídos unos rumores de un hombre un espiritista que hacía llamar experto en demonología y lo paranormal, si bien no era del lugar y vivía lejos, su fama había trascendido pueblos. Eso si, le habían advertido que no era nada barato.

Lo llamó por teléfono y lo invitó a su casa, «el dinero no es problema» le dijo y con lo convenció. Solo le pidió que le contara un poco de que se trataba su problema. Obviamente no le conto todo lo que había pasado, solo lo justo y necesario, sin comprometerse en nada. Se intercambiaron datos y el hombre quedo en visitarla en cuanto se desocupe de unos asuntos; no sin antes aclarar que todos los gastos correrían por su cuenta. Pasaron dos días sin ninguna novedad de experto hasta que una mañana se escucha la puerta (en ese momento la casa no contaba con rejas en el frente) era muy temprano la señora de los quehaceres todavía no llegaba y no quería levantarse ¿Pero si era algo importante? La curiosidad le gano: se levantó de la cama se colocó unas pantuflas que tenía a los pies de esta y tomó su bata, que se encontraba colgada en un perchero junto a la puerta de su cuarto, se arregló un poco el cabello y se dirigió a la puerta.

—¿Quién es? —pregunto, desde el otro.

—Disculpe que allá venido sin avisar, pero usted me llamo por un problema... ¡Un problema espiritual!

Mercedes abrió la puerta, era un hombre rubio muy delgado, vestía traje verde y llevaba un sombrero negro, tenía un bastón en una mano y una maleta en otra.

—Que tal, mi nombre es Augusto Torres ¿Usted es la señora Mercedes Villalba? —pregunto mientras dejaba la maleta en el suelo y le extendía la mano.

—Si esa soy yo—respondió con una sonrisa—disculpe mi atuendo, pero no esperaba visitas, adelante pase—le indico

El hombre apenas dio un paso en la casa, levanto su vista y miro hacia las escaleras.

—Disculpe, pero yo no puedo hacer este trabajo—se dio la vuelta y se retiro

—¡Espere! No se valla, necesito ayuda.

—Claro que la necesita, pero yo no estoy apto para lidiar con esto.

—Pero usted señor, es la única persona que pude encontrar y que puede ayudarme con esto ¡Algo tiene que poder hacer!

—Hay algo que no me quiere ahí dentro, y la última vez que sentí algo parecido, no termino nada bien para mí —aclaro señalando su pierna con el baston — no tomare este trabajo, lo siento mucho.

—Le pagare lo que me pida, ¡pero ayúdeme!

Eso llamó su atención:

—Si lo desea, podemos charlar ¡Pero no aquí!, en otro lugar, yo iba a hospedarme en un hotel que se encuentra muy cerca de aquí, me dijeron que tiene un café junto a la recepción ahí podemos charlar tranquilos.

—Si solo espéreme un momento, me arreglare un poco y lo acompaño.

—Tómese su tiempo, la espero allí ¡Esta es la dirección! —le dijo mientras sacaba una pequeña libreta del bolsillo de la que colgaba un bolígrafo, escribió la dirección, arranco la hoja y se la entregó.

Torres, estaba en una mesa esperándola, le hizo una seña para que lo viera y ordenaron un café.

—Quiero aclararle que, si me involucro en el caso, no va a ser de la forma en la que espera, voy a asistirle solo como consultor y consejero.

—¿De qué me serviría eso, yo necesito su ayuda?

—Lo que quiero decir es que no la voy a ayudar estando presente en el lugar, solo la voy a ir guiando, si eso no funciona, va a tener que buscar ayuda

por otro lado. Pero eso sí, mis honorarios van a ser especificado desde este momento y de eso no hay devolución. Además, tendrá que pagarme la estadía en este hotel mientras dure todo esto.

Definitivamente no era un trato que le convenía, pero que otra le quedaba, era lo único que había por el momento; estaba cansada y si esta persona podía ayudarla, no tendría problema en pagar sus honorarios.

Lo raro fue que el hombre se quedó solo un día en la ciudad. Salió despavorido al enterarse que el esposo de Mercedes había muerto, no quería tener nada que ver con eso.

El que no alcanzo a salir corriendo antes de que la maldición lo alcance fue su marido, el pobre cuando se casó con Mercedes no tenía idea de los secretos que escondía mucho menos de lo que le podría pasar.

Ese día en el café Torres le dio ciertas indicaciones que por cierto no le sirvieron de mucho, esa misma noche Mercedes mato a su esposo de dos puñaladas en el pecho. Esta vez no tuvo tanta buena suerte, las pruebas eran contundentes y lo peor es que fue ella la que lo asesino, sin siquiera darse cuenta de que lo había hecho. En ese momento comprendió lo que pasaron sus hijos la noche en que murió su padre.

Esa mañana Torres le pidió que lo acompañara a su cuarto, era algo que no correspondía para una mujer casada; pero no le quedo de otra que aceptar, al llegar torres tomo dos sillas y se sentaron frente a frente, él le pidió que le tomara la mano y cerro lo ojos, su cabeza comenzó a moverse formando círculos , a Mercedes le pareció una burla, pero cuando comenzó a relatar todo lo que había pasado en esa casa y lo que había hecho ella para poder ser madre, tomó muy enserio al hombre. Al parecer tenía habilidades que nadie más tenia, pero solo podía gozar de ellas aquel que tuviera el suficiente dinero como para pagarle: era un hombre sin escrúpulos solo le importaba el dinero y eso se podía notar en la actitud que tomo al enterarse de todo lo que había hecho Mercedes. En vez de acusarla y lejos de horrorizarse, supo que tenía un As bajo la manga, sabía que estaba dispuesta a hacer lo que fuera y además podría cobrarle mucho más de lo que había pensado, un negocio redondo, pero que no salió como esperaba.

Ese día le revelo la verdadera razón por la cual sus hijos habían matado a su padre, pero también le revelo un secreto escalofriante.

—Los medios que utilizo para concebir a sus hijos ¡Los condeno de por vida! En esa casa habita un demonio muy poderoso y la noche en que murió su

esposo estaba manipulando al niño, pero la niña...también participo y ella era consciente de lo que estaba haciendo—le comento Torres.

Eso no le causo mucha inquietud sabía que sus hijos escondían algo diabólico, su problema era mucho más urgente en ese momento.

—¿Qué hará para que todo esto desaparezca?

—Yo nada, no tengo el poder para hacer que esto desaparezca de su vida, quizás podamos limitarlo un poco, se dé un ritual que le pude cerrar algunas puertas.

—¿Qué quiere decir con eso, yo quiero que desaparezca?

—Se metió con fuerzas que no conoce, la persona que la ayudó; convocó a un demonio muy poderoso, son muy pocos los que pueden hacerlo y deshacerse de ellos es mucho más difícil que convocarlos, si quiere eso puede pedirle ayuda a la iglesia quizás puedan ayudarla. Yo por mi parte lo único que puedo hacer limitar a un espacio más reducido con eso puede que la deje de molestar ¿Usted decide?

—¿Cuál sería su solución entonces?

—Durante unos de mis viajes, un Chaman me enseñó algunas técnicas para poder contener a los demonios en un objeto o lugar, desde hace tiempo que esto se utiliza; de aquí es de donde se conocen a los famosos genios de las lámparas, en realidad son demonios que te cumplen ciertos deseos a cambio de algo. Este método tiene sus limitaciones, tratar de que algunas de estas cosas se introduzcan en un objeto es muy peligroso, sin embargo, limitarlo a un lugar reducido es un poco más sencillo; sin embargo, no deja de ser peligroso ¿En qué lugar, convoco al demonio?

—¡Yo no convoqué a ningún demonio solo pedí ser madre!

—«¿Y a quien se lo pidió?»

Mercedes se quedó muda.

—Cuando realizo el ritual abrió una puerta, dejo entrar a un demonio muy poderoso a su casa ¿En dónde realizo el ritual?

—En una habitación de mi casa, por el momento se encuentra desocupada, los niños la usaban como habitaciones juegos.

—En ese lugar va a tener que encerrarlo, ahí es donde se esconde.

—¿Y cómo lo haremos?

—¡Haremos nada! Solo usted hará, el único papel que juego en esta historia es el de consultor, de guía, ya no me enfrento a esas cosas, no cojeo de la pierna porque me gusta.

—¿Esa cosa me puede hacer daño?

—No se preocupe por eso, a esta entidad supongo que no le interesa hacerle daño, tarde o temprano le pertenecerá ¡No corres ningún peligro!, pero si vamos a hacer esto tiene que confiar en mí ciegamente y hacer todo lo que yo le diga, si sigues los pasos que le indico, no tendrás más dificultades con esta entidad. ¿Estás dispuesta a quedar en mis manos?

—¡Dígame lo que tengo que hacer!

—Dibujé un bosquejo de la habitación en donde hizo el ritual, especificué todo: ventanas, puertas, muebles, etc.—le indico, mientras le facilitaba un bolígrafo y una hoja.

Mercedes dibujo todo lo que recordaba, Torres lo miró detenidamente:

—Tendrá que conseguir: cuatro espejos, todos de dos metros de largo y uno de ancho; Cuatros velas; unos dos kilos de sal gruesa y una mesita redonda. Debe colocar un espejo en cada pared del cuarto—dijo mientras le indicaba en el dibujo—procurare que un espejo quede enfrente de la puerta y otro en la puertaventana. Coloca la mesa redonda en medio de la habitación y prende las cuatro velas sobre ella, pon un jarrón de vidrio con la sal en medio de la mesa. Antes que nada, tienes que escribir al lado de cada cerradura estas palabras—en eso toma la hoja, destapa el bolígrafo con la boca y escribe una palabra en un idioma desconocido y se lo pasa—tendrá que tallarla en las puertas si es de madera y si es de metal lo raspas hasta que queden grabadas; con la sal dibuje una línea en las aberturas y detrás de cada espejo.

Una vez hecho, cierre todo, salga del lugar y por último cierras la puerta, tratando de que no se caiga el espejo. Manténgala así hasta que las velas se consuman. Una vez que deje pasar un tiempo prudencial como para que estas se hayan consumido, entra al cuarto y cuelga los espejos en una pared. Eso mantendrá al demonio en allí, mientras permanezca cerrada.

—¿Está seguro de que esto funcionara?

—Si lo hace bien... por cierto, debe pagar el hotel y creo que por mi silencio y por mi ayuda debería ser muy generosa conmigo.

—Por eso no se preocupe si las cosas salen bien tendrá su dinero.

—Está bien, pero por la consulta vale cincuenta pesos y si todo sale bien seguro tendrá que agregarle un cero

Mercedes tomo su bolso y saco el dinero:

—¡Nos vemos en unos días supongo! —expresó y se retiró del cuarto.

La determinación de esa mujer era impresionante, en el momento que

salió del hotel fue hasta su casa y le dio una lista al chofer con todo lo que tenía que comprar, no quería perder tiempo y que la noche la tomara por sorpresa haciendo el ritual, para la seis de la tarde ya tenía el cuarto preparado, encendió las velas y salió, tratando de que el espejo quedara en la puerta. Al terminar cayó rendida en su cama, hasta que en medio de la noche despertó, no quería levantarse y mucho menos ir a ese cuarto en medio de la noche, esperar a que saliera el sol era su mejor opción, sin embargo, el sueño había desaparecido, daba vueltas en la cama tratando de acomodarse para dormir un poco más, pero nada funcionaba, sentía una inquietud que no la dejaba descansar. De un momento a otro sin darse cuenta se quedó dormida y despertó en la mañana con los rallos del sol que daban en su cara. Se había levantado totalmente renovada y con mucha energía por fin había podido dormir todo lo que necesitaba se estiro en la cama y cuando pudo abrir bien los ojos, hallo una escena perturbado en el cuarto, su marido se encontraba exactamente como había encontrado a su antiguo esposo, con el cuello desgarrado y con sangre por todos lados parecía un déjà vu. Se quedó paralizada, miro sus manos y se encontraba bañadas en sangre, lo mismo que su vestido, miro hacia la cama donde yacía el cuerpo y todo estaba exactamente como lo recordaba, la imagen del pasado se mezclaba con la del presente, volteo hacia la parte en la que dormía y se podía ver que algo sobresalía de la almohada, era la punta de un cuchillo «¿Que está pasando? ¡no termine el ritual: eso debió haber sido!» pensaba.

Se dirigió a la habitación para terminar lo que empezó en la noche, pero no alcanzo a hacer dos pasos fuera de la suya cuando pudo notar que la puerta estaba abierta.

—¡Pero si yo la deje cerrada!

Entro en la habitación y los espejos se encontraban todos juntos colgados en la pared tal como le había dicho el especialista.

—¡Si yo no los colgué...! ¿Quién termino el ritual?

Cerró la puerta con fuerza, y regreso a su cuarto: la escena era caótica. La historia se repetía, aun recordaba como si fuera ayer lo que había hecho esa noche con su primer marido, si le funciono esa vez no veía porque no ahora. Trato de hacer lo mismo, pero no le salió todo como esperaba, olvidado algo muy importante. Envolvió a su marido en las sabanas y luego en la cortina del baño. Pero cuando lo estaba sacando de la habitación miro hacia el pasillo, y ahí estaba parada frente a ella... era la señora de la limpieza, jamás se le

ocurrió mirar la hora.

La señora salió corriendo aterrada y Mercedes tras de ella, pero no pudo alcanzarla; todo se había terminado no tenía forma de salir de esta «estaba perdida».

Tomó la mayor cantidad de ropa que pudo y se dio a la fuga, pero la policía la atrapo al día siguiente. Cuando la noticia llegó a Torres, este salió huyendo, tuvo que pagar el hotel y el viaje por su cuenta, todo lo que había planeado se derrumbó.

Mercedes fue condenada a cadena perpetua por el asesinato de su segundo marido, la casa quedó en manos de sus hijos, los que decidieron ponerla en alquiler por un tiempo hasta que terminaran sus estudios. La tragedia marco durante un largo tiempo a las personas que vivieron en ese lugar.

9

El escape

—Al parecer estaba aburrida en prisión tenía mucho tiempo libre, supongo que por eso escribió en este diario sus memorias, cuando salió de la cárcel, lo escondió en la casa donde fue encontrado por mi padre—le dijo Leandro Villalba a Ernesto—eso es todo lo que se dé la casa.

Las ideas se le estaban acabando y las puertas cerrando, si no lograban encontrar a alguien lo antes posible condenarían a su hija a pasar una eternidad en el infierno.

Norma ya había agotado sus recursos, las únicas personas que aceptaron la idea eran drogadictos o adoradores de Satán, no podía confiar en ellos.

Una mañana al despertar Ernesto y Norma, se sentaron en la cocina como todas las mañanas a desayunar, cada uno hacia lo suyo como si el otro no existiera, ambos tenían su cabeza ocupadas en otro lugar, estaban angustiados y estresados, se sentaron frente a frente en la mesa redonda de la cocina, ambos con la cabeza gacha, hasta que Norma levanto la mirada y se quedó viéndolo fijo.

—¿Qué vamos a hacer?, yo ya no puedo más, en tan poco tiempo nuestra familia se destruyó, perdimos a nuestra hija y nos sacaron todo consuelo. Como podremos vivir así con esta culpa que nos seguirá por el resto de nuestras vidas.

—No lo sé... aún hay esperanza ¿No? mientras allá una mínima oportunidad de ayudar a nuestra hija.

—El tiempo se nos está acabando, nos queda tan solo una semana para que se cumpla el plazo que nos dio el cura.

—¿Y qué opciones tenemos?

—No son muchas y no siento que sean confiables, hay gente que está dispuesta a ayudarnos, pero yo no dejaría el destino de mi hija en manos de ellos, nos piden mucho dinero, dinero que no tenemos y aunque lo tuviéramos, no nos dan una garantía de que lo harán.

—Necesitamos más tiempo, hay que hablar con el Cura, ¡Yo me encargare de eso! —aclaro Ernesto

Norma ya no quería entrar a esos lugares de mala muerte sabía que allí no

encontraría a nadie que pudiera ayudarla, la idea que rondaba en su mente cobraba más fuerza con cada día que pasaba.

Esa tarde mientras Ernesto fue a hablar con el Cura, tomó a Camila y la llevo a prisión, no le dijo nada a Kurt, quería que fuera una sorpresa y valla que lo fue. Era lo único que le daba fuerzas para soportar lo que le estaba ocurriendo, había conseguido el perdón de la mayoría de las personas que le interesaban, sin embargo, él aún no se lo perdonaba, en su cabeza todavía rondaba la idea de que seguía siendo el asesino de su esposa, sus manos fueron las que la estrangularon y eso no lo cambiaba nadie.

Al cruzar las rejas que los separaban y ver a su hija en brazos de Norma, no pudo evitar desatar su alegría, parecía un niño al que le regalaban su primera bicicleta. Aun cojeaba de una pierna, su emoción fue tanta que intento correr, pero sus piernas no le funcionaron como él quería, no tardó mucho en azotar su cuerpo contra el suelo. Los guardias lo quedaron mirando y se le rieron, pero eso no le importo, se paró como si nada y caminó hacia su hija, aunque esta vez con un poco más de calma.

Por un momento parecía que estaban solo ellos, no podía quitarle los ojos de encima, se parecía tanto a su madre que no podía evitar recordarla, pero no con tristeza como acostumbraba, sino que, con amor, eso le causaba tener a su hija en brazos un profundo e inmenso amor que por un instante le hacía olvidar lo que le estaba pasado.

Cuando se despertó de ese sueño en el que se encontraba con su hija, porque eso es lo que él sentía que era: un sueño; pudo ver en los ojos de Norma la angustia que escondía tras una sonrisa, que no terminaba de convencer a nadie.

—¿Cómo están las cosas?

—Me gustaría decirte que bien, pero eso sería una mentira.

—¡No han podido encontrar a nadie! ¿Verdad?

—No..., y el tiempo ya se acaba. En mi cabeza está todo el tiempo un reloj de arena en el que Consuelo se encuentra atrapada y la arena ya le está llegando al cuello. No nos queda tiempo.

—¿Espero que no esté pensando en hacer lo que dijo el otro día?

Norma no respondió nada, pero Kurt sabía que esa idea no desaparecía de su mente.

—El otro día cuando hablamos por teléfono, me quede pensando—en ese momento Kurt le pidió que se acercara y comenzó a hablar más bajo, entre dientes, apoyo el codo en la mesa y se tapó la boca con la mano—No sé si es

posible; pero quizás en mi situación sea un poco más sencillo y de seguro que suena menos descabellado de lo que está pensando hacer usted. Con la ayuda de Ernesto creo que podría escapar de este lugar, sé que suena arriesgado, pero piénselo bien, quizás nadie sospeche, quien creería que ayudo a escapar al asesino de su hija, no es algo lógico ¿Verdad? Conmigo fuera de la cárcel sería mucho más fácil, quien mejor que yo para ir por mi esposa. ¡Si pudiera ayudarla...! ¿Usted qué opina?

—No lo sé, es algo muy arriesgado, aunque si...

—¡Aunque sí! ¿qué?

—Si logramos armar un buen plan, puede que funcione ¿Tienes algo pensado?

—¡No, aun no! pero su marido conoce mejor que nadie los movimientos de la prisión, a él le será más fácil armar un plan. Lo que, si sé, es que en caso de que su marido aceptara usted debería dejar de visitarme y llamarme, para que no sospechen, cualquier cosa que quiera decirme debe hacérmela llegar con mi madre.

Paso la media hora que tenían, pero lo que le dijo Kurt la dejó inquieta, durante todo el camino no pudo sacarlo de su cabeza, parecía una mala idea, pero definitivamente era mejor que la que estaba pensando ella, no obstante, no dejaba de ser arriesgada y tampoco sabía si Ernesto aceptaría; sin embargo, de ellos nadie sospecharía y si lograban llevar a cabo su cometido no solo ayudarían a su hija, sino que también a Kurt.

Mientras tanto Ernesto había programado una cita con el Cura que los había asistido en la casa de Consuelo. Le dijo que fuera después de las cinco ya que tenía una reunión con los feligreses. Llegó a la iglesia pasadas las cinco, el Cura aún se encontraba ocupado hablando con unas personas. Al entrar se sentó en uno de los bancos más lejanos a altar, cuando el Cura lo vio, no dudo en acercarse, para él era un desconocido que fue por primera vez a su iglesia. Apenas vio que se aproximaba se puso de pie y le extendió la mano.

—¿Qué tal padre? Yo son Ernesto Acosta y hable con usted en la mañana.

—Claro que si ¿Cómo esta? ¿A qué se debe su visita?

—Para serle sincero, no muy bien... no le quise decir los motivos de mi visita por teléfono, porque creo que es algo que debemos hablar en persona. Usted hace muy poco, asistió a un grupo de persona en una casa de la zona, seguro lo recuerda el video lo mostraba un poco perturbado.

—¡Claro que lo recuerdo!

—Esa casa a la que usted fue, era la de mi hija. Se preguntará porque

estoy aquí y la razón es para pedirle una prórroga del tiempo, sabemos que tiene que informarle a la iglesia, solo le pido un poco más de tiempo.

—Entiendo la razón por la que está aquí, pero debe entender que yo no puedo hacer eso, no puedo ocultarle cosas a la iglesia, eso es una falta muy grave.

—Pero no es una falta más grave, dejar que un alma buena gentil y generosa, sea condenada injustamente. Escúcheme Padre, durante todo este tiempo hemos estado tratando de encontrar a una persona que nos pueda ayudar y tengo fe en que podremos, pero necesitamos tiempo solo un poco más.

—¡Pero! ¿Cómo, no entiendo, porque no han podido encontrar a una persona?

—Si padre, nadie quiere ayudarnos por el momento y los que quieren no son gente de bien.

—¿Acaso ella no se los dijo?

—¿Decirnos qué?

—Ruth puede entrar a esos lugares ella fue dotada con ese don, su hija también, aunque es muy joven en mi opinión como para intentar hacerlo.

—¿Cómo que ellas pueden hacer eso?

—Mire le daré quince días más, pero no más que eso. Ahora si me disculpa, me están esperando.

—Gracias padre—dijo mientras esté se alejaba.

Salió muy enojado de su cita, habían estado tratando de encontrar a alguien que los ayudara, mientras tenía en frente a las personas que podían hacerlo. Salió del lugar y se fue directo a su casa, debía preguntarle a Norma si ella estaba al tanto de eso.

Cuando llegó a la casa Norma lo estaba esperando ansiosa con nuevas noticias. Entro a su casa se sacó la chaqueta y la colgó, cuando fue a dejar la llave en la mesita, vio que también estaban las de Norma. Fue directo a la cocina.

—¡Norma! —exclamo en voz alta

Pero no estaba allí, camino hacia el comedor y tampoco se encontraba en ese lugar, recorrió toda la planta baja y no estaba en ningún lado. Subió las escaleras y fue hacia su cuarto y ahí estaba recostando a la niña en la cuna, Norma le hace señas de que no haga ruido, y se acerca a él.

—Te estaba esperando, pero se quedó dormida, la visita a su padre la deja agotada, ¡vieras lo contenta que estaba! no sé qué pasara por su cabecita,

pero vino todo el camino sonriendo.

—¿Si... y cómo te fue?

—Bien, pero me dijo algo que me dejó inquieta—le respondió mientras cerraba la puerta del cuarto.

—Si a mí también me dejó inquieto la visita que tuve con el Padre.

—¿Por?

—Tu sabía que Ruth y su hija podían ayudarnos.

—¿A qué te refieres con ayudarnos?

—A que ellas tienen la habilidad de pasar al otro plano, aunque pensándolo bien, como no me di cuenta antes eso era obvio.

—No...no sabía nada, jamás dijo que ella podría y la verdad a no se me cruzo por la cabeza ¿Pero si no nos dijo, quizás sea porque no puede?

—Tenemos que preguntarle, si ella puede no veo razón para que no lo haga —dijo, escondiendo cierto rencor al en sus palabras.

Norma decidió no decirle nada por el momento, por lo menos hasta que hablaran con Ruth sobre el tema. Fueron hasta el local, pero allí solo se encontraba Jana.

Abrieron la puerta y se escuchó el tintineo de las campanas que desde el momento en el que ocurrió el incidente de la sesión lo asimilaba a un sonido desagradable, un sonido que traía con él un mal augurio. Jana se encontraba limpiando el mostrador, apenas sintió en tintineo levanto la vista:

—¿Señora Norma! ¿Como esta?, veo que hoy viene acompañada, ¡me alegra que se sienta mucho mejor! —dijo con esa particular sonrisa que siempre inspiraba ternura.

—Si por suerte se siente mucho mejor, ¿Tú como estas? —respondió mientras Ernesto parecía esconderse detrás de ella como un chiquillo.

—Para que decir que mal: dijo mi abuela—replico con una sonrisa y encogiendo los hombros—hoy no hubo mucho movimiento, así que no sé qué hacer, estoy un poco aburrida.

—¿Tu madre está aquí?

—No... últimamente no ha venido a trabajar, creo que se siente un poco mal, aunque no físicamente si no que es más bien espiritual, no quiere salir mucho de la casa, y cuando estoy allí se encierra en su cuarto. Creo que está un poco enojada conmigo, desde que la comencé a ayudar a usted, pero no se preocupe siempre se enoja conmigo—respondió levantando los pulgares— ¿Qué necesita de ella, quizás pueda ayudarla yo? —soy joven pero muy sabia.

A Norma le encantaba la personalidad de esa chica, era tan alegre que

por momentos le hacía recordar a Consuelo.

—Si ¿Me gustaría saber si es cierto que ustedes pueden entrar al lugar en donde la tienen a mi hija?

—Sabía que en algún momento preguntaría eso—respondió con cierta incomodidad.

—¿Pero por qué no nos ayudan?, sabiendo que ya no tenemos tiempo.

—Eso es algo que tiene que preguntárselo a mi madre, me hizo prometer que si ella los ayudaba yo no la iba a contradecirla en nada, además no creo poder hacerlo ¡Pregúntenle a ella!

—¡Tranquila! Sé que, si fuera por ti, ya nos habrías ayudado— respondió mientras tocaba su hombro.

Salieron del lugar y se fueron a casa de Ruth, tenían que convencerla de que los ayude, sin embargo, por lo poco que la había conocido de seguro que eso no sería nada fácil: tenía que cuidar como le iba a hablar, no es una mujer fácil de tratar, si no tenía un poco de tacto seguro los iba a sacar carpiendo del lugar.

Norma se lo aclaró a Ernesto.

—Ten cuidado con cómo le hablas—le dijo mientras conducía—es más creo que va a ser mejor que hable a solas con ella.

—¿Pero por qué? A caso piensas que soy un niño, que no puedo controlarme—Norma hizo un gesto indicando que: ¡claro que creo eso!

—Note que ya estabas perdiendo la paciencia cuando estábamos hablando con Jana, y ella es muy tranquila y amable; no me quiero imaginar lo que va a pasar si te pones a discutir con Ruth, ella no es tan comprensiva.

—Pero....

—Pero nada, si queremos que nos ayude, te vas a tener que quedar en el auto, ¡Además habíamos quedado en algo!

No le dio muchas opciones, tuvo que quedar en el auto mientras ella hablaba con Ruth. Norma bajo y abrió la reja de la entrada de la casa yendo directo a golpear la puerta, dio tres golpes en secos, pero nadie respondió «Quizás allá salido, pero Jana dijo que no había querido salir de la casa» pensaba mientras golpeo con mucha más insistencia, Hasta que una tos se escuchó de fondo.

—¿Quién es? —gruñó Ruth desde lejos

—Soy Norma ¿Podemos hablar?

—Entra la puerta está abierta yo ya voy.

Norma paso por primera vez a la casa de Ruth, por fuera se veía un lugar

muy oscuro, pero por dentro era todo lo contrario, las paredes de blanco brillaban con cada rayo de sol que entraba por los ventanales, muebles del mismo color y de marrón claro, decoraban cada espacio del lugar, se podía olfatear un aroma a lavanda, mezclado con el olor a cigarrillo. De las paredes colgaban cuadros, algunos paisajes hermosos y otros con fotos de una familia feliz; algo en uno de esos cuadros le llamo la atención había una chica muy parecida a Jana, pero que vestía con una onda retro junto a un hombre muy apuesto que llevaba a una niña muy pequeña en brazos, tenía una sonrisa idéntica a la de Jana de hecho transmitía lo mismo que la de ella. No tardó mucho en darse cuenta de que era la familia de Ruth, aunque le costaba creer que la mujer en esas fotos fuera la misma que ella conocía, llevaba una vestimenta muy alegre, nada que ver a lo que acostumbraba a utilizar en estos tiempos

En eso sale Ruth aparece por un pasillo.

—Él es... mi marido, falleció hace cinco años—dijo mientras le daba una larga pitada a un cigarrillo—a él no le gustaba que fumara.

—Lo siento.

—Si... yo también—respondió irónicamente—¿a qué se debe tu visita, tiene novedades?

—No... aun no, no hemos encontrado a nadie, al que si vimos fue al Cura ¡tu amigo! —aclaro—mi marido lo fue a ver esta tarde para pedirle un poco más de tiempo.

—¿Y lo consiguieron?

—¡Si! aunque también nos dijo que tú puedes hacer lo que he estado buscando durante todo este tiempo.

—¿Sí y eso qué?

—¿Cómo, y qué?, que puedes ayudarnos.

—Tengo la habilidad, pero eso no quiere decir que pueda ayudarlos, yo ya no hago nada que tenga que ver con eso, he perdido mucho como para que arriesgar lo poco que me queda.

—¡Sabes que necesitamos ayuda urgente!

—Te explique cómo eran las cosas, me arriesgue demasiado para ayudarlos y no voy a arriesgar más.

En ese momento entro Jana por la puerta.

—¿Por qué no estás en la tienda? —preguntó en voz alta y rígida

—No estaba yendo gente y cerré.

—¡A si...! ¿Ahora haces lo que te venga en gana?

—No... pero ya estaba cansada y no es por nada, pero tú no has ido en días, pensé que no te ibas a enojar conmigo después de todo—puso cara de pobrecita, seguida de una sonrisa pícaro y se dirigió hacia la cocina.

—Ahora entiende, porque no puedo ayudarla con eso. Ella me necesita y yo la necesito a ella.

Por primera vez Norma pudo ver amor en la mirada de Ruth, ella lo ocultaba muy bien tras una máscara de mujer dura y sin sentimientos, pero esa máscara parecía desaparecer con la luz que emitía su hija.

—Eso lo entiendo, ¿Pero porque acepto ayudarnos y ahora nos quiere dejar solos?

—Mi intención no era ayudarlos, por lo menos no cuando me entere de lo que estaba pasando. Le diría que mi hija me convenció para que lo haga, pero la verdad es otra... algo me dijo que debía ayudarlos, más bien alguien.

Cuando mi hija me conto de su caso, de inmediato le dije que lo dejara y que no se entrometiera en eso, era algo muy peligroso para ella; comenzamos a discutir sobre las razones.

—¿Pero porque nunca me dejas ayudar a la gente? Esta familia me necesita.

—¡No estás lista para enfrentarte a estas cosas, tú no puedes ayudarlas!

—Ya estoy grande como para que me digas lo que tengo que hacer, ¡Papá me apoyaría, él siempre lo hacía!

—Es por eso por lo que no quiero que lo hagas, ya perdí a tu padre por hacer estas cosas y no quiero perderte a ti—dijo con los ojos empañados con amor y tristeza.

—Eso no te da derecho a dejar de ayudar a la gente, ¿Por qué crees que tenemos este don? no es por casualidad, tenemos un propósito en la vida.

—Justo eso, decía tu padre.

—¡Y tenía razón!

—¿Tenía razón? si no le hubiera hecho caso el todavía seguiría aquí con nosotras.

—Él entendía cuál era nuestro deber.

Esa misma noche después de la discusión con su hija, tuvo un extraño sueño con su marido, en donde él entraba en su cuarto se sentaba a los pies de la cama y le decía «ahora estoy en un mejor lugar, y todo es gracias a ti, si no te hubiera conocido no sé qué habría sido de mí. Pero no niegues tu don, eso fue lo que nos unió y nos permitió ser una familia»

—Cuando desperté supe que tenía que ayudarla, pero hasta aquí llego, es

muy peligroso entrar en ese lugar, yo no puedo, en un momento llegue a pensar en hacerlo por eso insistía tanto en que encontraran el lugar eso me ayudaría a regresar, pero la última vez que me enfrente a algo tan fuerte, perdí a una de las personas que más ame en la vida.

Las palabras que le dijo fueron tan sinceras que no pudo hacer nada, si estuviera en su lugar probablemente haría lo mismo.

Regreso al auto con Ernesto y le comento lo que había pasado.

—Debiste haberle insistido—dijo Ernesto, con cierto aire a reclamo

—Tú no estuviste allí, ¿Si las cosas fueran al revés tú que harías?

—¡Soy policía, arriesgo todos los días mi vida por los demás!

—Pero esto no es lo mismo, ese es tu trabajo, elegiste tener ese estilo de vida; además puede que allá una mejor opción.

—¿Mejor opción? ¿Cual?

—¡Kurt!

—¡Pero está preso!

—¿Y si lo ayudamos a escapar?

—Eso es una locura podría llegar a perder mi trabajo, como mínimo, hasta podría ir preso.

—¿Pero si hacemos un buen plan, en donde no puedan relacionarnos con él?

—¡No, es una locura!

—Solo piénsalo, nadie sospecharía de nosotros, a los ojos de los demás somos los que más queremos que el pague, y con toda la información que tu manejas del lugar, sería algo fácil. Solo te pido que lo pienses, no es tan mala idea.

Por un momento Norma creyó que no lo tomaría en cuenta, pero al ver su inquietud durante todo el camino, encendió una luz de esperanza.

Esa noche Ernesto daba vueltas en la cama, lo que le había comentado a Norma lo tenía inquieto, no dejaba de darle vueltas en la cabeza.

Al despertar en la mañana, Norma noto a Ernesto un poco pensativo, ido por momentos.

—¿Te ocurre algo? —pregunto con aire sospecha.

Ernesto se llevó una mano a la cara y se refregó los ojos, luego comenzó a rascarse la pera.

—Estuve pensando un poco en lo que me dijiste ayer...

—¿Y qué...? —pregunto expectante y ansiosa.

Ernesto tomo una bocanada de aire y luego la soltó con mucha más fuerza

—creo que se me ocurrió algo, pero no sé si...si está bien — aclaro mientras se rascaba la mandíbula por debajo de las patillas.

—Bueno ya basta de hacerte el misterioso y dímelo—replico con cierto tono a reprimenda

—Anoche casi no pude dormir pensando en lo que me dijiste... Me di cuenta de que desde el momento en el que decidí hacerle la vida imposible a Kurt ya estaba arriesgando mi trabajo y la verdad es que no me importo: esto me parece una mejor razón para hacerlo.

—¿Entonces estás de acuerdo?

—Si y no solo eso, estuve pensando en una manera de hacerlo.

—¿Cómo?

—Creo que la mejor parte para sacarlo es por enfermería, tu eres médico y eso nos puede servir, estuve pensando en buscar alguna manera de hacerlo pasar por un estado de salud muy grave o hasta por muerto, eso sería mejor.

—¿Y cómo haríamos eso, según tu?

—Esto claro que esta sujetó a modificaciones, pero en un principio seria, como ya te dije provocarle un estado grave de salud a Kurt en el que no podamos atenderlo en las instalaciones de la prisión. Tendría que entrar algún médico externo a la prisión para que dé el parte, ahí entras tú ¡Pero no cómo crees! si no que quiero que consigas alguna documentación que no sea de donde tu trabajas, para hacer pasar a otra persona como médico. Yo me encargare de que el médico de prisión no pueda asistir a Kurt. En ese momento voy a dar la autorización para que entre personal ajeno a la institución. El problema es el oficial que lo tiene que acompañar en la ambulancia.

—¡A él podremos dormirlo mientras este en la ambulancia!

—¿Puedes?

—Si, buscamos la forma de darle de beber algo. ¿Pero creo que vamos a necesitar ayuda y conseguir una ambulancia?

—Si, ya pensé en algunas personas,

Ernesto ya tenía casi todo planeado, pensó en el señor Díaz para que lo ayudara, después de todo él se ofreció y afortunadamente se sentía muy culpable por la muerte de Consuelo por lo que acepto la propuesta; la hermana de Kurt era otra persona con la que contaban y Norma les facilito unas llaves para que tomaran prestada una ambulancia fuera de servicio por la antigüedad.

Después de un tiempo puliendo cada detalle del plan, decidieron llevarlo a cabo.

En tan solo una semana armaron su estrategia y todo salió a la perfección,

Kurt se encontraba fuera de prisión, el único problema era que la policía lo buscaba por todas partes. La casa de Norma estaba siendo vigilada, no porque sospecharan de ellos sino porque supusieron que buscaría a su hija, lo que complicó un poco las cosas, pero Ernesto conocía el proceder de sus compañeros por lo que estaba siempre un paso delante de ellos. Sin embargo, habían comprometido a muchas personas, debieron poner sobre aviso a Ruth y a la familia de Kurt, todos debían andar con cuidado cualquier paso en falso podrían delatarlos.

10

El momento de Kurt

Kurt se encontraba en una cabaña abandonada a las afuera de la ciudad, Jana lo asistía y era la comunicación entre ellos, no fue fácil convencer a Ruth, pero Ernesto y Norma le aseguraron que, si algo pasaba y los encontraba, ellos se harían responsables evitando de que caiga cualquier tipo de responsabilidad sobre su hija; sin embargo, a ella parecía gustarle el rol que estaba cumpliendo y fue la encargada de explicarle a Kurt como serían las cosas de ahora en adelante.

A Norma y Ernesto se le complicaba mucho ser parte del proceso, estaban vigilados en todo momento, si daban un paso en falso podían echar todo a perder, por lo que dejar todo en manos de Kurt y de Ruth era lo más conveniente, ellos solo estorbarían.

Para que Kurt pudiera aventurarse en el mundo de los muertos era necesario que sepa a donde iba a ir, el problema era que no recordaba nada de su posesión, el solo despertó una mañana con el cuerpo de su esposa sin vida junto a él, lo poco que su cabeza le mostraban eran vagos recuerdos que quedaban después de una noche de pesadilla.

Ruth sabía muy bien lo que tenía que hacer, una sesión de hipnosis revelaría esos recuerdos escondidos en lo más profundo de su mente. Era algo muy fácil de hacer, el problema yacía en la intensidad de los recuerdos, revivir momentos de extrema angustia podrían ocasionar graves daños, hasta la muerte, pero correr ese riesgo para Kurt no era un problema.

El tiempo en ese momento era oro: entre más rápido lo hicieran, menos peligro correrían de que los atraparan. La sesión de hipnosis se llevó a cabo al día siguiente del que había escapado de prisión, eran las seis de la tarde; pero el día no lo reflejaba, el cielo estaba teñido de una espesa capa de color gris y negro que no permitía el paso de los rallos del sol, reflejando cierta tristeza, enmarcada con gotas de dolor que caían del cielo y golpeaban el suelo formando espejos de agua y lodo de dudosa proveniencia, rebelando imágenes deformes que confundía a todo aquel que se atreviera a prestarle atención. Para Ruth el camino hacia la cabaña era una muestra del peligro al que se enfrentaba, todo indicaba que con cada paso que daban para ayudar a

Consuelo, una obscuridad amenazadora los acechaba mostrándoles un futuro incierto. No podía negar que sentía miedo, el golpear de las gotas de agua en el techo del auto y los truenos que parecían aullarle al oído, le ponían los pelos de punta, todo le hacía recordar esa noche en la que perdió una parte de sí misma y que la acompañaba a donde fuera.

Llegaron a la casa y se toparon con un bache formado por lodo y agua, se podía ver una figura masculina para en frente de una de las ventanas de la cabaña.

—¿Él es Kurt? —le pregunto Ruth a Jana, señalando hacia la ventana.

—¿Quién? —pregunto Jana mirando hacia donde su madre señalaba.

—¡Él que está parado en frente de la ventana!

—¿Él que está parado frente a la ventana? —pregunto desconcertada mirándola a los ojos y frunciendo el ceño—¡Yo no veo a nadie!

Ruth dejo el tema allí, toda su vida se la paso viendo cosas que los demás no, ya estaba acostumbrada. Se bajaron del auto y corrieron hacia la entrada para no mojarse demasiado.

Golpearon la puerta y esta se abrió sola, se miraron las caras entre sí y entraron con mucha cautela.

—¿Kurt? —preguntó Jana con temor.

En eso se comienzan a abrir las puertas de un aparador, y se asoma una cabeza, Ruth y Jana saltaron del susto.

—¿Kurt, que haces allí? —pregunto Jana ofuscada por el susto que les dio.

—Lo siento, escuché un auto y me escondí—respondió con cierta vergüenza.

Ellas hicieron un gesto de alivio seguido por un suspiro.

—Casi nos matas de un susto, no nos esperábamos eso.

—¡Lo siento! —recalco con una sonrisa—¿Cómo las trato la lluvia?

—¡Mejor que a ti! —respondió Jana mirando las goteras que caían del techo.

—Si, al parecer no ha tenido mucho mantenimiento... pero no me quejo, he estado en lugares peores. Les invitaría algo, pero no tengo mucho aquí. El lugar está un poco oscuro ¡Prenderé unas velas!

—No te preocupes, solo vamos a estar un instante, entre más rápido lo hagamos mejor. Terminamos la sesión y nos largamos— aclaró Ruth con su particular carácter cortante.

—¡Ella es mi madre! —comentó Jana

—Lo supuse—respondió—¿Qué tal? —pregunto extendiéndole la mano mientras ella la tomaba—prenderé un par, no es que sea miedoso, pero...no me gusta mucho la obscuridad—aclaro mientras prendía las velas—¿Qué hay que hacer?

—Solo busca un lugar cómodo donde sentarte—respondió Ruth.

Él tomo un sillón de mimbre, que estaba junto a una pared y lo acomodo en el medio de la sala

—¿Qué más?

—Nada mas—respondió Ruth mientras tomaba unos banquitos que había y lo puso frene a sillón—siéntate—indicó mientras sacaba una libreta y u lápiz del su bolso y se lo pasaba a Jana—quiero que tomes apuntes de todo lo que él diga—le dijo, y luego saco un metrónomo que era una especie de caja triangular que contaba con un sistema pendular.

—¿Y cómo sería el asunto?

—Tú no te preocupes por nada, solo trataremos de buscar en tu inconsciente algunas pistas, para poder armar un mapa. Lo único que tienes que hacer es relajarte y dejarte llevar.

Le quito la tapa al metrónomo y de dio un pequeño toque al sistema pendular.

—Quiero que mires aparato fijamente y que te concentres en el, y solo en el. Trata de alejar cualquier pensamiento que te distraiga, hasta que lo único que exista en este mundo seas tú y este péndulo. Quiero que cierres los ojos, pero no dejes de pensar en el péndulo siguiendo en movimiento con el sonido... cuando diga tres caerás dormido profundamente lo único que escucharas será mi voz. Uno...dos... tres. Ahora quiero que cuentes todo lo que pasó la noche en la que tú esposa falleció.

—Tengo mucha sed, voy a la cocina, miro el reloj, marca tres y cuarto, me levante de la cama, algo me susurra al oído, dice que vaya a mi cuarto de trabajo, voy, estoy parado frente al espejo, hay algo detrás de mí, pero el espejo no muestra nada, siento una mano sobre mi hombro, es muy grande, la otra mano me sujeta de la cintura. U... un... una sombra se... se ve frente al espejo... es algo diabólico, distingo su nariz es muy grande y alargada, veo su rostro, parece el de un anciano, arrugado y raquítico en algunas partes parece que la piel se le cae, no tiene labios solo dientes , no puedo ver sus ojos en ellos solo hay un enorme vacío, sus ojos se encienden como una bola de fuego, su rostro se mueve revelando algo parecido a una sonrisa, pero que lo único que causa es terror, sus dientes están afilado y todos podridos, hay gusanos

dando vueltas por su rostro y boca. El espejo se está dividiendo en cuatro y se dispersan por el cuarto, en todos ellos se puede ver reflejado esa cosa, no lleva prenda alguna, casi no se le nota carne sobre los huesos, parece hueso y piel nada más, los espejos se están acercando a mí, no puedo escaparme, me tiene sujeto. Los espejos van a chocar conmigo. No sé dónde estoy ¿Qué es este lugar?, estoy tirado en el suelo, hay escombros por todo partes, escucho unos pasos, hay una mampara toda desgarrada, veo pasar unos pies justo por debajo de ella, parecen de niño, está lastimado, ¡sangran!, me cuesta pararme estoy mareado—de pronto Kurt pega un grito de dolor— me corte con una navaja en el codo, la tomó esta oxidada , el lugar parece ser un hospital hay una camilla en el suelo y unas mamparas recubriendo el lugar; corro las cortinas, el niño no está, siento dolor y angustia el lugar parece transmitirlo; veo dos puerta de doble hoja con unas pequeñas ventanillas típica de hospital, hay una mesa larga junto a la pared llena de instrumentos quirúrgicos y cuatro camillas rotas carcomidas, tiradas en el suelo, se siente olor a humedad mezclado con... ¡muerte!, todo se encuentra en ruinas, las paredes están sucias y rotas. Voy hacia una de las puertas, la abro, hay un pasillo casi interminable con muchas puertas muy parecidas a la que acababa de abrir, está oscuro, hay muy poca claridad, me siento incomodo es un lugar tenebroso, presiento que algo malo va a pasar en cualquier momento, una débil niebla parece seguirme por todo el lugar, algo va a salir de allí—Kurt hace un gesto de dolor—Algo me choco y caigo sentado, es una silla de ruedas, algo la está manejando, sé que hay algo detrás de mi puedo sentir su respiración, tengo miedo de voltear no me atrevo a hacerlo, la silla se está moviendo muy rápido por todo el pasillo, las ruedas parecen no tener gomas, hacen un chillido insoportable, hay un cruce de pasillos y en frente una puerta de doble hoja, va con mucha velocidad no ve a parar, se escuchan muchos gritos, no sé de dónde vienen paredes, se escucha una risa que hace eco en todo el lugar, me lleva directo hacia la puerta ¡voy a chocar con ella! el pasillo sigue; puedo ver sombras pasar y esconderse en la oscuridad, como si le temieran a algo; hay otro cruce, la silla se detiene, gira a la derecha, la silla se está moviendo de nuevo cada vez más rápido, hay otra puerta, la paso, giro hacia la derecha y luego a la izquierda, hay otra puerta y la sigue otra más, hay otro cruce con una puerta en frente, arriba tiene un cartel que dice salida, escucho una risa, la silla se está moviendo más rápido que nunca, voy a chocar con la puerta, hay escaleras; me empuja, caigo, estoy tirado en el suelo en el descanso de las escaleras me duele el cuerpo, miro hacia arriba, está parado en la puerta que

todavía se mueve y rechina, me estaba mirando fijo, está bajando las escaleras con un andar muy extraño, tiene una joroba que sobrepasaba la altura de su cabeza y unas extremidades más largas de lo normal. Me cuesta pararme, siento un sonido en el oído, ¡Eso está detrás de mí! me da una patada en la espalda, caigo nuevamente por las escaleras, estoy muy mareado, no puedo mantener los ojos abiertos. Despierto, algo me está arrastrando del brazo, es esa cosa, miro hacia atrás y se puede distinguir una puerta de metal, ya no estoy dentro del hospital, el suelo es de arena, no se puede ver mucho, es un lugar oscuro, parece estar hecho de roca, es una especie de túnel, antorchas en las paredes se encienden a medida que nos acercamos a ellas y se apagan cuando nos alejamos. Hay todo tipo de puertas en las paredes, de distintos colores y diseños, tienen dibujos, símbolos raros. Doblamos en un cruce del túnel, sigue arrastrándome «¿Qué quieres de mí, déjame en paz?» —le pregunta— no tengo fuerzas, la bestia solo ríe sin parar y repite cada vez más rápido, moviendo la cabeza de forma errática «Que quieres de mí, que quieres de mí, que quieres de mí...». Hay una puerta muy precaria, son solo tablas de un color grisáceo, la abre de una patada, me deja tirado en el suelo, se está yendo del lugar, estoy un poco mareado, hay una gran agujero en la pared, es como una chimenea, pero tiene una reja que la recubre, se puede escuchar lamentos pero no logro distinguir que es lo que dicen, frente a ella hay un sillón que parece estar cubierto con piel de animales, hay una pared con estantes, en ellos hay una colección de frascos con partes de cuerpos humanos y de animales, cabezas en un fluido verdoso transparente, hay libros por todos lados, las paredes están cubiertas con fotos de todo tipo y tiempos, algunas son muy antiguas, la mayoría son familias y dibujos hechos por niños, en todos aparece una bestia, ¡Hay una foto de mi familia! esta justo en cima de unas cadenas, colgadas en la pared. Los lamentos no paran, voy a la chimenea, la reja está subiendo como por arte de magia, los lamentos paran, se escuchan como si cayera roca, me asomo a agujero y... hay muchas criaturas subiendo, me alejo, las rejas se cierran nuevamente, puedo ver unas manos salir de agujero, y una cabeza se está asomando hasta la altura de los ojos, me está mirando, ahora se va. Me duele mucho el cuerpo, escucho una voz que me está llamando, parece la de un niño, me asomo a la puerta y miró hacia los lados, no se ve nada; veo una luz blanca muy a lo lejos en uno de los pasillos, me está llamando, trato de alcanzarla pero nunca llego, el lugar está muy oscuro, la única luz que se ve es esa que me está llamando; la sigo pero desaparece, hay otro tipo de claridad pero un poco más débil, se ve una puerta, es de meta,

es la misma que vi cuando esa cosa me arrastraba, cruzo la puerta, hay muchas escaleras para arriba, ahí está la luz, me está llamando, subo las escaleras, trato que acelerar el paso, tengo que alcanzarla, algo me dice que.... debo seguirla y no perderla. La luz desaparece de nuevo, una puerta se está moviendo, se abre y cierra sola, como si alguien hubiera pasado por allí hace un momento, parece familiar, esa puerta es igual a la que vi cuando caí por las escaleras. La luz parece guiarme de regreso, la sigo sin pausa, no quiero estar aquí, corro para no perderle la pista, pasa por una puerta, no la recuerdo pero sé que cruzándola voy a llegar a donde quiero, corro hasta que la cruzo; es el lugar en donde aparecí después de estar en mi cuarto de trabajo ¡La primera parte que vi al despertar!, no hay nada, una pared parece brillar en su parte baja, me acerco y me arrodillo, poso mi mano en ella y la traspasa, me acuesto en el suelo y paso hacia el otro lado, estoy en mi casa; me veo a mi mismo de espalda, parado en medio del cuarto, la imagen que reflejan los espejos no es la mía, es esa bestia; me paro en frente de mí, reconozco todo, menos mi rostro, se ve avejentado y sin fuerzas ¡Sin vida! mis ojos se ven de color naranja con verde fluorescente, como el fuego, mi rostro tiene dibujada una sonrisa aterradora mis dientes, están podridos; toco mi cuerpo... estoy mareado, me duele mucho la cabeza, levanto la mirada hacia el espejo y estoy solo, me siento... muy cansado, camino hasta mi cuarto, no puedo ver bien la vista se me nubla, está la cama, no aguanto. Veo imágenes en mi mente, parece un sueño, alguien muere, estoy ahocando a alguien. El reloj de mi mujer suena, tiene que levantarse, no lo escucha, la llamo varias veces, pero no responde, me doy vuelta la toco y le hablo, no responde, la volteo hacia mí, su cara se ve pálida... «¿Qué te pasa consuelo? ¡¡Despierta!!»—dijo muy nervioso y levantando la voz—¡despierta mi amor, DESPIERTA!

Las cosas comenzaron a poner muy intensas, Kurt se encontraba gritando desesperado.

—Tranquilízate Kurt, en cuanto cuente tres te despertarás, y todo regresara a la normalidad, recordando todo lo que te sucedió esa noche, uno... dos y tres—indico Ruth.

Al despertar, se sentía mareado le dolía el pecho, un sudor frío le recorría la frente, sus ojos parecían dos grandes cristales brillando. Revivir todos esos recuerdos no le sentó nada bien.

Jana le alcanzó un vaso con agua.

—¿Te encuentras bien?

—¡Yo mate a mi esposa! —respondió con lágrimas en los ojos.

—Claro que no, esa cosa lo hizo, tienes que dejar de culparte por eso—
aclaró Jana.

—¡No hice nada, ella no debía morir!

—Tranquilo Kurt, no sirve de nada eso, concéntrate en ayudarla —indicó
Ruth.

—¿Cómo sigue todo esto?

—Solo tienes que esperar a que te vengamos a buscar para ir a tu casa
¿Recuerdas lo que paso esa noche?

Kurt solo bajo la cabeza y asentó de forma positiva.

—Hablaré con Ernesto en cuanto llegue a mi casa y si nos da el ok,
iremos a tu casa y ayudaremos a tu esposa.

La actitud de Ruth para con Kurt cambió una vez que terminó la hipnosis;
sintió un poco de compasión por él, se ponía en su lugar y no podía tener más
que sentimientos de tristeza y dolor, no entendía como un hombre podía
soportar tanto. Aunque sí entendía su sufrimiento, también pasó por algo
similar, pero claro que no se comparaba, no solo perdió a su mujer, sino que
toda su vida.

Ahora más que nunca quería ayudarlo, salieron de la casa y subieron al
auto.

—¿Viste la cara de ese hombre? — preguntó Ruth totalmente conmovida.

—Sí... es muy atractivo—respondió un poco distraída

—¡No me refería a ese! —dijo con tono de reprimenda.

—Lo sé mamá: era una broma.

—¡Sí... claro! A lo que me refiero es a su dolor, sé que trataba de
esconderlo, pero durante la hipnosis su máscara se le cayó, lo sé porque llevo
la misma—aclaró, aunque la última parte la dijo con un tono más bajo.

—¿Y qué esperabas mamá! Lo perdió todo.

—Lo sé, ¡Pero tú no entiendes nada! —respondió con disgusto.

Después de ese cruce de palabras, durante el camino a casa fueron
calladas, aunque muy pensativas.

Cerca de las 8:30pm, suena el teléfono de Norma, esta se encontraba
calentando el biberón de Camila, dejó lo que estaba haciendo y tomó el
teléfono.

—¡Sí...!

—¿Qué tal, Norma? Soy Ruth.

—Ah hola Ruth, ¿Cómo estás? ¿Cómo le ha ido con eso?

—Bien, bien. El asunto va como tiene que ir, ya está todo listo. Ahora

necesito que me confirmen cuándo podremos ir a la casa.

—Eso tendría que hablarlo con Ernesto, ahora no se encuentra en casa, pero no tardará en llegar. Si quieres te llamo cuando el este aquí.

—Si, si, entre más rápido mejor, ya quiero terminar con todo esto.

Pasa un tiempo y llega Ernesto, Norma lo esperaba con la comida hecha. Se sentaron en la mesa de la cocina y mientras le servía la comida le comento lo de Ruth, se quedó pensando por un momento mientras comía.

—Ya revisaron la casa y por el momento no está siendo vigilada, mientras los vecinos no llamen a la policía todo va a estar bien, lo que si estuviese bueno es que lo hagan durante la noche, si es posible: cuando menos movimiento allá.

—Entonces ¿Le digo que no hay problema que lo haga cuando quiera, mejor por la noche?

—Si, pero que te avisé cuando lo vaya a hacer, así estoy atento a cualquier información.

La cena termino y Norma no perdió el tiempo, sin siquiera levantar la mesa, fue hacia el teléfono y le comunico lo que le había dicho su marido. La charla no duro mucho y Ruth le indico que esa misma noche irían a la casa de Consuelo.

Esta vez no tenían que hacer muchos preparativos ni dar tantas explicaciones, solo ellos dos corrían peligro en la casa. Tenía bien en claro que si el demonio tomaba el cuerpo de Kurt era muy probable que intentara hacerles daño, aunque eso también significaba una ventaja para Kurt ya que tendría la zona libre para buscar a su esposa.

Esa misma noche en madrugada, Kurt se encontraba durmiendo, en el suelo sobre colchón que le habían acercado, cuando siente el sonido de un auto acercándose y una luz aclaraba el cuarto, se levantó y se asomó muy cuidadosamente por la ventana, la luz del auto era tan intensa que no podía distinguir el coche, corrió hasta su escondite, cuando escucha la voz de Jana diciéndole a su madre que no apagara la luz del auto. Al entrar Jana no pudo contener la risa, al ver a Kurt tratando de salir por esa puerta diminuta.

—¡Tranquiló, que somos nosotras! —dijo Ruth, mientras una sonrisa se le dibujaba en el rostro.

—Ya me di cuenta—aclaro mientras, trataba de salir.

—Perdón, por no avisar, pero bueno... es que tampoco tenemos como— dijo Jana, tratando de contener la risa.

—No se preocupen—expresó rojo de la vergüenza, mientras se sacudía el polvo que le había quedado—¿Supongo que viene por...?

—¡Si... ya es hora! — respondió Ruth.

—¡Qué bueno! las ansias me estaban matando—aclaró mientras entraba al cuarto y se colocaba unos zapatos—¡Ya estoy listo!

—No te gastes mucho—comentó Jana burlándose.

—Es que no tengo mucha, ropa—respondió excusándose.

Subió en la parte trasera del auto y se recostó en los asientos, por las dudas, no quería que nadie lo viera. Durante el camino no dijo ni una palabra, no se lo veía nervioso, más bien pensativo y hasta tranquilo se podría decir. Jana no dejaba de mirarlo, se preguntaba que cruzaría por su cabeza.

—¿Y... estas nervioso?

—¡Déjalo tranquilo! —llamó la atención Ruth a Jana

—No se preocupe—le indico —si un poco, pero más que nervioso estoy ansioso, ya quiero terminar con todo esto. Esa cosa me quito... todo—respondió dirigiéndose a Jana—¿Alguna precaución que tenga que tener?

—Solo tienes que concentrarte en el camino de regreso, en ese lugar el tiempo no funciona como aquí y entre más estés allí dentro, la conexión con tu cuerpo se debilitara, no debes dejar que eso pase. Tienes que ser fuerte, salir de ese lugar no te será tan fácil como la última vez ahora tienes que contar con que esa bestia tratara por todos sus medios de impedir que te lleves a Consuelo ¡Eso cree que es de su pertenecía! Pero recuerda que él no puede hacerte daño, en ese lugar no tienes las mismas limitaciones que aquí, en tu forma astral el poder está en la mente, en tu fe, en el amor ¡No le temas! y en cuanto encuentre a Consuelo sigue esa luz sin dudarle y sin parar. No importa lo que allá a tu alrededor, solo sigue a la luz. Cuando salgan yo los estaré esperando para ayudar a pasar a Consuelo al otro lado—explico Ruth mientras conducía.

—¡Los estaremos esperando! —aclaró Jana

—¡Claro que no!, tú te quedas en el auto y punto.

—¡Pero...!

—¡Pero nada! hicimos un trato y es mi última palabra.

Jana cruzo los brazos y se quedó seria durante el resto del camino.

Al llegar a la casa Ruth ingreso a la propiedad con el auto y cerro el portón.

—¿Qué hora es? —le pregunto Ruth a Jana.

—2:45—respondió de mala gana.

—Tenemos 15min antes de empezar.

—¿Por qué 15min? —curioseó Kurt.

—Porque entre las 3:00 y 3:15 la barrera es mucho más delgada, se te hará más fácil pasarla. ¡Bien entremos! —le dijo a Kurt—¡Ah! me olvidaba, si viene Kurt primero que yo, no le abras, pude que no sea él—le indico a Jana mientras Kurt la quedo mirando desconcertado.

Se acercaron a la puerta principal, pero como la última vez que lo había intentado, esta no abría Kurt le dio un empujón y cedió. Al entrar, la casa había perdido todo el encanto que tenía, un sentimiento de dolor y culpa lo invadió; no era el lugar que alguna vez considero su hogar, no quería volver a entrar a la casa que le quito todo. Se acerco al interruptor de la luz, pero este no funcionaba.

—Debieron haber quitado el suministro

—Si la última vez que vinimos tampoco había—respondió tomando su bolso y sacando dos linternas—esta vez vine preparada—comento entregándole una.

Prendieron las linternas y dieron un vistazo en general: la casa parecía un mausoleo, toda sucia con arena y telarañas por doquier.

—¡Vamos arriba! —índico Ruth.

Subieron las escales y ambos quedaron mirando hacia el cuarto de trabajo, se podía sentir como si una presencia se encontrara allí mirando por la puerta medio abierta. Kurt dirigió la luz de la linterna hacia allí, pero no había nada. Al pasar por enfrente; Ruth cerró la puerta de inmediato, recordó la historia que le había contado Norma, y sabía que si la mantenía cerrada el demonio no podría salir de allí.

Luego fueron al cuarto de Kurt: todo seguía estando como la última vez que lo vio esa trágica noche; casi podía ver esa imagen que lo atormentaba.

—Creo que aquí está bien—expresó Ruth—voy a hipnotizarte para inducir de una manera más rápida la separación de tu forma astral, de la terrenal ¡Siéntate!

—¿Aquí? —pregunto señalando la cama.

—Si— respondió mientras sacaba el metrónomo— ahora quiero que te concentres y mires este aparato, concéntrate, inhala por la nariz y exhala por la boca, lentamente, concéntrate en la respiración; te vas a sentir cansado, los parpados te pesan, tu cuerpo se relaja, tu mente se oscurece, tu cuerpo se relaja, tu mente se oscurece, te sientes cansado, tu cuerpo se relaja, los parpados te pesan tanto que no puedes mantenerlos abiertos, los sonidos

desaparecen solo puedes escuchar mi voz, recuéstate ¡Te duermes!— repetía cada vez más bajo mientras lo ayudaba a recostarse en la cama—¿Si puedes escucharme asiente con la cabeza?—preguntó mientras que Kurt asentía— ahora te levantarás y dejaras tu cuerpo.

Kurt no se dio cuenta, pero de un momento a otro se encontraba sentado en la cama

—¡Esto no está funcionando! —pensó en voz alta.

Pero cuando giro la cabeza, se vio a si mismo tendido en la cama. Las cosas se veían distintas los colores habían desaparecido todo indicio de vida, había desaparecido.

—¿Puedes escucharme? —vocifero al oído de Ruth, pero ella no respondió.

Miró por la ventana y una intensa niebla no lo dejaba ver más allá de unos metros, sus pensamientos estaban un poco confusos se encontraba aturdido, hasta que escucho un susurro que le decía: «Ve por Consuelo». En ese momento recordó lo que estaba haciendo en ese lugar. No perdió más el tiempo y se dirigió hacia su cuarto de trabajo, pero este se encontraba cerrado, tomo el picaporte, pero no giraba por más que lo intentara con todas sus fuerzas. En ese instante sintió que algo lo atravesaba, la puerta se abrió, cuando miro hacia atrás se podía ver la imagen difuminada de Ruth que parecía dejar una estela a su paso, dirigiéndose hacia las escaleras, como si de un fantasma se tratara. Entro al cuarto y algo había cambiado, los espejos ya no estaban dispersos, se encontraban colgados en una pared tal como lo tenían ellos; sin embargo, el recordaba haber salido de uno de los espejos. Se paro en frente de ellos y los miro con mucha atención, pero eran exactamente iguales, comenzó a tocarlos uno por uno, hasta que en el tercero su mano traspaso «Tiene que ser este» pensó. Entro en él y apareció en el mismo lugar que recordaba; estaba la camilla tirada, las mamparas, todo igual. Se dirigió hacia la puerta y cuando la abrió, se escuchó una voz que retumbaba por todo el lugar «alguien, no debería estar aquí» se escuchó decir: parecía ser la voz de una anciana. Kurt comenzó a gritar muy enojado y con todas sus fuerzas: «¡Consuelo...Consuelo!» vociferaba corriendo, mirando, buscando alguna señal de su esposa; pero nadie le contestaba, de pronto sintió que alguien le tomaba la ropa, era un niño de unos diez años, llevaba un pijama rojo con dibujos de Mickey Mouse.

—No grites te va a escuchar—le advirtió y luego corrió desapareciendo entre la bruma.

Intento alcanzarlo, pero no lo logro, hasta que de pronto tenía justo en frente la puerta que conducía a las escaleras; bajo un piso, en ese nunca había entrado, no quería desviarse mucho temía perderse, pero ella podía estar en cualquier lugar. Siguió gritando hasta que vio de reojo una sombra que pasaba de un cuarto a otro; corrió para ver quién era, entro al lugar y vio que alguien o algo están acurrucados debajo de una de las camillas: era una anciana.

— Cállate que van a escucharte—le dijo la anciana en voz baja.

—¿Quiénes vas a escucharme, se refiere a esa cosa?

—No...—respondió riéndose —eso no me hace daño a mí, los otros son el problema.

—¿Los otros? —respondió desconcertado, sin embargo, no le dio mucha importancia— ¿Ha visto a una mujer con un pijama blanco con flores de color rosa y azul?

—¡Tú tienes una luz especial, no deberías estar aquí!

—¿Qué? habla más fuerte—le dijo de forma nerviosa y en voz alta, lo que pareció asustarle—lo siento, pero necesito que me digas si la ha visto.

—Estaba en este piso hacia un momento, pero esa cosa se la llevo.

De pronto comenzaron a escucharse voces por todas partes cada vez con más fuerza, de las paredes salían rostros enojados.

—¡Esto esculpa tuya, te dije que no gritaras! — dijo la anciana cada vez más enojada—¡Ahora me encontraron! —le grito al rostro mientras su cara cambio a la de un cadáver en descomposición.

—¡Mierda! —dijo Kurt echándose para atrás y cayendo al suelo.

Un sinfín de almas comenzaron a aparecer en el cuarto abalanzándose sobre la anciana.

—Te arrepentirás—le aclaro la anciana mientras desaparecía en las manos de esas almas furiosas.

A Kurt no le quedo de otra que levantarse y salir corriendo del lugar, se dirigió nuevamente a las escaleras. Si lo que le dijo la anciana era cierto y Consuelo estaba con esa cosa: de seguro la llevo al mismo lugar al que lo había llevado a él. Bajo las escaleras como si su vida dependiera de eso, antes de darse cuenta estaba parada justo en frente de la puerta de metal, no tuvo duda ese era el lugar; sus recuerdos aún estaban muy frescos como para equivocarse, empujo la puerta, pero esta se encontraba atacada hasta que la envistió y se abrió. El lugar estaba muy oscuro mucho más de lo que recordaba casi no se veía nada, no tenía idea de cómo encontrar el lugar a ciegas, lo único que tenía como referencia eran unos lamentos que se

escuchaban a lo lejos. Reviso sus bolsillos y encontró los serillos que utilizaba para encender la velas. Busco las una de las antorchas que estaban colgadas de la pared del túnel, la tomó y la encendió. Camino por los túneles siguiendo el sonido de los lamentos, acelerando el paso a medida que escuchaba con más fuerza las voces, cuando se dio cuenta ya estaba corriendo, hasta que en un momento las voces cesaron: se sintió perdido; una luz blanca en el fondo del túnel lo estaba llamando, pero sabía que si iba con ella jamás encontraría a Consuelo. La dirección opuesta era la mejor vía, camino unos cien metros más en línea recta hasta que en un cruce pudo divisar una claridad que provenía de una puerta hecha tablas, los lamento volvieron a escucharse, aunque con más fuerza, corrió hacia ella y miro por entre las juntas de las tablas y ahí estaba sujeta de las cadenas que había visto bajo la foto de ellos, se veía desgastada y agotada. Entro sigilosamente, Consuelo le señalaba con la mirada hacia el sillón, cuando volteo se podía notar como unos enormes pies que sobresalían; no obstante, eso no le importo, entro y destrabo las cadenas. De pronto una voz muy grave y áspera dijo: «jamás imagine que volverías a este lugar, no por tu propia cuenta; pero creo que te equivocaste: ¡jamás saldrá de aquí!» menciono la bestia mientras se levantaba del sillón y se paró junto a la hoguera, las rejas se levantaron y los lamentos se callaron. «Kurt sabía lo que significaba eso», tomó a Consuelo de la mano y salieron corriendo del lugar, pero la luz que los guiaría no se veía, en cambio lo que si se veía era como una estampida de almas condenadas salían de la cueva del demonio. Corrieron hasta que se vio una pequeña luz muy a lo lejos

—Hay que seguirla, cueste lo que cueste nos llevara a la salida—le indico a Consuelo mientras corrían, escapando de esas almas perdidas—cuando estemos afuera, quiero que me prometas que pasaras al otro lado, no lo dudes, nuestra hija estará bien yo me encargare de ella junto a tus padres.

—¡Pero esa cosa...!

—Esa cosa no podrá hacerle daño, una vez que salgamos de aquí cerraran el portal, estas es tu oportunidad, ¡Prométeme que saldrás sin importar lo que suceda!

Consuelo asintió con la cabeza; Kurt apretó su mano y corrieron traes esa luz hasta ver la puerta de hierro, pero ahí estaba parado el demonio esperándolos, ya no había escapatoria, los venían persiguiendo un ejército de almas en pena: la única opción era seguir adelante; dejaron de correr, Kurt colocó sus manos en el rostro de Consuelo y juntaron sus cabezas.

—Estas cosas no pueden hacernos daño, ya no tienes que temerles, me

encargare del demonio tú tienes que seguir la luz, solo cruza la pared y no mires atrás, ve hacia la luz no dudes—le dijo con un beso y seguido de un «te amo» que sonó más bien a una despedida.

La tomó de la mano y corrieron hacia el demonio, Kurt la soltó y se abalanzó hacia la bestia con todas sus fuerzas, quitándolo del camino, Consuelo se quedó parada.

—¡Corre, sigue la luz, no pares!

Consuelo muy a su pesar, cumplió su promesa y siguió a la luz hasta que cruzó la pared y apareció en su casa. Una luz blanca muy brillante que provenía del pasillo se podía ver desde el cuarto, sentía que la llamaba. Camino hacia ella, con cierta duda: no quería dejar a su familia. Justo en el momento en que decidió pasar, miró hacia atrás y vio a Kurt salía de del cuarto a toda prisa, con el demonio a sus espaldas, pero este parecía temerle a esa luz, retrocedió y entro a su guarida.

En ese momento una paz invadió sus almas, se sintieron a salvo. Kurt se acercó a ella, un brillo la enmarcaba haciéndola ver radiante, hermosa, tal como la vio ese día del reencuentro.

—¡Perdóname! jamás quise hacerte daño... ¡Destruí a nuestra familia! — le expresó mirándola a los ojos, con vergüenza, pero a la vez con tristeza y amor.

—No te preocupes, sé muy bien que jamás me lastimarías de hecho nunca lo hiciste y eso tendrías que tenerlo claro.

—¡Quiero irme contigo, no quiero vivir sin ti!

—¿Y quién cuidara de nuestra hija? ¡Lo prometiste!

De pronto la luz comenzó a perder intensidad.

—¡Creo que tienes que irte! —le dijo Kurt con gran tristeza.

—Lo sé, pero te estaré esperando—le dijo mientras se adentraba en el portal

—Te amo y siempre te amare—expreso Kurt mientras veía como la luz se fundía con el cuerpo de su amada

La luz desapareció y con ella Consuelo, pero antes de irse le regalo una sonrisa que significaba muchas cosas, pero la más importante era le decía que ella se encontraba bien, en el lugar al que pertenece, por fin podía descansar en paz, por fin tenía un consuelo.

Pero las cosas todavía no terminaban, en el momento que la luz desapareció Kurt corrió hacia su cuarto, pero su cuerpo no se encontraba allí, no entendía lo que estaba pasando, busco por toda la casa, pero no había señal

de nadie; ni siquiera Ruth, miro hacia afuera y un enorme vacío la cubría todo. Y ahí quedo... parado frente a la ventana mirando a la nada, con esa figura a su espalda tomándole el hombro, prediciendo un futuro de tortura y dolor.

FIN

¿Fin? Este es el final que me imagine desde un principio, después vinieron otros; pero a veces me pregunto: ¿Sino le puedo dar otra oportunidad a Consuelo?